

MUSEO CÓMICO.

MUSEO CÓMICO

Ó

TESORO DE LOS CHISTES.

COLECCION, ALMACEN, DEPÓSITO, Ó LO QUE USTEDES QUIERAN,

de cuentos, fábulas, chistes,
anécdotas, chascarrillos, dichos agudos y obtusos,
epígramas, sentencias, flores y espinas, oportunidades y estravagancias,
simplezas de á fólio, frases intencionadas,
en una palabra,

CUANTO SE PUEDA INVENTAR PARA HACER REIR.

Todo ello compuesto,
guisado y aderezado para servírselo al público
en una mesa limpia, adornada de pepinillos y aceitunas,
ó sean grabados,

POR DOS DISCÍPULOS DE MOMO

Á QUIENES LLAMAN POR AHÍ

MANUEL DEL PALACIO Y LUIS RIVERA.



MADRID.
LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR,
calle de Preciados, núm. 5.
1864.

Imprenta de Vicente y Lavajos, Preciados, 74.

Á un soldado le dieron licencia por ocho dias esta Navidad última, con objeto de que pudiera ver á su familia, que estaba en un pueblo de la Mancha.

Tomó billete de ida y vuelta, y se metió en el tren que salia de Madrid á las ocho y media de la noche.

En el mismo wagon iba el cura de un pueblo inmediato.

El soldado juraba mucho por cualquier cosa.

—Señor soldado, le dijo el cura, usted va en este instante camino del infierno.

—¿Y qué me importa? respondió el soldado: llevo billete de ida y vuelta.

Un miembro de la sociedad de Beneficencia fué á tomar informes de una jóven desgraciada que vivia en la calle del Calvario.

—Vive en el quinto piso, dijo el portero.

—Muy alto está, y yo soy viejo. Si usted quisiese darme los informes que necesito.....

—Pregunte usted.

—Esa jóven está muy pobre, ¿no es verdad?

—¡Oh, muy pobre, sí señor!

—Bueno. Su habitacion será mal sana.....

—En esta casa no hay nada mal sano.

—Quiero decir que estará poco ventilada.

(El portero se iba *escamando.*)

El caballero de la asociacion benéfica, continúa:

—Vamos á ver..... ¿Los dias que hace buenos, la visita el sol?

—¡Caballero, á esa jóven no la visita *naide*!

Y el portero se metió en su chirivitil, dejando al otro con un palmo de narices.

Victoriano Sardon, autor dramático francés, está condecorado con la cruz de la Legion de honor.

Lambert Thiboust, el autor de *Las mujeres de mármol*, no está condecorado.

Otro autor dramático llamado Siraudin, que tampoco está condecorado, se encontró un dia juntos á los dos primeros en una antesala del ministerio.

—¿Qué haces aquí? le preguntó á Thiboust.

—¿Yo? Hago las estaciones de la cruz.

El célebre escritor Leon Gozlan se puso á comer en su hotel de costumbre.

Acabada la comida, se le acerca el dueño diciéndole:

—Mr. Gozlan, tengo que darle una triste noticia.

—¿Cuál?

—Las *truffas* han aumentado de precio..... han subido un doble de su valor.

—¡Es la primera vez, añadió Gozlan, que deploro la elevacion de un amigo!

—Maestro, déme usted unas botas de dobles suelas, muy fuertes, porque me hace daño la humedad.

—Tómelas usted.

Al dia siguiente:

—Maestro, estas botas no me sirven, se descosen, y me mojo los piés.

—Á ver..... Ya caigo. Usted tiene la culpa. ¿Por qué se las pone usted cuando llueve?

—¡Mozo, mozo, la lista!

—Tome usted.

—¿No hay mas que merluza y chuletas de cerdo?

—Hoy es dia de Año Nuevo, y todo se ha consumido, todo: el último parroquiano ha comido pan de antes de ayer.....

—Y..... ¿qué tiempo tendrán esta merluza y estas chuletas?

—Siento no poderlo decir con exactitud; porque no hace mas que cuatro semanas que sirvo en la fonda.

Un caballero tenia una criada que se entregaba á la bebida, en compañía del groon y de un cochero.

El amo la despidió, aconsejándole que no le pidiese certificado.

La buena mujer se enfadó, y hasta llegó á amenazarle con el juez de paz.

El amo cedió, y puso el siguiente informe en la cartilla:

«He despedido de mi casa á Telesfora, porque sus novios tienen mucha sed.»

—Pecador, ¿cuántos dioses hay?

—Padre, dos.

—¿Cómo es eso?

—Sí, señor; uno el que todos los cristianos adoramos, y el otro, yo.

—No blasfemes, pecador.

—Pregúnteselo usted á mi mujer, que al acostarse y al levantarse, dice:

—«Con Dios me acuesto, con Dios me levanto.....»

Una persona de muy buen olfato, le decia á un inglés:

—¿Bebe usted muy á menudo aguardiente?

—No, respondió el inglés; no bebo mas que en dos circunstancias: una, cuando como pato, y la otra cuando no lo como.

Llovia á mares, y un borracho atravesaba la otra noche por la Puerta del Sol.

El sereno le dijo:

—Compadre, usted anda más hácia atrás que hácia adelante. Si continúa á ese paso, dudo que llegue nunca á su casa.

—Es verdad que ando hácia atrás, respondió el borracho; pero ya sé la causa.

—Y yo tambien: haber bebido mucho.

—¡Quiá! No es eso.

—¿Pues qué es?

—Que he comido muchos cangrejos.

Don José acaba de perder á su esposa, que era muy bella.

Á los tres dias del entierro presentan á don José la lista de los gastos funerarios.

—¡Cuatro mil reales! grita don José. ¡Qué escándalo! A este precio, preferiria que mi mujer no se hubiese muerto.

Un cesante se presenta en el camino de hierro del Norte, y pide su asiento para Valladolid.

—¿De qué clase? le pregunta el empleado.

—Pasiva de 1840, respondió el cesante.

Un soldado andaluz, despues de haber hecho la campaña de África, obtuvo su licencia absoluta y se marchó al pueblo natal á contar sus proezas á la familia.

—Vamos, ¿qué cosa notable has hecho en África, le preguntó el padre.

—Cortarle las piernas á un moro.

—¡Vaya una idea! ¿Por qué no le cortaste la cabeza?

—Porque no la tenia.

—¡Cómo! ¿no tenia cabeza?

—No: otro que pasó antes que yo, se la habia cortado.

La siguiente anécdota no puede ser más nueva:

Una señora muy conocida en cierta sociedad de París, hizo una casa con honores de palacio.

La escalera principal era de mármol de Carrara, y habia costado medio millon de francos.

La señora en cuestion se hallaba un dia comiendo en casa de un amigo del célebre poeta y autor dramático Emilio Augier.

—Caballero, dijo ella al poeta, ¿ha oido usted hablar de una escalera de mármol?

—Sí, señora.

—Yo desearia grabar en letras de oro cualquier aforismo sobre el primer peldaño de mi maravillosa escalera.

—Me parece bien.

—Si usted, que tiene talento, fuera tan amable que me hiciera uno ó dos versos con este objeto.....

—Con mucho gusto.

—¿Y cuándo los hará usted?

—Ahora mismo. ¿Tiene usted ahí una tarjeta?

—Tómela usted.

—Muy bien.

Entonces Emilio Augier, sacando su lápiz del bolsillo, escribió el siguiente verso sobre la tarjeta:

Para la escalera de la señora P.....

AINSI QUE LA VERTU, LE VICE A SES DEGRÉS.

Un hombre muy gordo, muy gordo, con un vientre como una tinaja, fué á visitar á un amigo.

El amigo habia salido.

—Papá no puede tardar, dijo un niño travieso, rubio, de cinco años, acercándosele sonriendo.

—Le esperaré, añadió el gordo, y tomó asiento.

Despues, por entretenerse en algo, dijo al niño:

—Ven aquí..... picarillo..... á mis rodillas.

—¡Cá! ¡No puede ser!

—¿Por qué?

—¿En sus rodillas? ¡Pues si ya están ocupadas con el vientre!

Se nos ha citado el último rasgo de un ilustre enfermo, persistiendo hasta ese momento en la impenitencia y la ironía.

Un confesor empleaba sus exortaciones y trataba de traerle al buen camino, cuando el incrédulo esclamó de pronto:

—Padre, cuando me habla usted de Dios, me parece usted el embajador de un monarca estranjero.

Luis acaba de casarse con Julia.

—Él le debia una reparacion.

—Justo, como inquilino principal.

Se daba un baile en casa del marqués de.....

El duque del Sauce presentó á un hidalgo que acababa de llegar de la montaña, muy alto, muy gordo, y muy encarnado.

—Pido indulgencia, díjo el duque; es un provinciano.....

—¡Un provinciano! gritó una señora; ¡diga usted mas bien que es una provincia entera!

Luis XIV preguntó á Pelisson:

—¿Cómo vas á tratar la época de mi vida, que tiene relacion con Madame de Montespan?

—Señor, respondió el historiador; es menester que haya algo de hombre en vuestra historia, si quereis que la crean.

En una reunion se hablaba de la metempsicosis. Un comerciante quebrado, creyendo decir una gracia, dijo:

—Recuerdo haber sido el becerro de oro.

—Esa metempsicosis no es completa, contestó un literato.

—¿Por qué?

—Porque no habeis perdido mas que el oro.

Un célebre constructor de máquinas hacia autómatas con tal perfeccion, que parecian personas animadas; pero á pesar de su inmenso talento, era un hombre que apenas sabia hablar, y mucho menos presentarse en sociedad.

Un dia se hallaba en casa de un elevado personaje, y nadie le pudo sacar una palabra, por muchos esfuerzos que hicieron para que dijera algo.

—¿Qué piensa usted de este hombre? preguntó uno de la reunion, tan pronto como el constructor dejó el salon.

—Tengo una gran idea de este buen señor, dijo el personaje; creo que se ha hecho á sí mismo.

Una jóven regañó con su novio, que era calvo, y se devolvieron todos los regalos y cartas.

—Solo siento, le dijo ella, no poder devolver á usted el pelo.

Decia un caballero que durante los frios del año 1829, una *cortesana* que venia de Toledo á Madrid, habia sido devorada por los lobos.

—¡Pobres animales! dijo una señora. ¡Qué cosa tan terrible debe ser el hambre!

UN AVARO.

Fué concebido de noche
Á oscuras y muy barato,
Porque su madre lo tuvo,
Segun dicen, de regalo.

Nació en febrero, por ser
El mes más corto del año;
Y nació de siete meses
Solo por nacer ahorrando.

Por no dar, no dió á su madre
Ni los dolores del parto;
Pero le quitó la vida,
Que es lo que halló mas á mano.

Así se vino á este mundo
Solo, desnudo y descalzo,
Con la boca muy abierta
Y los puños muy cerrados.

Por no perder ocasion
De aprovechar piés estraños,
A todas partes queria
Que lo llevaran en brazos.

Ya es hombre, si es que es posible
Que puedan llegar á tanto,
Estas berrugas que suelen
Salirle al género humano.

Vedle bien: tiene los ojos
Hundidos solo por cálculo,
Porque á la luz sea á quien cueste
El trabajo de buscarlos.

Jamás ofrece su casa,
Ni su amistad, ni su mano;
Mas por llevarse, es capaz
Hasta de llevarse un chasco.

Con ojos ávidos mira
Al cielo de vez en cuando,
Desde que ha oido decir
Que la luna tiene cuartos.

Cuando no hay otro, pretende
Sacar de sí propio algo,
Y no pudiendo otra cosa
Suele quitarse los años.

No cambiará su mirada,
Aunque lo hagais mil pedazos,
Con ningun tuerto ni vizco,
Por no perder en el cambio.

No paga ni las visitas,
No vuelve ni los recados,
No presta ni la atencion,
No gasta ni el tiempo en vano.

Si para doblar la usura
Busca el medio mas barato,
No dice: *estos pasos doy*;
Sino: *yo tomo este paso.*

Cuando el invierno es tan frio
Como la risa en sus labios,
Duda de tomar el sol
Por no dar sombra al tomarlo.

No bebe por no sudar,
No come por estar flaco,
Por no dar despues de muerto
Alimento á los gusanos.

No vive, porque en sus cuentas
Vivir es un despilfarro,
Ni se muere porque sabe
Que le debe costar caro.

Alma no tiene, pues supo
Que el tener alma es un gasto,
Y fué su primer negocio
El vendérsela al diablo.

Se llama..... sonad dos duros
Y él acudirá en el acto,
Aunque adivine á cien leguas
Que esos dos duros son falsos.

Todo lo dicho no es nada,
No son mas que cuatro rasgos,
Un perfil imperceptible,
Una sombra del avaro.



—¿Qué instrumento es ese?—El Boquis monstruo.—Pues si me parece que no suena.
—¡Digo! ¡Si esto sonára! .

Uno de esos hombres de habilidad que de cualquier cosa hacen un dije, se hallaba muerto de hambre, y supo que en la casa inmediata á la suya habia baile aquella noche, ignoramos con qué motivo.

Nuestro hombre se dió á discurrir sobre el medio de introducirse y disfrutar del *ambigú.*

Una idea luminosa cruzó por su mente. Esta se reducia á hacer un instrumento mónstruo con el carton y el papel dorado que aún conservaba despues de haber construido otros primores.

La obra se dió por terminada bien pronto, y nuestro personaje entró en la casa con su instrumento, tomándole los criados por un músico.

El baile dió principio, y los *profesores* lucieron su habilidad.

El intruso y su nuevo instrumento causaban la admiracion de todos, cuando el dueño de la casa se acercó para preguntarle:

—¿Qué instrumento es ese?

—El *bóquis* mónstruo.

—¿Pues si me parece que no suena?

—¡Digo! ¡Si esto sonára!.... ¡Ayúdeme usted á sentir!

Son las siete de la mañana, y los compradores empiezan á invadir los mercados.

En la plazuela de San Miguel, cerca de la calle Mayor, se coloca todas las mañanas una lechera llamada *señá* Pepa.

Una criada que siempre compra la leche en el puesto de la señá Pepa, se acerca saludándola con su acostumbrada peticion:

—Eche usted un cuartillo, señá Pepa.

Así que se lo ha medido, la criada mira el jarro, y esclama:

—Señá Pepa, si me ha echado usted solo agua.

—¡Á ver! dice la señá Pepa alargando el pescuezo. ¡Pues es verdad! ¡Vaya, mujer, pues no se me ha olvidado echarle la leche!

Ricardo andaba muy triste, muy silencioso, muy preocupado.

Nadie sabia la causa que traia á Ricardo tan distraido.

Le preguntaba su padre:

—¿Qué te pasa, Ricardo?

—Nada, papá.

Y volvia á su silencio, á su abstraccion.....

Y el padre pensaba: ¿qué le pasará á mi Ricardo?

Un dia, estaban comiendo; reinaba en la mesa el silencio más completo. De pronto esclama el padre:

—Ricardo, dáme el salero.

Ricardo, distraido, coge el salero como un jugador coge la baraja, y poniéndolo al alcance de su papá, dice:

—¿Quién corta?

Ese dia descubrió el papá que lo que á Ricardito traia preocupado era el juego.

Á un secretario de ayuntamiento decian en cierta ocasion:

—Usted está hecho un rey en este pueblo.

—Sí, pero el alcalde me fastidia.

—¿El alcalde? ¡Si parece un hombre de paja!....

—¡Ay, señores! si el alcalde fuese de paja, hace tiempo que el ayuntamiento se lo hubiera comido.

Enrique Florit es un Adonis. Tiene las conquistas á pares.

Ahora se habla de sus relaciones con una casada muy prudente y muy timorata.

La otra noche se vistió para ir al baile de máscaras y alquiló un coche.

Al entrar dijo al cochero:

—Al *baile.*

Pero se arrepintió en seguida, y prefirió hacer una visita á su amada, juzgando que estaria sola. Así, pues, añadió al cochero: calle de Fuencarral, número.....

Su amada estaba sola efectivamente. El marido no volveria del Casino hasta las cuatro de la mañana.

—Pero, Florit, le dice ella, ¿nadie te ha visto entrar?

—Nadie.

—Es menester que no te vean salir tampoco.

—Yo tendré cuidado.

(Noche completa.)

Sin embargo, el cochero esperaba en la calle.

Pasa otro coche vacío.

—¿Qué haces ahí? pregunta al primero.

—Espero á un caballero que está *en el baile.*

—¡Un baile! dice el otro, colocándose detrás con su coche. Esperemos la salida.

Los coches que iban pasando se quedaban tambien formando cola.

A las cuatro abre la señora un balcon con objeto de asegurarse de que la calle está desierta.....

Entonces vió aquella larga fila de linternas cocheriles publicando sus debilidades.

Este cuento es como las cerezas: detrás de una vienen las otras.

Un estudiante, hijo de un rico propietario, al salir una mañana de su casa tropezó con uno de los criados de su padre; su aspecto abatido llamó la atencion del jóven.

—¿Qué tienes, Francisco? ¿A qué vienes? ¿Ha ocurrido alguna novedad?

—Nada. Únicamente que ha muerto la urraca.

—¿Nada más? ¡Bah! ¿Qué importa? Mas ¿de qué murió la pobrecita?

—Nada; de haber comido mucha carne.

—¿Para qué se la dieron?

—¡Toma! Nadie se la dió. Cogió de los cuatro caballos de la carretela.....

—¡Cómo! ¿Han muerto? Habla.

—No es cosa, sino que los pobres trabajaron tanto para llevar agua.....

—¡Agua!.... ¿Para qué?....

—Para apagar el fuego cuando se quemaba la casa.

—¡Dios mio! ¿Mi casa se ha quemado? ¿Cómo fué eso?

—Por un incidente desgraciado, que no hubiera sucedido si los criados no se hubieran descuidado con las hachas.

—¿Ha habido necesidad de hachas? ¿Para qué?

—Para el entierro de la señora.

—¡Cielos! ¿Ha muerto mi madre? ¡Dios mio! Esto es incomprensible.

—¡Quiá! Se murió de repente de sentimiento.

—¡Por Dios, Francisco, acaba, que me asesinas!.... ¿Qué sentimiento ha tenido?

—Nada..... la muerte de su padre de usted.....

—Eso más!.... ¡eso no puede ser!.... has perdido el juicio.....

—Digo á usted la verdad..... ¡vaya!

—Pero, ¿de qué murió?

—Nada..... de tristeza.

—¿Por que? Vamos, despacha.....

—Por una cosa muy tonta. Porque la doncella de la señorita se casó con un sargento.

—¡Por eso!!

—No tuvo otro motivo.

Sabido es que todos los grandes bebedores comen muy poco.

Una prueba es la cuenta de un amigo nuestro, cuenta hecha por él para demostrarnos que lo gastaba en un dia.

Héla aquí:

Por la mañana:

Dos copas mezcladas.	2 reales.
Un par de huevos.	3
Una botella de vino.	4
Café.	1 1/2
Coñac, tres copas.	6

Á la una de la tarde:

Cerveza.	2

Á las dos:

Un pastelito.	1/2
Tres copas de Jerez.	6

Á las cuatro:

Una botella de manzanilla. . .	18

Á las cinco:

Dos copas de ajenjo.	4

Á las seis:

Sopa, un poquito de carne, una sardinita, una aceituna, un poco de queso y dos almendras.	6
Una botella de Jerez.	30
Dos de Burdeos.	80
Café.	1 1/2
Botella de coñac.	30

Á las diez de la noche:

Una copita mezclada.	2
Otra idem.	2
Otra idem.	2

Á las doce:

Para hacer boca, una aceitunita y un poco de marisco. . . .	2
Dos botellas de manzanilla. . .	36
Al acostarse, para tomar la sosiega, media botella de aguardiente.	8
Total. . . .	182 1/2 reales.

Distribuidos:

En comer.	11 1/2 reales.
En beber.	171

Un avaro heredó de su hermana una cantidad que le producia quince mil duros de renta.

En el testamento habia una cláusula: conociendo la hermana la avaricia del hermano, puso en el testamento el siguiente artículo:

«Deseando yo que mi hermano, por interés de su alma, llegue á conocer las *dulzuras de la limosna*, le dejo, etc., etc., con la condicion de que ha de dar todos los dias dos pesetas al primer pobre que se encuentre.»

Los primeros dias, á pesar de su repugnancia instintiva, dejaba con sentimiento las dos pesetas en el sombrero del pobre, no sin murmurar palabras que estaban en contradiccion con las *dulzuras de la limosna*, como queria su hermana.

Y esta idea le traia preocupado.

—No cumplo con la voluntad de mi hermana, porque ignoro aún lo que ella ha querido que yo conozca.....

Y no podia dormir..... y cavilaba mucho.....

Un dia, se dió una palmada en la frente.....

Hé aquí la idea luminosa que brotó en ella.

Todas las noches daba dos pesetas á su ama de gobierno para que se las diese al primer pobre que la pidiera limosna.

Despues, disfrazado de pobre, salia él á esperarla en la calle, le tendia la mano diciendo con voz fingida:

—¡Una limosna por amor de Dios!

Y las dos pesetas volvian á su bolsillo todas las noches.

Y esclamaba el infeliz:

—Querida hermana, cumplo tu última voluntad con el corazon conmovido..... ¡Ah!.... ahora sí que sé apreciar las *dulzuras de la limosna!*

Hablan dos niños:

—¿Sabes tú, Paquito, por qué dan en los cafés dos huevos siempre juntos?

—Sí.

—Pues dímelo.

—Mira: dan siempre dos, para que á lo menos salga uno fresco.

Nadie ignora que el emperador Cárlos V, al pasar por París, cometió la imprudencia de alojarse en el palacio de

Francisco I, su declarado enemigo. Tambien es cosa muy sabida que una dama, vestida de máscara, le avisó que el monarca francés le detendria prisionero si no le entregaba el castillo de Milan, y que el emperador le regaló un precioso anillo en agradecimiento.

Dicho todo esto, añadiremos, que el famoso Antonio de Leiva, gobernador de Lombardía, recibió el siguiente despacho autógrafo del emperador:

«Entregareis esa fortaleza á la persona que os pidiere, con esta cédula, su posesion, en nombre de S. M. Cristianísima; porque yo solo quiero lo que quiere el rey, mi primo y hermano.»

Recibió Antonio de Leiva esta órden, y por mucho que la leyó, no podia ni se atrevia á comprenderla.

Impaciente, confuso y dudoso en su cumplimiento, por las malas consecuencias que se seguia á la corona, le vió su mujer, dama tan discreta como prudente, y enterada de lo que le preocupaba, despues de leer la misiva, dijo á su marido:

—¿Por qué dudais? esta carta no puede estar más clara....

—¡Clara!.... ¡Vaya! esplícate.

—¿No dice el emperador que quiere lo mismo que el rey de Francia? Pues eso es querer S. M. para sí el castillo de Milán, y lo que os manda es que lo conserveis.

—No sé si es eso lo que quiere el emperador, pues no comprendo las razones que tiene para escribir de este modo; pero no entrego el castillo hasta recibir nueva órden, aunque me esponga á perder la cabeza, que bien perdida será si conservo para España la fortaleza de Milán.

Á los pocos dias llegó un correo revocando la órden de entrega.

Encargáronle á un fraile chistoso que predicase en la fiesta de Nuestra Señora de la Concepcion.

Llegó el dia, subió al púlpito, y viendo que estaba desocupada la iglesia, pues no tenia más de tres ó cuatro personas, dijo:

—Señores, ustedes perdonen que yo me baje, porque traia estudiado el sermon de la Concepcion y no el de la Soledad.

LA DECLARACION DE AMOR.

¿Qué es la declaracion de amor?

Oigamos á las mujeres:

La coqueta.—Una moneda corriente que todos los dias cambio.

La desdeñosa.—Un ramillete que se deshoja.

Una jamona.—El toque de rebato que despierta mis caprichos.

Una vieja momia.—Los acordes de una música, cuyas notas he olvidado.

La ambiciosa.—Una oferta que rehuso si no la acompaña una brillante posicion.

La solterona.—Una solicitud que deseché en otro tiempo, pero que ahora atenderia.

La romántica.—Una flor cuyo aroma enardece.

La gazmoña.—Una libranza que satisfaré segun las señas del portador.

La modista.—Una frase que no entiendo si no va bordada en pañolitos de raso.

Una casada.—El manjar prohibido.

Una viuda.—(Hojeando á Espronceda):

¿Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido?

Oigamos á los hombres:

Un pollancon.—Los primeros proyectiles que abren ancha brecha en el corazon más duro.

El calavera.—Una palabra de escaso efecto, si no la acompaña la audacia.

Un agente de bolsa.—El alza ó baja del corazon.

Un auriga.—Una carrera por sitios estraviados.

Un conquistador de oficio.—Mi pan de todos los dias.

Un poeta.—La espansion del alma y del bolsillo.

El cómico.—Un paso de comedia.

El comerciante.—Un pagaré que me reservo satisfacer, segun lo que arroje el dote de la tenedora.

El filósofo.—Una necedad.

El viejo.—Un memorial que siempre me rechazan, si no le acompaña el sello de la fábrica de moneda.

El banquero.—Un crédito contra mi caja á favor de cintas y miriñaques.

Un diplomático.—Los preliminares de un tratado, á cuya observancia no doy crédito.

Un solteron.—El prólogo del matrimonio.

Un casado.—Mi primer tropiezo.

Un matemático.—Una ecuacion cuya incógnita es un *sí* ó un *no.*

El escéptico.—Una mentira que busca otra mentira.

Yo.—La soga para ahorcarse.

Un compatriota nuestro, el señor R....., que hace años vive en Helsingford, casado con una inglesa, Mistris C....., mujer de un carácter fino é inalterable, despues de haber agotado inútilmente todos los medios de producir en su cara mitad una impresion que la hiciese salir de su eterna indiferencia, apeló á un recurso estremo.

Una mañana se levantó con el rostro descompuesto, la mirada hosca y estraviada, y vistiéndose maquinalmente se lanzó á la calle.

Ya en ella se dirigió á la redaccion de *El Times*, y consiguió, no sin algunas dificultades, que este periódico diera noticia detallada de su muerte por suicidio voluntario.

Quince dias despues se dirigió á casa, gozando anticipadamente con la idea de causar á su imperturbable mitad un momento de sorpresa.

Llegó, la puerta estaba abierta, Mistris C..... se hallaba sentada á la mesa. Nuestro compatriota apareció, y fijando su mirada en el rostro de su esposa, creyó que empezaba á saborear su triunfo.

Pronto se desvanecieron sus esperanzas.

Mistris C....., con ademan majestuosamente glacial, alargó el brazo, y sacudiendo el llamador, dijo al criado:

—Un cubierto más.

Un caballero que estaba casado con una mujer fea, se lamentaba de la pérdida de su hijo, que era único.

Una de esas vecinas que se empeñan en consolar á todo el mundo, le decia:

—Dios es bueno y dará á usted otro, y dos si son necesarios.

—No me diria usted eso, dijo el buen hombre mirando á su mujer, si se hiciese usted cargo de que la medicina es peor que la enfermedad.

El abate Prevot fué nombrado capellan del príncipe de Conti.

—¿Quereis ser mi capellan? le dijo el príncipe sonriéndose.

—Con mucho gusto, monseñor.

—Tened presente que yo no oigo misa.

—Ni yo la digo.

Un individuo casado, hacia más de diez años que pasaba todas las tardes en compañía de su vecina doña Vicenta.

Enviudó, y le aconsejaron sus amigos que se casase con su vecina, puesto que le unia á ella una amistad tan íntima.

—¿No veis que si me caso con ella, decia enfadado, ya no tengo donde ir á pasar las tardes?

Un sabio italiano dijo:

—Cada pedazo de mármol encierra una bella estátua; lo difícil es sacarla.

Antes habia dicho nuestro Tirso de Molina:

¿De qué roble, dime, Aurora,
No sale una imágen bella
Que el mundo despues adora?

Un labrador admiraba el cuadro del infierno que se halla en la iglesia de Toledo.

—¿Qué tal? le preguntó un canónigo. ¿Qué le parece el infierno?

—Me parece bien, pues no veo en él á ningun labrador.

Un francés de los que se quedaron en España en tiempo de la guerra de la Independencia, y que no sabe hablar una palabra en español, decia á un compatriota que acababa de llegar de Francia:

—No te puedes figurar lo torpe que es esta gente; hace cuarenta años que estoy en España, y no he podido conseguir que aprendan el francés.

Un procurador acudió al juez de paz, diciendo que el sastre de portal, su vecino, se reia en sus barbas siempre que pasaba por delante de su casa. El juez dijo al sastre:

—¿Por qué se rie usted cuando pasa el señor?

—Porque el señor se ha empeñado en pasar siempre que yo me rio.

No sabiendo un caballero cómo entablar conversacion con una jóven bellísima que tenia á su lado en uno de los bancos de piedra del Retiro, aprovechó la ocasion de haberse parado un mosquito en el chal de la hermosa.

—Advierto á usted, señorita, dijo, que se ha parado un animal encima de su vestido.

—¡Oh, Dios mio! caballero, dijo la jóven, no veo nada mas que á usted.

Habiendo oido decir un viajero que en la noche inmediata debian atravesar un bosque lleno de ladrones, dijo con aire satisfecho:

—Yo, amigos mios, he tomado mis precauciones, porque para evitar una sorpresa he colocado mi par de pistolas en lo más secreto del baul.

—¡A ese! ¡á ese! gritaba un aragonés corriendo tras un ratero que robó la bolsa á cierta señora que compraba melocotones.

Corrieron hácia él, y diciéndole un guardia municipal:

—¡Date, pedazo de ladron!

Contestó:

—Usted se equivoca; yo no soy pedazo de ladron, yo soy un ladron entero.

Habíanse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó á uno de ellos, que era muy torpe, hacer la puntería, y al verle otro fué á sentarse en el blanco.

—¿Qué haces? esclamaron los demás observando su movimiento.

—Nada, señores, tranquilícense ustedes: tirando este amigo, en ninguna parte estoy más seguro que aquí.

El autor de una comedia nueva no quiso asistir á su primera representacion, temiendo una silba espantosa en el acto tercero.

Cuando creyó que todo habia terminado, se marchó al café, y encontrando un amigo, le dijo:

—¿Han silbado mi comedia en el tercer acto?

—No, no ha sido posible.

—¿Por qué, amigo mio?

—Porque al principiarse el segundo se habian marchado todos los espectadores por no poderla resistir.

Filípidas, el famoso andarin ateniense, que recorria el espacio de quinientos estadios en un dia, es el que llevó á Atenas la noticia de la célebre victoria de Maraton.

Se hallaba todo el Senado reunido, dudoso del resultado de la batalla, cuando entró Filípidas gritando:

—Vencimos.

Y cayó muerto.

Un andaluz tocaba con tal perfeccion la gaita, que le dijo un gallego:

—Caballeru, usted antes de ser andaluz debió ser gallego.

De las Memorias del conde de Evreux copiamos esta aventura:

«Cuando yo era mosquetero estaba un dia en la ópera con algunos compañeros. Tenia precisamente delante un viejecillo que me ocultaba la mayor parte del escenario con su descomunal peluca.

Era yo entonces jóven, travieso y loco; lleno de impaciencia cometí la travesura de sacar unas tijeras y cortar al pobre anciano la parte de la peluca que me estorbaba.

Mis amigos, al ver esta operacion, soltaron el trapo á reir, á punto que alarmaron el teatro con sus estrepitosas carcajadas, llamando la atencion de mi víctima, que con una amable sonrisa en los labios se acercó á mi oido, y me dijo:

—Espero de usted un nuevo favor.

—¿Cuál? pregunté yo riéndome.

—Que á la salida me espere usted en la puerta, y tendré el honor de que me corte el otro lado de la peluca, para que queden iguales.

Estas palabras fueron acompañadas de una risa tan sarcástica, y pronunciadas con tal entonacion, que se me quitó la gana de reir. No creo haber dado nunca prueba de cobardía; pero la mirada del viejecillo era de tal naturaleza, que estuve muy disgustado toda la noche.

Se terminó la funcion. El caballero de la peluca me hizo una seña, y le seguí; recorrimos algunas calles, y cuando llegamos á los arcos del Louvre, me dijo:

—Señor conde, he sido amigo del padre de usted, y solo quiero dar á usted una leccion, que su juventud y atolondramiento necesitan mucho. Es menester que el que insulta en público á un antiguo militar, sepa batirse; vamos..... ¡en guardia!....

No contesté una palabra; estaba tan furioso, que me lancé sobre él como un loco. El viejecillo ni siquiera se conmovió; firme como una estátua de mármol, respondió á todos mis ataques, haciéndome soltar el sable á diez pasos.

—Tómelo usted otra vez, caballero, me dijo con glacial indiferencia, y no se bata usted como los saltimbanquis, sino como un caballero; sereno, y pié firme..... En guardia otra vez.....

—Tiene usted razon.....

Entonces procuré contener mi furor, y me defendí como pude.

—¡Bien, señor conde, bien; así me gusta! decia aquel demonio desapiadado, jugando, puede decirse, conmigo. Despues gritó:

—Basta por hoy..... concluyamos.....

Y al decir esto me atravesó el brazo de parte á parte.

Semejante situacion era horrible. Lo peor de todo es que yo no tenia razon.

Envainó su espada, me sujetó la herida con un pañuelo, y encargó al cochero que nos condujese á los mosqueteros de la calle de Beaume, en cuya puerta se despidió de mí.

Mes y medio duró la curacion de mi herida. Al cabo de este tiempo me levanté, salí de casa á los ocho dias, y me dirigí hácia el café de la Regencia en busca de mis amigos.

Entré; pero aún no habia dado un paso cuando vi á mi lado al viejecillo de la peluca, que poniéndose el dedo en la boca, recomendándome silencio, se acercó á mí, y me dijo:

—¡Pchs! ¡pchs! sígame usted.....

No recuerdo lo que entonces pasó por mi imaginacion; tuve intenciones de aplastarle; pero me contuve, y le seguí. Llegados á los mismos arcos, me dijo:

—Señor conde, ha contado usted nuestra aventura, y se ha divertido usted un poco á mi costa; no soy enemigo de las bromas, y para que no pierda usted la ocasion de reirse, añadamos un segundo capítulo á nuestra historia: señor conde, ¡en guardia!....

—En guardia..... repetí, no sé si colérico ó desesperado.

Nos batimos; pero era tan notable la superioridad suya, que solo el pundonor me detenia la espada en la mano. Me desarmó, y me hirió.

Esto era por Navidad: en Carnaval me hirió por tercera vez, y en Pascua la cuarta.

El maldito viejo era mi pesadilla, mi verdugo, mi no sé qué. Creo, Dios me perdone, que llegué á tener miedo de salir á la calle, pues se me figuraba verle en todas partes.

Ya no iba al café, ni al teatro, ni siquiera al paseo, por temor de encontrarme á mi amigo Psits, como le llamaban mis compañeros.

La suerte, por fin, se compadeció de mí.

Una mañana que estaba yo acostado á las doce del dia,

por miedo de encontrarme en la sala á mi enemigo, se abrió la puerta del gabinete, y entró mi ayuda de cámara.

—Señor conde, me dijo, un jóven trae no sé qué recado del caballero Psits.

El corazon me dió un vuelco en el pecho al oir este nombre.

—¡Un recado suyo!.... ¿es decir que me busca hasta en mi casa?....

—Señor conde, señor conde, soy yo, dijo el mozo del café entrando; soy yo, que vengo á pedirle albricias por la noticia que le traigo.

—¿Qué noticia?

—Que esta noche ha muerto su amigo Psits.

—¡Alabado sea Dios!.... dije yo saltando de la cama.

—Pero ha dejado para vos esta carta.

Abrí la carta con ansiedad, y leí lo siguiente:

—Señor conde, vuestro padre fué un valiente, y fué mi amigo.

Yo le prometí, cuando murió en la guerra, hacer de vos otro valiente, si tenia la dicha de encontraros.

Os he dado varias lecciones, y creo haber realizado mi promesa.

Podeis batiros ya sin miedo con el más diestro tirador: muero contento, y pensando en vos.—*El general Gramunts.*

Volvia un caballero de acompañar al cementerio el cuerpo de su mujer. Le encontró un amigo suyo, y al verle triste y abatido le preguntó:

—¡Ola, señor don Miguel! ¿cómo va ese valor?

—Mal, muy mal; sin embargo, este paseo me ha sentado muy bien.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto;
Catorce versos dicen que es soneto;
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallára consonante,
Y estoy á la mitad de otro cuarteto;
Mas si me veo en el primer terceto,
No hay cosa en los cuartetos que me espante.
Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pié derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho
Que estoy los trece versos acabando;
Contad si son catorce: ya está hecho.

Un caballero tenia la manía de que el criado durmiera en su misma alcoba, para si no se dormia avisarle que se durmiese.

Algunas veces se despertaba, y decia:

—Roque, chico, ¿duermo?

—¡Ya lo creo que duerme usted!

—Bueno; pero, si me despierto, avísame.

Fox habia tomado á préstamo mucho dinero á los judíos, hipotecando en garantía la esperanza que tenia de heredar á un tio muy enfermo y deshauciado por los médicos.

Pero como el hombre propone y Dios dispone, el tio no solo se puso bueno, sino que se casó y tuvo un hijo. ¡Adios, esperanza de los judíos! ¡adios, hipoteca!....

Fox, al saberlo, esclamó:

—Este niño es el Mesías, que viene á destruir á los judíos.....

Se cuentan muchos chistes del conde del Naranjo, personaje que vivió en el siglo XVII.

Conociendo el señor cura su notoria estupidez, le previno un dia que aprendiese, cuando menos, el Credo y los Artículos de la Fé, en la inteligencia, que si no los sabia, no podia aprobarle en el exámen para el cumplimiento de la parroquia.

El conde se retiró á su casa medio desesperado. Como su mujer queria averiguar la causa de su disgusto, le dijo:

—¿Qué quieres que tenga? ¿No es cosa estraña que nuestro cura haya dado en la manía de que todos nosotros hemos de ser teólogos? ¿Cómo ha de confesarse un hombre como yo que no ha estudiado?

Este buen conde fué en otra ocasion á confesarse. Conociendo el sacerdote la rudeza del penitente, le preguntó:

—¿Sabe usted los artículos de la Fé?

—¡Quiá! ¡eso seria mucho saber!

—¿Es posible que un hombre como usted ignore una cosa tan esencial?

—Tiene usted razon, padre; pero he dejado de aprenderlos porque corren rumores de que se van á suprimir.

El famoso Dionisio, tirano de Sicilia, condenó á muerte á un hombre. Lágrimas, ruegos, fueron inútiles; nada fué capaz de conmover aquel corazon de piedra.

—Dionisio, le dijo entonces el reo; te voy á pedir un postrer favor.

—Todo te lo concedo, escepto la vida.

—Tengo mujer é hijos; los negocios de mi casa se hallan harto confusos; mi familia queda completamente arruinada, si no voy yo mismo á arreglarlos.

—Eso es imposible.

—Escucha, Dionisio; yo soy hombre que cumplo mi palabra; si me concedes diez dias, te juro por los Dioses que antes de terminar el plazo me tendrás á tu disposicion.

—Repito que no puede ser.

—Dime; si encuentro un amigo que se encierre en la prision y responda con su cabeza de la mia, ¿me darás, ¡oh rey! la licencia?

—Sí. Te la concedo con esa condicion. ¿Cuántos dias necesitas?

—Diez.

—Si hay alguno que responda por tí, te daré veinte.

Aquella misma tarde estaba el reo viajando y uno de sus amigos en la prision.

Pasaron diez dias, doce, quince, diez y ocho, llegó el veinte, y todo se hallaba preparado para la terrible ejecucion, sin que el verdadero criminal se hubiese presentado.

Dionisio fué á la prision y encontró al encarcelado cantando de muy buen humor.

—¿Sabes qué dia es hoy? le preguntó el rey sorprendido.

—Lo sé, Dionisio; es el veinte.

—¿Sabes á qué hora tendrá lugar la ejecucion?

—Á las doce.

—¿Sabes qué hora es?

—Las once.

—¿Y no temes la muerte?

—Sé que no moriré.

—¿Esperas, acaso, que yo te perdone?

—No; espero que venga mi amigo, y vendrá.

Dionisio contempló lleno de asombro la fé de aquel hombre, y quedó mudo un largo rato.

Sonó la hora fatal; sacaron al reo al sitio de la ejecucion, y Dionisio fué siguiendo el acompañamiento hasta el mismo cadalso. El verdadero reo no se presentaba.

—¿Esperas todavía?

—Sí; espero.

El verdugo afilaba en una piedra la espada homicida que le habia de cortar la cabeza.

De repente se oyó una voz que gritaba: *espera.* Y se vió un hombre que se abria paso por entre la muchedumbre.

—Hélo aquí, dijo Dionisio. Tenias razon; viene.

En efecto, el verdadero reo llegó al pié del cadalso.

—Señor, esclamó, postrándose á los piés del rey. ¡Gracias, gracias!

Despues abrazó á su amigo, y dirigiéndose al verdugo, esclamó:

—Aquí tienes mi cabeza; córtala.

—No; yo os perdono á los dos, añadió Dionisio; pero impongo una condicion.

—Díla.

—Sois dos amigos; quiero que en lo sucesivo seamos tres.

Rufo, senador romano, era mortal enemigo de Julio César; habia hablado muy mal de él antes de que fuese emperador. Viéndole victorioso y en posesion del poder sin oposicion de ninguna clase, temia que César se vengase mandándole castigar.

Uno de los amigos del emperador, que conocia la generosidad y clemencia del heróico corazon de César, le aconsejó que se postrase á sus piés y le pidiese perdon. Hízolo así Rufo, y el emperador le recibió en sus brazos.

Al ver tan inesperado recibimiento, dijo el senador:

—No habrá, Julio, quien crea que me has restituido tu gracia, si no me favoreces con alguna merced especial.

—Pide lo que quieras.

Rufo pidió una cantidad de dinero que el emperador le entregó, diciéndole:

—De hoy más procuraré que no seas mi enemigo, porque me cuesta muy caro el perdonarte.

Plinio aprovechaba de tal modo el tiempo, que un dia que su lector pronunció mal algunas palabras, dijo á un amigo suyo que se las mandó repetir:

—¿Para qué le interrumpes si comprendes lo que quiere decir? ¿No ves que perdemos una docena de líneas?

Francisco I, rey de Francia, vencido y prisionero por los españoles en la memorable batalla de Pavía, al entregar su espada á Cárlos Lanoy, general de Cárlos V, le dijo:

—Recibe la espada de un rey digno de elogio, pues antes de rendirla ha derramado, con ella, la sangre de muchos soldados tuyos.

Lanoy la recibió con mucho respeto, y desciñéndose la suya, la entregó, diciéndole:

—Dígnese V. M. recibir la mia, que no ha querido cebarse mucho en vuestros soldados.

El célebre predicador español Fr. Bernardino de Madrid, era íntimo amigo del duque de P..... que solia chancearse y divertirse con él, como hombres, entrambos, discretos y de claro talento.

Una tarde de un viernes se hallaban reunidos en la celda del reverendo y no podian tomar el sabroso chocolate, porque Fr. Bernardino ayunaba.

—En verdad, Fr. Bernardino, dijo el duque, que la vida de fraile no es nada envidiable. Tanta penitencia y mortificacion, dormir sobre dura tabla, andar descalzo, no llevar

ni siquiera una mala camisa, comer poco y mal, no tener voluntad propia, ni sosiego, ni gusto, es un tormento, en mi concepto insufrible. Si despues de todo esto y del cansado coro, incesante estudio, la pesada tarea del confesonario, del púlpito y de la cátedra, llegase vuestra reverencia á condenarse, por cierto, Fr. Bernardino, que seria una burla muy pesada.

—No hay duda, contestó el reverendo. Lo seria, y mucho. Pero ahora, decidme: Vos habeis nacido en una elevadísima esfera, habeis tenido los mayores empleos de la monarquía, y por muchos años habeis gozado el favor de los reyes. En vuestro magnífico palacio he visto inmensas riquezas, brillantes adornos de esquisito gusto, en fin, una ostentacion digna de un monarca; opípara mesa y abundantes y sabrosos manjares. Sois noble, teneis ricos y numerosos colonos; criados y dependientes á millares; en vuestras cuadras muchos y preciosos caballos; trenes magníficos y numerosos coches. En materia de diversiones os he visto disfrutar convites, bailes, saraos, cañas, toros, teatros y cacerías. Ahora bien, señor: si despues de una vida tan dulce y tan regalada, de una vida de placeres, os fuéseis al cielo, ¿no seria una burla muy pesada, una injusticia bien notoria?

Cornelia, la celebrada hija de Escipion, fué un dia á visitar á una de sus amigas, que gozaba fama de alegre, loca y casquivana. Como Cornelia era mujer honesta, digna y comedida, quiso su amiga herir su orgullo y amor propio enseñándole todas sus alhajas, que eran de inmenso valor.

—Conozco su mérito y su valor, dijo Cornelia; sin que sea jactancia, si tienes la bondad de ir á mi casa, te enseñaré otras mucho mejores.

Llena de curiosidad, fué la amiga, en efecto, á devolver la visita. Cornelia, despues de entretenerla algun tiempo, presentó á sus hijos, que eran doce, y dijo á la dama:

—Mira, estas son las preciosas alhajas que me ha regalado mi marido.

Fué un caballero á hacer una visita á una familia, y como al entrar en la sala notase que habia muchas feas, saludó á la señora, dió una vuelta sobre los tacones, y se marchó. Al ver tal evolucion, el dueño de la casa, alarmado, creyendo que se habia puesto malo ó tenia alguna necesidad apremiante, salió á la escalera, y le dijo:

—¿Qué es esto? ¿Te has puesto malo? ¿Por qué nos dejas así?

—No, no es nada. Hace más de un mes que no salgo de casa por no tropezar con feas en la calle, pero como ahora las veo reunidas en tu casa, aprovecho la ocasion para dar un paseo.

La muerte de Madame de Chateauroux, querida de Luis XV, produjo una profunda impresion en el ánimo de la reina María Leskzinska.

La primera noche no pudo dormir, figurándosela que la difunta volvia.

Fatigada de tantas horas de insomnio y de afliccion, la jóven Boirot, que acompañaba á la reina, le dijo:

—¿Qué tiene V. M. esta noche?.... ¿se siente mala? ¿llamo al médico?

—No, no, hija mia, no estoy mala; pero si la pobre Madame Chateauroux viniese.....

—¡Jesus, señora! ¿Y es esa la causa de tal insomnio?

—Sí, temo verla.....

—Puede V. M. dormir tranquila; si viniese, no sería ciertamente á buscar á V. M.

—Pedidme alguna cosa, dijo un ministro á un hombre.

—Ya he pedido á V. E., y nada me ha dado hasta ahora.

—¡Ah! ¿no ha hecho usted mas que pedirme? Eso es poco.

—¿Pues qué debo hacer?

—Importunarme.

Se quejaban en una reunion de la mujer de un ministro, porque no frecuentaba la casa, como solia antes de su elevacion.

—Les pido perdon, dijo á una amiga que se lo contó, y estoy seguro que no me lo negarian si supiesen los sinsabores que trae consigo el envidiado honor de ser mujer pública.

En una casa de juego hubo una pendencia de resultas de las trampas que hacia el que tallaba.

Un individuo que habia perdido una gran cantidad, se

desesperó hasta el estremo de tirar al tramposo por el balcon á la calle.

Repuesto el descalabrado del susto, fué á buscar á un amigo para que le dijese lo que debia hacer en semejante trance.

—Te aconsejo, le dijo el amigo, que de hoy más juegues siempre en piso bajo.

Pasaban un rio un militar y un cura que llevaba del ronzal á su mula, que temblaba de miedo. El militar, por entablar conversacion, ó acaso por burlarse, dijo:

—Señor cura, ¿por qué tiembla tanto su mula?

—Si tuviese usted, señor militar, contestó el cura sonriendo, una cuerda al cuello, hierro en los piés y un sacerdote á su lado, ¿no temblaria usted mucho más?

Un italiano que vivia en Lisboa, en compañía de cinco paisanos suyos, fué robado. Un amigo suyo se comprometió á descubrir al ladron. Al efecto se presentó por la noche en casa del italiano, y poniendo en medio de la habitacion un puchero que llevaba, dijo:

—He prometido descubrir al ladron que ha robado á nuestro compañero, y lo voy á hacer.

—Trabajo te costará.

—Mirad: dentro de este puchero hay un gallo negro; todos meterán la mano derecha, y sucederá una cosa rara, y es, que cuando la meta el que ha robado el dinero, el gallo cantará, y será descubierto el ladron.

—¿Y eso es verdad?

—Ahora mismo lo vais á ver. Manos á la obra; y apagó la luz.

Todos metieron las manos sin que cantase el gallo.

—Señores, dijo uno, ¿no veis cómo el ladron no está entre nosotros?

—Falta una prueba, dijo el amigo encendiendo la vela; que todo el mundo presente la mano derecha.

Todas estaban teñidas de tinta, menos la del que habia hablado.

—Este es el ladron; porque es el único que no ha metido la mano en el puchero, que en vez de gallo tenia tinta.

Siendo gobernador de Milan el duque de Feria, notó que siempre que hacia centinela un soldado en la puerta de su palacio, se paseaba, repitiendo con frecuencia:

—Ellos vendrán.

Tuvo el de Feria curiosidad de descifrar este enigma, y mandó á un ayudante que le relevase aquel soldado y se lo llevasen á su presencia.

—Decid, ¿qué manía teneis, que tanto repetís:—Ellos vendrán, ellos vendrán?

—Señor, son tonterías con que uno entretiene las horas de guardia.

—Voto á mi nombre que habeis de decirme la verdad.....

—Si os empeñais..... digo, señor, que los que vendrán precisamente son tres: el cabo de escuadra á relevarme; el calor que me quite el frio que tengo, y..... en cuanto al tercero, no me atrevo á decirlo.....

—Yo os autorizo..... decidlo.

—El tercero es otro capitan general que nos pague mejor que vos.

Siendo el ilustre don Juan de Austria capitan general y gobernador de las armas españolas que estaban sobre Barcelona en tiempo de la sublevacion del principado de Cataluña, convocó junta á bordo de la *Capitana*, de todos los jefes de mar y tierra, con el objeto de discutir el medio mejor de estorbar la percepcion de los socorros que esperaban los franceses.

Hubo diferentes pareceres.

Don Enrique de Benavides, general de las galeras de Sicilia, dijo:

—Lo más acertado, señores, es entrarse en sus puertos y apresarles ó quemarles los buques.

—¿Y os atrevereis vos á hacerlo? dijo don Juan.

—Si me he atrevido á decirlo, señor, ¿no me he de atrever á ejecutarlo?

Diósele la órden, y cumplióla con tal suerte, que del puerto de Tolon sacó y quemó con sus galeras setenta buques franceses cargados de provisiones.

Un sugeto que se paseaba por las orillas del Missisipí, que es un rio de corriente muy rápida, preguntó á un aldeano que encontró por casualidad:

—¿Cómo se llama este rio?

—Á fé mia, señor, contestó el rústico, que este rio no es necesario llamarlo, porque demasiado se viene él solo.

Un hombre condenado á horca envió á llamar á un sangrador, diciendo:

—Como nunca me han sangrado, quiero sangrarme ahora, porque dicen que la sangria salva la vida.

Una mujer acusaba á un jóven, su convecino, de que habia abusado de su fuerza en un negocio importante, y no queria por este agravio darle la satisfaccion que correspondia en justicia.

El juez quiso enterarse de los medios de defensa de que la mujer se habia servido en aquella ocasion, y así le preguntó:

—¿Y qué hizó usted por su parte para oponerse al atropello?

—Señor, gritaba como una desesperada.

—Verdad es que gritó, señor juez, repuso el acusado, pero fué despues.

Un prisionero convino con el gobernador de cierta plaza en que se fingiria malo, y seguidamente muerto, para que en aquella creencia depositaran su cuerpo en una ermita fuera de las murallas, donde al instante resucitaria para escaparse.

—No obstante el convenio, fué vendido por el gobernador, quien avisó al general. Dicho jefe dejó representar la comedia, y se trasladó á la ermita al mismo tiempo que llevaban al fingido difunto. Luego que estuvo allí, dijo:

—No quisiera que me acusaran de haber envenenado á un

hombre. Por eso he traido conmigo un cirujano para que abra y registre el cuerpo, y con esto cerraré la boca á la calumnia.

Preparó el cirujano el bisturí; pero al ir á comenzar la operacion , gritó el fingido muerto:

—¡No comenceis la carnicería, que no estoy difunto!

Costóle al resucitado su proyecto un año más de prision, por haber dado con otro más divertido que él.

Leyendo una señorita en el *Diario de Avisos* el anuncio de un profesor odontálgico (dentista), preguntó á un caballero lo que significaba esta palabra.

—Odontalgista, respondió el caballero, es un hombre que se dedica á estraer muelas de los demás, para dar con el producto de esta operacion trabajo á las suyas.

Tres son las especies de casamientos, decia un discreto: de Dios, del diablo, y de la muerte.

De Dios, cuando es entre jóvenes iguales; del diablo, cuando se casa un jóven con una vieja; y de la muerte, cuando una jóven se casa con un viejo.

Predicaba un reverendo padre en cierto lugar, á tiempo que el señor del pueblo les estaba tomando unas cuentas rigurosas, que casi los destruia. Queriendo el predicador concluir su sermon, dijo así:

—Señores, con este lugar acabo.

Se levantó al oir esto un labrador, y en alta voz esclamó:

—Con licencia de usted, padre; quien lo acaba es el señor conde.

—¿Qué le ha parecido á usted mi comedia? decia un jóven literato al pedante D. N., encargado de su censura.

—Me ha parecido tan mal, contestó insolentemente el sábio, que no me he tomado el trabajo de leer siquiera el título.

—Hay una diferencia en las obras de los dos, contestó el jóven.

—¿Y cuál es?

—Que las mias le han parecido á usted malas antes de principiar á leerlas, y las de usted las principié á leer un dia en que quise suicidarme, y encontré que este género de muerte era insufrible.

El famoso médico Sully se moria de una borrachera, y un amigo suyo decia que todo el reino debia sentir la muerte de tan escelente profesor, añadiendo que ninguno le igualaria en el sentimiento.

La mujer de Sully, que se hallaba presente, dijo al caballero:

—En efecto, es usted muy amigo de mi esposo, y más amigo que ninguno, pues de la última borrachera que le ha proporcionado, se halla á las puertas de la muerte.

Tomó entonces Sully la palabra, y dijo á su mujer:

—Mira: este caballero, mi amigo, es el último que me ha emborrachado; pero si yo escapare de esta, será el primero que me emborrachará.

Cansado el alcalde de un pueblecillo en las riberas del Sena de las interminables cuestiones y quejas que producian incesantemente ante su tribunal en contra de sus maridos tontos las mujeres del pueblo, conoció que aquel mal se debia cortar por lo sano, y mandó que todos aquellos á quienes se probase serlo, fuesen arrojados al rio en pena de su poca habilidad para dirigir sus negocios y su familia.

Cuando lo supo la alcaldesa, le preguntó:

—Marido mio, ¿sabes nadar?

—No.

—Pues te aconsejo que aprendas.

Cierta señora dijo un dia á Cartesio:

—Sostiene usted que las bestias son unas máquinas. Está bien. Pero dígame usted: si junto perros con perras, al fin, ¿no resultarán perritos?

—No hay duda, dijo Cartesio.

—Pues bien: siendo los relojes máquinas, como los perros, si pongo juntos muchos relojes, deberán resultar relojitos, segun su doctrina.

—Señora, dijo el filósofo aturdido, los hombres hasta ahora han hecho solo relojes, y es probable suceda lo que usted dice, el dia que hagan relojas.

Gobernando en Cataluña el duque de San German, vacó en uno de los tercios de la infantería española la sargentía mayor, y para su provision interpuso su influjo el maestre de campo general para que se la diese á un recomendado suyo, de pocos servicios.

—No puedo quitársela al capitan más antiguo, dijo el duque, haciendo veinte años que milita en estos ejércitos.

—¡Ah, señor! replicó el maestre, repare V. E. que es hombre cobarde.

Conoció el duque que hablaba el desafecto más que la verdad, y dijo:

—Eso me obliga á dársela, porque no hay con qué premiar al que ha resistido veinte años el miedo.

Cierto general, en el sitio de una plaza, estaba mostrando algunos puestos esteriores de ella, en ocasion que una bala de fusil se le llevó el dedo con que señalaba.

Su valor y su sangre fria fueron tales, que sin demostracion alguna de dolor ni debilidad alargó el otro dedo, y señalando con él, dijo completamente sereno:

—Como iba diciendo, señores, aquel es el punto menos fuerte.

Este es un verdadero valor.

Cuando la escuela gongorina llevó la literatura á un grado tal de ampulosidad é hinchazon, que solo era tenido por buen hablista y buen escritor el que menos se entendia,

llegó á su pueblo en vacaciones un estudiante, furioso partidario de aquel estilo.

Fueron á visitarle el cura y el médico, y creyendo el estudiante que era ocasion de lucirse, llamó á la criada, y para mandarla que acercase leña, porque tenia los piés helados, dijo en culto:

—Aplica, ancila, esos materiales hígneos al consumidor de todas las cosas, pues el mordedor diente de la natura, me supedita el temple de los ambulativos.

El cura y el médico se miraron llenos de asombro; pero el padre, que no era tonto, le dijo:

—Me parece, hijo mio, que la necedad que llevaste á Salamanca en romance, la traes graduada en latin, y te aseguro que mal por mal, mejor la quisiera en canto llano que en contrapunto.

Vivia en Daroca un pobre leñador, que tenia un brazo cortado por el codo, sin que esto le impidiese trabajar (es histórico). Era celoso sobre todo encarecimiento, y como su mujer, jóven y hermosa, se hallase en cierta ocasion embarazada, sospechando no sabemos qué, le dijo un dia:

—Yo te juro por los Santísimos Corporales (es el juramento mayor del país) que si el hijo que pares no tiene el brazo cortado como yo, no lo reconozco como mio, y te mato.

No diré ahora, ni entraré en discusiones sobre si fué un milagro ó nó lo sucedido; pero lo cierto es que la mujer oró ante los Santísimos Corporales, llegó el tiempo natural del parto, y parió.

Era una niña, y esta niña, mujer hoy, pues que vive, nació con el brazo lo mismo que su padre.

Algun tiempo despues, una jóven soltera que tenia dos novios estaba embarazada, y disputaban ellos sobre el derecho á la futura sucesion. El uno, de oficio cordelero, tenia una pierna de palo, y decia á su rival con mucha confianza:

—Mira, Genaro, hay un medio de averiguar la verdad; si el niño que nazca viene al mundo con una pierna de palo como la mia, desde luego lo reconozco y me caso con la muchacha; pero si no sucede así, es claro que es tuyo y debes casarte con ella.

El cordelero no pudo casarse, por no tener la dicha de que saliera á su semejanza.

Para principiar Vitelio dando una idea de su conducta futura, así que llegó á Roma sacrificó públicamente á los manes de Neron, tomándolo por modelo.

Este hecho solo vale por un retrato, si quisiéramos pintar un emperador cruel; pero Vitelio se distinguió todavía más por la gula.

Comia cinco ó seis veces al dia, pero de tal suerte, que en una de estas comidas mandó que pusieran sobre la mesa dos mil platos de pescados, siete mil de aves y todo género de caza.

Estando tres de conversacion en la casa de uno de ellos, se principió á hablar de los fenómenos de la naturaleza.

Uno dijo:

—Yo he visto un hombre que tenia leche en los pechos.

Respondió otro:

—Eso lo hace la naturaleza, para que el hombre, en caso de necesidad, crie sus hijos.

Oyendo esto el dueño de la casa, repitió:

—Señores, bajen ustedes la voz por piedad, pues si mi mujer sabe eso, me hará criar mis hijos, y Dios sabe si los ajenos.

Reprendia uno á su compañero, diciendo:

—No hablas una palabra de verdad.

—Lo que sé decirte es, contestó el otro, que la mayor parte del tiempo la empleo en decir bien de ti.

Un cura de un pueblecillo de Francia acostumbraba predicar á sus feligreses todos los domingos despues de la misa, teniéndolos entretenidos una ó dos horas que duraban, cuando menos, sus interminables sermones.

Un domingo del mes de agosto, en que los parroquianos, uno tras otro, se habian marchado á las eras, el buen cura continuaba, sin embargo, predicando á los bancos, único auditorio que le habia quedado.

Entre tanto, algunos pavos que andaban sueltos por la calle, viendo las puertas de par en par, se entraron en la iglesia á tomar el fresco.

El cura, al verlos, y al observar el desierto en que predicaba, dijo:

—Bien venidos seais, representantes de mis parroquianos,

ya no me quejaré de que no hacen caso de mis palabras, puesto que envian á ocupar su lugar unos comisionados tan dignos de su talento.

Una casada devota, que tenia á su marido en el concepto de poco religioso, con el deseo laudable de que se convirtiese hizo una novena á San Ignacio con los pies descalzos. El pobre marido se murió algunos dias despues, y la mujer con este motivo fué á orar de nuevo delante del santo, y poniéndose de rodillas, esclamó:

—¡Ah, santo mio! ¡cuán bueno sois, pues concedeis mucho más de lo que se os pide!

Una manola, que habia dado una bofetada á un caballero, fué llamada por el celador del barrio, reconvenida y multada en un duro.

—¿En veinte riales tasa su mercé una gofetada mia? dijo la manola al funcionario de policía.

—Sí; porque es un caballero á quien se la has dado.

—¿Y piensa su mercé ser más que el usía?

—Yo no quiero ser más, ni quiero ser menos.

—Pues yo igo lo mesmo.

Y diciendo y haciendo descargó en la mejilla del celador otra bofetada mayor que la primera, y dejando dos duros sobre la mesa, añadió:

—Cuenta redonda; cobre su mercé las dos.

Hallábase agonizando un pobre labrador; fué su hijo á llamar al cura para que lo auxiliase, y estuvo llamando más de dos horas á la puerta. Entró por fin, y el cura le dijo:

—Por qué no llamabas más fuerte?

—Por no despertar á usted.

—¿Qué tiene tu padre?

—Señor, cuando salí de casa lo dejé agonizando.

—Segun eso, dijo el cura, ya habrá muerto, y solo nos resta enterrarlo.

—¡Ah! no señor, nada de eso. Se me olvidaba decir que el tio Anton, el melonero, que estaba allí, me ha ofrecido entretenerlo hasta que usted vaya.

Predicó tan patéticamente en una parroquia el capuchino de la Cuaresma, que lloraron todos los oyentes á lágrima viva. Al decir *todos* nos equivocamos, porque uno de ellos se conservó con el corazon duro como una piedra, y los ojos secos como la arena de un desierto.

—¿Cómo has podido resistir sin llorar? le dijo un amigo.

—¿Cómo quieres que llorase, contestó él, si no soy de esta parroquia?

Enviaron un vizcaino á que comprase repollo, y compró un gallo. El amo le dijo:

—¿Qué traes aquí?

—Señor, un repollo.

—¡Cómo! replicó el amo; ¿si eso es gallo?

—¿Pues tiene acaso más, repollo que gallo? dijo el vizcai-

no. ¡Pardiez! no somos tan tontos para ignorar que un pollo repollo es lo mismo que un gallo.

Una señora que se habia vuelto devota tenia una mesa delicadísima, y uno de los frecuentemente convidados la dijo un dia:

—Señora, usted ha guerreado con el demonio; pero él se ha retrincherado en la cocina, y temo que se fortifique en ella de tal modo, que no se le pueda desalojar.

Durante la guerra de los franceses, en cierto convento de una ciudad pequeña quedaron solos el prior y el cocinero.

Los subordinados no podian ser menos; pero con todo, el prior la echaba de autoridad y se daba tanta importancia, como si tuviese debajo de sus órdenes cincuenta ó sesenta reverendos.

Un dia que el lego se habia cansado ya de tanta impertinencia y de tan poca familiaridad, le dijo:

—Mire, padre, cómo manda y cómo me trata, porque si me hace muchas, lo quito de prior.

—¡Insolente! ¡un lego quitarme de prior á mí! Querria ver cómo.

—Yéndome del convento, padre; porque si lo dejo solo, veremos entonces de quién es prior, sino de las paredes.

Visitando su diócesis un obispo sabio, pero demasiado vivo de genio, encontró un pobre cura, hombre ignorantísimo.

—¿Qué asno de prelado le ha ordenado á usted? le preguntó.

—V. S. I. mismo, respondió el cura sencillamente.

Púsose un dia el loco Juan García sobre el parapeto del puente del Guadalquivir, en Sevilla, diciendo á grandes voces:

—¡Nada, hombre! ¡nada, hombre!

Acudió mucha gente creyendo que se ahogaba alguno, y le preguntaron:

—¿Qué es esto, Juan?

Respondió muy sereno:

—Nada, hombre, nada.

Batió las cataratas un célebre operador á un caballero bastante gracioso, aunque estaba completamente ciego.

La operacion, segun el facultativo, estaba perfectamente hecha; pero, sin embargo, el ciego adelantaba poco en lo que más le importaba, que era la vista.

Visitándolo cierto dia un amigo, le preguntó:

—¿Y qué tal, señor don Veremundo, ve usted algo? ¿se aclara ya esa vista?

—Hombre, yo le diré á usted, contestó el ciego; el señor facultativo dice que veo muy bien; yo por mi parte no dis-

tingo ni siquiera los bultos, pero como no he estudiado cirugía, indudablemente soy yo el que se equivoca.

Hallábase un hombre muy embarazado para conciliar dos Evangelistas. Dice el uno:

«Las tres Marías se levantaron para ir al monumento del Salvador de los hombres, siendo todavía de noche.»

Y el otro dice: «Salido ya el sol.»

Para zanjar la dificultad, imaginó este espediente: «El sol salió antes del dia.»

—Pues es claro, continuó satisfecho de su idea.

Llamaron un médico célebre una noche del verano último para que visitase á una señorita enferma.

Entró por equivocacion en el cuarto de la hermana de la paciente, y como la encontró en cama, le tomó el pulso y ordenó una sangría.

Al salir se encontró con el ama de llaves, y le dijo:

—La señorita se halla bastante desazonada.

—Mire usted que se engaña, replicó el ama; porque la enferma es la otra hermana.

—¿Por qué no me lo dijo usted? repuso el médico; yo estaba distraido, y no es tan fácil como usted cree el conocer si los demás están buenos ó sanos.

Una novia que no llegaba á los quince años, tenia mu-

cha vergüenza de ir á casa de su marido el dia de la boda.

Exhortábanla á ello la madre y la tia, hasta que viendo resistencia, la llevaron contra su voluntad y cerraron tras sí la puerta.

El pobre marido, creyendo de buena fé aquella gazmoñería, le dijo:

—No te aflijas, Julia de mi vida, que yo te juro no molestarte en lo más mínimo, y sobre esto puedes estar tranquila.

—Entonces, dijo ella, ¿para qué he de estar aquí? mejor será que me vuelva con mi madre.

Gobernando á San Sebastian don Pedro Pantoja, gran soldado y de mucha gracia, entraron en el puerto dos bajeles, en que se halló más ropa que la que constaba en el registro.

Dióla por decomiso, y representando las partes que la traian para diferentes regalos en Madrid y personajes de la ciudad, en que se incluia el mismo gobernador, hizo desembarcar los fardos.

Luego, viéndolos sellados con marcas que hacen forma de letras, los fué reconociendo, y los que tenian R., decia:

—Sepárense esos, que son los destinados al rey mi señor.

Á los que P., decia:

—Estos son para mí, pues la P. significa Pantoja.

Los que I:

—Estos son de justicia, de doña Isabel mi mujer.

Y los que S:

—Estos tocan á mi secretario: llévenselos luego.

Dióse cuenta á Madrid por los interesados, á lo que decretó el señor Felipe IV de su real mano.

—«Perdono á Pantoja por el donaire con que ha sabido engañar á los mercaderes, y le advierto que no lo haga otra vez.»

Volviendo un labrador de su trabajo, no halló en casa á su mujer, que estaba en el rio lavando: el deseo de ver lo que hacia cuando fuese muerto, le sugirió la idea de fingir que lo estaba; así es que se tendió en el suelo cuando la oyó abrir la puerta de su casa.

La mujer, creyendo que verdaderamente estaba muerto, no sabia á qué resolverse, si á comer primero, por la mucha hambre que tenia, ó á llorar al difunto marido; pero venciendo el hambre empezó á comer á grande prisa, y apretándole la sed tomó un jarro, y bajando la escalera para ir á la taberna, halló que subia una vecina.

La pobre mujer no tuvo más remedio que volverse, esconder el jarro, y empezar á llorar á su marido á lágrima viva. Al alboroto concurrió la vecindad, y ella todo era decir:

—¿Qué haré yo ahora, desdichada de mí? ¿qué haré?

Pareciéndole al marido que bastaba la burla, abrió los ojos y respondió:

—Lo que has de hacer es ir á beber presto, para que te haga provecho lo que has comido, porque si no te vas á ahogar.

Siendo presidente de una Audiencia de Indias Pedro Pascual, púsole un lisonjero cuatro pes, haciendo de ellas misterioso enigma, que descifrado decia: «Pedro Pascual, Primer Presidente.»

Habia entre los procuradores uno sumamente eficaz y puntual agente de sus defendidos, y como el juez entrase un dia fatigado y lo hallase allí, como sucedia siempre, dijo:

—Señor, no me apure la paciencia; si quiere que lo despache me ha de esplicar lo que dan á entender las cuatro pes que están en aquel cuadro.

—Eso es muy fácil, respondió el procurador; aquellas cuatro pes, dicen: «Pobre Pretendiente, Prepara Paciencia.»

El juez lo despachó; tanto le cayó en gracia aquella agudeza.

Vino á pretender desde Flandes á Madrid el maestre de campo D. N. Cabeza de Vaca, natural de Villarrobledo, y fué tan bien recibido por el Conde-duque, en atencion á sus servicios, que le dijo un dia:

—Cierto que me pareciera mejor, señor maestre de campo, que V. S. descansase, apartándose de la facultad de la guerra, y si gusta, yo le casaré con la señorita doña N., jóven de gran calidad, de muy buena cara y crecido dote.

No lo ignoraba el maestre de campo, y así respondió á la propuesta:

—Señor, venero la honra que merezco á V. E., pero más quiero ser en Villarrobledo Cabeza de Vaca, que en la córte Cabeza de Toro.

En un viaje que hizo de Bruselas á Amberes el emperador Cárlos V, su caballo ó los de su séquito atropellaron y mataron una oveja; el pastor pidió inútilmente una indemnizacion, y se decidió por último á demandar al emperador ante los tribunales.

El juez admitió sin repugnancia la demanda, y el pleito se siguió y sentenció como entre particulares, sin deferencia de ninguna especie.

Este procedimiento disgustó á la córte, que hizo cargo al juez de su conducta, en su concepto improcedente; pero él respondió:

—Que estaba sometido al Emperador, y dependia de él como empleado para ser puesto y repuesto; pero que en los negocios de su tribunal no conocia mas que la justicia; que mil veces que citasen al Emperador, mil veces oiria al que le citase.

Esta respuesta generosa hizo impresion en el espíritu de Cárlos V, y en lo sucesivo empleó á este magistrado en asuntos de mucha importancia.

Un oficial, amigo íntimo del príncipe de Orange, al ir á emprender el ejército una marcha repentina, le rogó encarecidamente que le dijese en confianza el punto á dónde se dirigian.

—¿Me guardareis el secreto? preguntó el príncipe

—Os juro que soy incapaz de faltar á la confianza que hagais de mí.

—Así lo creo. Pero, decidme, si vos poseeis el don de po-

der guardar un secreto, ¿creeis que Dios me haya negado esta gracia?

Un jugador perdió cuanto dinero tenia en la noche de Navidad, y á la mañana siguiente, cuando los amigos, que ignoraban el suceso, le daban las buenas Pascuas, les respondia:

—Así las tengan ustedes.

El alcalde de un pueblo, famoso por su feria de burros, fué comisionado por el ayuntamiento para arengar á Enrique VI. El alcalde no era tonto, pero su arenga pareció pesada á los cortesanos, y uno de ellos, por entretener al rey, burlándose del lugareño, dijo:

—¿Tendreis la bondad de decirme qué precio llevan los burros este año?

El rey se sonrió, el alcalde conoció el papel que se le queria hacer representar, y mirando con desprecio de piés á cabeza al insolente preguntador, le contestó:

—Cuando son de vuestro pelo y de vuestra talla, os aseguro, señor, que nadie los quiere, aunque los ofrezcan á precio muy bajo.

Llegaron dos estudiantes pobres á un meson, y pidieron para cenar huevos pasados por agua.

Uno de ellos, al partir el suyo, encontró dentro un pollo.

—Mira, dijo á su compañero.

—Cómelo pronto, y sin que lo vea el mesonero.

—¿Por qué?

—Porque te hará pagar doble si sabe que te has comido un pollo.

El mancebo hízolo así, y acabada la comida, viniendo el huésped á ajustar la cuenta, dijo el compañero:

—Amigo, pues te has comido el pollo, bien puedes pagar por mí el escote.

—¿Cómo es eso, habiendo comido un huevo cada uno?

—Si no quieres pagar los dos huevos, yo te haré pagar el pollo, y ya verás si sales peor librado.

Un vendedor de escobas gritaba en la feria:

—¡Á cuatro cuartos, á cuatro cuartos las ricas escobas!

Las de igual clase tenian un valor, en la misma feria, de seis y de siete cuartos; por consiguiente la baratura merecia la pena de tenerse en cuenta.

Sin embargo, á poco rato principió á gritar otro vendedor:

—¿Á dos cuartos, á dos cuartos, las ricas escobas?

—Hombre, tú te has propuesto arruinarme, dijo el primer vendedor al segundo. ¿No conoces que no se pueden vender las escobas á dos cuartos?

—Pues gano en ellas, contestó el segundo.

—Eso no es posible, porque, mira, yo robo el palmito, robo la caña, y robo la tomiza, y apenas saco el trabajo de hacerlas.

—¡Pero, borrico! ¿no conoces que yo las robo hechas?

Un caballero, á quien se rogaba asistiese á la tertulia más selecta de la sociedad de un pueblo, se resistia abiertamente porque no iba á ella la mujer que amaba, y como no era prudente fundar en esto su negativa, solia decir:

—¡Oh! no iré á esa tertulia, en la que no se encuentra otra cosa que leños para el fuego.

Era invierno, el círculo se iba ensanchando, y la amada de nuestro caballero aumentó el número de los tertulios.

Entonces, por aquelllo de «la soga trás el caldero,» el buen hombre se presentó inmediatamente.

Antonio, que así se llamaba el criado de la casa, abrió la puerta del salon, y dijo anunciando:

—El caballero N.

La señora de la casa le vió entrar, se sonrió, y dijo en alta voz al criado:

—Antonio, un leño más..... para la chimenea, que se está apagando la lumbre.

Preguntó al sacristan un predicador cuál era el Evangelio que cantaban en la iglesia aquel dia, para no confundirlo con el sermon.

El sacristan dijo uno, y cantaron otro.

Despues el predicador, refiriendo el hecho al auditorio, dijo:

—Ya no he de creer en sacristanes, aunque me digan el Evangelio.

Convidó un caballero á comer á dos amigos un dia en que no se podia comer carne, y antes de que se sentasen á

la mesa, principió á manifestarles su disgusto por no tener pescado ni otra cosa que darles sino huevos. Dijo uno de ellos:

—Amigo mio, con solo huevos se pueden componer platos deliciosos y variados; por consiguiente no te aflijas tanto, que no merece la pena.

—Eso me consuela, contestó el convidado, y así voy á mandar que á cada uno se le dé un huevo, para que os den gusto, haciendo con él todos los platos que más os plazcan.

Un cazador á quien el médico salvó de una grave enfermedad, le regaló en agradecimiento, amen de la paga, una escopeta de valor. Escusábase el médico de admitirla, diciendo:

—Amigo mio, yo agradezco la atencion; pero es una alhaja que de nada me sirve.

—No diga usted eso, le dijo el cazador; tómela usted, que con ella y su habilidad no dejará cosa á vida, yo se lo aseguro.

Algunos estudiantes quisieron burlarse de un labrador, á quien por su aspecto rústico juzgaron muy tosco, y chanceándose con él, le dijeron:

—¿Sabes silbar?

Respondió que sí; y empezó á hacerlo, pero en tono bajo.

Los burlones le dijeron:

—¿Por qué no silbas más alto?

—Porque cuando están cerca las bestias, respondió él, acostumbro siempre á silbar bajo.

Un hombre que iba viajando descansó un dia en un pueblo grande, y paseando por la calle vió una casa hermosa y de diferente arquitectura que las otras: paró la atencion en ella, y dijo á un amigo que le acompañaba:

—¡Hombre, hé aquí una casa preciosa! ¿Si se habrá hecho en este país?

Un estudiante de teología censuraba á otro con mucha ironía por haber citado á San Pablo en el Apocalypsis.

—Bah, bah, respondió: ¿crees que fué equivocacion mia? Quiá, si eso lo hice de intento; ¿no he de saber que San Mateo es el autor del Apocalypsis?

Estando en el convento de Agustinos de Valladolid Cárlos V á oir predicar á Santo Tomás de Villanueva, dijeron á este que bajase pronto porque estaba allí S. M.; á que respondió:

—Decid, señor, que si bajo luego no puedo predicar, y si he de predicar no puedo bajar luego, porque estoy estudiando la palabra de Dios con que he de doctrinar al pueblo.

Oida esta respuesta, la exageraron por desatenta los circunstantes. El Emperador dijo:

—Eso que á vosotros os escandaliza, á mí me edifica, baje cuando quiera fray Tomás, que yo aguardaré gustoso.

Decretó Vespasiano un impuesto sobre la basura que pareció mal á su hijo, afeándoselo mucho, cuando Vespasiano consultó con él como solia; calló el padre, y luego, al recibir el primer dinero del impuesto, se lo acercó á su hijo á las narices, diciendo:

—¿Huele mal?

—No, señor.

—Pues sabe, dijo Vespasiano, que este dinero es producto del impuesto que tan mal te pareció.

Un feligrés visitó á su párroco en lo más cruel del invierno, y advirtiendo que ninguna de sus habitaciones estaba entapizada, le preguntó:

—¿Por qué no cubre usted las paredes para librarse del frio?

El pastor, mostrándole dos pobres que mantenia, respondió:

—Más me complace vestir estos dos pobres, que las paredes.

Á un muchacho alcarreño que vino de aprendiz á una tienda, le preguntaban sus compañeros:

—¿Cuántos mulos tiene tu padre?

—Cinco, contestaba él, con cuatro que se le han muerto.

Un pobre pedia limosna á un soldado, y le decia:

—Dame una limosna por amor de Dios, que yo le pediré por ti.

El soldado le dió algunas monedas, y le respondió:

—Toma y ruega á Dios por ti, que yo no doy mi dinero á usura.

Un tuerto disputaba con un hombre diciendo que veia más que él teniendo la vista clara y hermosa, y apostaron un refresco.

—Pues señor, yo he ganado, dijo el tuerto, porque yo le veo á usted dos ojos y usted ni me ve ni puede verme más de uno.

Tenia un marqués dos hijas, la una gorda, y la otra flaca: la marquesa le pidió con instancia que escribiese á ambas, y él, cediendo á su importunidad, tomó la pluma y escribió á la primera:

—Hija mia, enflaquécete.

Y á la segunda:

—Hija mia, engorda.

Viendo la marquesa que cerraba tan pronto las cartas, le dijo:

—¡Jesus, y qué cartas!

—Bastante tienen que hacer con lo que les encargo si han de cumplirlo, le contestó el marido.

Fué un alguacil en Guadalajara á prender á un zapatero á su casa, y su mujer le defendió de tal manera, dando palos al alguacil, que el zapatero tuvo lugar de esconderse.

El apaleado se fué á quejar al juez, diciendo:

—Señor, una mujer de un zapatero defendiendo á su marido me dió de palos, y esta afrenta á V. S. se hizo, que no á mí.

—Pues si á mí se hizo, yo se la perdono, respondió el juez.

Decia un fanfarron á un hombre prudente á quien aborrecia:

—No temeria á cincuenta hombres como usted.

—Lo creo muy bien, le respondió; porque estaria usted seguro en medio de ellos, aunque uno solo bastase para esterminarlos.

Cogieron á un suizo sin pasaporte á cierta distancia de su campamento. Sentenciáronlo á ser ahorcado, y cuando le llevaban al patíbulo, le dijo el confesor:

—Has cometido una gravísima falta en separarte del ejército sin pasaporte.

El suizo respondió:

—¿Es ese mi delito?

—Ese.

—Pues tengo aquí uno.

—Manifiéstalo luego, infeliz, replicó el confesor.

Entonces el suizo sacó de sn faltriquera el pasaporte, que presentó al confesor, y fué perdonado en el acto.

Aquel hombre caminaba á la horca de muy buena fé, sin preguntar el delito por qué le castigaban.

Decia un viejo:

—Tres cosas se me han acrecentado con la vejez: ver más, poder mas, y mandar mas.

Ver más, porque cada cosa me parece dos con la flaqueza de la vista; poder más, porque cuando me apeo de la mula, arrastro la silla tras mí; y mandar más, porque mando diez veces una cosa, y no la hacen una siquiera.

Estando un labrador al fin de su vida, su mujer se puso de rodillas llorando á los piés de la cama, diciendo con la mayor afliccion:

—Señor mio Jesucristo: suplícote que revoques esta sentencia dada contra mi pobre marido, y que se ejecute en mí. Muera yo, y viva él, para que pueda dar carrera á mis hijos y poner en órden su casa.

El marido respondió:

—Esfuérzate para conseguirlo de Dios, mujer mia, que conmigo conseguido lo tienes.

Tenia un enfermo gran sed, y conveníale beber un jarro de agua para su enfermedad; pero él porfiaba que lo dejáran morir de sed si no le daban vino, que era muy contrario.

En esta situacion acordaron los médicos darle una copa de buen vino, y tras ello un gran golpe de agua. Pero cuando hubo bebido el vino, dándole prestamente el agua, despidióla, diciendo:

—Ya no hay sed.

Un general herido en la rodilla era atormentado por los cirujanos con muchas incisiones, que sufria con paciencia; pero como al fin la perdiese, les preguntó:

—¿Por qué me despedazais con tal inhumanidad?

—Buscamos la bala, le respondieron.

—Hablárais para mañana, replicó el general; la tengo en la faltriquera.

En un sarao brillante que dió Leopoldo en Bruselas, un caballero muy elegante se dirigió á una señora, sin ver con cuidado su fisonomía, y le pidió que se dignára bailar con él. Ella alzó entonces la cabeza y le contestó:

—Caballero, me ha hecho usted unos zapatos tan angostos, que me oprimen mucho y me es imposible bailar.

El príncipe don Baltasar altercaba con un ayo sobre puntos de la leccion, y como pasase el Conde-duque, le dijo su alteza:

—Desatad esta duda, conde, en que disputámos.

—Señor, respondió, huyendo del compromiso, no llevo anteojos y no puedo leer sin ellos.

Venia el rey, oyó lo mismo, y no pudiendo dudar que la razon estaba de parte del que sabia más, dijo con severidad al príncipe:

—Convenceos, rapaz; y pasó.

Entonces el príncipe, volviéndose á su ayo, le dijo:

—Parece que este caballero tampoco lleva anteojos.

Un jardinero de Fernando VI se quejó á S. M. delante de un gentil-hombre que era suizo, de que no podia lograr cosa alguna de sus huertas, y el rey le dijo:

—Hijo mio, siembra suizos, y te nacerán como la ruda.

Poco despues de concluida la paz de Verwins, volvia de caza Enrique IV, rey de Francia, y pasaba el Sena sobre una barca. Viendo que el barquero no lo conocia, le preguntó qué decian de la paz.

—Á fé mia que no la comprendo, replicó el barquero. Hay impuesto sobre todo, y hasta sobre este miserable barco, con el cual apenas puedo vivir.

—¿Y el rey no piensa remediar esos males? dijo Enrique con indiferencia.

—El rey es bastante bueno; pero tiene una querida, á la que regala muchos vestidos y alhajas, y nosotros somos los que todo lo pagamos. Y aun podria pasar si fuera correspondido; pero dicen que no lo es mucho.

Enrique, á quien habia agradado esta conversacion, mandó llamar al barquero el dia siguiente, y le hizo repetir todo lo que habia dicho delante de Gabriela. Irritada la duquesa, quiso hacerlo ahorcar.

—Qué loca eres, dijo Enrique: es un pobre diablo á quien la miseria tiene de mal humor: quiero que no pague ya más por su barca, y verás cómo grita todos los dias:

—¡Viva Enrique! ¡viva Gabriela!

Un maestro protestante esplicaba el *Pentateuco* á los niños: estaba en el artículo de Balaam, cuando un muchacho se puso á reir.

El maestro, indignado, gritó, amenazó y se esforzó en probar que un asno puede hablar, y, sobre todo, cuando está guardado por un ángel armado con espada.

El muchacho reia con más fuerza en vista de las últimas palabras. El maestro, enfurecido, le plantó un par de puntapiés, á lo que el muchacho respondió lloroso:

—La burra de Balaam podia hablar, bien lo creo; pero si hablaba no tiraria coces.

Preguntaba un hombre que deseaba mudar de domicilio:

—Diga usted, portero, ¿cuánto renta este cuarto bajo?

—Diez reales diarios.

—¿Hay condiciones especiales para el inquilino?

—Sí, señor, tres meses en fianza; pero si el inquilino gusta al señorito, un mes nada más.

—Diga usted al señorito que yo daria diez reales por el cuarto, y que no doy un cuarto por él.

Lord Palmerston fué invitado dias atrás á un banquete que le ofreció una municipalidad del Norte de Inglaterra, sin más objeto que el de tener ocasion para oirle pronunciar un discurso político.

Cuando llegaron los postres se brindó por la salud de lord Palmerston, y se le indicó muy claramente los deseos que

tenia la ciudad de oirle; pero el ministro, que así sabe hablar como caballero, segun la oportunidad de los tiempos, se rió de la ocurrencia, y con su habitual franqueza se contentó con decirles:

—Me habeis traido á la memoria una anécdota que se cuenta de Canning.

Este ministro habia sido convidado á un gran banquete dado por el gremio de pescadores, y cuando se le propuso que pronunciase un discurso en contestacion al brindis que se habia hecho por el ministerio, se levantó, procurando avivar la curiosidad del auditorio, y luego dijo:

«Señores, estamos reunidos en un banquete de pescadores, y estos forman un gremio muy poderoso, que debe participar en alguna manera de los hábitos de aquellos con quienes está en más frecuentes relaciones; quiero decir, de los peces. Ahora bien; el pez es el animal de la creacion menos comunicativo, pues es completamente mudo; pero en cambio es el que más bebe. Imitemos, pues, su ejemplo; bebamos mucho, y no digamos una sola palabra.»

Para hacer un prestidigitador una suerte de escamoteo, se dirigió al primer muchacho que encontró entre sus espectadores:

—¿Crees tú que aquella señora que tiene un duro en la mano, lo pueda pasar á tu bolsillo sin moverte de aquí?

—No, señor, no lo creo.

—¿Aunque veas que así se verifica?

—Es que no puede verificarse.

—¿Y por qué?

—Porque no tengo bolsillo.

Bajo una razon de tanto peso, quedó aplastada toda la prosopopeya del prestidigitador.

Dos griegos estaban á la mesa, y comian juntos; el uno habia puesto cinco platos por su parte, y el otro tres: llegó otro griego que pidió le dejasen comer con ellos, prometiendo pagar su escote.

El estranjero comió de todos los platos, y despues de comer sacó fielmente ocho piezas de plata para pagar su gasto.

El dueño de los cinco platos tomó para sí cinco piezas, y dió tres al otro, lo que parece equitativo; pero este dijo que se le diese la mitad de aquella suma, y no pudiéndose terminar esta diferencia amigablemente, comparecieron á la presencia del juez Alí.

Este magistrado decidió que el dueño de los cinco platos no tendria mas que uno.

—Suponed, les dijo, que los ocho platos están divididos en tres partes iguales, haciendo veinticuatro partes, y que todos han comido por igual; el estranjero tiene siete partes del que ha suministrado cinco platos ó quince porciones, y una solamente del que ha puesto los tres platos ó nueve porciones.

Un gallego se quejaba á otro de que le habian robado el caballo.

—Ya veo, le dijo el amigo, que eres muy bestia en no

haber tomado bien las señas de la cara y del vestido del ladron.

—Pero si no estaba en casa, ¿cómo habia de?....

—Pues bien, á lo menos debias haber dejado á uno para preguntarle su nombre, su casa, y el país de dónde es.

Un militar viajaba en coche con una persona muy gruesa que no le dejaba revolverse. La sofocacion era tan grande, que resolvió libertarse de tal compañía, á cuyo fin principió á fingir unas fuertes convulsiones. Viéndolo tan desazonado, le dijo el gordo:

—Pero, caballero oficial, ¿qué es lo que tiene usted?

—No es nada..... nada; se pasará, sí, se pasará.

Un momento despues repiten las convulsiones, y el otro vuelve á preguntarle:

—No es nada, he dicho; no tema usted; el mal no está aun en el grado.....

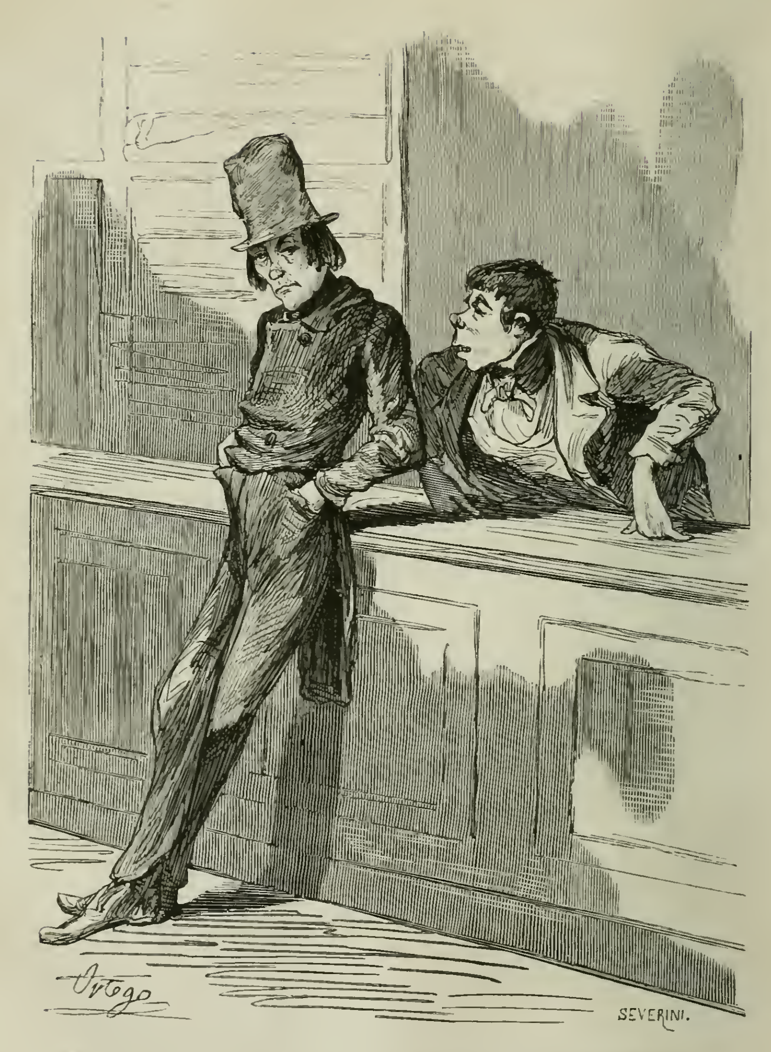
—¡Cómo!.... esplíquese usted; ¿qué mal? ¿qué grado?

—Tuve algunos dias la desgracia de ser mordido por un perro rabioso; me han aconsejado que vaya al mar, y voy á mi pueblo á tomar dinero para hacer este viaje. No es mas que esto.

Aun no habia acabado su relacion, cuando ya su compañero se habia bajado del coche.

—Buen viaje, señor oficial; hace muy buen tiempo, y me gusta caminar á pié para desbastar.

El oficial continuó su camino cómodamente, celebrando su astucia.



¿Sabe Vd. que los ratones se han comido esta noche las orejas de mis zapatos?

Diálogo entre un cesante y un hortera:

Hortera.—¿Sabe usted que los ratones se han comido esta noche las orejas de mis zapatos?

El cesante no responde palabra.

Hortera (alzando la voz).—¿Sabe usted que los ratones se han comido esta noche las orejas de mis zapatos?

Cesante (con calma).—No me sorprende.

Hortera.—¿No?

Cesante.—Lo que podria admirarme seria, que las orejas de los zapatos se hubiesen comido á los ratones.

—Diga usted, doña Mercedes, se puede saber qué lleva usted guardado con ese pañolon?

—Don Lino, si yo quisiera que se supiese, no lo llevaria guardado.

No acordándose un vizcaino de la calle de los Albarderos, preguntaba así por ella:

—¿Cuál es la calle en donde hacen chaquetas á los machos?

Pasando un viajero por un pueblo en una tarde de verano, lo convidó con grande instancia á que se quedase con él un antiguo condiscípulo.

El caminante agradecióle su oferta, pero no quiso admitirla. Prosiguiendo su camino, aún no se habia desviado medio cuarto de legua cuando le cogió una recia tempestad, por cuyo motivo mudó de parecer, y volvió á aceptar el

cortés convite de su amigo. Llegó á la puerta, y llamando, le dijo:

—Me he arrepentido.

—Yo tambien, le contestó el amigo cerrando la puerta.

Y no tuvo más remedio que el de dormir en la calle.

Hablando de un hombre muy pequeño, decia un gracioso:

—Si se llegase á perder el señor don N., que no lo busquen hasta que llueva, que entonces lo encontrarán como alfiler entre piedras.

Confesóse un labrador con un cura, que le dió por penitencia que rezase tres credos.

Al oirlo se echó el labrador á llorar sin consuelo.

—¿Qué es eso, hijo mio? ¿Por qué se aflige usted?

—¡No quiere usted que me aflija, si me manda usted rezar tres credos, y no sé mas que uno!

Un renegado de Marruecos tenia un perro inteligente, al que profesaba un cariño entrañable.

Desgraciadamente en Marruecos tambien se mueren los perros, por muy inteligentes y sábios que sean, y al de nuestro renegado le llegó su hora fatál.

Para honrar hasta cierto punto la memoria de un animal á quien tanto amaba, nuestro renegado convidó á varios amigos suyos, les dió una opípara cena, y á la conclusion cele-

braron los funerales del difunto con todas las ceremonias de a religion mahometana, como si fuera uu creyente.

Llegó esto á noticia del kadí, que sabiendo que el renegado era muy rico y que podia exigirle una fuerte multa, le llamó:

—Os habeis hecho acreedor al más severo castigo por esa impía profanacion, le dijo el kadí. ¿Dónde se ha visto enterrar un perro como si fuese un creyente?

—Me acusais, buen kadí, porque no conocíais el talento, la dulzura y brillantes cualidades del pobrecito animal; si las supiérais, aplaudiérais lo que he hecho, conociendo que no solo merece ser enterrado entre los hombres, sino entre los santones, á quienes ha manifestado una predileccion marcada durante su corta existencia, y mucho más despues de su muerte.

—¿Cómo puede ser eso?

—Aquí teneis la prueba: en su testamento dejó varios legados, todos á personas distinguidas; entre ellas figurais vos con cien zequíes, que os traigo en este bolsillo; tomadlos.

—¡Maravilloso animal! dijo el kadí tomando el bolsillo; no solo habeis hecho bien en enterrarlo como á un musulman, sino que os aconsejo que hagais lo mismo con todos los perros que se os mueran.

En Madrid habia un chicuelo que tenia fama de improvisar una mentira en el acto.

Un inglés que supo la gracia del muchacho, le llamó:

—Te doy un duro, le dijo, si me dices una mentira muy grande, sin pensarla.

—¿Si me ha ofrecido usted dos? dijo el chico con la ligereza del rayo.

—Tómalos, dijo el inglés asombrado.

Un senador romano llevó al Senado á su hijo Papirio un dia que se trataban asuntos de alta importancia. Vuelto Papirio á casa, le preguntó su madre:

—¿Qué se ha tratado, hijo mio, en el Senado?

—No puedo decirlo, madre, porque se ha prohibido.

Esta contestacion despertó más la curiosidad de aquella mujer, que empleó todos los medios imaginables para satisfacerla: viéndose el hijo apurado, conoció que debia contentar á su madre con una ingeniosa mentira.

—Lo que se ha tratado, madre, es si seria más útil para la república dar dos mujeres á un marido, ó dos maridos á una mujer.

Sobresaltada la esposa del senador con semejante noticia, corrió á participarla á las otras damas romanas, y todas juntas se presentaron á las juntas del Senado, gritando:

—Senadores, mirad lo que haceis, porque es mucho más conveniente que una mujer tenga dos maridos; pero sobre todo, un asunto de tal naturaleza no debe determinarse sin oirnos.

Como los senadores no comprendian el motivo del alboroto mujeril, Papirio les sacó del cuidado, contándoles la astucia de que se habia valido para satisfacer la curiosidad de su madre sin comprometer el servicio público.

Alabaron tanto los senadores la prudencia del muchacho,

que le autorizaron para que en adelante pudiese entrar en el Senado, prohibiéndolo, para siempre, á todos los demás jóvenes.

Voltaire, con su gran talento, y con su carácter sarcástico, hablando de las corporaciones científicas, decia, hace más de un siglo:

«La Academia francesa es un cuerpo literario que recibe en su seno á títulos, prelados, altos funcionarios, magistrados, geómetras, y *hasta á literatos y filólogos.*»

En el siglo XVII compareció ante el tribunal la duquesa de Bouillon, calificada de hechicera.

El consejero de Estado, presidente de la Sala, le preguntó:

—¿Habeis visto al diablo?

—En este momento lo veo, contestó la duquesa.

—¿En qué figura?

—Está disfrazado de consejero, preside el tribunal, y es horriblemente feo.

—¿Á dónde vá usted con esta lluvia? preguntó una señora á un caballero que pasaba por debajo de sus balcones un dia que estaba diluviando.

—¡Qué quiere usted, si no tengo otra!

La célebre Gabrieli pidió á la emperatriz de Rusia cin-

co mil ducados por cantar dos meses en el teatro de San Petersburgo: sorprendida la soberana por una exigencia tan descomunal, le dijo:

—Á ninguno de mis fieles mariscales doy un sueldo semejante.

—En ese caso, repuso la Gabrieli, mande V. M. cantar á sus fieles mariscales.

Un estudiante no supo responder á una pregunta sumamente sencilla. Desesperado el catedrático por el obstinado silencio del graduando, llamó al bedel, y le dijo, ciego por la cólera:

—Traiga una arroba de paja, para que almuerce este señor, que ha perdido la palabra por falta de alimento.

—Haga usted el favor de traer dos, repuso el estudiante, porque el señor catedrático almorzará conmigo.

En un teatro de provincia se representaba por primera vez una comedia muy mala, cuyo autor era el hijo del gobernador.

La silba fué tan horrible, que el alcalde que presidia se levantó de su asiento, gritando:

—¿Quién es la causa de semejante alboroto?

—El hijo del gobernador, contestó el público en coro.

Visitaba un médico á un enfermo que tenia calentura y una sed abrasadora que le devoraba.

—Dos grandes males necesitamos combatir, dijo el Hipócrates: la calentura y la sed.

—Cúreme usted la calentura, dijo el enfermo, que la sed yo me la curaré.

En la feria de Mairena, un gitano vendia una mula á un cura.

—¿Tiene algun defecto?

—No mas que uno.

—¿Cuál es?

—Que es muy olvidadiza.

—Si no no es mas que eso, no me da cuidado, porque no la quiero para letrado, ni para que me ayude á misa.

Se cerró el trato. El cura pasó la mano por el lomo del animal, que tiró un par de coces.

—Debia usted haberme advertido semejante defecto.

—¿No le dijé á usted que era muy olvidadiza? Más de un millon de veces le he dicho que no tire coces, y en seguida se le olvida.

—¿No tiene usted frio? preguntó un amigo á otro, que encontró á cuerpo en la Puerta del Sol un dia que estaba helando.

—Lo que no tengo es capa.

Las letras, decia Julio II, en los hombres del pueblo son plata; en los nobles oro; y en los príncipes piedras preciosas.

El cardenal de Este convidó un dia á comer al cardenal de Médicis.

Concluida la comida trajeron dados y se pusieron á jugar con una puesta de diez mil ducados al mayor punto.

Tiró el de Médicis y sacó seis tantos; tiró el de Este é hizo diez; pero tuvo la habilidad de esconderlos, diciendo:

—He perdido.

Su criado le dijo despues:

—Vuestra eminencia ha ganado, pues hizo diez; ¿por qué no los ha enseñado?

—Porque he convidado á Médicis á comer, y no á que pagase el escote.

Un amigo convidó á comer en su casa á un caballero, que habia llegado á Madrid hacia dos dias.

Sea por cortedad de genio ó por otra razon, pedia al enviado por señas que le diese vino.

Cansado el enviado de tantos gestos y misterio, salió fuera del comedor, se puso una capa, y debajo la botella.

Acercándose entonces al caballero, le dijo al oido:

—Aquí está aquello.

—¿Qué es aquello?

—¡Toma! ¡el vino! Como usted me lo pide por señas, creí que no queria que nadie lo supiese.

Pasando en Flándes revista general á sus tropas el Emperador Cárlos V, tomó una pica, y se incluyó con los demás soldados.

Confundidos los comisarios y pendolistas con tal inesperada accion, preguntaron al pasar ante el Emperador:

—Señor, ¿qué nombre y reseña hemos de poner á V. M.?

—Decid que pasa muestra Cárlos de Gante, soldado de la compañía del señor Antonio de Leiva.

De esta manera honró este gran monarca á aquel insigne caudillo, y á todas sus tropas.

El hijo de un malgastador, decia con mucha sencillez:

—¡Vean ustedes qué lástima! Yo tendria siete mil duros de patrimonio si mi padre no hubiese entrado en mi familia. ¿Ha visto usted, hombre?

En todos los cuadros que representan la feliz mansion de nuestros primeros padres, aparece Eva con el pelo largo, muy largo, y Adan pelado.

—Pregunto: ¿quién lo peló?

Y si, como parece indudable, lo pelaron, ¿quién inventó las tijeras? Hé aquí una invencion más antigua que el rascar.

El rey de Prusia tenia un ayuda de cámara que vivia en la mayor estrechez.

Queriendo el monarca aliviar, en parte, la mala posicion de su servidor, le envió una cartera en forma de libro, y dentro de ella un billete de mil duros.

Algunos dias despues le dijo:

—¡Ola, coronel! ¿qué tal le ha parecido la obra?

—Hermosa, inmejorable, con un testo tan interesante, que espero con ánsia el segundo tomo.

Sonrióse el monarca y le envió otra cartera con igual cantidad, pero con un rótulo qne decia:

«*Esta obra solo tiene dos tomos.*»

Si quieres murar á Castilla y hacerla inespugnable, decia Fernando V á Isabel la Católica, regálala á los monges Gerónimos.

Estando Agesilao, rey de Esparta, jugando con sus hijos, un cortesano se quedó asombrado de verle montado en una caña, acompañándole en sus pueriles juegos.

Conoció el rey la admiracion de aquel hombre, y parándose, le preguntó:

—¿Tienes hijos?

—No, señor.

—Pues hasta que no los tengas no formes ningun juicio sobre lo que acabas de ver.

Uno que no se casaba, decia:

—Si mi matrimonio está escrito en el cielo, debe estar escrito en la última hoja del libro.

Habia entre los guardias de Corps de Federico, rey de Prusia, un cabo muy valiente, pero tan vanidoso, que no

teniendo reló, puso una bala al estremo de una cadena para fingir que lo llevaba.

Llegó esto á conocimiento del monarca, que quiso castigar su loca vanidad.

—Es fuerza que seas un hombre muy económico, pues con una paga tan corta has podido ahorrar para comprar reló: vamos, dime, ¿qué hora es?

El militar, sin turbarse, echó mano á la cadena, y sacando la bala:

—Señor, dijo, llevo este reló porque me recuerda á todas horas que debo estar dispuesto á morir por V. M.

El rey, enternecido, le dió uno de sus relojes, diciéndole:

—Toma este para que puedas saber la hora en que mueras por mí.

Un embajador español, hablando con Enrique IV, ponderaba mucho el poder de su rey.

El monarca francés, colérico, dijo:

—Todo eso será cierto; pero si un dia monto á caballo, iré á desayunarme á Milan, á oir misa á Roma, y á comer á Nápoles.

—Señor, añadió el embajador, si V. M. va tan de prisa, podrá tambien, en el mismo dia, oir *las Vísperas Sicilianas.*

Una vieja regaló á un caballero, á quien amaba, una magnífica casa en Madrid.

Una sobrina de la anciana, presunta heredera, jóven,

linda y graciosa, encontró al caballero en la calle, y le dijo:

—¡Vaya, que no le ha costado á usted muy cara la finca que acaba de adquirir!

—Es cierto, señorita; pero una vez que sabe usted el precio, no tengo inconveniente en cedérsela por el mismo.

Estaba dando algunas funciones, en una poblacion de Galicia, una compañía de zarzuela de muy malas condiciones artísticas. El alcalde, que era un gran aficionado al teatro, deploraba la mala ejecucion de todas las obras que se ponian en escena. Un dia mandó llamar al empresario, que era el director de orquesta.

—Mandé llamar á usted para decirle, que el público está descontento de la compañía por lo mal que trabaja. Dicen que todas las noches asisten á una cencerrada. Los cantantes por un lado, la orquesta por otro.....

—Pues lo que es la compañía no puede ser mejor; casi todos los artistas han estado en Madrid; el tenor está en tratos con Gaztambide; ¡y lo que es la tiple!.... ha sido corista del Teatro Real. ¡No le digo más!....

—Bien; pues entonces, ¿en qué consiste tal desman?

—En la orquesta.

—¿De veras?

—Figúrese que casi todos son músicos aficionados, que tienen sus oficios, y no pueden asistir á todos los ensayos; no van mas que á alguno que se hace de noche, y eso muy tarde.

—¿No les paga usted?

—Sí señor.

—Pues de hoy en adelante yo mismo en persona asistiré á los ensayos, y juro á mi nombre que meto en la cárcel al que me falte á uno.

Al dia siguiente hubo ensayo: el alcalde se hallaba en su palco.

En un concertante hubo un desentono horrible; paró la orquesta.

—Cuidado, señores, que es bemol, dijo el director de orquesta.

—Si falta el bemol, ¿cómo ha de salir bien? añadió un músico.

—Muchacho, dijo el alcalde muy colérico, dirigiéndose á un alguacil; ves á casa del señor Bemol, y llévale á la cárcel.

Los griegos eran muy aficionados á las representaciones mímicas.

Helas, discípulo de Pílades, ejecutaba en el teatro una escena que acababa con estas palabras: *El grande Agamenon.*

Para espresar esta idea por medio de la accion, se puso de puntillas y alargó el brazo como si hubiese querido coger alguna cosa que estuviese en alto. Pílades, que estaba presente, le gritaba desde las gradas del teatro:

—Nos pintas á Agamenon muy alto, pero no grande.

El público pidió entonces que Pílades ejecutase la misma escena. La ejecutó. Cuando llegó al paraje criticado, se puso en actitud de un hombre sumido en profundas reflexiones,

queriendo dar á entender que la prudencia es el carácter distintivo de la verdadera grandeza.

Dos cazadores, compadre y ahijado, se contaban un dia sus mútuas proezas y los fenómenos que en la caza habian contemplado.

El ahijado, viendo que no conseguia asombrar á su compadre, quiso darle el último golpe.

—Compadre, le dijo, yo he visto una liebre que no habia galgo que pudiera alcanzarla: figúrese usted que tenia, además de sus cuatro patas naturales, otras cuatro sobre las costillas, de modo que cuando se cansaba de correr de un lado, se volvia del otro.

—Muchas de esas he cazado yo, respondió el compadre imperturbablemente.

—¿Cómo? preguntó su contrincante asombrado.

—Atando dos galgos por el lomo.

Acostumbraba un artesano, cuando queria confesarse, dar de palos á su mujer: preguntáronle el motivo, y respondió:

—Como no me suelo acordar de todos mis pecados, por eso apaleo á mi mujer, pues ella tiene muchísimo cuidado en recordármelos todos con la mayor puntualidad.

Mandó un oficial á su asistente que para cenar le tuvie-

se dispuestos un par de huevos pasados por agua. Llegó la hora, y el oficial cenó; pero los huevos estaban duros. Repitióse á la noche siguiente la misma escena, y el amo se impacientó y reprendió á su servidor. La tercera noche los huevos estaban, si es posible, más duros.

El oficial perdió la paciencia, y esclamó:

—Es así como cumples mis órdenes?

—La culpa no es mia, señorito, la culpa no es mia; dos horas y media han estado cociendo: si no están blandos consistirá en que no son de buena calidad.

Un caballero muy pequeño, yendo de viaje, adelantóse mucho á sus criados. Preguntaron los mozos á un caminante:

—¿Va lejos un caballero así y así? dándole las señas.

—Hombre, contestó el caminante, caballero no he visto; pero ahí delante topé un caballo que llevaba un sombrero sobre el arzon y unas botas colgadas de la silla; el caballero ha debido perderse.

Dos pueblos pequeños eran enemigos acérrimos, como buenos amigos, y los habitantes de uno y otro estaban en una guerra contínua, hasta el estremo de organizarse en pelotones y salir al campo los dias de fiesta á batirse desesperadamente.

Un dia los dos bandos salieron armados hasta los dientes, con ánimo de tragarse los unos á los otros, ó reducirse á polvo, cuando menos.

—La tuya es mejor.

Se dió curso á la del ministro.

Concluido el consejo, el ministro, demasiado previsor, arregló su equipaje y se despidió de sus amigos, diciendo que se marchaba de Lisboa.

—¿Y por qué abandonas la córte? le preguntó uno.

—Porque el rey no me puede querer, pues sabe que tengo más talento que él.

Luis XIV oyó hablar de lord Stais como de una persona muy fina y perfectamente educada; nunca habia cometido una falta de cortesía.

—Yo le pondré á prueba, pensó el monarca, que era voto en la materia.

Algunos dias despues, S. M. convidó al lord á paseo. Abierta la portezuela del coche:

—Subid, milord, dijo el rey.

Lord Stais obedeció, y entró el primero.

—No se equivocan, esclamó el rey, cualquiera otro hubiera hecho mil resistencias, y me hubiera desobedecido por cortesía.

En 1598, un destacamento de franceses, mandado por Lesdigmdieres, atacó la torre de Moyrana.

Abrió una brecha, é intentó un asalto, siendo rechazado con intrepidez y arrojo.

En lo encarnizado de la pelea, un atrevido trompeta subió por una de las escalas, llegó al sitio más elevado de la torre, é hizo sonar el toque de carga, esparciendo la conster-

—Señores, atengámonos al sistema de Ptolomeo, que está fundado en la escritura.

Y colocando el plato en su primera posicion, añadió:

—Dejemos el mundo como está.

San Nicolás de Tolentino habia hecho voto de no comer carne en su vida; pero en cierta ocasion estuvo tan enfermo, que el prior le mandó, bajo pena de santa obediencia, que se comiese una perdiz. El santo obedeció, y se sentó á la mesa. Dudando cuál seria mayor pecado, si quebrantar el voto ó desobedecer al superior, rezó y rogó á Dios que le sacase de la duda.

La perdiz asada se puso de piés en el plato ,y se fué volando.

Refiriendo en el púlpito este milagro un fraile de mucha chispa, dijo:

—¡Inmenso y grande fué el prodigio, hermanos mios! pero no lo es menos el haberse ablandado el corazon de un prior, hasta el estremo de mandar que diesen perdiz á un fraile enfermo.

Alonso V de Aragon, llamado el Grande, fué un dia á visitar la tienda de un diamantista.

Despues de haber visto todas las joyas, él y sus cortesanos compraron algunas y se marcharon.

Apenas el rey habia dado algunos pasos en la calle, cuando el dueño de la tienda salió á quejarse de que le habian robado una piedra preciosa de mucho valor.

El uno avanzaba, no sabemos si por más valiente ó por más cobarde, y el otro esperaba quieto, tal vez por más prudente.

Como siempre adelanta el que camina, los pelotones del pueblo agresor llegaron á la vista de sus enemigos, y entonces estos, cuando los vieron cerca, se levantaron como movidos por un resorte, y concentrando todo su espíritu y todo su valor en las piernas, huyeron como liebres al disparo de un fusil, arrojando las escopetas, los sombreros y zapatos, para dar más brillante prueba de su ligereza.

Cuando estuvieron en la plaza de su pueblo, con carros, parapetos y fosos en las bocas-calles, dijo el cirujano al que mandaba la fuerza:

—¿Pero no tiene usted vergüenza de haber huido?

—Pero venga usté acá, infeliz, contestó el comandante: ¿cá bia dacer si venian toitos juntos? Eso no vale. ¿Por qué no han venio uno á uno? Entonces no hubiéramos juio naide. ¿No le paece á osté?

Cenaban cuatro amigos. En la mesa habia una polla que debia repartirse en cuatro partes iguales. La cosa se hizo de manera que el más jóven vió en su plato el esqueleto del ave desnudo de carne. No sabiendo cómo cambiar el plato, hizo rodar la conversacion sobre el sistema del mundo, y esplicó la hipótesis de Copérnico:

—Figúrense ustedes que la tierra gira alrededor del sol con el mismo movimiento que doy á este plato. Y puso su plato delante de su vecino de la derecha.

El vecino conoció la treta, y replicó:

mientras el monarca estaba cenando. Dominico parecia mirar con especial interés un plato de perdices; el rey lo notó.

—Dad ese plato á Dominico, dijo el soberano.

—Señor, preguntó el actor, ¿y las perdices tambien?

—Las perdices tambien, contestó el soberano sonriéndose.

Dominico ganó un plato de oro y un par de perdices.

Un empleado del Museo de Oxford enseñaba varias preciosidades á algunos caballeros, llamándoles la atencion sobre una espada vieja y mohosa.

—Aquí tienen ustedes, les dijo, la espada con que Balaan queria matar á su burra.

—Advierto á usted que Balaan no tenia espada, repuso uno de los presentes, sino que deseaba tener una.

—Es igual; esta es la espada que él deseaba tener.

—¿Cuánto pesa la humanidad de Cristo? Preguntó un provisor á un individuo que se estaba ordenando.

—¿Me dá V. S. tiempo para contestar?

—¿Para qué necesita usted el tiempo?

—Para informarme de José y Nicodemus, que fueron los que le bajaron de la Cruz.

Un rey de Portugal mandó á su ministro que escribiese una carta para el Papa, escribiendo el mismo monarca otra con el objeto de enviar la que estuviese mejor redactada. Leyeron las dos, y dijo el rey:

—La tuya es mejor.

Se dió curso á la del ministro.

Concluido el consejo, el ministro, demasiado previsor, arregló su equipaje y se despidió de sus amigos, diciendo que se marchaba de Lisboa.

—¿Y por qué abandonas la córte? le preguntó uno.

—Porque el rey no me puede querer, pues sabe que tengo más talento que él.

Luis XIV oyó hablar de lord Stais como de una persona muy fina y perfectamente educada; nunca habia cometido una falta de cortesía.

—Yo le pondré á prueba, pensó el monarca, que era voto en la materia.

Algunos dias despues, S. M. convidó al lord á paseo. Abierta la portezuela del coche:

—Subid, milord, dijo el rey.

Lord Stais obedeció, y entró el primero.

—No se equivocan, esclamó el rey, cualquiera otro hubiera hecho mil resistencias, y me hubiera desobedecido por cortesía.

En 1598, un destacamento de franceses, mandado por Lesdigmdieres, atacó la torre de Moyrana.

Abrió una brecha, é intentó un asalto, siendo rechazado con intrepidez y arrojo.

En lo encarnizado de la pelea, un atrevido trompeta subió por una de las escalas, llegó al sitio más elevado de la torre, é hizo sonar el toque de carga, esparciendo la conster-

—Señores, atengámonos al sistema de Ptolomeo, que está fundado en la escritura.

Y colocando el plato en su primera posicion, añadió:

—Dejemos el mundo como está.

San Nicolás de Tolentino habia hecho voto de no comer carne en su vida; pero en cierta ocasion estuvo tan enfermo, que el prior le mandó, bajo pena de santa obediencia, que se comiese una perdiz. El santo obedeció, y se sentó á la mesa. Dudando cuál seria mayor pecado, si quebrantar el voto ó desobedecer al superior, rezó y rogó á Dios que le sacase de la duda.

La perdiz asada se puso de piés en el plato ,y se fué volando.

Refiriendo en el púlpito este milagro un fraile de mucha chispa, dijo:

—¡Inmenso y grande fué el prodigio, hermanos mios! pero no lo es menos el haberse ablandado el corazon de un prior, hasta el estremo de mandar que diesen perdiz á un fraile enfermo.

Alonso V de Aragon, llamado el Grande, fué un dia á visitar la tienda de un diamantista.

Despues de haber visto todas las joyas, él y sus cortesanos compraron algunas y se marcharon.

Apenas el rey habia dado algunos pasos en la calle, cuando el dueño de la tienda salió á quejarse de que le habian robado una piedra preciosa de mucho valor.

Volvió á entrar el monarca con todo su acompañamiento, é inmediatamente mandó poner encima del mostrador un gran barreño lleno de salvado, cubierto con un paño, y dijo despues á su servidumbre:

—Han robado una piedra á ese hombre; no quiero conocer al ladron, porque me veria precisado á castigarle con severidad. Metamos todos las manos uno por uno en pos de otro en este barreño, y el que lo haya robado que lo deje.

En seguida metió la mano cerrada el rey y la sacó abierta, enseñándola á todos.

Sus cortesanos hicieron lo mismo.

Se registró despues el salvado, y se encontró la piedra sin menoscabo de la honra y reputacion de nadie.

Unos carniceros se quejaron al corregidor de una poblacion de Andalucía, de que los ganaderos y labradores no concurrian al mercado con bastantes reses, siendo imposible el abasto, y suplicando tomase alguna providencia.

El corregidor formuló un espediente, que empezaba de esta manera:

«Sobre la queja que los carniceros nos dan, alegando para no cumplir con los abastos de carnes que no vienen al mercado bastantes reses vacunas, y con el objeto de que estas no falten nunca, hemos resuelto constituirnos en dicho mercado, etc.»

Dominico, célebre actor del teatro francés, muy aplaudido en el reinado de Luis XVI, se hallaba un dia presente

En aquella época fué preso, y no encontrando los jueces pruebas suficientes para condenarle, consultaron á los ídolos: unos dijeron que era ladron, y otros que no. En virtud de semejante variedad, siguiendo la parte piadosa, le dieron libertad.

Con el tiempo llegó á ser rey, y entonces, á los oráculos que habian dicho que era ladron, los enriqueció con regalos y ofreció á los ídolos reverentes cultos, porque hablaron la verdad; pero á los oráculos que dijeron que no era ladron, no tan solo les negó todo culto, sino que, como á embusteros y encubridores de la maldad, mandó destruir sus templos.

Un comerciante tenia un hijo que le robaba todo el género. No encontrando remedio para semejante mal, trató de transigir y entrar en avenencia.

—Escucha, Juan, le dijo el padre un dia. Así como vendes á otros por bajo precio lo que me robas, ¿por qué no me lo vendes á mí?

—Pues bien, hágase usted cuenta que le he robado aquella pieza de paño. ¿Cuánto me da usted por ella?

—Veinte duros. Tómalos.

—Démelos usted; pero yo le prometo no volver á venderle nada, porque compra usted muy barato.

Un literato de mucha flema no hallaba modo de reñir á un criado suyo que lo merecia, y se fué hácia su biblioteca. Una hija suya le preguntó:

—¿Á dónde va usted, papá?

—Voy, le respondió, á buscar un tratado de cólera que me enseñe cómo haré para encolerizarme.

Un hombre entró en la iglesia á tiempo que el cura entonaba el *ite, missa est.*

—¡Bravísimo! esclamó: si me descuido un poco me quedo sin misa.

Viniendo Felipe II de Valencia, le sorprendió una copiosa lluvia en el camino, y fué tanta su duracion, que se vió obligado á pedir un albergue en la alquería de un labrador llamado Pedro Carrasco.

El rey pasó la noche con mucha comodidad, y le sirvieron una cena opípara y delicada, como no podia esperar en semejante sitio.

Muy satisfecho del hospedaje, llamó por la mañana al labrador, y le dijo:

—Por el escelente recibimiento que me has hecho y magnífico hospedaje que me has dado, conozco, Pedro, que amas á tu rey; por lo tanto estoy dispuesto á concederte la gracia que me pidas. Habla.

—Señor, respondió Pedro, un hombre como yo no tiene más ambicion ni más esperanza que una buena cosecha; si en mano de V. M. está el poder dármela, eso pido únicamente.

—Los reyes no pueden hacer que las cosechas sean buenas, ni malas, porque eso depende de las lluvias, que no están en nuestra mano.

nacion entre los dos, que inmediatamente se precipitaron en los fosos.

Nicostrato, orador griego, contemplaba inmóvil el retrato de Elena, hecho por el célebre Zeuxis.

—¿Por qué admiras tanto ese retrato? le preguntó uno.

—Para saberlo era menester tener mis ojos, contestó Nicostrato.

Es tal el calor que hace en Siam, que allí nadie tiene idea de lo que es el agua helada.

Se cuenta que un embajador francés referia al rey de Siam varias particularidades de Europa.

—En Holanda, decia, hay una época muy fria del año, en que el agua se hiela.

—¿Y qué es helarse el agua?

—Es, señor, hacerse dura y sólida como si fuese de piedra.

—Eso no puede ser.

—Lo es , señor, y tanto, que en algunos paises podrian ir por encima de los rios los elefantes cargados, y hasta los carros.

—Señor embajador, repuso el rey, hasta ahora habia creido todas las cosas estraordinarias que me habeis contado, porque os tenia por hombre grave y honrado, pero despues de lo que acabais de decirme, ya no me cabe duda de que sois un embustero.

Ofendido Alejandro Magno de que no le hubiese presta-

do obediencia una ciudad de Asia, se acercó á sus murallas resuelto á reducirla á cenizas. Salió á recibirle un filósofo que habia sido su maestro, creyendo que su ruego templaria el furor de aquel príncipe.

Alejandro, conociendo á lo que venia el filósofo, le dijo:

—Te doy mi palabra, y te juro por los dioses, que no haré lo que me pidieres.

El sábio contestó entonces:

—Señor, suplico humildemente que destruyas esta ciudad, tu enemiga, sin perdonar ni sus almenas, en justo castigo de lo que te ha provocado.

Quedó Alejandro confuso, viéndose cogido por su maestro; pero sin vacilar un momento, repuso:

—He caido en mis propias redes, pero no faltaré á mi palabra: la perdono.

Filipo, rey de Macedonia y padre de Alejandro Magno, se deslumbró demasiado despues de la victoria de Cheronea; pero no tardó mucho tiempo en conocer que los sucesos prósperos ó adversos de la fortuna, no deben enorgullecer á los hombres verdaderamente grandes.

A fin de evitar un nuevo deslumbramiento en medio de su gloria, mandó que por la mañana se pusiera un esclavo en la puerta de su alcoba, repitiéndole todos los dias:

—¡Levántate, rey, y piensa que no eres mas que un miserable mortal!

Un rey de Egipto habia llegado á tan alta dignidad, principiando por ser capitan de ladrones.

que tenia razon, conviniendo que no habria reinado más que cincuenta y cuatro años.

Un tercero que oia la cuestion, sin tomar parte en ella, le dijo despues:

—¡Querias que yo perdiese un amigo por dos años más ó menos del reinado de Augusto!

Aníbal tenia en su poder muchos soldados romanos prisioneros.

Uno le pidió licencia para ir á Roma, haciendo antes juramento de volver á la prision.

Con esta seguridad se la concedió.

Juró el soldado, y se despidió de sus compañeros; al poco volvió, fingiendo que se le habia olvidado alguna cosa, y diciendo para sí:

—He jurado volver, pues bien, ya he vuelto.

Y partió para Roma con la conciencia muy tranquila.

Pero cuando el Senado lo supo, le hizo comparecer; convencido de esta simulacion, fué castigado por los romanos y enviado despues, cargado de cadenas, á poder de Aníbal, declarando infame la astucia, en que, en un caso como aquel, se pisoteaban la fé pública, la religion y la verdad.

Un arzobispo viajaba en un coche del ferro-carril, en compañía de un comisionista francés, hombre jovial y decidor, que divertia á sus compañeros de viaje con chistosos cuentos y chascarrillos.

—Apuesto, monseñor, á que no sabeis la diferencia que existe entre un arzobispo y un burro, dijo el comisionista francés.

—Hay tantas, contestó uno de los padres que acompañaban al prelado, que no es fácil marcar una.

—La principal, repuso el comisionista, es que el burro lleva la cruz sobre la espalda y el arzobispo en el pecho.

—¿Y qué diferencia hay, dijo entonces el arzobispo, entre un comisionista y un burro?

Quedóse el comisionista muy meditabundo: despues de una larga meditacion, contestó:

—No encuentro ninguna.

—Ni yo tampoco, dijo el prelado.

Federico Morel estaba traduciendo á Libanio, cuando entró la criada muy agitada, gritando:

—Señor, el ama se ha puesto muy mala.

—Voy corriendo, contestó Morel, no me falta más que un párrafo.

Á poco rato volvió la criada.

—¡Señor, el ama se muere!....

—Voy volando; no me faltan más que dos palabras.

A los cinco minutos volvió la criada.

—¡Señor, el ama se ha muerto!....

—¡Demonio! ¡Lo siento, porque era muy buena mujer!....

Y siguió escribiendo.

—Entonces pediré á Dios esa gracia.

—Y de las cosas que dependen de los hombres, ¿no quieres algo? ¿Necesitas riqueza? te la daré. ¿Honores? los tendrás. ¿Tienes hijas? yo te las casaré.

—Honores, señor, no necesito, ni quiero otros que la tranquilidad de mi conciencia; riqueza tengo la bastante; en cuanto á mis hijas, las casaré yo mismo, y creo que serán más dichosas.

—Pues yo quiero concederte una gracia, repuso el monarca.

—Yo pediré á Dios que derrame beneficios sobre V. M., y le dé largos años de vida.

—¡Bien, bien! ¿Y para ti?

—Para mí le pediré que yo no vuelva á ver á V. M. en la tierra, sino en el cielo.

Montado sobre una burra flaca, llevaba un labrador al molino un saco de trigo.

Como el pobre animal se cansase por el esceso de la carga, el labrador se puso el saco en el hombro, y siguiendo de esta manera montado en la burra, la espoleó fuertemente diciendo:

—No te puedes quejar, puesto que yo llevo el trigo.

Felipe II habia señalado una renta de cuarenta mil ducados, que no pagaba, á su famoso matemático y arquitecto Jácome de Trezzo.

Quiso el monarca un dia que le arreglasen unos relojes; le mandó llamar tres ó cuatro veces; Jácome no se presentaba en Palacio.

Cansado el soberano, ó, mejor dicho, enojado envió un oficial con órden terminante de no separarse de él hasta llevarle á su presencia.

Trezzo se presentó delante de Felipe II.

—Jácome, le dijo el rey, ¿qué pena merece el criado que no se presenta cuando le llama su señor?

—Merece que le pague todo lo que se le debe, y se le despida en seguida.

Enrique IV de Francia regaló un anillo á una dama de palacio, diciéndole:

—¿Por dónde se va á tu cuarto?

—Señor, respondió la jóven, por la iglesia.

La mujer mal tocada, ó es hermosa ó muy honrada.

Más vale un rato de sol que una libra de jabon.

Cuestionaban dos amigos acerca del tiempo que Augusto César habia reinado.

El más sábio decia que cincuenta y seis, y el otro que cincuenta y cuatro.

Como la disputa tomó un color muy alarmante, cedió el

Preguntando á Ciceron qué discurso de Demóstenes le agradaba más, contestó;

—El más largo.

Luis XV pasó revista á sus tropas, y las hizo maniobrar en un campo, asolando y devastando los sembrados de un labrador, que viendo tan atroz destrozo se puso á gritar:

—¡Milagro!..... ¡milagro!....

Unos soldados le preguntaron:

—¿Por qué grita así? ¿Dónde está el milagro?

El labrador, sin hacer caso, siguió gritando:

—¡Milagro!.... ¡milagro!....

Llegó á oidos del rey, que hizo llevarle á su presencia.

—¿Por qué gritas milagro?

—Señor, porque habia sembrado en esta tierra melones, y han nacido soldados.

Agradó tanto al rey la ocurrencia del labrador, que le mandó pagar daños y perjuicios.

El dia de la primera representacion de la ópera *Il Crociato*, en 1825, tuvo lugar una singular apuesta entre Meyerbeer y Rossini.

El primero, muy preocupado con la obra, temia el resultado. Habia conseguido que fuese admitida en el teatro de la gran Opera, y cantada con los coros del mismo, aunque las partes fuesen italianos.

En uno de los últimos ensayos del célebre maestro, encontró á Rossini, que le dijo, dándole un abrazo:

—¡Bravo! ¡se te prepara un triunfo!

—¡No lo creas! Más bien me temo una derrota.

—¡Bah! ¡Te chanceas!

—Hablo formal.

—Pues bien, yo apuesto por el triunfo.

—¿De veras?

—Créeme.

—Pues apuesto cien luises.

—Acepto.

La noche de la representacion tomó Rossini una butaca, y contra su costumbre se presentó elegantemente vestido.

El insigne maestro italiano aplaudia á cada momento, y todo el teatro le seguia con un palmoteo general, alcanzando la ópera un éxito completo.

Al dia siguiente, Meyerbeer envió los cien luises á Rossini con una carta muy afectuosa.

Un inglés viajaba con su criado por el camino de hierro de Lóndres á Douvres.

Descarrilóse el tren, y el amo fué arrojado á uno de los lados de la via, mientras que sobre el pobre criado pasaron casi todos los wagones.

Levantóse el inglés, y sin cuidarse de las contusiones que habia recibido, preguntó:

—¿Quién sabe dónde está John?

—¡Ay milord! ¡el pobre ha sido dividido en cuatro pedazos!

—Pues hacedme el favor de ver en cuál de los pedazos están las llaves de mi equipaje.

Una célebre cantante llegó á Constantinopla.

Lo supo el sultan y la mandó llamar para que cantase en su presencia.

—Ni *estoy en voz* ni tengo ganas de cantar, respondió la italiana al comisionado.

—Sabed, señora, que nada se puede negar al gran señor, y que os hará cantar á la fuerza.

—Os equivocais: S. M. podrá hacerme llorar; pero le es imposible hacerme cantar.

—¿Qué noticias traen los periódicos? preguntó un duque imbécil á su secretario.

—Que el emperador ha mandado pintar de verde la Puerta otomana y echar otro arco al puente Euxino, valiéndose de la escala de Milan.

Un abastecedor recurrió al alcalde de un pueblo, diciendo:

—Que no podia matar un carnero diario, porque el consumo era tan corto que se le perdia la carne.

El digno alcalde decretó:

—Que mate medio carnero.

Un fabricante de licores de Madrid compró una arroba de azúcar en un almacen de la córte.

Al examinarlo vió que contenia una abundante cantidad de yeso.

Queriendo corregir el fraude ó recompensar lo perdido, insertó en el *Diario de Avisos* el siguiente:

«El licorista de la calle tal, número..... compró ayer sábado, en un almacen de ultramarinos, una arroba de azúcar en polvo, de la cual estrajo dos libras de yeso. Si el defraudador no le envia las dos libras de azúcar robadas, publicará su nombre en este periódico.»

Aquel mismo dia recibió cuarenta libras de azúcar de veinte almacenes.

Don Martin Yañez de la Barbuda, gran maestre de Alcántara, mandó que se grabase en su sepulcro el siguiente epitafio:

«Aquí yace don Martin Yañez, en cuyo pecho no tuvo entrada jamás el miedo.»

Lo supo el emperador Cárlos V, y esclamó:

—Se conoce que ese caballero no ha despabilado una vela con los dedos.

Un caballero estaba jugando en una reunion; tenia al lado un jóven tan míope, que para verle las cartas metia la cabeza de una manera que le incomodaba.

Abrumado el caballero de tal desfachatez, sacó el pañuelo como para sonarse, y agarró entre sus dedos las narices del corto de vista, que esclamó:

—¡Dios mio! ¿qué es esto?

—Perdone usted, caballero; como estaba tan cerca, creí que era la mia.

Una noche nos retirábamos á nuestra casa, mohinos y pensativos, cuando nuestro pié derecho tropezó con un cuerpo blando que se corrió á la izquierda.

Al principio tuvimos algun reparo en bajarnos para coger aquello que nos estorbaba el paso.

Reflexionando un poco, y cediendo á la curiosidad, encendimos una cerilla, y vimos, ¿qué dirán ustedes? nada menos que una cartera, que pacíficamente esperaba que le tendiésemos una mano protectora.

Vergonzoso nos es confesar las profundas sensaciones que en tan solemne momento hizo palpitar nuestro corazon.

No concebimos una cartera perdida sin billetes de Banco; pero nuestro gozo en un pozo. El dichoso hallazgo pertenecia á algun literato, segun colegimos por los apuntes, notas y citas que contenia; y para que nuestros lectores puedan disfrutar de nuestra fortuna, vamos á regalarles, grátis, unas fábulas que entresacamos de las páginas de la cartera.

Hélas aquí:

Un hombre pobre y muy desocupado,
De su buhardilla se salió al tejado;
Y empezando á tirár teja tras teja,
Logró matar un perro y una vieja:
Bien dicen que el ocioso,
Para nadie en el mundo es provechoso.

Un jugador de villas cierta tarde,
Quiso de su destreza hacer alarde,
Y al lucir su destreza,

Dió al mozo con el taco en la cabeza:
En la tierra española,
Siempre se suele errar por carambola.

Un pavo real, muy mono,
Se daba mucho tono;
Y por lucir el frac y otros escesos,
Cayó en un patio y se rompió los sesos.
La soberbia es un vicio
Que suele conducir al precipicio.

Un mozo de café,
Por acortar el gas, rompió un quinqué.
Los inventos del siglo diez y nueve
No son para tratados por la plebe.

Tocando la campana,
Un sacristan, rompióse la sotana:
El que en el mundo quiere hacer ruido,
Se rompe algunas veces el vestido.

De una coz mató un burro á un pobre tordo
Solo porque le dijo:—Está usted gordo:
El mal mas espantoso de los males,
Es tener que tratar con animales.

Por levantarse un dia muy temprano,
Murió de pulmonía don Mariano:
Esto te probará, caro lector,
Que no se debe ser madrugador.

De ver á su marido con morrion,
Perdió una miliciana la ilusion:
Á muchos milicianos no les falta
Sino que su mujer les ponga el alta.

Un burro amigo mio,
Por no saber qué hacer, se tiró al rio:
En honestos quehaceres,
Ocúpate el mas tiempo que pudieres.

Por ir temprano á misa una mañana,
Se le quemó su casa á doña Juana:
Cumplir los mandamientos,
Suele traer tambien sus escarmientos.

Murió instantáneamente don Pascual,
La faja al estrenar de general:
Hay ciertos distintivos, no te asombres,
Que no pueden llevar todos los hombres.

Amargamente se quejaba un gato,
Que padecia tísis, sarna y flato;
Y un raton que sus quejas escuchaba,
Le dijo que sin causa se quejaba:
Y en el refran se funda,
Que dice que no daña lo que abunda.

Cargando una pistola un elefante,
Salió el tiro, y matóle en el instante.

Dicen autores graves:
No te metas á hacer lo que no sabes.

Al cruzar una calle cierta noche,
Un enano fué víctima de un coche.
Vea el género humano,
Lo peligroso que és nacer enano.

En la misma cartera tropezamos con una graciosa página que tenia por epígrafe: *Fisonomía de mi criado.* Página tan singular, que no podemos resistir á la tentacion de copiarla aquí.

Allá va.

«Mi criado es un hombre muy particular.

Es á un mismo tiempo alto y bajo, rubio y moreno, áspero como una rata y bondadoso como un perro de presa.

Cuando yo no tengo dinero, mi criado es el que me saca de apuros y me anima á esperar dias mas dichosos.

Mi criado es el que me proporciona novia cuando la necesito, y el que me libra de ella cuando me fastidia.

Familia, amigos, consejeros, todo lo tengo yo en mi criado.

En vano el porvenir se presenta oscuro á mis ojos; en vano rancios y nuevos desengaños me conmueven; él me salvará de todos los peligros y me sacará adelante en todos mis naufragios.

Cuando á ustedes se les ofrezca alguna cosa, pueden mandarle como si fuese yo mismo.

Solo haré á ustedes una advertencia:

Que yo no he tenido nunca criado.»

No menos curiosa es la siguiente *Esposicion de treinta mil mujeres al señor ministro de la Guerra* que tambien hallamos en la dichosa cartera, verdadera caja de Pandora:

«Señor: las que suscriben, vecinas de la casa donde viven, con el mayor respeto, cual cumple á su carácter y á su objeto, á V. E. suplican, que, clemente, resuelva lo siguiente:

Tiempo há que el ministerio de su cargo, que huele á dulce, mas que sabe á amargo, publicó una Real órden que nos puede llevar hasta el desórden, máxime cuando..... al fin..... si bien se mira el ódio á nuestro sexo es quien la inspira. En ella se previene, y esto no nos conviene, que ningun militar, jóven ni viejo, esto huele á consejo, podrá tomar estado, mientras de capitan no tenga el grado, salvo aquellos que logren, sin apuros, aflojar un turbion de pesos duros.

Semejante medida, debe ser arreglada ó destruida. ¿Por qué un ministro intenta, que no pueda una dama ser tenienta? ¿Por qué ha de ser el capitan Juan Perez, mejor para marido que un alférez?

Señor, V. E. es bueno, y no ha de permitir el mal ajeno: revoque esa sentencia, y guarde Dios la vida de V. E.; tantos y largos años, como nos dan los novios desengaños. Madrid, diciembre 12.»—Siguen las firmas que el lector conoce.

INFORME.

Pase á secretaría, y evacue su dictámen en el dia.

«Vista y examinada, la esposicion arriba señalada, opina la seccion que la contienda, se debe resolver por la de Hacienda. Madrid, diciembre 15.—*Cándido Solteron y Ojos de Lince.*»

La escena pasa en la calle.

Un hombre seguido de otro que llora.

—¿Por qué llora usted?

—Esa peluca que usted lleva.....

—¿Qué tiene?

—Me conmueve.

—Pues usted tiene buen pelo.

—Sí; pero esa peluca....:

—Es mia: acabo de comprarla, y es estraño qne pueda recordarle á usted..... algo.....

—¡Oh! sí..... he reconocido en ella el pelo de mi padre.

El hombre calificado por el traje.

Sombrero de copa alto y estrecho. Marido celoso, *estrecho* de mangas.

Bigote con lancetas. Lengua que pincha, muerde y lame.

Mosca ó perilla. Amor al dinero, vulgo *mosca*, que siempre nos viene de perilla.

Pelo partido á lo angelito. Por lo de espíritus *puros*; esto de *puros* siempre en la boca y eso chupando.

Barba en sus diferentes especies. Orgullo colosal, propension á subirse á las *barbas* de todo el que no considere á cada *quisque* como un cacho del Rey de la creacion.

Lentes en la nariz. Dobles vidrieras en el corazon.

Gran lazo de corbata. Poca aficion al *lazo* conyugal.

Gaban ancho. Corazon de cofradía, *ancho* y espacioso para toda clase de cofrades-hembras.

Levita corta. Cuando más *levita,* más temible.

Chalecos de solapa. Otras varias *solapas.*

Pantalon de embudo. Alma de idem.

Brodequines de elásticos. Fidelidad á la goma elástica.

Las últimas hojas de la perdida cartera estaban adornadas con algunas sentencias y pensamientos que pueden arder en un candil: para que nuestros lectores formen idea, les copiaremos unas cuantas, por aquello de que para muestra basta un boton:

La mejor forma de gobierno es un ama de idem, sobre todo si tiene buenas formas.

La mujer es la perla de la perfeccion; por eso cuestan caras y algunas salen falsas.

Los nervios de las mujeres son las cuerdas del violin del capricho.

El hombre es una máquina de daguerreotipo: los ojos son el objetivo: la cabeza la cámara oscura y el corazon la plancha.

Los dientes son el molino de deshacer pan.

El dinero del suscritor engorda al caballo del editor.

Lo mejor de los dados *es ganarlos*.

Media vida es la candela, y *dinero es la otra media*.

No firmes artículo que no escribas, ni plagies obras muy conocidas.

La falsa modestia es el peor de los orgullos.

Al que no madruga, Dios le ayuda.

El garbanzo es la cebada de los españoles.

Quien bien te quiera, te dará dinero.

Más vale un duro en mano, que la renta de Sevillano.

Á duro regalado no hay que mirarle el año.

No hay mejor sordo que el que no te da un duro.

Un embajador español manifestó á Enrique IV vivos deseos de conocer á sus ministros.

—Calla, y observa lo que va á pasar, dijo el rey, y los conocerás al momento.

Los ministros se hallaban en la cámara aguardando la hora del despacho.

El monarca llamó al canciller de Sillery, y le dijo:

—Canciller, veo que el techo de mi gabinete es muy malo, y amenaza ruina; esto me tiene con cuidado, porque temo se me caiga encima el dia menos pensado.

—Señor, replicó el canciller con sosiego, es menester que lo vean los arquitectos, y que lo compongan si hay necesidad.

Llamó el soberano despues á Villeroy, le dijo lo mismo que al primero, y respondió con precipitacion, sin mirar al techo:

—Teneis razon, señor; ¡eso es horrible! ¡me hace temblar!

Salieron estos, y entró el presidente, á quien dijo el rey lo mismo, el cual respondió:

—¡Señor, no sé por qué lo decís! El techo está muy bueno.

—¡Pues qué! ¿no veo yo las grietas que tiene? ¡Está amenazando ruina!

—Señor, dormid tranquilo; el techo durará mas que V. M.

Cuando salieron los ministros, dijo el rey al embajador:

—Ya habrás conocido el carácter de cada uno de los ministros que tengo: el uno no sabe lo que quiere hacer; el otro dice siempre que tengo razon; pero el presidente dice lo que piensa, y piensa bien y nunca me adula.

Harto conocidas son de nuestros lectores las guerras y disensiones que se suscitaron en Roma despues de la muerte de Julio César; sobre todo la última, entre Antonio y César Octavio.

Las esperanzas de todas las fracciones se puede decir que se hallaban concentradas en dos bandos, que muy bien podian llamarse de Antonistas y Cesaristas.

El pueblo se preparaba á recibir en triunfo, como á su emperador y señor, al que venciese de aquellos dos famosos caudillos.

Como siempre hay hombres sin opinion y que se arrimen al sol que mas caliente, un pobre artesano empleaba su tiempo y su dinero en enseñar á hablar á dos cuervos, esperando con ellos ganar una fortuna.

A uno daba leccion por la mañana y á otro por la tarde, metiendo cada uno en una tinaja, á la que habia hecho un pequeño agujero por la parte superior.

Téngase presente que entonces no se conocian los loros ni las cotorras.

Dispuestas las cosas de este modo, empezaba por la mañana temprano y hasta las doce no cesaba de repetir en el agujero, con voz entonada:

—¡Yo te saludo!..... ¡Antonio vencedor!....

Cogió en seguida al otro cuervo, y desde la una hasta las seis, repetia de la misma suerte:

—¡Yo te saludo!.... ¡César vencedor!

En este mismo tiempo habia mucha gente enseñando á un sin número de cuervos y urracas igual saludo; pero cada uno, segun sus esperanzas y sus cálculos, enseñaba á su

pájaro el saludo de aquel caudillo cuyo triunfo tenia para él mas probabilidades.

Mas astuto nuestro artesano, cuando corrian noticias de esta clase, decia:

—Yo s, más que mis vecinos; venza quien quiera, yo siempre triunfaré.

Sucedió la célebre batalla de Accio, y venció César Octavio.

Nuestro artesano, que tuvo la habilidad de enseñar á dos cuervos dos saludos tan contrarios, no tuvo menos talento para escoger el momento oportuno.

Llegó el dia de la entrada triunfal de Octavio. Eligió su cuervo, es decir, el de la leccion de tarde, y trató de ponerse de los primeros.

To los los habitantes de la Ciudad Eterna, é inmensa multitud de estranjeros se hallaban en la carrera, esperando la llega la de Octavio con el mas profundo silencio.

Octavio llegó.

El artesano levantó el brazo y presentó su cuervo, que gritó con voz clara y sonora:

—¡Yo te saludo.... César vencedor!....

Aquel pueblo inmenso repitió el mismo saludo, y vítores infinitos poblaron el aire y se confundieron, levantando un clamoreo general, que apagó la armonía de los instrumentos músicos.

Octavio mandó parar el cortejo; llamó al menestral.

—¡Tu cuervo vale seis mil ducados! yo te lo compro.

—¡Yo te saludo..... César vencedor! repitió el animal, como si diera las gracias á su nuevo señor.

—¡Viva César!.... gritó el artesano lleno de entusiasmo.

Codeando y abriéndose paso á la fuerza, se acercó un anciano y se colocó en frente de Octavio.

—César vencedor, le dijo, escúchame.

—Habla.

—Este hombre, repuso señalando al del cuervo, no te ha enseñado todas las preciosidades que posee.

—Si callas, Publio, te doy mil ducados, le dijo nuestro artesano acercándosele al oido.

—No callo, porque eres un traidor.

—Te doy dos mil.

—Más me conviene hablar.

—¿Qué es eso? dijo Octavio con severidad, creyendo descubrir alguna conspiracion.

—¡César! Lucio, mi vecino, además de este cuervo, tiene en su casa otro que dice cosas muy divertidas.

—Traedlo al momento, dijo Octavio.

El anciano Publio se presentó poco despues con el otro cuervo, lo cogió, lo levantó en alto, y el animal gritó:

—Yo te saludo, ¡Antonio vencedor!....

—¡Muera el traidor! gritó la muchedumbre indignada: ¡muera! ¡muera!....

Y los soldados se apoderaron del desventurado maestro de cuervos y se preparaban á matarle.

—¡Deteneos! esclamó Octavio, tendiendo el brazo.

—¡Perdon! ¡perdon! gritó el desgraciado cayendo de rodillas.

—El que me ha ofendido es el cuervo, ¡matadlo!

En cuanto á ti, no veo en tu conducta mas que ambicion, ¡te perdono!

—Perdonándole, César, usas de tu clemencia, dijo el anciano; pero bien conoces que los seis mil ducados los he ganado yo: dádmelos.

—Yo te doy tres mil.

—César, se atrevió á decir el infeliz Lucio, tengo seis hijos.

—Para ellos te doy tres mil; no quiero que se diga que he dejado sin premio al que me ha saludado vencedor.

Una jóven casada estaba reñida con un cuñado suyo, que no perdonaba medio de ofenderla.

Un dia fué el cuñado á hacer una visita á su hermano.

—Pon una silla á mi hermano, dijo el marido dirigiéndose á la criada.

—Mejor seria ponerle tambien freno, añadió la mujer.

Un jóven repetia todos los dias á su novia:

—¡Yo te amo..... Julia!.... Te amo..... te amo.....

Cansada la niña de oir siempre lo mismo, le dijo un dia:

—Dime, Ricardo; ¿en el verbo amar, qué tiempo es *yo te amo*?

—Es la primera persona del presente indicativo.

—Vaya, se conoce que has olvidado la gramática: te has lucido.

—Pues, ¿qué tiempo es?

—Tiempo perdido.

El general Junot, en un acceso de cólera, acometió á un subalterno, pegándole con el baston por una leve falta de disciplina.

El oficial, sin poder contenerse, sacó una pistola y le descerrajó un tiro.

Por fortuna solo salió el fogonazo.

Entonces dijo el general con la mayor sangre fria:

—Señor oficial, vaya usted arrestado tres dias al cuarto de banderas para que otra vez lleve usted sus armas corrientes.

El conde de Soissons, muerto en la batalla de Marfea, dada en Sedan en 1641, tenia toda la barba roja.

Estando en su casa de campo, á donde se hallaba Enrique IV, que habia ido para una partida de caza, preguntó delante del rey al jardinero, que era eunuco:

—Dime, muchacho, ¿por qué no tienes barba?

—Haciendo Dios la distribucion de las barbas, respondió el jardinero, llegué yo cuando no quedaban mas que rojas para escoger, y preferí no tener barba á llevar una de ese color, que es la de Judas.

Una madre asistia con sus hijos al primer sermon de su hijo más viejo.

—¿Qué os parece, hijos mios? preguntó la buena mujer llena de orgullo y felicidad.

—Que llegará un dia, contestó uno, en que hará muchos milagros, pues ya ha hecho uno en su primer sermon.

—¡Un milagro! ¡mi hijo ha hecho un milagro!.... ¿y cuál es?

—Que me ha hecho sudar en diciembre.

El secretario de un juzgado de paz estendió una diligencia de embargo que arde en un candil.

Nosotros, á duras penas, hemos podido sacar una copia de tan famoso documento.

Tal como está, se la regalamos á nuestros lectores.

Atencion.

«Hacemos embargo y real aprehension de.....

Una tapicería con personajes de bestias.

Unas mesas de comer viejas de pino.

Un colchon para dormir sin lana.

Un banco de madera con piernas de carpintero.

Una toga para abogado de seda.

Un miriñaque de niña de ballena.

Una gallina con diez pollos.

Una marrana con cuatro idem.

Un burro pardo para depositarlo. (Suple Antonio.)»

Un ballestero llamado Aster, se presentó á Filipo, rey de Macedonia.

Yo soy un escelente cazador que nunca yerro el tiro; soy capaz de matar los pájaros más pequeños.

—Yo te tomaré á mi servicio cuando haga la guerra á los gorriones.

Picado Aster por semejante respuesta, entró en una plaza sitiada por Filipo, y desde la muralla tiró una flecha en la que habia escrito estas palabras:

«Al ojo derecho de Filipo, rey de Macedonia.»

Y le dejó tuerto.

Filipo hizo arrojar la flecha á la plaza con la siguiente inscripcion:

«Si Filipo toma la ciudad, ahorcará á Aster.»

En efecto, Aster murió ahorcado.

El célebre doctor Bonoart, en los últimos años de su vida, perdió completamente la memoria, tanto, que fué preciso encargar su clientela á otro.

Sentado contínuamente en una butaca, parecia un niño por sus raros caprichos.

Llegó á tal estado de idiotismo, que muchas veces tomaba maquinalmente el pulso al brazo del sillon y le recetaba, hablándole de planes higiénicos y curativos, como si fuese un enfermo.

Otras veces solia preguntar:

—¿En qué consiste que ya no me llaman para visitar enfermos?

—Señor, le contestaban; ya no hay enfermos en la poblacion; usted ha curado á todo el mundo.

—Bueno, bueno..... respondia el anciano; me alegro, aunque sea en mi perjuicio.

Los nobles persas no podian sufrir la tiranía de los magos; por este motivo se reunieron siete jóvenes, mataron al falso Smerdis, usurpador de la corona; destruyeron y derribaron aquel gobierno tiránico.

No pudiendo subsistir las cosas en tal estado de agitacion é incertidumbre, trataron nuestros jóvenes de elegir rey de entre ellos mismos.

Como no se convinieron, porque todos querian serlo, aceptaron para la eleccion el pensamiento de Darío, que fué el siguiente:

Debian salir por la mañana los siete jóvenes á caballo, antes de ser de dia, por el camino de Oriente.

Andarian sin parar y sin hablar hasta el momento en que queda el sol completamente descubierto en el horizonte; seguirian todavía andando, sin hablar, hasta que relinchase un caballo de los que montaban nuestros jóvenes, y entonces proclamarian rey al ginete que lo montase.

Esta proposicion fué acogida con entusiasmo, lo que prueba la inocencia de aquellos tiempos, pues hoy no hay un solo mozo de cuadra que no sepa el modo de hacer relinchar á un caballo.

En Persia, entonces, solo poseia este secreto el picador y domador de caballos, Æbarbes, que fué quien propuso el medio á Darío, y quien lo realizó.

Á la mañana siguiente montaron los siete persas y emprendieron su caminata. Amaneció la aurora, se despejó el cielo y el sol empezó á brillar con todo el esplendor que tiene en Oriente.

Entonces Æbarbes acercó á las narices del caballo de

Darío un trapo empapado en escremento, y el generoso animal se encabritó y relinchó tres ó cuatro veces.

—Alto, dijo Darío, yo soy el elegido.

—¡Viva el rey! gritaron los demás.

Y Darío fué rey.

Estando Mr. Maupertuis prisionero en Viena, fué presentado á la emperatriz, que le preguntó:

—¿Conoces á la reina de Suecia?

—Sí, señora.

—¡Dicen que es la princesa más hermosa del mundo!

—Señora, así lo he creido hasta hoy, contestó Maupertuis.

Mandóse retratar un caballero, y contrató con el pintor que le pagaria generosamente si le sacaba el retrato parecido.

El pintor sacó un retrato perfecto, pero el retratado cometió la indignidad de no pagarle, imaginando con esta malicia sacar baratísimo el retrato que el pintor para nada podia aprovechar. Más diestro el artista, le dijo:

—Supuesto que no quiere usted pagarme, se quedará en mi casa el retrato hasta que tenga usted por conveniente cumplir lo contratado.

El pintor hizo ponerle un marco, y lo espuso al público sobre la puerta de la calle, con esta inscripcion:

Aquí estoy por falta de dinero.

El original del retrato, que fué conocido de todo el mundo, supo al instante la burla que le habia hecho el pintor, y

como todos los murmuraban, se vió precisado á pagar al artista cuanto quiso para sacar el retrato de sus manos.

Aquella insigne poetisa, Sor Juana Inés de la Cruz, monja en Méjico, tenia una priora de poco saber; y como se ofende tanto el entendimiento de la ignorancia, oprimida en una ocasion, le dijo:

—Calle, madre, que es una tonta.

Agravióse sumamente la priora y escribió un papel en forma de querella contra su súbdita, que remitió al arzobispo don Fray Payo de Ribera, varon tan sabio, que puso como decreto al márgen del billete:

«Pruebe la madre superiora lo contrario, y se le administrará justicia.»

Caminando un caballero, atravesó una raposa la senda que llevaba: dijo uno de sus criados:

—De estos animales los hay en mi tierra tan grandes como bueyes.

Prosiguiendo la marcha, y acercándose á un rio ponderó el caballero lo que sucedia en el vado que iban á pasar, pues cualquiera que por su desgracia hubiese mentido aquel dia, se ahogaba sin remedio humano. El familiar del cuento se asustó, creyéndolo, y acercándose al vado, decia:

—Las zorras que yo dije de mi tierra, son como jumentos.

Más inmediato ya al vado, y por consiguiente con más miedo, repitió:

—Digo, señor, que son como cabras.

Y ya junto al vado, lleno de terror, gritó:

—Señor, las zorras de mi lugar son como las demás, porque yo he mentido.

—Pues siendo así, pasa seguro el rio, que tambien es como los otros que se vadean, dijo su amo.

Entró un periodista en la casa de un juez á tiempo que se querellaba un criado contra su dueño de esta manera:

—Señor, he servido á mi amo seis años, y ahora se niega á pagarme el debido salario.

El caballero, que estaba presente, respondió:

—¡Qué he de darle, si, aunque es así, como lo dice, que ha estado en mi casa ese tiempo, no ha hecho otra cosa que andar tras de mi persona!

—Teneis razon, dijo el juez, no le pagueis: pero puesto que ha sido andar tras de vos, mando que hagais eso mismo que os parece nada, y andeis otros seis años detrás de vuestro criado.

El caballero pagó en el acto.

En 1793, cuando corrió por Hungría la noticia de que el emperador José II iba á viajar por el país, un labrador muy amante de su soberano quiso salir al encuentro y regalarle un magnífico caballo de que era poseedor.

Ya hacia algun tiempo que el hombre estaba esperando, cuando por el mismo camino que el emperador debia traer, vió venir un caballero de formas elegantes, y montado so-

bre otro caballo tan bueno como el suyo. Cuando llegaron á juntarse, se levantó el labrador, y le dijo:

—¿Hará usted el favor de decirme si está muy lejos el emperador?

—Puedo aseguraros, buen hombre, contestó el caballero, que está tan cerca, tan cerca, que apenas puede estar más.

—Me alegro, repuso el labrador, porque hace algun tiempo que le estoy esperando.

—¿Se podrá saber para qué?

—No hay inconveniente: quiero regalarle este caballo, que es el mejor que he podido encontrar, y tendria mucho gusto de que S. M. se sirviese aceptarlo.

—El caballo es bueno, contestó el desconocido; pero creo, buen hombre, que os convendria mucho más vendérmelo que regalarlo al emperador.

—Y yo creo, dijo el labrador, que todo el oro del mundo no vale tanto como el placer que tendré si el emperador se digna quedarse con él.

—Esas son, amigo mio, ideas del campo, repuso el caballero, y yo te aseguro que si hubieses vivido un par de meses en la córte, pensarias de otra manera muy distinta. Pide dinero cuanto quieras, y cédemelo.

—Es inútil que os canseis en eso.

—Veo tu lealtad, dijo el caballero apeándose; pero has de saber que soy yo el mismo emperador, que estoy muy agradecido de tu lealtad, y puedes entregarme el caballo sin ningun recelo.

—¡Cómo! esclamó el labrador retirándose dos ó tres pasos;

¿el emperador solo, sin ningun acompañamiento y hasta sin un solo criado? disimuladme, pero no puedo creerlo.

—¿Quieres convencerte?

—Sí.

—Pues mira estas insignias, dijo desabrochándose y descubriendo el traje interior. Estas insignias solo puede llevarlas el emperador.

—Yo, señor, no he salido jamás de mi aldea, y no entiendo nada de insignias cortesanas; si el emperador lleva esas ú otras, no lo sé, pero lo que es el caballo, nadie lo llevará sino el mismo emperador en persona, cuando yo esté completamente convencido de que es él.

En esto llegó el acompañamiento del emperador, que lo saludó vitoreándole con estrépito. El labrador se echó á sus piés pidiéndole perdon.

—Señor, le dijo, mi insistencia es una prueba de fidelidad.

—Levántate, contestó el emperador, apruebo tu conducta, y si yo he insistido tanto en que me lo vendieses, ha sido solo por probarte; acepto el caballo, toma este bolsillo en agradecimiento, y desde hoy eres guarda mayor de mis bosques.

Un boticario que se habia encargado de cierto enfermo desahuciado le envió la medicina en un frasquito, y puso en un papel:

Menearlo bien cuando lo vaya á tomar.

Al dia siguiente fué á ver el efecto del medicamento, y

salió á recibir al boticario un criado derramando lágrimas.

—¡Qué!.... ¿está peor? ¿ha tomado la medicina?

—Sí señor, pero como usted puso en el papelito que lo meneáramos bien, en una de las sacudidas que le pegábamos, bastante violenta, para que hiciera la medicina más efecto, el pobrecillo se murió.

—¡Ya lo creo! dijo el boticario.

La reina doña Isabel mandó á un caballero que le trajese una hacanea ó jaca de tal color y de tal talla; y como no la hallase, trajo una yegua y un caballo muy hermosos. Cuando se presentó en palacio, le preguntó la reina:

—¿Traes la hacanea?

—No, señora, respondió, no la traigo; pero gracias á Dios y á mi diligencia, no he perdido el viaje, porque traigo los verdaderos medios de tener aunque sea media docena.

—Vamos, esplícate, dijo la reina con mucha curiosidad: ¿qué medios son esos? porque no los comprendo.

—Traigo, señora, los maestros, dijo él con mucha flema, que son un caballo y una yegua; porque con ellos V. A. conocerá que tendremos las hacaneas que queramos.

—Efectivamente, dijo la reina; para salir esta tarde á paseo no puede ser la idea más oportuna.

Y le volvió la espalda.

En el tiempo en que el jansenismo era el asunto de todas las conversaciones, estaban dos vinateros hablando en una taberna:

—Dime, Perico, decia uno de ellos, ¿qué cosa es el jansenismo, de que se habla tanto?

—Ya verás como es algun impuesto nuevo sobre el vino, contestó el interpelado.

Un loco, á quien habia mordido un perro, hallándole despues durmiendo, tomó un gran canto con las dos manos y dióle sobre la cabeza, diciendo:

—Quien tiene enemigos, no ha de dormir descuidado.

Un fanfarron sacó la espada contra un pobre hombre á quien habia provocado; y como pasase casualmente por allí el sacristan de una iglesia, le dijo:

—Vuelve á la parroquia, y toca á muerto.

—¿Por quien? preguntó el sacristan.

—Por ese hombre, respondió el valiente señalando á su contrario.

—¡Ese hombre está bueno y sano!

—Es verdad; pero, ¿no miras que quiere reñir conmigo?

El saludable rigor con que se obligaba á cumplir con la parroquia el año 1825 llevó á Sevilla al tribunal de la penitencia y al exámen prévio de doctrina cristiana á toda la raza gitanesca del barrio de Triana.

Al primero que se presentó á exámen, jóven de unos veinticinco años, le preguntó el sacerdote:

—¿Qué sabe usted acerca de la muerte y Pasion de Nuestro Redentor Jesucristo?

—Ni una palabra, pae cura, contestó levantándose precipitadamente y echando á correr.

Encontróse en el átrio con otros amigos, y se apresuró á decirles:

—No entren uztés, zeñores; trátase de una muerte; el pae cura lo zabe, y temo que vamoz á entrar en chirona. ¡Conque, á juir, camarás!

En una gran ciudad de los Estados-Unidos, cuyo nombre callaremos, se celebraba una gran fiesta.

Un caballero, al parecer sacerdote, vestido con sencillez y pulcritud suma, de andar pausado y mirada dulce, entró en una platería, y despues de contemplar atentamente cuantos objetos visibles habia en ella, se decidió á comprar un sólido y macizo reloj de oro con su correspondiente cadena, tan sólida como maciza.

Al preguntar el que parecia sacerdote al platero cuánto valia el objeto que acababa de escoger, le contestó que cincuenta pesos para él, pues á otro no se lo daria menos de setenta.

El comprador se calló, metió la mano en el bolsillo de su pantalon, y sacando un repleto portamonedas lo abrió, escogió un billete de cien pesos y se lo entregó al joyero, que despues de haberlo examinado por pura fórmula lo guardó en el cajon del mostrador, devolviendo cincuenta pesos en monedas de flamante oro.

No bien habia acabado el sacerdote de recoger el cambio, cuando entró en la platería un almibarado y elegante jóven que, dirigiéndose como antiguo amigo al sacerdote, le dijo:

—¿Cómo es eso, Fulano, usted por aquí?

—¡Ah, señor Mengano! disimule usted, no le habia conocido. ¿Trae usted intenciones de comprar alguna cosa?

—Sí señor, pienso hacer un regalo á una prima que, ya sabe usted, será pronto mi esposa.

El jóven escogió un aderezo de oro, que por casualidad valia tambien cincuenta pesos: sacó un billete de ciento, y lo entregó al platero.

Dijo este al jóven que iba á mandar por cambio; pero lo cierto es que queria asegurarse de si el billete era bueno, como lo era en efecto, en cuya virtud devolvió otros cincuenta pesos, pidiendo mil perdones por haber detenido tanto tiempo á aquellos señores.

No habia acabado aun el jóven de guardar el cambio, cuando entró en la platería un individuo de la policía.

La presencia del recien venido produjo un efecto teatral. El jóven y el sacerdote, pálidos y confundidos, temblaban como perro con alferecía, mientras que el platero contemplaba estupefacto, ya á los antedichos individuos, ya al miembro de la justicia.

—¿Qué significa esto? preguntó al fin el platero.

—Que tiene usted en su presencia los dos falsarios más finos del mundo. Cada uno de ellos le ha entregado á usted un billete de cien pesos, ¿no es verdad?

—Sí señor.

—Pues son falsos, y si no tráigalos usted aquí, y lo veremos.

Hízolo así el platero, mientras que el individuo de la policía llamaba á un cochero, el cual se acercó inmediatamente con su vehículo.

El agente de policía recogió los billetes, se los guardó en el bolsillo, empujó sin mucho miramiento al jóven y al sacerdote, los hizo entrar en el carruaje, y gritando al cochero *á la cárcel*, todos desaparecieron con la rapidez del relámpago.

Inútil es añadir que el platero no ha vuelto á ver desde entonces ni al jóven, ni al sacerdote, ni al de policía que los prendió, ni al cochero que los llevó á la cárcel, ni el reloj, ni la cadena, ni el aderezo, ni el cambio, ni los dos muy buenos billetes de cien pesos, que sirvieron para cometer un hurto tan bien combinado.

El célebre Grocio fué condenado á reclusion perpétua por el príncipe de Orange, que le mandó encerrar en el castillo de Louvestein el 16 de julio de 1619.

La esposa de Grocio, que amaba entrañablemente á su marido, trató de salvarle, y al efecto se puso á observar y á discurrir el medio de conseguir su deseado objeto.

Su primera observacion útil fué que los guardias, cansados de tanto registro, dejaban pasar sin examinar el baul de ropa sucia que en períodos determinados sacaban de la cárcel para llevarla á lavar; en su virtud, aconsejó á su marido que se metiera en el cofre, en vez de la ropa sucia, y para que pudiera respirar hizo algunos agujeros en la tapa.

Dispuestas las cosas de esta manera, escogió un dia en que el gobernador del castillo se entretenia cazando; pidió que queria ver á su esposa, y le dijo:

—Señora, vengo á pediros un favor; mi pobre Grocio trabaja tanto que se va á morir.

—¿Y qué podemos hacer para impedirlo?

—Quisiera, señora, quitarle los libros y llevármelos á casa; vengo á suplicaros que me los dejeis sacar de la torre, y llevármelos á casa, dándome dos soldados que me lleven el baul, y una órden para que nos dejen pasar.

—Concedido.

Efectivamente, dos soldados subieron y bajaron con el cofre; pero como les pareciese que pesaba demasiado, se descargaron, y pidieron las llaves para ver lo que llevaba. Como la llave no aparecia, subieron á ver á la gobernadora, aconsejándola que lo mandase descerrajar; pero la buena señora, sonriendo con amabilidad, les dijo:

—Llevadlo, llevadlo; no es estraño que pese, pues está lleno de libros.

Grocio se salvó.

Un cura fué llamado para prestar los auxilios de nuestra santa religion á un gitano que estaba en la agonía. Á los pocos minutos espiró.

El sacerdote, al salir, buscó el libro, y por mas que lo buscó, no podia encontrarlo, hasta que, lleno de asombro, lo vió debajo de la almohada del difunto.

La viuda prorumpió entonces en un amargo llanto, diciendo:

—¡Ah, señor cura! ¡usted no puede figurarse la alhaja que he perdido! El *probecico* era una *jormiguica* para su casa.

La reina regente mandó decir á la célebre Ninon de Lenclos que la haria encerrar en las doncellas arrepentidas.

—Hará muy mal, contestó Ninon, porque ni soy doncella, ni arrepentida.

En otra ocasion la mandó decir que estaba resuelta á encerrarla en un convento.

—Elijo el de los frailes franciscos, respondió la hermosa dama.

Agradó tanto esta contestacion á la reina, que no volvió á hablarle sobre el particular.

Dionisio, tirano de Siracusa, entrando un dia en el templo de Júpiter, observó que este dios estaba cubierto con un manto de oro macizo, y se lo hizo quitar, diciendo:

—Este traje debe ser demasiado caliente en verano y muy frio en el invierno.

Despues, cubriendo al dios con un manto de lana, añadió:

—Este es más nuevo y más cómodo para todas las estaciones.

—¿Con quién ha soñado usted hoy, amigo don Caralampio?

—Con el demonio, señor don Amadeo.

—¿Con el demonio? Esplíquese usted, hombre, esplíquese usted.

—Es muy sencillo, y voy á esplicárselo. ¿Conoce usted á Tomasa?

—No señor. ¿Quién es esa señorita?

—Esa señorita, amigo don Amadeo, es mi idolatrada esposa, y con ella he soñado. ¿Me comprende usted?

Estas palabras sorprendimos anoche, queridos lectores, en el diálogo de dos personas que nos encontramos en la Carrera de San Gerónimo.

Dos amigos entraron, yendo de camino, á almorzar en una venta.

El uno de ellos era un gastrónomo de á folio, hombre capaz, segun él decia, de sepultar en su cavidad digestiva, en un solo dia, un ternero de cinco años, bien sazonado.

Preguntaron al ventero qué se podria almorzar, y contestó que solamente habia en la casa tres huevos y una botella de vino.

—En cuanto al vino, puede pasar, dijo el gastrónomo, porque el señor, señalando á su compañero, no bebe, tocante á los huevos..... Psch..... tráigalos usted, que aquí nos arreglaremos como podamos.

Á poco rato el ventero puso sobre la mesa los tres huevos y el vino.

El gastrónomo se echó dos de ellos en su plato, y dijo á su amigo, enseñándole el huevo que quedaba:

—Ahora, elija usted: pares ó nones, al año de esta moneda.

—Nones. ¡Acerté!

—Pues le toca á usted ese huevo.

—¿Y si hubiera dicho pares?

—En tal caso, hubiera usted pagado los tres.

Acabo de admirar su retrato de usted, señora doña Tecla.

—¿Mi retrato? ¡Pues si yo nunca me he puesto frente á una máquina de fotografía! ¡Usted sueña, querido don Bruno!

—Yo no sueño: acabo de ver su retrato de usted.

—¿Pero dónde?

—En casa de M. Bernabó. ¿Me comprende usted ahora?

—¿Y quién es ese fotógrafo que me ha retratado sin que yo le conozca?

—Ese fotógrafo, señora doña Tecla, es el jefe de la casa de fieras.

—¡Caballero, usted me falta!

. . . .

El caballero entonces echó á correr, cogió un espejo, se lo puso delante á doña Tecla, y doña Tecla se convenció de que efectivamente se parecia mucho al oso negro.

Salia á decir misa un religioso de Santo Domingo, y faltando el sacristan y viendo en la iglesia un hombre de buen aire, le dijo:

—Caballero, ¿sabe usted ayudar á misa?

—¿Eso, padre, se le dice á un hombre como yo?

—Perdone usted, y si es servido, haga esta buena obra.

Púsose en el altar el sacerdote, y como es diverso el Introito que usan, empezó: *Confitemini Domino quoniam bonus*: el que ayudaba solo sabia el comun, y no se le ocurrió responder otra cosa que *mea culpa, mea culpa.*

Acabó el Introito el padre, y volviendo á mirarle severo, subió las gradas diciendo:

—No tiene usted la culpa, sino yo, que viéndole presumido no conocí que era tonto y culpable.

Hallábase cierto andaluz de centinela en un cuerpo de guardia en las inmediaciones de una ciudad.

Por desgracia se hallaba la noche algo oscura, y el miedo que sobre él pesaba le hizo creer que, á causa de mecerse algunos árboles, se adelantaban bultos.

En este conflicto se le ocurrió que disparando el fusil, y al ruido, acudirian sus compañeros de armas.

Hízolo así, y, como era consiguiente, salió el jefe de la guardia para enterarse de lo ocurrido:

—¿Qué ha sido? le pregunta el jefe.

—¡Qué ha de ser! le contesta; que nos querian sorprender la guardia, y al que se ha adelantado á desarmarme me he visto precisado á darle un tiro y dejarle muerto, si no, nos sorprenden.

—Pues vamos á recoger el cadáver, dice el jefe.

—Es tarde, le contesta el centinela, porque como le he dado á boca de jarro le habré deshecho, y no es fácil se le encuentre.



—¡Si yo te cogiese sola!—Y un mozo esclamó con sorna:—¡Digo! ¡Y si te cogiese yo!

Muy furiosa una manola
Á otra salada mujer,
Decia en la plaza ayer:
—¡Si yo te cogiera sola!
Un buen mozo que la oyó,
Sonriéndose conmigo
Esclamó con sorna:—¡Digo!
¡Y si la cogiera yo!

Un caballero se presenta en el estudio de un pintor:

—Deseo que me haga usted un retrato de medio cuerpo.

—Sí señor.

—Vestido con el uniforme de San Juanista, y llevando además dos ó tres cruces que diré á usted.

—Todo eso es fácil.

—En seguida mandaré á usted mi capa para que la copie, pues quiero estar embozado en ella en el retrato.

Hacian en el siglo último una procesion con la silla de Santa Genoveva, á fin de obtener una sequía.

Apenas estaba en camino la procesion, comenzó á llover con furia.

Un obispo que iba en el acompañamiento, dijo gravemente:

—La santa se equivoca; cree que se la pide que llueva.

Un barbero que tenia tienda en el piso bajo y en el principal de una casa, puso á la puerta este letrero:

—*Se afeita arriba y abajo.*

Servia cierto lacayo
Allá en Castilla la Vieja,
Á un hidalgo hecho un barquillo
Por la forzada abstinencia
Que le daban en el año
Doce meses de Cuaresma.
Llevando á enterrar un muerto
Oyó decir á una vieja:
—Ese pobre va á alojarse
Donde ni comen ni cenan.
El lacayo que esto escucha
Parte como una saeta,
Y vuelve á casa gritando:
—Señor, cerremos la puerta.
—Por qué?—Porque aquí lo traen.
—¿Á quién?—Al muerto.—¡Babieca!
¿De dónde sacas tal cuento?
—De que han dicho que le llevan
Donde ni cenan ni comen,
Y aquí no comen ni cenan.

Dos morabitos estaban en Constantinopla hablando de sus amores á la puerta de una casa, y un ciego pordiosero

que los estaba escuchando salió, y les dijo en tono de lástima:

—¡Santos y venerables sacerdotes del Profeta, asistidme!

—¿En qué has conocido que somos sacerdotes? preguntó uno de ellos.

—En los discursos piadosos y edificantes que acabo de oir, contestó el ciego.

—¡Toma! dijo uno de ellos riendo á carcajadas, y le dió una limosna.

Veintiseis años de edad
Dice Soledad que tiene,
Y debe ser la verdad,
Pues hace diez que conviene
En lo mismo Soledad.

Un lord aconsejaba á Garrik, el actor más célebre del teatro inglés, que se pusiese en candidatura para representante de algun condado ó ciudad.

Garrik respondió:

—Quiero mejor hacer un gran papel en el teatro, que el papel de tonto en el Parlamento.

Hojeando un tonto el Diccionario de la lengua, halló que *justo* y *equitativo* eran sinónimos.

Fué á comprar un par de botas, se las probó, y como le viniesen muy apretadas, dijo al zapatero:

—Maestro, estas botas son muy *equitativas*.

—Por eso, dijo el zapatero, me dará usted veinte reales más de lo que valen.

—De algo me había de servir el estudiar la lengua, dijo el imbécil satisfecho de sí mismo.

Un ciego gritando:

—El descurso que ha echado la Reina en la *abertura* de las Córtes.

Otro ciego rectificando:

—¡Animal! debe decirse *apretura*.

Otro ciego enmendando:

—¡Cernícalos! como se dice es *obertura*.

En esto los tres ciegos, engolfados en la discusion, tropiezan de cara contra una esquina, y se rompen las narices.

Los tres ciegos á una voz:

—¡Caracoles! ¡he visto las estrellas!

La esquina resumiendo:

—La discusion es la luz.

—Dígame usted, y no mienta,
Los tontos que cria Dios.
—Nacen al minuto ochenta
Y mueren al año dos,
Conque ajuste usted la cuenta.

Una señora acababa de perder á su marido.

A las dos de la tarde fué conducido al cementerio.

Por la noche fueron las vecinas á consolarla.

—¡Cómo ha de ser, todos somos mortales! dijo una.

—No hay más que tener paciencia.

—La casa debe parecer á usted desierta, añadió la tercera.

—¡Oh, amigas mias, dijo la viuda, soy muy desgraciada! Parece que quedo sola en el mundo; porque, en fin, desde que nos casamos, esta es la primera noche que mi esposo duerme fuera de casa.

Vió embarazada á Teodora,
Y díjole un estudiante:
—Algo corto es por delante
Ese vestido, señora.
Y ella, vuelta la cabeza
Contestó con mucha sal:
—No es por falta de percal,
Porque entró toda la pieza.

En el teatro del Circo se representaba un melodrama en el que hacia de traidor Enrique Arjona.

Como sucede siempre, el público de las galerías tenia horror al traidor.

Añádase á esto que Arjona estaba horriblemente feo.

En una escena tenia que acercarse á Teodora, la cual le debia preguntar:

—¿Cómo, señor baron, cambiais de semblante?

—¡Ojalá! añadió un espectador.

Un marino fué convidado á un baile.

Llegó la hora del buffet, y el marino, con los vapores del Jerez, empezó á hablar en un tono bastante inconveniente.

Algunas señoras se quejaban de sus chistes.

—Yo he dado cinco veces la vuelta alrededor del mundo, dijo por fin dándose importancia.

—¿Alrededor? esclamó la señora de la casa. ¡Ya se conoce que no ha entrado usted en él!

Una mujer sabidilla decia hace algunos dias á su marido:

—La geografía habla de los *trópicos*: uno llamado de *Cáncer*, y otro cuyo nombre no recuerdo. ¿Te acuerdas tú, vida mia?

—No, chica, replicó el esposo: el caso es que lo tengo en la cabeza, y no acierto á pronunciarlo.

Peripecias en un café.

—Dáme un cigarro, querido. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias: toma el cigarro.

—Gracias: ¡ola! ¿Cenas bisteck? Voy á probarlo, porque creo que aquí lo hacen esquisito.

Esto diciendo, se engulle la cena, y para digerirla bien, empina la copa de Jerez que tiene ya en la mano su amigo.

Á la noche siguiente vuelve, y antes de saludar, dice el amigo-emprimado.

—No tengo. Bien ¿y tú?

—Gracias. ¿Has cenado?

—Estoy malo del estómago.....

—Vaya, hombre, lo siento. Adios; y que te alivies.

Y el industrial caballerete se marcha, llevándose equivocadamente el sombrero nuevo y el paraguas de su *primo à fortiori*, quien al dia siguiente recibe en cambio de sus prendas una papeleta de empeño del Monte de Piedad.

Vivia con un inglés
Un criado muy zopenco,
Y cien turcas el mostrenco
Solia coger al mes.
Llamó un dia su amo á Andrés,
Cuando en su juicio le vió,
Y esta es la órden que le dió:
—Si quieres emborracharte,
Dáme la víspera parte.....
Para no embriagarme yo.

Una portera del arzobispo de Lyon estuvo de parto: llamaron para asistirla un comadron.

Creyendo este que su clientela podria aumentarse ha-

ciendo público este rasgo de confianza, puso en la muestra de su casa lo siguiente:

«*Claud Poncel, comadron de su eminencia el arzobispo de Lyon.*»

El célebre Hernando del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, refirió en su historia un hecho heróico de don Fernando.

Como la reina era tan avara de gloria, se quejó amargamente de que no se hablase de ella una palabra.

Pulgar escuchó las quejas, y no se dió por entendido; pero poco despues parió la reina á la infanta doña Juana, y escribió el suceso, enseñando á la reina el encabezamiento, que decia así:

«En tal dia y á tal hora, sus altezas el rey Don Fernando y la reina doña Isabel, parieron una infanta, etc.»

El beneficio que se echa en cara es una ofensa.

El que se casa con mujer rica, busca señora en vez de esposa.

La honradez y el pudor son la mejor dote de una jóven.

Preguntaba á su papá un niño aficionado á instruirse, qué queria decir obra póstuma.

—Se llama póstuma, contestó el padre, grave y magistralmente, la obra que escribe un autor despues de muerto.

Papá, ¿por qué habla tanto el almanaque de lunas nuevas, y nunca de las viejas?

—Hijo, porque con las lunas sucede lo mismo que con las mujeres, de las viejas nadie hace caso.

Por evitar una tunda
Que se querian cascar
Unos á quien Dios confunda,
Disfrazóse el buen Borunda,
Y disfrazado echó á andar.
Ellos el falso papel
Conocieron del cuitado,
Y él llevó, ¡suerte cruel!
Una tunda por ser él,
Y otra por ir disfrazado.

EL MUNDO DE LOS ESPÍRITUS.

Hoy que tanto se habla de los espíritus, creemos que nuestros lectores leerán con gusto el siguiente artículo:

¿Qué es espiritismo?

Segun Allan Kardec, el espiritismo está fundado en la

existencia de seres inteligentes é invisibles que pueblan los espacios y que se llaman espíritus.

Los espíritus están en todas partes: están entre nosotros, á nuestro lado, nos codean y nos observan sin cesar.

Por su presencia en medio de nosotros, los espíritus son los agentes de diversos fenómenos; representan un papel importante en el mundo moral, hasta cierto punto en el mundo físico, y constituyen de este modo una de las potencias de la naturaleza.

Los hechos prueban que los espíritus pueden manifestar su presencia entre nosotros; que nosotros podemos entrar en comunicacion con ellos, y con ellos cambiar nuestros pensamientos.

Hay espíritus simples é ignorantes que se iluminan y purifican hasta alcanzar la perfeccion.

Así es que hay espíritus más ó menos buenos, más ó menos iluminados, más ó menos perfectos, segun el grado de elevacion á que han llegado.

Los espíritus se hallan revestidos de una capa semimaterial imperecedera, designada con el nombre de *périspiritu*, formada por el flúido universal, la cual es más ó menos etérea, segun el grado de su pureza y segun las esferas en que se hallan.

Se revisten tambien temporalmente de capas materiales destructivas, cuya duracion constituye la vida corporal.

En fin, el mundo espiritista, ó de los espíritus, es el mundo normal primitivo, preexistiendo y sobreviviendo á todo.

La existencia corporal es una de las fases de la vida espiritista.

Ahora que nuestros lectores se hallan someramente enterados del mundo de los espíritus, añadiremos que existe en París una sociedad que se ocupa del espiritismo esperimental (1).

Es una sociedad científica, como tantas otras, segun nos dice Mr. Allan Kardec; una sociedad que tiene por objeto profundizar los diferentes puntos de la ciencia espiritista, que procura iluminarse; pero no es una escuela, ni un curso de enseñanza elemental.

Más tarde, cuando nuestras convicciones se hallen formadas por el estudio, quizá podamos ser admitidos.

Entre tanto, podemos asistir á sus sesiones una ó dos veces como simple espectador, á condicion de no hacer ninguna observacion de tal naturaleza, que ofenda á nadie.

Tal es la sociedad espiritista de París, igual á todas las sociedades espiritistas de las cinco partes del mundo; pues en breve habrá tantos espiritistas como espíritus en el aire, y los pobrecillos, interrogados de todas partes á la vez, no sabrán á dónde volver la cabeza.

Afortunadamente, los espíritus son de carácter amable.

En sus entretenimientos de ultra-tumba, rien con los *medios*, cantan y hacen *calembour*, con un ingenio y una gracia admirables.

Hay espíritus melancólicos que todo lo ven triste; los hay buenos y ruines, sábios é ignorantes, sinceros é hipócritas.

Hay tambien espíritus serios que piensan atinadamente,

(1) A imitacion de la de París se ha establecido otra en Madrid, á la cual asistimos un dia y presenciamos algunas pruebas por los *medios* de escritura.

y que, en la prevision de que se encarnasen otra vez para volver á la tierra, piensan en el porvenir, y se crean, durante su muerte, recursos para su vida.

Yo sé que los doctores del espiritismo dicen que los espíritus son de dos clases, buenos y malos; y que obran en sentido contrario en nuestra conciencia, y que esto es lo que forma nuestra vacilacion en hacer el bien ó el mal.

Yo tengo para mí que el sentimiento del bien y del mal es innato en el hombre; pero admitiendo por un instante que este sentimiento procede de los espíritus buenos y malos, pregunto yo: ¿quién impediria á los buenos espíritus, ya que se molestan muchas veces por poco, y hablan frecuentemente sin decir nada, el dictarnos directamente ciertas saludables advertencias?

Pongamos algunos ejemplos de lo que los espíritus podian hacer por nosotros:

—¡Tilin! ¡tilin! ¡tilin!

—¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién es usted? No veo á nadie.

—Soy tu tio Ambrosio, ó para hablar con más exactitud, el espíritu de tu tio. Vengo á decirte que eres un tonto rematado en dejarte comer la fortuna que yo te he legado por un caballero de industria que se llama amigo tuyo, y en dejarte engañar groseramente por una intrigante que quiere casarse contigo.

—¡Tio del alma!

—He dicho, y me vuelvo al planeta Vénus, donde habito, y en el cual, entre paréntesis, las mujeres son tan

hermosas que, para darte una idea de ellas, te diré que las mujeres como tu novia, son allí nuestras maritornes. *(Y se va.)*

—¡Tilin! ¡tilin! ¡tilin!

—¿Quién es?

—Es la sombra de tu padre, que viene á toda prisa para advertirte que dos hombres llamados B. y X. te esperan en tal sitio para matarte. En vez de ir por ese camino, vete al Gobierno civil y denuncia á los criminales.

—¡Tilin! ¡tilin! ¡tilin!

—¿Eres tú, ángel mio, mi adorado Arturo?

—No, señora.

—¡Dios mio!.... ¡Esta voz!....

—Es la de tu legítimo esposo..... Apenas hace tres meses que me he muerto, y sé buenas cosas de ti. ¡Cómo! ¡desgraciada! ¡conque así me engañabas! ¡así respetas mis manes! Corre á advertir al pobre diablo seducido por tus engañosos encantos, que se prepara un porvenir semejante á mi pasado.

—¡Tilin! ¡tilin! ¡tilin!

—¿Quién es?

—Soy tu amigo Sandoval.

—¡Cómo! ¿eres tú, el más honrado de nuestros banqueros?

—Yo mismo, amigo mio; soy un espíritu errante.

—¿Qué me quieres?

—Hacerte el hombre más poderoso de la tierra, obligándote á ganar quinientos millones cada año. Yo lo veo y lo oigo todo, como el solitario del vizconde D'Arlincourt; lo cual me permite prever sobre seguro muchas cosas. En lu-

gar de divertirte en hacer versos, en dibujar arabescos, en escribir libros de filosofía religiosa, tales como las dictan los espíritus de San Eloy y de San Luis, en vez de embadurnar papel como Mozart, con el gracioso objeto de ser útil á los editores de tus obras, yo quiero hacerte jugar sobre seguro en la Bolsa.

—¿Qué quieres por tu parte?

—La mitad, caso que me vuelva á encarnar.

—Aceptado: espero tus órdenes.....

Estos ejemplos dicen bien claro los muchos favores que podrian hacer los espíritus; pero dicen los *medios* que los espíritus no contestan á nada que pueda reportar interés para el hombre. ¡Donosa salida!

Los hombres de imaginacion están sujetos á caer en aberraciones horribles.

El que quiera una prueba de ello, lea una revista espiritista, y verá lo que dice Mr. Victorino Sardou, el ingenioso autor de la comedia *Pattes de mouche*, representada en nuestros teatros con el título de la *Historia de una carta*, y de la *Nos intimes*, traducida con el título de *Los amigos*, Mr. Sardou dice haber escrito dictado por los espíritus:

«Se trata del planeta Júpiter, donde el alma de ciertos hombres muertos en nuestro globo, habitan magníficos palacios, y tienen en vez de criados escelentes perros, leones y girafas perfeccionados, vestidos con blusas y trajes bastante parecidos á los nuestros.»

No se rian ustedes; la cosa es muy seria.

Gracias á las escelentes relaciones que Mr. Sardou se ha creado en Júpiter, está mejor instruido de lo que pasa en

aquella fantástica poblacion, que el gobernador civil de lo que pasa en su despacho.

No es esto solo: Mr. Sardou, que, segun dice, no sabe dibujar ni grabar, ha dibujado y grabado, guiado por sus colaboradores invisibles, vistas admirables del planeta Júpiter, y de todo lo que allí pasa.

«Un gran motivo de admiracion es para ciertas personas, convencidas por lo demás de la existencia de los espíritus, escribe Mr. Sardou, que ellos tengan, como nosotros, sus habitaciones y sus ciudades.»

Y dirán algunos: «¿casas en el planeta Júpiter? ¡qué broma!.....» broma si ustedes quieren.

«Si el lector no halla en la verosimilitud de las esplicaciones una prueba suficiente de su verdad; si no se sorprende como nosotros del perfecto acuerdo de estas revelaciones espiritistas como las más positivas que nos ha dado la ciencia astronómica; si no ve, en una palabra, mas que una hábil mistificacion en los detalles que siguen y en el dibujo que les acompañan, le invito á tener una esplicacion con los espíritus, de los que no soy mas que el instrumento y el eco fiel.

»Que evoque á Palissy ó á Mozart, ó á otro habitante de aquella bienaventurada estancia; que le interrogue, que discuta, en fin, con él: pues yo no he hecho mas que presentar aquí lo que me han dado, que repetir lo que me han dicho; y por este papel absolutamente pasivo, me creo tan al abrigo de la censura como del elogio.»

Sigamos, pues, á Mr. Sardou en su viaje tras-atmosférico, cuya narracion le coloca á cien mil metros por encima

de todos los viajeros conocidos, desde Cristóbal Colon, que ha descubierto la América, hasta Mr. Alejandro Dumas, que ha descubierto el Adriático, como todos saben.

Siguiendo á Mr. Sardou, los espíritus de los hombres muertos en nuestro globo, y que, por sus talentos y sus virtudes, han merecido resucitar en el planeta Júpiter, tienen un cuerpo, ¡pero qué cuerpo!

Cuerpo de una densidad tan ligera, que no puede hallar término de comparacion sino en nuestros flúidos imponderables.

Los espíritus de una estatura un poco más alta que la nuestra, reproducen exactamente la forma del hombre, y se han ofrecido á la vista del amable escritor, bajo la apariencia de un vapor impalpable y luminoso..... luminoso sobre todo en los contornos de la cara y de la cabeza.

»En el planeta Júpiter, añade el autor de las *Femmes forces* y de *Les Diables noires*, la vida brilla como un lugar ardiente, y este resplandor magnético, entrevisto por los visionarios cristianos, es el que nuestros pintores han traducido por la aureola de los santos.»

En efecto, yo creo que los visionarios cristianos han tenido tambien la ventaja de conversar con ciertos espíritus.

Si se imagina un espíritu embozado en su cuerpo de vapor luminoso, se comprenderá fácilmente que un tal cuerpo no estorba sino muy débilmente las comunicaciones extramundanas de almas del otro mundo. ¡Qué listos son por allá!

Por lo demás, no todos los espíritus tienen esta agilidad,

y hay relativamente majaderos en el planeta Júpiter como en la tierra.

Los espíritus que reunen á su talento un cuerpo muy denso y al mismo tiempo muy luminoso, constituyen una especie de aristocracia de ese mundo impalpable, posicion que solo deben á su virtud, y nunca á su nacimiento ni á su fortuna.

A estos espíritus escogidos, escalonados por órden de mérito, está confiado el gobierno del planeta, tanto espiritual como temporal.

Despues siguen los clasificados segun sus méritos, los espíritus listos, pero menos luminosos y de un cuerpo menos trasparente, los cuales están especialmente encargados de hacer ejecutar las órdenes dadas por los espíritus superiores, más sabios y más puros.

Si creemos á Mr. Sardou, estas desgraciadas almas trabajan como negros en vigilar los animales, que son los únicos trabajadores, y apenas tienen tiempo para dejar el planeta y venir aquí abajo á dar los buenos dias á sus amigos.

Responden, es cierto, á una evocacion por revelaciones sabias y buenas; pero por la prisa que tienen en dejarnos y por el laconismo de sus palabras es fácil comprender que las almas tienen mucho que hacer en otra parte, y que no se hallan todavía en el estado de brillar á la vez en dos puntos, tan distantes el uno del otro.

El caso es que, para que un espíritu, que apenas es más grande que un hombre de este globo, al que tenemos la desgracia de pertenecer, pueda dilatarse bastante, á fin de te-

ner una pierna en el planeta y la otra en la tierra, es menester que sea muy elástico.

Ya que nuestros lectores conocen la aristocracia y la plebe del planeta Júpiter, pasemos á los animales, que como hemos dicho, son los trabajadores de aquella deliciosa mansion.

No podemos hacer nada mejor que citar el mismo testo de Mr. Victorino Sardou, que (¡Dios me perdone! es todavía más estraordinario como *medio* que como autor dramático), nos revela este punto tan importante de las costumbres del planeta Júpiter:

«Sí designamos con el nombre de *animales* los séres estravagantes que ocupan la baja escala, es porque los mismos espíritus lo han puesto en uso, y además porque nuestra lengua no tiene otras palabras para designarlos. Esta designacion los rebaja mucho; pero llamarles hombres seria hacerles demasiado honor.

»Son, en efecto, espíritus dotados de animacion, quizá por mucho tiempo, quizá para siempre, pues todos los espíritus no están acordes sobre este punto, y la solucion del problema parece que pertenece á mundos más elevados que el planeta Júpiter; pero, sea lo que sea de su porvenir, no hay duda acerca de su pasado.

»Estos espíritus, antes de entrar en Júpiter, han emigrado sucesivamente de nuestros mundos, del cuerpo de uno á otro animal, por una escala de perfeccion escelentemente graduada.

El minucioso estudio de nuestros animales terrestres, sus costumbres, sus caractéres individuales, su ferocidad

lejos del hombre, y su domesticidad siempre posible, todo esto confirma suficientemente la realidad de esta escala animal.»

¿Y por qué no ha de ser así? ¿por qué el cariño de un perro, por ejemplo, que muere por su amo, ó por salvar la vida de sus hijos, lo cual es más natural y meritorio, no ha de tener su recompensa en otro mundo futuro?

¿No seria cosa de desesperarse el pensar que ninguna compensacion está reservada al caballo que pertenece al carretero feroz y codicioso que le mata á palos, le priva de alimento, y le hace trabajar más de lo que puede, para hacerle morir despues en las astas de un toro?

Vemos que repugna á los espíritus de la escuela de Mr. Sardou el pensar que los animales estuviesen provistos por el Creador de cierta inteligencia y de un aparato nervioso que les hiciera ser sensibles al dolor, á la alegría, al reconocimiento, al amor, al sentimiento, á la tristeza, y tantos otros sentimientos que ellos comparten con el hombre, únicamente para divertirle ó servir de alimento á su ruindad. En este punto, por lo menos, la teoría de los nuevos iluminados es simpática y generosa.

Pero volvamos al planeta Júpiter.

Los animales regenerados, segun el autor de los *Ganaches*, tiene la forma de los fáunos y de los sátiros de la fábula.

El cuerpo es ligeramente velludo, pero derecho como el nuestro, lo que le permite vestir blusa y chaqueta, que comprarán en algun bazar del planeta Júpiter.

En algunos de estos animales-humanos, perdonen uste-

des el neologismo, las patas han desaparecido para dar lugar á piernas, que recuerdan todavía la forma primitiva.

En cuanto al aparato de adelante, está formado por dos robustos brazos, singularmente adheridos, y que terminan en verdaderas manos. «¡Cosa estravagante! la cabeza no está tan perfeccionada como el resto! Así es que la fisonomía refleja algo de humano; pero el cráneo, la quijada, y sobre todo la oreja, no tienen nada que difiera sensiblemente del animal terrestre: es, pues, muy fácil distinguirlos. Este es un perro, aquel es un leon..... etc., etc.

Añadamos que si no hablan, tampoco deben pensar.

La sombra de Palissy tiene por ama de gobierno á una liebre que perteneció á Madama de Pompadour, y que cuenta de esta mujer histórica muchas cosas ignoradas.

El espíritu de Cervantes, que mora á dos pasos de Palissy, y que tiene la manía de montar á caballo, acaba de contratar, hace poco tiempo, á un leon del Atlas, como mozo de cuadra.

Los gatos sin duda serian de buena gana albañiles, las zorras agentes de negocios, y debe haber probablemente un gran número de girafas establecidas como comerciantes de modas, gracias á la proteccion de los elefantes, que serán banqueros.

El último rasgo de costumbres que nos proporciona la sombra de Palissy, es este: «Los animales son muy apasionados al juego de los bolos.»

Ahora, permitan ustedes al mismo Palissy, dirigiéndose á Mr. Victorini Sardou, á quien tutea, que describa á Julnius, capital del susodicho planeta.

La descripcion es un poco larga; pero perderia mucho si se acortara, y yo, simple mortal, no puedo permitirme esta libertad con los espíritus. Héla aquí:

«Sobre el más grande de nuestros continentes, dice Palissy, en un valle de siete á ochocientas leguas de largo, contando como vosotros, un magnífico rio desciende de las montañas del Norte, y, robustecido por una porcion de riachuelos y arroyos, forma en su curso siete ú ocho lagos, de los cuales el menor mereceria entre vosotros el nombre de *mar*.

En las orillas del mayor de dichos lagos, bautizado por nosotros con el nombre de *Perla*, es donde nuestros antepasados echaron los primeros cimientos de Julnius.

Esta ciudad existe todavía, guardada y venerada como una reliquia preciosa.

Su arquitectura difiere muchísimo de la vuestra. Yo te esplicaré todo esto á su tiempo: sabe solamente que la ciudad moderna está á cosa de más de cien metros más abajo de la antigua.

El lago, enterrado entre altas montañas, desciende al valle por ocho cataratas enormes, que forman otras tantas corrientes aisladas, y que se esparcen en todos sentidos. Con la ayuda de estas corrientes hemos formado en los llanos una multitud de arroyuelos, canales y estanques, no dejando más tierra firme que la necesaria para nuestras casas y jardines.

De esto resulta una especie de ciudad anfibia, como vuestra Venecia, de la cual nadie podrá decir á primera vista si está edificada sobre piedra ó sobre agua.

No te hablo de cuatro edificios sagrados construidos en la misma vertiente de las cataratas, de suerte que el agua brota á chorros de sus pórticos, porque son obras que os parecerian increibles por su grandeza y su atrevimiento.

Aquí te describo la ciudad *terrestre*, la ciudad material en cierto modo, la de las ocupaciones planetarias, la que llamamos, en fin, la *ciudad baja*.

Tiene sus calles, ó más bien sus caminos trazados para el servicio interior; tiene sus plazas públicas, sus pórticos y sus puertas sobre los canales para el tránsito de los criados.

Pero la ciudad inteligente, la espiritual, la verdadera Julnius, no hay que buscarla en la tierra, está en el aire.

El cuerpo material de nuestros animales, incapaces de volar, necesita la tierra firme; pero lo que nuestro cuerpo diáfano y luminoso exige, es una mansion aérea como él, casi impalpable, y que cambie de lugar segun nuestro capricho.»

Nuestra habilidad ha resuelto este problema con la ayuda del tiempo y las privilegiadas condiciones que el grande Arquitecto nos ha dado.

Comprenderás bien que esta conquista de los aires era indispensable á espíritus como los nuestros.

Nuestro dia es de cinco horas, y la noche de igual duracíon; pero todo es relativo, y, para séres dispuestos á pensar y á obrar como nosotros lo estamos, para espíritus que se comprenden por el lenguaje de los ojos, y que saben comunicarse magnéticamente desde lejos, nuestro dia de cinco horas es igual en actividad á una semana de las vuestras.

Era todavía poco en nuestro concepto; y la inmovilidad

de la morada, el punto fijo del hogar era una traba para nuestras grandes obras.

Hoy, por la fácil mudanza de estas viviendas de pájaros, por la posibilidad de trasportarnos á tal sitio del planeta y á la hora que más nos agrade, nuestra existencia es por lo menos doble, y con ella todo lo que puede producir de útil y de grande.

En ciertas épocas del año, añade el espíritu, en ciertas fiestas, por ejemplo, oscurece el cielo las nubes de habitaciones que vienen de todos los puntos del horizonte.

Es un curioso conjunto de casas esbeltas, graciosas, ligeras, de toda forma y color, balanceándose á gran altura y contínuamente de la *ciudad baja* á la *ciudad Celeste.*

Algunos dias despues, el vacío se opera poco á poco, y todos estos pájaros vuelan.

Nada falta á estas moradas flotantes, ni siquiera el encanto de la verdura y de las flores.

Hablo de una vegetacion sin ejemplo entre nosotros, plantas y arbustos, destinados por la naturaleza de sus órganos á respirar, á vivir y á reproducirse en el aire.

Tenemos unas matas de flores como vosotros no podeis imaginar ni las formas ni los matices, con una ligereza de hojas, que las hace casi trasparentes. Sacudidas por el aire, donde largos ramos la sostienen, y cargadas de ramos semejantes á los de las de viñas, parecen nubes de mil colores, se esparcen á gusto del viento, y de este modo preparan un mágico espectáculo á los paseantes de la *ciudad baja.....*

Imagínate la gracia de estas cortinas de verdura, de estos

jardines flotantes, que nuestra voluntad puede hacer ó deshacer, y que duran á veces toda la estacion.

Largos troncos de acacias y ramos llenos de flores, se destacan de las alturas hasta la tierra, que el viento agita apareciendo sus flores y sus pétalos.

Los espíritus que atraviesan el aire, se detienen en este sitio: es un lugar de reposo y de encuentro, y si se quiere, un medio de trasporte para acabar el viaje sin fatiga y con compañía.»

Aquí acaba la relacion de Palissy. Afortunadamente Mr. Sardou, insaciable en su curiosidad, ha querido saber más.

Cogiendo al vuelo uno de esos colibrís espirituales que se divierten en volar de flor en flor, le interroga en estos términos:

—¿Dónde estás? ¿Qué haces? ¿Qué pasa en Julnius?

—En este momento, responde el espíritu, es de noche en Julnius, y yo estoy sentado en una flor del aire, de las que no se abren aquí sino á la claridad de nuestras lunas. Á mis piés dormita la *ciudad baja*; pero sobre mi cabeza, y en torno mio, no hay mas que movimiento y alegría en el espacio. Nosotros dormimos poco: nuestra alma está pura, para que las necesidades no nos tiranicen; la noche está hecha más bien para nuestros servidores que para nosotros. Es la hora de las visitas y de las largas conversaciones, de paseos solitarios, de ensueños y de música. Yo no veo mas que moradas aéreas, resplandecientes de luces y adornadas de ramos de flores. La primera de nuestras lunas alumbra toda la *ciudad baja*: es una dulce luz, semejante á la claridad de la luna

vuestra; pero del lado del lago se levanta la segunda, y esta tiene reflejos verdosos que dan á toda la ribera el aspecto de vuestros tapices de Persia.

Á la orilla derecha de esta ribera que parece una verde alfombra, está construida la casa en Mozart, que Palissy ha querido dibujar en cobre.»

Mr. Sardou y su colaborador no describen de esta mansion mas que la fachada del Mediodia. No importa; hé aquí en qué consiste: La entrada principal está á la izquierda; sobre el llano, á la derecha, está la ribera; los jardines están al Norte y Mediodia.

Mr. Sardou evocó la sombra de Mozart; la complaciente sombra dió un salto desde Julnius, y se presentó en la mesa del escritor, y le dijo:

—Más alto y más á bajo tengo por compañeros dos espíritus que tú no conoces; pero á la izquierda estoy separado por un prado del jardin de Miguel de Cervantes.

Generalmente, las casas que solo están hechas para los espíritus, que se balancean sin cesar en el espacio, tienen un piso bajo y principal.

El piso bajo está destinado á los espíritus que obran bajo la direccion del amo, y es accesible á los animales que van allí á tomar las órdenes.

El principal está reservado para el propietario.

Volviendo á la casa de Mozart, está construida con cierta piedra, que los animales sacan de las canteras del Norte, cuyo color tiene tonos verdosos, y toma á veces el azul del cielo cuando el sol se pone.

Pero pasemos adelante: tengo ganas de llegar al género

de adornos que la sombra del gran músico ha escogido para embellecer su morada.

«Es fácil, nos dice Mr. Sardou, reconocer en ella el recuerdo de nuestro músico terrestre; la llave de *sol* está allí repetida con frecuencia, y, cosa estraña, ¡ni una de *fa!*»

En efecto, es cosa estraña; Mozart, mientras vivió, no tuvo, que yo sepa, ninguna preferencia marcada por una de las llaves de *sol*, de *fa* ó de *do*.

Pero la muerte cambia de tal modo los caractéres de los hombres, que no se les puede reconocer.

En las decoraciones del cuarto bajo, añade Mr. Sardou, se encuentra una batuta, una especie de laud ó bandolia, una lira, y una portada musical.»

¡Una portada musical! ¡Caramba! Esto es muy significativo, y prueba que Mozart no ha olvidado el pentágrama.

Sigamos.

«Más arriba hay una gran ventana que recuerda vagamente la forma de órgano: las otras ventanas tienen la apariencia de grandes notas. Otras más pequeñas abundan en toda la fachada.

Estos significativos adornos pueden ser tachados de mediocres; pero es preciso no olvidar que los espíritus recuerdan de buena gana, en la pintura de sus casas, la mision terrestre que les ha merecido su encarnacion en Júpiter, y que reasume mejor que nada el carácter de su inteligencia.

Así es que en la casa de Zoroastro, los astros y la llama constituyen los frescos de sus paredes.»

Tales son las palabras con que Mr. Victorino Sardou termina de buena fé (sí, de buena fé, pues no se burla nadie

tan sériamente de todo el mundo y de sí mismo) la descripcion del planeta Júpiter.

Esta narracion ha producido naturalmente una gran impresion en el espíritu de aquellos á quienes los espíritus se desdeñan honrar con su confianza...:.

Todo esto es delirio..... alucinacion.....

—Sin embargo, me dirán, si un espíritu viniese en este momento á ponerse á tu mesa, hablar á tu oido, detener tu pluma, y apareciese á tus ojos bajo la forma descrita por Mr. Allan Kardec, ¿qué dirias?

—Creeria estar bajo el imperio de un estado nervioso, de esa fiebre particular del espíritu que se llama alucinacion, y si á través de mi locura me quedase un rayo de razon, dudaria siempre, repitiendo con Bossuet: «¡Hasta Dios necesita tener razon!»

La que ama á un hombre lindo
Goza en el mundo,
Y si el amante es feo
Tiene dos gustos.
Uno que él deja
Cuando se acerca, y otro
Cuando se aleja.

POR DINERO BAILA EL PERRO.

En el fondo de toda cuestion hay siempre algo que puede traducirse por un billete de Banco ó una moneda de veinte reales.

Triste es confesarlo, pero la mitad del género humano tiene fija la vista en el bolsillo de la otra mitad. No basta ser marroquí para librarse de esta tenaz espectacion. Ellos tambien pagan con dinero los insultos hechos á la honra de un gran pueblo. (No me aplaudais.)

Permitidme ahora volver los ojos á un diputado valenciano que dijo un dia á la faz de España la siguiente profunda sentencia:

—Con un Napoleon en Francia y otro napoleon en el bolsillo, no temo á las revoluciones.

¡Digo! ¡si sabrá el valenciano dónde le aprieta el zapato!

Hé aquí un hombre que se juzga feliz con dos napoleones, y eso que los napoleones son hijos de la revolucion.

Siguiendo el hilo de estas ideas, yo no cambiaria los dos napoleones por dos luises.

¿Opinaria lo mismo el diputado valenciano?

Otra cita se me cae de la pluma.

Desde muy antiguo, dicen los conquistadores al meterse en tierra ajena:

—Aquí planto mis reales.

Lo cual, traducido literalmente, quiere decir: «el que sea valiente, que venga por dinero.»

Ya veis que los pueblos no han tenido mas que un medio para cobrar el barato.

Hay que combatir una preocupacion vulgar, inventada por los pobres.

Cree mucha gente que el dinero está reñido con la inteligencia. ¡Oh error! Voy á desengañaros. ¿No es verdad que el comercio lleva á todas partes la ilustracion?

Pues bien, el comercio va siempre en busca del dinero.

Supongamos que el comercio llega un dia á vuestra casa con el sombrero en la mano.

—Caballero, os dice, ¿qué teneis que darme?

—Nada.

El comercio se pone el sombrero y os vuelve la espalda. Con él se va la ilustracion. Y vos os quedais tan salvajes como esos pueblos de América y Africa que todavía usan la hoja de parra que cubrió la desnudez de nuestro abuelo Adan,

Pero si la ilustracion vive del dinero, la gloria en cambio está reñida con él.

¿Qué es la gloria?

Ved esa actriz inspirada que arranca á los espectadores lágrimas de ternura. ¡Qué sublime! ¡qué divina se nos presenta, elevando sus ojos al cielo en un profundo éxtasis ¡de amor! Los aplausos y los bravos retumban en sus oidos como una bendicion! ¡Gloria sublime! ¡gloria, yo te saludo! En este momento se olvidan todas las miserias de la vida.

Pero sabed que esa actriz, antes de salir á las tablas, dijo al empresario:

—Si no me paga usted ahora mismo la nómina, no canto.

—Pero, señora, que el público espera.....

—Que espere: venga la nómina, ó me pongo ronca.

—Bien, al concluirse la funcion.....

—No me fio de usted, ha de ser ahora mismo.

—Está bien. Tome usted. Mil, dos mil.....

—(Contando el dinero.) Tres, cuatro mil..... Justo. Ahora que ya he cobrado, voy á hacer llorar al público.

¿Y sabeis quiénes son los afortunados que lloran de en-

tusiasmo? Los que han tenido un duro para comprar este placer.

El amor es un sentimiento; sentimiento noble, desinteresado..... misteriosa simpatía que lo vence todo, y que une dos almas hasta la muerte.

Convenidos: se casan dos pobres.

EL PRIMER DIA.

Él.—¡Cuánto te adoro!

Ella.—Más te adoro yo.

EL SEGUNDO DIA.

Él.—¡Siempre pienso en ti! ¡Qué hambre tengo!

Ella.—¡Alma mia! ¿No tienes dinero para ir á la plaza?

Y el feliz matrimonio arma cada dia una pelotera, mientras una vecina murmura por lo bajo: «Donde no hay harina, todo es mohina.»

El patriotismo se salva de esta ley general. El hombre que arriesga su vida por una idea, merece bien de la patria, y un empleo muchas veces.

¡Ay! ¡que este empleo me huele á dinero!

La escena tiene lugar en una oficina.

El jefe.—Y usted, ¿qué pide?

Un hombre.—Yo me batí en las calles..... Ahí está don Fulano que lo sabe.

El jefe.—¿No le han dado á usted una cruz?

El hombre.—Ya, pero con eso no cómo.

El jefe.—La patria le tendrá á usted presente.

El hombre.—Es que yo quisiera un destino..... futuro.

El jefe.—¿Para qué sirve usted?

El hombre.—Para cualquier cosa. Yo me batí en las calles.

El jefe.—Vuelva usted por aquí, y ya veremos.

El hombre (*bajando las escaleras*).—¡Hum! ¡la patria! No, pues como no me coloquen, otra vez que se arme..... yo sabré lo que hacer..... yo me batí ya en las calles.....

Sin necesidad de penetrar en lo íntimo de la conciencia, vemos de dia cruzar por esas calles millares de personas que se agitan, confunden, vocean, suben y bajan, entran y salen, todo por una jugada de Bolsa, por un negocio que promete, por un asunto positivo, por un ejemplo codiciado, ó lo que es lo mismo, por el billete de Banco, ó por la moneda de veinte reales.

Aquí una pobre huérfana se sacrifica un año entero por ganar al cabo de él un premio de los que reparten á la virtud; allá un capitalista echa los planos de una finca que ha de rendirle el ciento por ciento.....

¡Oh! ¡salgamos pronto de este círculo de oro!

Todas las cosas tienen dos prismas: mirémoslas por el bueno, que afortunadamente la amistad, el amor, la gloria, el patriotismo, son sentimientos que no mueren nunca, que se reproducen continuamente en el corazon del hombre.

Despues de este párrafo consolador, no me toca otra cosa que hacer aquí punto final.

Es curiosa la observacion siguiente, hecha por un conocido nuestro.

«Dice: cada madrileño pierde por término medio un cuarto de hora al dia en contemplar los retratos de fotografía que se hallan espuestos en las tiendas, lo cual hace noventa horas al año.

Añadiendo á estas noventa horas el tiempo necesario para comer, dormir, vestirse, etc., se hallará que estas noventa horas constituyen la semana del trabajador.

Y si se supone que un hombre viva cuarenta años, siguiendo este cálculo, se hallará que ha consagrado á la fotografía un año de su existencia.»

El lenguaje de la ley, es como la misma ley; es inflexible. Todo el mundo es igual ante la rudeza de su fórmula y la barbárie de sus locuciones. He tenido ocasion de leer una escritura de venta, en la cual, entre el siguiente estilo, legal hasta más no poder, figuran dos nombres augustos:

«En la oficina de Hipotecas se ha tomado razon de un edificio llamado *Casa inglesa*, situada en París, calle del Elíseo, lado de los números pares, que ha pertenecido á M. Emilio Pereira, que vive en París, calle del Fauburg-Saint-Honoré, núm. 25, vendido por dicho señor á S. M. Eugenia María de Guzman, esposa de S. M. Napoleon III, con lo cual vive en París en el palacio de las Tullerías, cuya venta ha sido hecha por contrato ante Mr. Moeguard, notario de París, etc.»

—¿No es verdad que el estilo de este contrato tiene algo de estraño?

En el sitio de Tetuan cayó un soldado herido, y un capitan que pasaba á su lado se acercó, y no pudo menos de estrañarse al ver que la camisa del soldado era de finísima batista.

—¿Hace mucho que ha llegado usted?

—Ayer, mi capitan; soy un voluntario madrileño.

—Si debo juzgar por su ropa interior, la vida que llevamos debe parecer muy dura á un hombre que ha vivido más en los salones que espuesto á los rigores de la intemperie y á mil privaciones. Porque supongo que con los ocho cuartos de plus.....

—Por eso no, mi capitan; pues aun cuando es verdad que recibo del Gobierno ocho cuartos de plus, de mi casa me mandan veinte duros diarios.

Este voluntario seria simplemente hijo de algun banquero, duque ó senador.

Metamorfósis del amor:

Un gran poeta ha dicho que el amor es el orígen de todas las virtudes.

Para César, Alejandro y Napoleon, el amor era ganar una victoria.

Para Sardanápalo, Francisco I, Enrique VI y Luis XIV, el amor era..... el amor.

Para don Juan, el amor era una costumbre.

Para una gran señora, el amor es un pasatiempo.

Para otras personas, el amor es un comercio donde las bancarotas son numerosas.

Para un conocido nuestro, la vida es una flor, y el amor es su miel.

Para un literato escaso de metálico, el amor es el dinero.

Para los viejos y los tontos, el amor es un medio de gastar dinero.

Para las coquetas, el amor es una mirada.

Para una jóven virtuosa, el amor es el Paraiso.

Para una mujer de treinta años, el amor es una necesidad.

Para las mujeres de la edad de X, el amor es el lujo.

Para la gramática, el amor es un sustantivo.

En el teatro, el amor es la felicidad suprema.

El amor para los que pasan su vida en buscar el ideal de sus sueños, y que mueren sin haberlo encontrado, es la planta que se cierra por falta de aire.

Un filósofo hablaba de la decadencia del hombre.

—¡La decadencia! respondió otro. Hace ya mucho tiempo que empezó, puesto que el primer paso de Adan fué una caida.

Hé aquí un hecho que prueba que aún existe el entusiasmo.

Hace pocos dias que Rossini fué á ver con un amigo la esposicion de Disden. En el camino se cruzó con un jóven que, al verle, se quitó el sombrero.

—¿Quién me ha saludado? preguntó Rossini á su amigo.

Este se dirige al jóven, que aún no se habia puesto el sombrero, y le dijo:

—¿Conoceis á Rossini?

—No.

—¡Ah! Creia que le habíais saludado.

—Yo no saludo á Rossini, caballero: es que al verle me descubro.

Un soldado sensible y galante se despide de una enamorada cocinera, y siguiendo los impulsos de su corazon la abraza una vez, y otra y ciento. El tren está para partir. Los trenes no tienen por costumbre aguardar á que los Romeos de cuartel acaben de despedirse de las Julietas de cocina.

Suena un silbido y la locomotora parte. El candoroso militar sale corriendo tras el tren con la esperanza de alcanzarlo; y no hubiese abandonado su proyecto, si el jefe de la estacion no le detuviera, dirigiéndole este proverbio arreglado para él:

—A quien mucho abarca se le escapa el tren.

SUPERSTICIONES ESCOCESAS.

En el número de las supersticiones escocesas, que ni el tiempo ni la civilizacion han podido borrar, vamos á citar una que reina entre los pescadores de la costa oriental.

Estos hombres tienen horror al cerdo, y su solo nombre les parece un presagio funesto. Si por casualidad encuen-

tran uno en el camino, cuando van á embarcarse, se vuelven á sus casas, y desisten de la pesca por aquel dia.

Un cura de una aldea de pescadores, contando esta superstición á otro, viéndole algo incrédulo, quiso convencerle por esperiencia. Fué convenido entre los dos que uno de ellos leyese en la iglesia uno de los capítulos de la Sagrada Escritura que hace referencia á la manada de puercos en que se refugió el demonio.

Al primer renglon, conociendo los fieles que se trataba algo de cerdos, una ligera inquietud se observó en el auditorio: buscando cada cual un pedazo de hierro ó un clavo de sus zapatos, para alejar la funesta influencia. Repetida por segunda vez la palabra *puerco*, aumentó la emocion. En fin, el sacerdote, habiendo una vez más repetido la palabra *puerco*, hombres y mujeres se precipitaron hácia las puertas y huyeron de la iglesia, temiendo que el espíritu maligno corriese más que ellos, y llegase á las cabañas antes que los moradores.

Todos los pueblos tienen sus supersticiones; pero esta quizá merezca estar colocada en la fila de las más singulares.

LA NIÑA BLANCA.

Blanca tienes la color
Y blanco el seno turgente,
Y no habrá perlas tan blancas
Como son blancos tus dientes.

Si mueves las blancas manos,
Blancas azucenas mueves;
Si bailas, muestras de blanco
Calzado el pié blanco y breve.
Prendido de rosas blancas
Adorna tus blancas sienes,
Y con el blanco vestido
Aparicion blanca eres.
Tambien tienes blanca el alma,
Pues tienes alma de nieve,
Tu corazon es papel
Sin letras y sin membrete.
Por ser blanco de tus ojos,
¡Ay! muchos blancos perecen;
Ninguno acierta en el blanco
No hay quien en blanco no quede.
Yo no quiero, blanca diosa,
Á tu blancura atreverme,
Ni vengo á tus blancas aras
Blanca víctima á ofrecerme.
Que tú no das carta blanca
Á aquel que blanca no tiene,
Y en blanco se halla mi bolsa
Sin plata que la blanquée.
Y para tan blanca niña
Blanco galan se requiere,
Y yo no tengo de blanco
Mas que el serlo de la suerte.

LA NIÑA NEGRA.

Negros son tu pelo y ojos,
Y negras tambien tus cejas;
Tus pestañas negras son;
Negro tu vestir, morena.
Tu corazon es bien negro;
Por eso, la pena negra
Del que hecho un negro te quiere,
Donde quiera le negrea.....
Y del que te ama, la historia
¡Vive el cielo que es muy negra!
«Lo del negro del sermon:
Frios piés y la cabeza
Negra..... de puro caliente,
Cual hollin de chimenea!»
¿El alma negra tambien?....
Muy negra será tu pena.
El dia que negra busques,
Y negros de risa veas
Á los blancos que burlaste
Con chascos..... que renegrean.....
¡Cuál se apartarán sarcásticos,
Cármen, de tu pena negra;
Porque este es el premio negro
De la negra coquetuela!
«¡Que de la coqueta el libro,
Es negro, cual noche negra!

Nunca su horízonte es claro,
¡Porque es tan negra su estrella!!....»
«Si negros son los azares
»Que á su negra vida cercan.....
»¡*Cuán negra tristeza habrá*
»*Cuando negramente muera!!...*»

EL NOVIO.

El novio no tiene una definicion fija, no pertenece mas que á la clase de *novio*, y es tan lata esta palabra, que no encuentro medio de definirla.

No le puedo denominar amante, porque entre este y el novio hay una diferencia notable.

Tampoco puedo considerarle en la categoría de los maridos, porque aun cuando aspire á serlo, del deseo á la realidad hay tanta distancia.....

¡Conozco yo tantos novios que se han quedado en las ganas de dar un pasito mas en la senda de las afecciones amorosas!.....

¿Quién no habrá sido novio? ¿Quién no habrá estado horas enteras acechando la salida de la doméstica, sosteniendo el pilar de una esquina, ó aguantando un chaparron, todo por el amor?

Muy pocos de los que leen este artículo habrán dejado de hallarse en situaciones análogas, y así como yo no me he enojado de *hacer el oso*, creo que tampoco se habrá enojado el resto de la humanidad.

Sí, lectores, yo tambien hė *hecho el oso* al pié de una reja, yo tambien he escrito epístolas amorosas que empezaban: «desde el primer momento» y concluian: «seré dichoso:» yo tambien he sufrido los rigores de la intemperie que ha acortado á mi sombrero la larga vida que yo pensaba darle á fuerza de cepillos, y yo tambien, en fin, he sido por un momento la codiciada presa de una mamá con honores de suegra.

Afortunadamente hoy me encuentro en una situacion *indefinida* ó *indefinible;* gracias á esto, puedo describir al novio en sus tres distintas épocas sin ser parte paciente: En su estado de agraz, en su estado de madurez y en su estado de tormento.

Muchas veces habrás visto pegado á una esquina, ó andando lentamente, ó bien dirigiendo miradas temerosas á un balcon por entre cuyas cortinillas asoma una carita risueña y picaresca, un jóven pensativo y taciturno que, ora fija la vista en el suelo, ora la levanta al firmamento.

Ese hombre es el novio en agraz. Al salir de misa, vió á la linda Carolina, conjunto de candor y de hermosura.

Su belleza impresionó profundamente al jóven, y desde aquel momento no pensó en otra cosa que en ponerla sitio.

Por esto pasea la calle, y aguarda la ocasion oportuna de empezar el ataque.

La *ocasion* en estos casos suelen ser las criadas y las porteras.

Estas *ocasiones* suelen presentarse á la hora en que andan por la calle las burras de leche, ó bien á la caida de la tarde.

Por esto el novio en agraz se levanta al amanecer, y colocado á la puerta de su amada espera que salgan todas las criadas de la casa.

Una por una las inspecciona, y cuando ha tropezado con la *ocasion*, mediante una peseta vence sus escrúpulos, y la entrega sus *credenciales*. Ya tenemos á nuestra maritornes convertida en *Ministra-Plenipotenciaria*, cerca de su *Hermosura* la señorita Carolina de.....

Si la niña gusta de conversacion, y por su desgracia vive en piso tercero ó cuarto, sin vistas á la calle, indicará al novio como único medio el ventanillo de la puerta.

En este sitio suelen ocurrir estos ó parecidos diálogos.

El novio.—Amada mia, ¡cuánto me haces sufrir!..... te amo tanto..... cuándo llegará el dia.....

La novia.—Ya te he dicho que esto no puede continuar así por mas tiempo. Mi hermana la pequeña se lo ha contado á mamá, y el mejor dia nos pilla en el garlito.

El novio.—¿Luego, no podemos vernos?

La novia.—Será difícil..... á menos que tú no espliques.....

El novio (por lo bajo).—Yo esplicaré..... á ti sola..... *(En voz alta.)*—Ese es mi mayor anhelo..... pedirte á tu mamá.....

La novia.—¿Y cuándo?

El novio.—Cuando tú quieras.

La novia.—Entonces mañana.

El novio.—¿Y dónde?

La novia.—En el café á que asistimos los domingos. Mamá ya te conoce, te sientas en la mesa mas próxima.....

El novio.—Sí, ya comprendo; pago el café, y entonces habrá aquello de:—Mozo, ¿quién ha pagado? el mozo titubeará, pero al fin cantará claro; tu mamá hace como que se ofende conmigo, te echará á ti la culpa y me proporcionará la ocasion de declararme á ella.

La novia.—¿Sabes, Enrique, que no te creia yo tan avispado?

El novio.—¿Y por qué, hija mia?

La novia.—¿Por qué?..... porque me parece que no es esta la primera vez que has inventado un ardid semejante.

El novio.—¡Oh! Te juro.....

La novia.—Adios, alguien viene, hasta mañana.

Y la niña da al novio con la ventana en los hocicos.

Una hora despues de la entrevista habida con la mamá, comenzará á madurar el novio, y la escena cambiará completamente de aspecto.

En adelante podrá ver á su amada dentro de su propia casa, delante de testigos, por supuesto; podrá estrecharla la mano en esa hora que protege á los enamorados, cuando la noche se aproxima y aun no ha entrado las luces la criada.

Así pasará un mes, dos y hasta tres.

Pero no pasará de aquí. La presunta suegra, creyendo bastante maduro al novio, le dirá que su hija está perdiendo el tiempo, y que por lo tanto vea el medio de cumplir su compromiso.

Si el novio ama de veras, se *suicidará* casándose incontinenti, pero si se arrepiente de haber andado demasiado en el camino que emprendiera, en este caso acechará una *ocasion*, ó la creará para provocar una *tormenta*.

Aquí tenemos ya á nuestro hombre en su último estado.

La tempestad suele comenzar de esta suerte:

El novio.—Señora, su hija de usted y yo no podemos congeniar. Le gusta mucho hacer su gusto, y á mí no me agrada el despotismo. Soy muy demócrata.

La suegra.—¿Y á qué viene esa salida?

El novio.—Viene, á que el oficialito de en frente la hace guiños.

La suegra.—Y déjele usted que los haga. ¿Eso qué importa?

El novio.—¡Señora! ¿Conque no importa? ¿Conque es decir que quiere usted..... pues.....

La suegra.—Lo que yo quiero es que no dé usted guerra á mi hija.

El novio.—La hija de usted es demasiado *guerrera* para asustarse.

La novia.—Déjele usted, mamá, ese es un pretesto. Déjele usted que se arrepienta..... La tonta he sido yo que le he creido.

La mamá.—Tienes razon. Si no hubieras hecho caso del señor, ya estarias casada con el capitan de húsares. Aquel sí que es guapo.

La novia.—Y fino.

La mamá.—Y que te dejará una viudedad muy decente.

Aquí el novio ve llegada la última de sus ocasiones, y esclama cogiendo el sombrero:

El novio.—¡Señora! No creí que eran ustedes tan materialistas que ajustasen su cuenta á los vivos antes de morirse.

Yo no podré nunca ser feliz con una mujer que estará deseando mi muerte por alcanzar su viudedad. Á los piés de ustedes.

FÁBULA.

Á Juana declaróle un estudiante
La pasion delirante
Que sintió al contemplar sus negros ojos,
Y Juana, sin enojos,
A tanto amor correspondió al instante.
Presentóse despues un gran banquero,
Y aunque feo, de mala catadura,
Para Juana su *sobra* de dinero
Compensaba su *falta* de hermosura.
Mas al fin se encontraron
El estudiante y el banquero un dia,
Y á la Juana los dos abandonaron,
Premiando de este modo su falsía.
Muchachas, no tengais mas que un amante:
No alimenteis de la codicia el flaco,
Y no perdais de vista ni un instante
Que siempre la codicia rompe el saco.

Un caballero, que no debia ser español segun lo descortés que era, notó al ir á dar agua bendita á cierta dama que brillaba en uno de sus dedos una magnífica sortija.

Así que, al ofrecerle el agua, le dijo:

—Señorita, yo preferiria la sortija á la mano.

Entonces ella, cogiéndole la placa de la Orden del Toison que llevaba colgada del cuello, le contestó con mucha oportunidad:

—Y yo, caballero, quisiera tambien más el cabestro que el asno.

Un dia que el aristócrata Johnson estaba comiendo en casa de la célebre demócrata mistriss Macauley, recayó la conversacion sobre la igualdad de los hombres.

La señora sostenia que la igualdad era un derecho natural, á lo cual procuraba contestar Johnson con todo el laconismo que era posible, como fastidiado de la conversacion.

Pero viendo que nada adelantaba, se dió prisa á acabar de comer, se levantó precipitadamente, y volviendo con su lacayo le hizo sentar en la misma silla que él desocupaba.

—¿Qué hace usted? preguntó la señora.

—Practico la igualdad que usted predica.

—Efectivamente, contestó mistriss Macauley, no podria usted hallar mas digno sucesor.

Un famoso predicador español, predicando el sermon del primer domingo de Cuaresma, cuyo tema era sobre la tentacion del Señor, dijo:

—El diablo llevó al Salvador del mundo sobre la cúspide de un templo, y desde allí, creyendo que no hay nada en el corazon del hombre como la seduccion de las riquezas y honores, le hizo ver por medio de un telescopio una gran es-

tension de terreno, sobre el cual le ofreció una absoluta dominacion.

Enseñóle la Francia, la Alemania, la Italia, pero, por fortuna para el Cristo, los Pirineos se interpusieron impidiéndole ver las tierras que se estendian detrás. Y añadia:

—Porque si él llega á descubrir las bellezas que contiene este hermoso suelo de España, no se hubiera podido resistir á la tentacion.

Un abogado que queria chunguearse, dijo á Swift:

—Si sucediera que el diablo tuviese un pleito con el cielo, ¿cuál de las dos partes lo ganaria?

—Indudablemente el diablo, porque tiene de su parte á los abogados.

SOBRE EL MATRIMONIO.

Á propósito del matrimonio, todo es verdad, el bien y el mal.

¿No acontece lo mismo en todas las cosas de la vida?

Hay en ellas rosas y espinas; miel y acíbar; lágrimas y alegría.

¡Admirable motivo de asombro en verdad!.... Que me presenten un episodio cualquiera de nuestra existencia social cuya morada no tenga las mismas señas, ó que no sufra las influencias de la misma estrella.

Pero, ¿qué le hemos de hacer? Los contemporáneos se desatan en injurias con el matrimonio, y en mi opinion sin razon alguna. Nuestros padres, infinitamente más sabios

que sus hijos, se contentaban con reirse de él, lo que en todo caso es una prueba de verdadero talento.

Desde 1830, es decir, desde que la escuela romántica llevó la batuta en la literatura, se ha presentado el matrimonio en los libros y en los teatros como la más triste esclavitud.

No ignoro que algunos literatos de la antigua escuela han persistido en mantener la teoría de *Le Sage*; pero estos pobres anticuados no han sido más que Bautistas predicando en el Desierto. La predicacion Sansimoniana se ha llevado la palma.

Se han escrito multitud de aforismos, de sentencias, de pensamientos, en el género de ambas opiniones.

Jorge Sand.—«Tomo la sortija matrimonial, primer anillo de la cadena más pesada que los hombres han podido inventar.»

Alejandro Dumas (hijo).—«La cadena del matrimonio es tan pesada que se necesitan dos para llevarla, y algunas veces tres.»

Dejo á un lado las tres mil quinientas noventa y nueve novelas escritas sobre la materia: las seis mil cuatrocientas diez y nueve comedias, dramas, melodramas y otras epopeyas teatrales escritas con este objeto, los versos y los artículos de periódicos no se cuentan.

Y, sin embargo, ¿podrá encontrarse una cosa mejor que el matrimonio?

Un inglés comia en una fonda de Madrid en union de varios españoles.

Preguntáronle estos qué es lo que más le gustaba en España, y como el pobrecito hubiese oido hablar de nuestra aficion á las funciones de toros, quiso lucirse, y esclamó:

—¡Oh! mi gusta mucho..... un funcion..... ¡*Got damn*! un funcion.....

Y desgraciadamente no se acordó de cómo se llamaban los toros.

En esto reparó en el pedazo de vaca del cocido, y preguntó al que tenia á su lado:

—¿Cómo llamar osté esta cosa?

—Esto se llama cocido.

Entonces el inglés con aire de triunfo, esclamó alzando la voz:

—¡In Ispania gusta mi mucho más que todas otras cosas, un bon funcion de cocido!

Carta de un gallego lugareño á su hermano que residia en Lugo:

«Queridu hermanu: El dador de la presente te trae con el borricu mio un saco llenu de judías. Todos buenus.—Tu hermanu, *Pericu*.

P. D. En el culu del saco hallarás la carta para que non se pierda.»

Un médico fué á visitar una señora, y despues de tomarle el pulso y demás ceremonias de ordenanza, le preguntó:

—¿Esputa usted, señora?

—¡Desvergonzado! esclamó: salga usted de mi casa; cómo

puede ser.... si soy casada..... ¡qué diria mi marido si lo supiese!

A UNAS PECAS.

Tus pecas me gustan tanto,
Tan hechiceras están,
Que el milagro lograrán
De hacer de un poeta un santo.
Si yo me hiciera, alma mia,
Guardian ¡ay! de las Batuecas,
Si en mi celda viera un dia
Esas pecas.
Hay en el hombro una negra,
Que al mirarla, buena moza,
Toda el alma me retoza
Y el corazon se me alegra.
Los ojos que bien te miran
No hallan en cien bibliotecas,
Las picardías que inspiran
Esas pecas.
Aunque pocas pecas son,
Pican como la pimienta;
Y nadie esas pecas cuenta
Sin pecar de tentacion.
Y uno tras otro doncel,
Como pollos tras las llluecas,
Corren tras la dulce miel
De esas pecas.

Tan lindas son y tan ricas,
Que si de rumbo no truecas,
Niña, con tus pecas, *pecas;*
Porque con tus pecas, *picas.*
¡Y cuánta alma habrá cautiva
Y picos y encías secas,
De puro tragar saliva
Por tus pecas!

Tenia la costumbre el caballero X de regalar medio tocino á una familia todos los años.

Preguntando por la salud de aquel cierto quidam que visitaba la antedicha, le respondieron que habia muerto.

—¡Qué me dicen ustedes! yo nada sabia: ¿ y hace mucho tiempo que murió?

—Cá, no señor, no; mire usted, aun estamos comiendo *butifarras* de las suyas.

Varios amigos trataron de hacerse retratar juntos en fotografía, y en la hora en que habian de reunirse para ir á casa del fotógrafo llega uno corriendo al lugar de la cita, y dice:

—Amigos mios, me es imposible ir con vosotros á casa del retratista; por consiguiente decid de mi parte que no se olvide de ponerme en el cuadro al lado vuestro.

Durante la ocupacion francesa de la plaza de Barcelona, á principios del presente siglo, un oficial que no seria un Danois ni un Bayardo, salió un dia tarde de una tertulia.

Para ir á su alojamiento tenia que pasar por la plaza de los Ángeles, donde por aquel tiempo habia plantado un leon de piedra.

Al desembocar la sobredicha plaza, vislumbrólo á la escasa luz de los reverberos de aceite, pareciéndole en su pavorosa imaginacion un hombre que le aguardaba para matarle.

—¡Pardon, peysan!.... esclama; ¡la vie par Dieu!

Viendo que no obtenia contestacion, adelantó dos ó tres pasos.

—¡Pardon, peysan! repite; ¡la vie per Dieu!

El mismo silencio.

Dá algunos pasos más, y reconoce la causa de su miedo.

Y envalentonándose de pronto, desenvaina su sable y acomete al leon de piedra, gritando con voz tonante:

—¡Morre, catalan!

Á un fraile de cierto rico convento, se le habia agotado el rancio de un tonelito de vino que guardaba para obsequiar á los amigos que le visitaban.

Un dia miraba, no sin codicia, desde su celda, cómo descargaban en la mayordomía una abundante provision de aquel delicioso néctar.

De pronto quédase la tal estancia sin alma viviente; los mozos habian ido á almorzar.

—Magnífica ocasion, esclama.

En un momento plántase de su celda á la mayordomía: Coger un odre del rancio debajo del brazo y llevárselo hácia la celda, fué obra de un minuto.

Pero el diablo, que nunca duerme, hizo que mientras subia con su preciosa carga, bajase el abad la escalera.

Poner el odre en un rellano, sentarse á su lado, abrigarlo con su hábito y hacer lo mismo que si confesase algun pecador, fué hecho en menos tiempo que se necesita para espresarlo.

El abad (al tiempo de pasar):—¿Es aquí lugar decente y á propósito para ejercer tan delicado ministerio?

El fraile.—Perdone el señor abad, pero los penitentes se han de acoger donde se encuentran.

Y fervoroso continuó en su santa tarea.

Pasar el superior, volver á coger en brazos á su querido penitente, llegar á la celda, llenar su tonelito, rellenar de aire el vacío que la tal sangría habia hecho en el odre, y bien atado devolverlo á su primitivo lugar, todo fué ejecutado con una prontitud digna del mayor encarecimiento.

¡No se mamaba el dedo el tal fraile!

La última vez que estuvo el rey Fernando en Cataluña, se notificó á una ciudad de segundo órden que al dia siguiente S. M. pasaria á la misma.

El ayuntamiento, al objeto de recibir dignamente á tan digno huésped, determinó salir á recibirlo en un carro triunfal.

Sin embargo, el tiempo apremiaba; así es que durante toda la noche se trabajó con ahinco para tenerlo dignamente arreglado.

Pocos momentos antes de partir advirtieron con gran disgusto que faltaba lo principal, faltaba un escudo de las armas.

Pero no habia tiempo para pintarlo, por la perentoriedad, y ya se determinaba ir en ellas, cuando uno esclama todo alborozado:

—Yo sé unas..... las del estanco nuevo son flamantes, y nos servirán á las mil maravillas.

Corren á buscarlas, y colocadas en la delantera del carro parten en seguida á buscar al rey.

No se hizo este aguardar, y al poco rato hacia su entrada en el carro triunfal.

Con todo, es de advertir que con la prisa y atolondramiento no quitaron el rótulo en el que cualquier hijo de vecino podia leer el consiguiente mote:

Estanco nacional.

Resultando con esto convertido en artículo estancado el muy deseado D. Fernando.

Léase la siguiente historieta india, que no deja de dar una leccion provechosa:

«Vivia en Uycin un Brahma llamado Madava. Dióle su mujer un hijo; y un dia le dejó á su cargo mientras ella iba á hacer sus abluciones. Entretanto llegó al Brahma

un mensage del rey mandándole practicar el *Parvaua Srada.* (1)

—No tengo, dijo, á quien dejar cuidando del niño. ¿Qué haré? Pero ¡ah! el perro á quien he querido y tratado largo tiempo como hijo, se quedará aquí, y le guardará.

Dejando, pues al perro con el niño marchó el Brahma, cuando hé aquí que asoma una serpiente negra, acercándose silenciosamente al niño. El perro fiel se lanzó sobre ella y la despedazó.

Pero despues, viendo á su amo volver, se fué hácia él corriendo con la boca y las uñas chorreando sangre, y se hechó á sus piés. El Brahma, al verle en semejante estado, creyendo que habia devorado al niño, le mató. Despues, al llegar juntó á su hijo, le vió tranquilamente dormido y á su lado, muerta, la serpiente negra. Entonces, mirando al perro su bienhechor, y arrepintiéndose amargamente, esperimentó gran dolor.

Un estudiante muy ladino, que de lo que menos se ocupaba era de sus libros, contínuamente pedia á su padre que le enviase dinero, valiéndose de mil pretestos.

Sabiendo este su mal comportamiento, y cansado de un gasto tan escesivo como inútil, le escribió la siguiente filípica:

«Juanito: Eres incorregible, eres un holgazan, un derrochador, un tronera. Es completamente inútil que me pi-

(1) Ceremonia funeral por sus antecesores.

das más dinero: para un mal hijo no lo tengo. Ni un ochavo más. Adios. Tu padre,—*Ramon.*»

Contestacion:

«Querido padre: Me ha afectado tanto la carta de usted, que del sentimiento me he quedado muerto y frio en un momento. Por lo tanto, espero se servirá mandarme dinero para el entierro. Su amante hijo,—*Juanito.*

LAS DOS EDADES.

PRIMERA PARTE.—Á LOS CUARENTA AÑOS.

En el tocador.

Julia.—Acaba de arreglarme, que es hora de ir al teatro.

La doncella.—Como tiene usted tan fuerte el cabello..... Si esto parece una selva.

Julia.—Ya está bien..... No, no quiero ese adorno..... Ni las flores..... Ni los brillantes..... Pónme solo una rosa. ¡Ah! dáme un poco de esa agua, á ver si se me bajan estos colores insolentes que dan á mis mejillas cierta robustez que me avergüenza.

—No diga usted eso, cuando todo el mundo alaba su belleza y su frescura.

—Sí, no es mala frescura, parezco una aldeana.

—Pues bien se muere por usted el sobrino del ministro.....

—¡Un fátuo!

—El conde de.....

—¡Un tonto!....

—El coronel.....

—¡Un imbécil!

—¿No le gusta á usted ninguno?

—Me cansan con sus contínuos elogios. En el teatro no dejan de clavar en mí los gemelos, en el paseo me acosan con sus miradas, en el baile me aturden con suspiros. ¡Oh! ¡los hombres son insoportables!

En el teatro.

La actriz.—Muchas gracias, señores, no merezco.....

El autor.—¡Oh! ¡ha estado usted divina!

Coro de caballeros.—¡Divina!

El autor.—Mi triunfo se lo debo á usted. Yo no habia soñado aquella escena del tercer acto, en que ha hecho usted derramar un Manzanares de lágrimas.

Caballeros (en coro).—¡De lágrimas!

El autor.—Pues ¿y aquel verso que fué tan calurosamente aplaudido?

Morir despues de amar..... ¡Oh, qué ventura!

Nadie lo dice con la pasion, con el sentimiento, con la.....

Caballeros.—Con la.....

Actriz.—Basta, señores.

(Los caballeros y el autor se despiden de la actriz, y al salir de su cuarto se dicen los unos á los otros:)

—Cuidado, que es hermosa esta mujer. ¿Es soltera? ¿dónde vive?

En la calle.

Un sastre (asomándose á la puerta de la calle, á tiempo que pasa Ceferina).—Vaya usted con Dios, mi vida. Ya sabe usted que se la quiere bien.

Ceferina.—¡Pues ya! ¡qué fino está usted, señor don Diego!

—Espérate.

—Voy de prisa; acabo de comer y me voy al obrador, no sea que se incomode la maestra.

—Ganas tengo de que dejes la aguja. Pero tú eres tan desdeñosa..... Luego, con esa carita, tienes á todo el barrio revuelto. Siempre que pasas por esta calle se asoman todos á ver ese aire retrechero. Por tí anduvieron el otro dia á sopapos el hortera de en frente y el encuadernador de la esquina.

—Toma, ¡y anoche me dieron música!

—¿Sí? pues ya sé quién fué; el trompa del Circo, que, segun me dijo, cobró ayer una nómina de tres que le debian. ¿Te vas ya?

—¿Qué he de hacer? Con Dios.

—Anda, ingrata..... ¡permita el cielo!.... ¡Qué guapa es esa chica! ¡Ole! ¡ole! Vámonos á cortar un gaban. (*Cierra la puerta.*)

SEGUNDA PARTE.—Á LOS CINCUENTA AÑOS.

En el tocador.

Julia.—¡Dios mio! ¿Qué es esto? Otro diente que se me

ha caido.... ¿Qué enfermedad tendré en la boca, que no me para una muela? ¿Me habré dado durmiendo con el hierro de la cama? Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete..... me faltan siete entre dientes y muelas!

(El dentista entrando).—¿Me ha llamado usted, señora?

Julia.—Míreme usted la boca. ¿Qué tengo en ella?

—Nada, porque un diente que está aquí de centinela va á retirarse al cuartel.

—¿Y hay algun remedio?

—Mañana le trairé á usted lo que le hace falta. *(Váse.)*

La doncella.—¿Quiere usted que la peine?

Julia.—Sí, ponme los mejores brillantes, los más lindos adornos. ¡Que me dejas descubierta la cabeza!

La doncella.—Como que aquí no hay pelo.....

—¡Qué torpe!.... Vete; ya no me peino hoy. *(Váse la doncella.)*

Julia.—Tiene razon... se me va cayendo todo el pelo... ¡Y antes tenia una cabellera! ¡Me parece que era ayer!.... Una peluca..... ¡qué idea! Prefiero retirarme con mis gatitos y no salir nunca á la calle..... Lo peor es que blanquea por todos lados..... ¿Dónde diablos se vende el agua que tiñe el pelo?

En el teatro.

La actriz (incomodada).—Dígame usted, señor poeta, ¿por qué no hago yo en el drama de usted el papel de doña Margarita? ¡Este desaire á mí!

Autor.—Lo siento mucho, pero ciertos compromisos.....

—Ya me ha sucedido esto una porcion de veces. Aquí no

hay mas que intrigas. Usted sabe que sus mejores comedias las he hecho yo, y me ha dicho en varias ocasiones que á mí me debia sus triunfos literarios.....

—Es verdad, señora; pero la empresa.....

—Ya me he quejado de esta falta, y espero hoy mismo una satisfaccion.

(Un criado se presenta con una carta del empresario.)

La actriz (leyendo):

«Señora, se queja usted porque doy á otra los papeles de dama, y voy á darla la esplicacion. Usted tiene cincuenta años, y á pesar de su inmenso talento, los autores y el público desean verla en papeles que se adapten á sus condiciones.

»Así, pues, la aconsejo que en lo sucesivo empiece usted á estudiar la parte de característica. Suyo, etc.»

La actriz.—¡Me insulta el miserable! Voy ahora mismo á romper mi contrato!

En la calle.

Ceferina (en un portal vendiendo fósforos).—¡Fósforos, papel de hilo! ¡*La Correspondencia* y *El Pueblo*! Nadie se para. Caballero, fósforos de.....

Un transeunte.—¡Apártese la vieja!

Ceferina.—Cuando yo me casé con el sastre de en frente, que reventó de cólera, otro gallo me cantaba. Pero murió pronto; mi segundo marido se jugó todo lo que habia en casa, y ahora vende naranjas en la plaza de los Toros. ¡Qué frio hace! ¡Y esta noche no se vende nada! ¡Caballero! ¡señora! ¡eh, jóven! ¡Nadie me hace caso!....

(*Subiendo la entonacion*).—¡Fósforos! ¡*La Correspondencia* y *El Pueblo*!

No cae el telon; sigue levantado, porque esta comedia no se acaba nunca.

Un cualquiera.—¡Qué buena casa tienes, chico! ¿Cómo te has compuesto para estar tan bien? tú, que antes....

Un pobre diablo.—¡Toma! He encontrado una receta.

El cualquiera.—¿Cuál?

El pobre diablo.—Á fuerza de paciencia me he hecho de diez acreedores ricos. Temiendo que me muera, me obsequian espléndidamente, y me invitan todos los dias á comer.

Una amiga de la señora X..... se admiraba de que guardase tanta fidelidad, y por tanto tiempo, á D. L. de A., su primer amor.

—La razon, querida mia, respondió la señora X..... es que no debe una nunca dejar el primer novio..... á no haber un segundo.

Se acaba de publicar una obra bastante curiosa, titulada: *Historia anecdótica del duelo en todos los tiempos y en todos los paises.* Contiene la relacion de infinidad de combates singulares y caprichosos; pero sin embargo no hemos hallado el célebre desafío de la hermosa Berta de Colonia con un estudiante aleman.

Hé aquí el hecho:

Habiendo Berta tratado de *canalla* al estudiante, este se

ofendió hasta el estremo de provocar á la jóven á un combate singular. Berta aceptó, y se presentó en el lugar convenido, vestida de negro, con un adorno de plumas del mismo color en la cabeza, y provista de pistolas.

Los testigos midieron las distancias, y cargaron las armas.

—¡En guardia! ¡en guardia!

El jóven propuso á la amazona que tirase primero; pero ella rehusó. Entonces el estudiante se decide, tira, pero no hiere á su adversario; la jóven hace tambien fuego, tambien sin resultado.

—El honor está satisfecho, dicen los testigos.

Ambos adversarios se tienden la mano, y el jóven, conmovido, dice que quiere á toda costa casarse con aquella mujer que tan heróica se ha mostrado.

—Sea, respondió la heroina, me casaré; es el mejor medio de vengarme de él.

—¿En qué se conoce que una comedia es buena?

—Todo lo que divierte y hace reir, es bueno.

Un médico de un regimiento, estando comiendo en una fonda, criticó la conducta de una dama distinguida, que dió la casualidad de ser parienta de un caballero que estaba comiendo en la misma mesa.

Este tomó la defensa, y dijo:

—Señor, lo que usted acaba de decir no es cierto, y si yo estuviera más inmediato á usted, ya hubiera castigado su

insolencia con un bofeton; pero téngalo usted por recibido, pues solo lo impide la distancia que nos separa.

—Caballero, respondió el médico, no soy hombre de armas y no llevo espada; pero suponga usted que estoy sentado á su lado, que he tomado la de mi vecino, y que con ella le he atravesado el corazon, de suerte que debe tenerse por muerto de mi mano, supuesto que solo la diferencia que hay entre uno y otro, impide que se verifique.

Á esta respuesta se levantó el caballero enfurecido, y el médico, sin alterarse, dijo:

—Una vez que usted ha muerto, no tiene derecho de hablar: por consiguiente punto en boca.

El caballero se enfureció más, y cogió un plato, que le arrancaron de las manos.

Los amigos cortaron la disputa, sosegaron al primero, y franquearon el paso al médico para que fuese á sus visitas.

Un eclesiástico que viajaba no quiso pagar en cierta aduana los derechos que le pedian por un Crucifijo nuevo que llevaba.

Instándole el administrador al pago, hizo el eclesiástico una genuflexion ante la cruz, y despues dijo al comisionado:

—Ya ve usted que ha servido, y de consiguiente no es nuevo.

Fué un caballero de la córte á dormir á una posada.

La ventera era viuda, y tenia una hija de quince años, y

como fuese en invierno, despues de haber cerrado, estándose calentando alrededor del fuego, dijo la ventera:

—¿Qué hay de nuevo en la corte, señor?

El caballero, por reirse, contestó:

—Lo que hay de nuevo, señora, es que ha mandado Su Majestad que las mujeres ancianas casen con jóvenes, y los mozos con ancianas.

—¡Ay! dijo la hija: en verdad, señor, que S. M. no hace lo que debe, ni parece bien ese mandamiento.

Respondió la ventera:

—Calla, rapaza, no digas eso; que lo que S. M. dispone está bien dispuesto, y eso todo el mundo lo dirá.

Habiendo perdido un jugador gran cantidad de dinero, levantóse muy airado de la mesa, y desenvainando su espada, dijo:

—¿No hay alguno que se mate conmigo?

Como todos callasen, sentóse á poco rato en una silla, y se quedó dormido.

Despues, levantándose otro desesperado porque tambien habia perdido, desenvainó su espada, y dijo:

—¿Dónde está el que buscaba quien se matase con él? Salga si es hombre de su palabra.

Como el otro se hubiese despertado y lo oyese, respondió tomándolo de la mano:

—Compañero, duerme un poco como yo, y te se quitarán las ganas de reñir.

Cárlos IV encargó á su cochero que lo condujese al Escorial muy pronto, porque queria hallarse en este punto á una hora que le indicó; y como el cochero observase en la mitad del camino que se hacia tarde, prodigó sendos latigazos á las mulas, y se enfadó con ellas hasta el estremo de decir:

—¡Arre, mulas de!....

El Rey oyó esta frase, y cuando llegó al Escorial, preguntó al cochero:

—¿De quién son esas mulas?

Acordóse felizmente el cochero de lo que habia dicho en el camino, y contestó:

—Señor, son mias.

—Si son tuyas, replicó el Rey, guárdatelas, que no quiero tener en mi coche mulas de.....

La sangre fria del cochero le valió un tronco de mulas magnífico y lo libró de un severo castigo, que, á no dudar, hubiera sufrido al decir que las mulas eran del Rey.

Un marinero salvó la vida á una señora hermosísima que iba á bordo de un buque, y agradecida á la abnegacion de un hombre que se habia espuesto á morir por ella, le preguntó poco despues con una sinceridad que la hacia más encantadora:

—Marinero, ¿con qué podria recompensar tu accion?

—Permitiéndome, señora, encender mi pipa en la lumbre de vuestros ojos.



Detúvose un momento Boabdil al subir un cerro desde el cual se veia á Granada.
—¿En qué piensas? le dijo su madre.
—Lloro por mi ciudad querida.

Boabdil el Chico, último rey de Granada, al entregar la capital de su reino á las tropas de Isabel la Católica, salió con su madre y mucha morisma.

Detúvose un momento Boabdil al subir un cerro, desde el cual se veia á Granada.

—¿En qué piensas? le dijo su madre.

—Lloro por mi ciudad querida.

—Sí, añadió con energía la madre del rey, llora como mujer lo que no pudiste defender como hombre.

De viruelas enfermó
(Decia Pablo) mi tio,
Y fué su mal tan impío,
Que los dos ojos perdió.
—¿Los dos no más? dijo Andrés,
Y contestóle el buen Pablo:
—Los dos no más. ¡Pues qué diablo!
¿Habia de tener tres?

Un ropavejero belga, viendo que no podia dar salida á los pantalones, que se apolillaban colgados de las perchas, ha recurrido al siguiente medio original para venderlos:

Compra á precios bajos porta-monedas agujereados, faltos de manecillas, tomados de orin, ó sucios ya por el uso, y coloca uno en los bolsillos de cada pantalon puesto á la venta.

Se presenta un marchante, y le gusta el pantalon.

Al probárselo, por necesidad advierte que en uno de los bolsillos de la prenda que trata de adquirir, hay un cuerpo estraño.

Tienta el objeto misterioso, y entra el hombre en mayor duda y confusion, porque es un porta-monedas olvidado en aquel sitio por el anterior propietario.

—¡Qué ganga! dice para sí el comprador.

Y el prendero, que aparenta ignorarlo todo: ¡qué fortuna para mí! esclama por lo bajo.

Este porta-monedas encierra quizás un tesoro; dinero por lo menos, billetes, quién sabe.

Atraido y engolosinado con tal descubrimiento, se apresura el marchante á comprar el pantalon sin regatear, y alejándose con ligereza del ropavejero, que se reia en sus barbas, va á contemplar en sitio apartado el hallazgo, que solo es un porta-monedas feo, inútil y lleno de aire.

Un jóven alquiló una mañana un caballo para ir por la tarde á paseo, y dejó de señal la mitad del precio.

Al salir de allí encontró un amigo que le dijo:

—Á tu casa iba á convidarte para pasear esta tarde en coche con Eduardo, con tu primo Cárlos, y conmigo.

—¡Diantre! dijo el jóven; el caso es que acabo de alquilar un caballo tambien para esta tarde; si yo pudiera retirar la señal..... Déjate, vamos á casa del alquilador.

Se dirigieron allá, efectivamente, y dijo el jóven:

—¿Tiene usted la bondad de enseñarme otra vez el caballo que le he alquilado?

—Con mucho gusto, caballero; ahí está.

—¿Sabe usted que ese caballo es muy corto?

—¡Cómo! que..... ¿es demasiado corto, dice usted?

—Sí señor, lo es; y añadió á su amigo, apuntando al caballo: este es tu sitio, este el mio, y este el de Cárlos.... pero; ¿dónde se ha de colocar Eduardo? ¡y sin embargo, tiene que ir con nosotros!

—Pero qué, caballero, ¿van ustedes á montar cuatro en mi caballo?

—Sí señor, cuatro, á no ser que quiera tambien Ricardito, porque en ese caso serian cinco.

—¡Ah! entonces tome usted el dinero que me dió de señal, y vaya usted á buscar caballo á otra parte, porque yo no alquilo los mios para que me los revienten.

Una recien casada estaba muy pensativa el dia de su boda, y un amigo la preguntó la causa de sus graves reflexiones.

—No es otra, respondió ella, sino que estoy pensando quién elegir por marido si llego á enviudar.

Arago habia comprado un magnífico barómetro, que le habia costado una fuerte suma.

Limpiando un dia la habitacion un criado suyo, dejó caer el soberbio instrumento, que hizo mil pedazos.

El criado se desesperaba; pero Arago le tranquilizó, diciendo:

—No es nada; pero me parece tendremos tempestad. Nunca ha bajado tanto mi barómetro.

No carece de interés el demostrar que la mayor parte de los reyes y los grandes hombres de todos los siglos y naciones, para olvidar sus disgustos del poder, han tenido á veces las más singulares distracciones, y sus caprichos, dice Jeno fonte, sus pequeñas acciones no son menos instructivas ni menos dignas de observar que los grandes acontecimientos en que han tomado parte.

Heráclito, que, impresionado por una justicia, renunció á la magistratura para entregarse á la filosofía, se divertia en jugar con los muchachos de Éfeso.

Los Catones, los hombres más severos entre todos los romanos, jugaban con frecuencia á los *dados*.

Ciceron hace un magnífico cuadro de Escipio y de Lelio, cogiendo, como niños, conchas á las orillas del *Gallete* y del *Laurentum* (*repueraseere solitos*).

Augusto mataba el tiempo jugando nueces con sus nietos.

El emperador Claudio, gran helenista, era tan aficionado á los *dados*, que jugaba hasta dentro del carruaje cuando iba de camino, y escribió y publicó un tratado sobre este juego.

El emperador Cómmodo, este digno hijo de Marco Aurelio, deliraba por vestirse de Hércules : dotado de unas fuerzas colosales, se paseaba por las calles de Roma cubierto de una piel de leon y con una maza en la mano, y..... ¡des-

graciado de aquel que la casualidad colocase en su camino!

Domiciano destinaba una hora todos los dias á coger moscas, que clavaba en la punta de su daga. Esto dió motivo á que Virio Cuspio respondiese á uno que le preguntó si el emperador estaba solo:—No tiene en su compañía ni una sola mosca.

Valentiniano hacia muñecos de cera, y Galieno castillos con manzanas.

Esopo se entretenia en fabricar linternas.

Y viniendo á tiempos más modernos y más civilizados:

Enrique IV de Francia fué sorprendido por el embajador de España jugando con sus hijos, y teniendo al Delfin á caballo sobre sus hombros.

Luis XVI, sabio geógrafo, se hizo relojero y despues cerrajero.

Napoleon I se divertia en oir leer obras selectas en verso ó prosa.

Luis XVIII gozaba en las conversaciones íntimas con sus amigos.

Cárlos X se distraia en cazar y en jugar á las cartas.

Luis Felipe en comunicar sus secretos.

Si las muelas te duelen,
Pobre Fernandez,
No busques un dentista
Que te la saque:
Toma una suegra,
Y es un medio seguro
De echar las muelas.

El emperador Cárlos V era en sus primeros años aficionado á la caza, y en una de sus espediciones se halló cierto dia en medio de un bosque persiguiendo á un jabalí, y seguido solamente del conde Bossu, jóven caballerizo, que por herir la fiera se hirió la mano con su propio cuchillo que, segun la costumbre de aquel tiempo, estaba envenenado.

Era necesario no perder tiempo, no habia otro medio de contener los efectos del veneno que la succion pronta de la herida.

El emperador no titubeó un momento, y á pesar de la resistencia del jóven, le chupó la herida con la mayor abnegacion.

Esto es ser humano antes que emperador.

Un mal pagador hizo una obligacion pagadera, á voluntad.

Fué llamado ante el juez, y reconvenido por no haber pagado despues de tres años que tenia la deuda:

—Señor, dijo, la obligacion es pagadera á voluntad, y esa voluntad aún no la tengo.

—Alguacil, dijo el juez, vamos, lleve usted ese deudor á la cárcel, y avíseme usted cuando le venga la voluntad de pagar, porque solo entonces lo soltaré.

El deudor pagó antes de entrar.

Un capellan familiar, paje de un arzobispo, acostumbraba vestir muy sucio y desaseado, pensando que aquel des-

cuido se le atribuiria á santidad, y que el prelado, por esta consideracion, le daria antes alguna prebenda.

Pero conociendo el arzobispo aquella hipocresía, le dijo:

—Señor capellan, esa no es santimonia, sino sucimonia, y no creo que ha acertado con el camino de medrar.

Preguntó una vieja enferma á un médico:

—Dígame usted, ¿saldré de esta enfermedad?

—Verdaderamente, respondió, sereis madre al caer de la hoja.

Respondió la vieja:

—A la de mi naranjo me atengo, que nunca la pierde.

Siendo gobernador de Cataluña el marqués de Almazan, hizo renovar las alabardas á la guardia de su persona, que eran muy antiguas, y por lo bien que se templa el hierro en Milán, mandó á su secretario que escribiese al conde de Fuentes, virey entonces de aquel Estado, para que le enviase veinticuatro; y cuando le trajo la carta, la firmó sin leerla.

Al tiempo regular vinieron veinticuatro albardas, respondiendo el de Fuentes que se admiraba de aquel encargo, supuesto que en España se hacian con tanto primor.

Confundido el de Almazan, llamó á su secretario y le preguntó:

—¿Qué es esto?

—¿Pues no me mandó V. E. pedir veinticuatro albardas?

—En la equivocacion tenemos igual cargo, respondió el marqués; vos por haber escrito semejante disparate, y yo por haber confirmado la carta sin leerla, y así, partamos las albardas, que bien merecemos llevarlas.

Cierto frenólogo á un cura,
Despues de haberlo observado,
Dijo:—El órgano llamado
De la filogenitura
Tiene usted muy pronunciado.
—Ahora veo que son fijos,
Dijo el cura, esos arcanos;
Pues en el pueblo y cortijos,
Padre me llaman los hijos
De todos mis parroquianos.

Algunos de esos locos, al parecer de buen carácter, de un hospital de Inglaterra, se quejaron al director de la mala sopa que se les daba, y este encargó al médico que se asegurase del fundamento de la queja, para lo cual pasó á la cocina, en donde hervia una desmesurada caldera. De repente, un loco escapado de la gavia se acercó á él, y mirándolo con ojos desencajados que anunciaban un acceso, le dijo:

—Doctor, estais gordo y guapo, y creo que echándoos en la marmita saldrá una escelente sopa...... Hagamos la prueba.

Sus compañeros apoyaron la ocurrencia y acorralaron

al médico para echarlo á cocer, cuando con la mayor serenidad dijo:

—Deteneos un poco: la idea es muy ingeniosa y oportuna; ¿pero no advertís que mis vestidos echarian á perder el caldo? Ante todas cosas es preciso que me los quite; aguardadme, que al instante estaré de vuelta.

El médico se salvó, y todavía recuerda con horror el peligro en que se vió aquel dia.

Un capitan de granaderos señaló á su compañía las cuatro de la tarde para pasar revista de armas.

Su reló iba tan de prisa, que cuando llegó al patio del cuartel se encontró con que solo estaba el corneta.

Acostumbrado á hablar á la compañía, se dirigió á él, y le dijo:

—¡Granaderos!..... atencion..... ¿En qué consiste que no han venido ustedes mas que uno solo?

Estando en clase un escolar travieso y chistoso pidió licencia á su maestro para salir.

Negósela con enfado; más fingiendo el estudiante que no lo habia oido, repitió la súplica:

Volvióle á decir que no; pero entonces el estudiante salió y nadie le detuvo.

Entró una hora despues, y el maestro, encolerizado, le dijo:

—¿Cómo se ha atrevido usted á salir sin mi permiso?

Respondió muy humildemente el discípulo:

—He pedido la licencia dos veces; ambas me dijo que no; y como dos negaciones afirman, por eso salí.

Blas llamó viejo á Mambrú,
Y este dijo:—Mientes, Blas.
—¿Cómo que miento?
—No hay mas,
Pues soy más jóven que tú.
—Yo cumplo quince años hoy.
—Déjate, pues, de simplezas:
Tú á ser jóven hoy empiezas,
Yo hace un siglo que lo soy.

Un condenado á muerte decia al verdugo que le ponia el cordel al cuello:

—No aprietes tanto, demonio, que me vas á ahogar.

—De eso se trata.

Hablaron en cierta comida de un hombre que comia mucho, y citaron ejemplos de su voracidad escesiva.

—Nada hay de estraordinario en eso, dijo un capitan, pues tengo en mi compañía un soldado, que sin darse gran trabajo se come una ternera.

Todos contestaron que no era posible; pero el oficial propuso una apuesta considerable, que fué aceptada por todos los que se hallaban presentes.

En el dia señalado, los que habian hecho la apuesta se fueron á una fonda.

El oficial, á fin de conservar más el apetito de su comedor, le habia hecho disponer en diferentes salsas las varias partes de la ternera.

Púsose el soldado á la mesa, sirviéronse los platos, y desaparecian y se los tragaba con la mayor rapidez.

Todos se admiran, y los de la apuesta comienzan á temblar: habíase ya comido el soldado las tres cuartas partes del animal, cuando volviéndose hácia su capitan:

—¡Hola! le dijo, me parece que ya será hora de hacer servir la ternera; de otra manera no respondo de haceros ganar la apuesta.

Creia que todo lo que hasta entonces se habia servido no eran mas que estimulantes para escitar su apetito.

Preguntaron á aquel mismo soldado cuántos pavos creia poderse comer.

—Unos veinte.

—¿Y pichones?

—Cincuenta.

—Pues ¿cuántas calandrias te comerias?

—Esas á todas horas, mi capitan, á todas horas.

Elogiaban á un hablador por su mucha facilidad de hablar.

—Mal lo definen, dijo un hombre de talento; decid más bien que tiene impotencia de callar.

Á un cura, doña Narcisa,
Hablóle de esta manera:
—Que diga usted una misa,
Es mi voluntad *sincera*.
Y el cura le respondió
Con amostazada bílis:
—Así no las digo yo,
Que en la *cera* está el busilis.

Un matrimonio va al baile de máscaras.

El marido tiene unos celos rabiosos.

La mujer no los tiene ni rabiosos ni tranquilos.

El marido queria una prueba de que su mujer no oia con rostro placentero insinuaciones amorosas.

¿Y qué hizo?

Despues de dar algunas vueltas por el salon, dejando á su mujer con un primo de esta, buen chico, muy amigo del marido, salió del salon y se fué á alquilar en el mismo local un disfraz, con el que volvió al sitio donde quedó su mujer con el primo y otras primas á quienes acompañaba el tal primo, que por lo visto es primo de todo el mundo.

Dió primero tres ó cuatro vueltas alrededor de su mujer, observando cautelosamente si se le arrimaba alguno, si miraba á alguno, si alguno la tropezaba, y todas las etcéteras que ustedes quieran.

Por último, observó que su mujer le miraba á él.

Esto le dió mala espina, porque *él* no era *él* estando disfrazado; y pues que su mujer le miraba á él, *él* debia consi-

derar esta mirada como un agravio para *él*, porque su mujer no podia presumir que *él* era él.

Resultado: rabiando de celos aparte, el marido se acercó á su mujer y comenzó á enamorarla, y hubo de decirle alguna frase un poco atrevida, cuando ella levantó la mano y le plantó una bofetada.

El marido esperimentó el mayor de los placeres, y quedó convencido de la virtud de su mujer, con lo cual fué á quitarse el disfraz, volvió triunfante y radiante de alegría al lado de su mujer, que le recibió con estas palabras:

—¡Qué gracioso eres!.... ¿Pensabas que no te habia conocido?....

Nuestros lectores comprenderán, sin que se le espliquemos, cómo se habrá quedado el pobre marido.

Un niño á quien su padre se habia olvidado de dar carne en la mesa, decia:

—Padre, ¿me da usted un poquito de sal?

—¿Para qué la quieres, hijo mio?

—Para echarla en la carne que me va usted á dar, si está sosa.

Yendo un estudiante algo tonto á caza de conejos, le avisaron sus compañeros que no hablase cuando los viese, porque se asustarian.

Á poco rato descubrió muchos en un prado inmediato, y gritó á sus amigos:

—*Ecce cuniculi multi.* (Mirad cuánto conejo).

Los conejos, al ruido desaparecieron; y reprendiéndole sus compañeros, respondió:

—Quién habia de pensar que los conejos entendiesen tambien el latin, cuando á mí me cuesta tanto el aprenderlo?

Porque tenia razon
Queria el pobre Narciso
Que se la diese Simon,
Y este dársela no quiso.
—Á usted nunca le daré
La razon.—¿Y por qué no?
—Porque si la tiene usté,
¿Á qué he de dársela yo?

El sacristan de Peñaranda encontró á un estudiante que montado borricalmente iba á continuar sus estudios á Salamanca.

Párase el sacristan delante de él, y le dice:

—Dime, muchacho, ¿por qué cabalgas en las ancas mismas del animal?

—Yo diré á usted, señor; cuanto más hácia atrás estoy, mayor pedazo de borrico veo delante.

Pasa un entierro.

La mujer del difunto va tras del féretro llora que llora: su desconsuelo enternece.

Un amigo muy amigo, que lo era de ella cuando soltera, se le acerca.

—No llores, le dice, consuélate, que si tú quieres nos casaremos los dos.

—Perdona, Juan, contesta la viuda; ¡tengo ya empeñada mi palabra!

Un médico, despues de haber tomado como en los dias anteriores el pulso á una enferma, dijo maquinalmente:

—Bien, muy bien; hoy pueden darle caldo.

—¡Ah, señor doctor! esclama la sirvienta, hoy por la madrugada la hemos encontrado muerta, y con el atolondramiento que nos ha causado, me habia olvidado advertírselo.

—¡Ya! entonces..... entonces no le dés caldo.

Mr. L. Camus, obispo de Bellay, que no gustaba mucho de frailes, decia que era menester desconfiar de sus reverencias, porque siempre son interesadas. Los frailes, añadia, se asemejan á los cántaros, que no se bajan sino para llenarse.

Un árabe se echó á los piés del sultan, quejándose de la violencia que dos hombres incógnitos causaban en su casa.

El sultan al punto se dirigió á ella: hizo apagar las luces, prender á los criminales, cubrirles las cabezas con los mantos, y mandó matarlos á puñaladas.

Ejecutado esto, el sultan hizo traer luces, miró con

atencion y conmocion los cuerpos de los dos delincuentes, levantó las manos al cielo, y dió gracias.

—¿Qué favor, le preguntó su visir, os ha concedido el cielo?

El sultan respondió:

—Yo he sospechado que mis hijos eran autores de esta violencia; por eso mandé apagar las luces y cubrir los rostros de esos infelices. Temia que la paternal ternura me obligase á faltar á la justicia que, sin escepcion de personas, debo hacer á mis vasallos. Juzga, pues, si debo mostrarme agradecido al cielo por haberme inspirado el medio de ser justo sin ser parricida.

Un predicador que se habia quedado cortado en el púlpito, confesaba á sus oyentes que habia perdido la memoria.

—Ciérrense las puertas, gritó un socarron, aquí todos somos hombres de bien, y es menester que parezca la memoria del padre predicador.

—Soy un hombre desgraciado
Con hijos, decia un pobre,
Y otro, para chupar cobre,
Decia:—Soy esclaustrado.
Y otro pobre, un tal Pontijos,
Para valerse de todo,
Pordioseaba de este modo:
—¡Un esclaustrado con hijos!....

Un fanfarron se vió desafiado por medio de un papel.

Presentóse en el puesto antes de la hora prefijada, y como lejos de allí habia un ahorcado, descolgó el cadáver y lo tendió en el suelo.

En esto llegó su enemigo, y encarándose con él, le dijo:

—Me iba ya impacientando con su tardanza, y por no fastidiarme más, he muerto á ese hombre.

El espectáculo de aquel cadáver asustó tanto al recien llegado, que pidió allí mismo perdon á su contrario.

Á un andaluz un manchego
Dióle un grande bofeton.
—¿Va de veraz, ó es de chansa?
El andaluz replicó.
—No es de broma, que es de veras,
Díjole el manchego atroz.
—Está bien..... porque..... de bromaz
Pezáas..... no gusto yo.

Cierto monarca nombró consejero á un hombre ignorantísimo.

No pareció bien al Consejo este nombramiento, y rogó al rey que lo revocase.

Sorprendido de esta exigencia, les preguntó:

—¿De cuántos miembros se compone la junta?

—De ciento, le respondieron.

—Pues entonces, repuso el monarca, ¿será posible que

entre cien personajes tan sabios como vosotros, no podais infundir la ciencia á un ignorante?

Cierto predicador á quien nadie habia convidado á comer durante la Cuaresma, dijo á su auditorio en el sermon de despedida:

—Como veis, amados hermanos mios, he predicado contra todos los vicios; solo me resta hablaros sobre el lujo de vuestras mesas, y esto no puedo hacerlo porque no sé cómo se dá de comer en este país.

Un ladron, terror de su comarca, caminaba hácia el suplicio, y el agonizante le decia:

—Este es el momento de orar y pedir á Dios por haberse ocupado en tan mal oficio.

—¡Tan mal oficio! dijo el ladron con viveza; ¡en qué error está usted, padre! Era muy bueno si me hubieran dejado trabajar en él.

Dos quintos se dirigian al punto en que se hallaba el regimiento á que los habia destinado.

Cansados por la jornada algo larga que habian hecho, se sentaron á la orilla del camino y preguntaron á un pasajero:

—¿Cuánto falta para llegar á C....?

—Diez leguas.

—Entonces vámonos, dijo uno de ellos levantándose; diez leguas, nos tocan á cinco para cada uno.

Un jesuita aleman que queria aprender el español, oyendo decir continuamente á su huésped: «El demonio me lleve,» decia:

—Magnífico, magnífico, y puso en su libro de apuntaciones:

—«El demonio me lleve:» *esclamatio elegantissima apud hispanum.* Esclamacion elegantísima en español.

Un guapeton sacó su espada contra un hombre que se puso valerosamente en defensa, y le tiraba con bizarría.

Viendo el valenton el cuento malparado, gritó á su enemigo:

—Rinde la espada.

—Piensa en defenderte, le replicó el contrario.

Entonces el provocador, dejando de reñir, dijo:

—Mira como soy más generoso que tú, pues te rindo la mia con el mayor gusto.

En un convento de religiosos menores de la observancia de la Piedad, en el Marañon, estendieron las hormigas, que allí son muy grandes y dañosas, sus cavernas de tal suerte, que minaron la despensa hasta los fundamentos, amenazando próxima ruina, y hurtando la harina del pan que en ella habia para el cotidiano sustento de la comunidad.

De modo que como era tan escesivo el número, vinieron los religiosos á esperimentar la falta y á buscar el más pronto remedio, que aunque usaron de muchos no aprovechaba alguno de ellos, hasta que un religioso, por superior impulso, á lo que se puede creer, salió con este arbitrio:

«Que los citados frailes, revistiéndose de aquel espíritu de humildad con que su seráfico Patriarca llamaba hermanas á todas las criaturas, pusiesen demanda á aquellos hermanos hormigas ante el Divino Tribunal Supremo, y señalasen por ambas partes procuradores para su defensa, y que su prelado fuese el juez, que en nombre de la Divina Omnipotencia oyese el proceso y lo determinase.»

Agradó esta traza, y con efecto, nombrados los procuradores, por el de los religiosos se dió pedimento de aquella contra las hormigas, espresando «que aquellos, conformándose con su mendicante instituto, vivian de limosnas, juntándolas con grande trabajo, y que estas no hacian más que robárselas, pretendiendo echarlos de casa con su ruina; y que respondiesen, y cuando así no lo ejecutasen, fuesen al punto muertas por un aire pestilencial ó ahogadas con alguna inundacion, ó á lo menos esterminadas para siempre de aquel distrito.»

Dióse traslado á la parte de las hormigas, por la cual se contestó la demanda, y por su procurador se dió pedimento, contradiciendo la pretension de los religiosos, alegando:

En primer lugar, que ellas, habiendo recibido el beneficio de la vida de su Criador, tenian derecho á conservarla por aquellos medios que el mismo Señor les manifestaba, y que le servian poniéndolos en ejecucion, dando al mismo

tiempo ejemplo á los hombres, así en la prudencia, previniendo los futuros, guardando para el tiempo de necesidad; en la caridad ayudándose unas á otras cuando la carga es mayor que las fuerzas; como en la religion y piedad dando sepultura á las muertas de su especie.

A esto añadieron que el trabajo que ellas ponian en su obra era mucho mayor respectivamente que el de los religiosos en juntar las limosnas, porque la carga muchas veces abultaba más que el cuerpo, y el ánimo escedia á las fuerzas.

Que ellas estaban antes que ellos fundasen su convento en posesion de aquel sitio, del que no debian ser despojadas, y de la fuerza que para ello se les hiciese apelaban ante su Criador, que tanto hizo los pequeños como los grandes, y á cada especie destinó su ángel conservador.

Y finalmente, concluyeron con que ellos defendiesen su casa y harina por los modos humanos que se supiesen, porque ellas habian de continuar sus diligencias, pues del Señor y no de ellos era la tierra y cuanto en ella habia.

Dióse traslado á la parte de los religiosos, cuyo procurador con este alegato se vió apretado, porque deducida la contienda al simple fuero de criatura, y abstrayendo razones contemplativas con el espíritu de humildad, no estaban las hormigas destituidas de derecho.

Y habiendo concluido, y vistos los autos por el juez dió por sentencia:

—Que los religiosos fuesen obligados á señalar dentro de la cerca competente sitio para la vivienda de las hormigas, y que estas mudasen la habitacion incontinenti, respec-

to á que ambas partes quedaban así acomcdadas sin mútuo perjuicio.

Pronunciada esta sentencia, mandó el juez á un religioso que fuese á intimársela en nombre del Criador á aquellos animalejos, lo que con efecto ejecutó, intimándosela en las bocas de los hormigueros.

¡Caso maravilloso y que muestra cómo se agradó Dios de este requerimiento, pues inmediatamente salieron á toda prisa millares de millares de aquellos animalejos, y formando largas y gruesas filas caminaron en derechura al campo que les habian señalado, dejando las antiguas habitaciones libres de su molesta opresion, y á aquellos santos religiosos que rindieron gracias al Altísimo por tan admirable manifestacion de su poder y providencia.

¿No lo creen ustedes?

Pasaste de *socialista*
Á *demócrata* templado;
Fuiste luego *progresista*;
Siendo despues *moderado*,
Y al presente *absolutista*.
De tu opinion insegura
No comprendo la razon:
¿En qué consiste, Ventura?
—Eso, querido Ramon,
Consiste en la *encarnadura*.....

Una señora mandó á uno de sus criados que fuera á buscar un vestido que tenia en casa de una modista.

Pero como estaba lloviendo estraordinariamente, le dijo que tomara un coche de alquiler para que no se mojara.

Hizo el criado lo que le mandó su ama; pero cuando regresó con el vestido estaba completamente mojado.

—¿Por qué no has hecho lo que te mandé? Le preguntó la señora muy enfadada.

—Señora, lo he hecho todo: he tomado un coche, pero como sé que no me corresponde ir dentro del carruaje, he permanecido en la trasera como acostumbro. ¿No le parece á usted?

Tratándose en un corrillo de cuál era el camino por donde el sol volvia de Poniente á Oriente para comenzar desde allí su carrera, dijo una señora:

—¿Pues qué duda puede haber en eso? Vuelve por el mismo camino por donde fué de Oriente á Poniente.

—Si fuera así, le replicaron, lo veríamos volver por donde le vemos ir.

—¡Vaya una dificultad para gente de carrera! ¿Pues no ven ustedes que vuelve de noche?

Una jóven hermosa á quien obsequiaba un hombre rico fué abandonada por él con justa razon, haciéndole devolver todos los regalos que le habia dado, vestidos, blondas, sombreros, cintas, alhajas. Cayó enferma del pesar, y le mandaron los médicos un emético que no pudo arrojar.

En estas circunstancias esclamó:

—¡Ojalá que este remedio me le hubiera dado mi perdido amante, porque él me lo hubiera hecho volver!

LAS PLAGAS DEL SIGLO.

El actual *Conservatorio;*
El aluvion de *eruditos;*
Los mineros de *agiotaje;*
Terrestres guardias marinos;
Políticos de *café;*
Adictos al *Santo* Oficio;
Pretendientes *sin vergüenza;*
Cafeteros *impolíticos;*
Mujeres *metalizadas;*
Elegantes *sin oficio;*
Editores sin *conciencia;*
Empresarios *muy dañinos;*
Pollas *ligeras de cascos;*
Pollos *necios y con vicios;*
Gallinas *sin aprension;*
Gallos *tontos y ridículos;*
Urbanos *con malos modos;*
Serenos..... que están *dormidos;*
Alquilones *que atropellan;*
¡VE LAS PLAGAS DE ESTE SIGLO!
Que son, sin exagerar,
Mayores que las de Egipto.

Un ignorante, asombrado de la facilidad con que le habian graduado en cierta universidad, dijo al rector:

—¿Qué cantidad sera necesario para graduar mi caballo?

—Graduamos á burros, de lo que V. es buen testigo, contestó el rector, pero no acostumbramos hacerlo con los caballos.

El conde de Luci, á quien la edad, el amor y la guerra habian estropeado de consuno, recibió un ayuda de cámara, del que necesitaba á cada instante segun sus muchas deformidades.

La primera noche le llamó para desnudarse, y lo primero que le mandó fué que le quitase la cabellera.

El criado obedeció, y no estrañó que su amo quedase con una venerable calva.

—Pon las manos, le dijo despues el amo; y habiendo este abierto los párpados dejó caer en ellas un ojo de cristal.

—Límpialo, ponlo en aquel azafate y vuelve acá.

—Toma, le dijo, y hete aquí que le dió dos sartas de dientes que sacó de su boca.

El criado empezó á espantarse, cuando le dijo:

—Tira de ese brazo.

El criado tiró de la manga y se quedó con un brazo de madera.

No podia esplicarse cómo un hombre pudiera manejarse con tantas partes postizas: más todo esto era nada.

—Tira de esta pierna, le dijo despues.

Ya el criado no veia dónde estaba: obedeció, y sucedió lo mismo que con el brazo.

Bien notó el conde el espanto del buen criado, y para ver en lo que paraba, le dijo:

—Ahora tira de la cabeza.

A esto el criado no pudo contenerse, salió huyendo, y por todas partes fué publicando que el conde Luci estaba todo formado de madera barnizada.

El obispo de Warmia, uno de los más ricos prelados de Polonia, perdió dos terceras partes, á lo menos, de las rentas de su diócesis, á causa de las tierras que se apropió Federico II, rey de Prusia, en la reparticion de los Estados de aquel reino.

Este prelado católico hubo de pasar á Berlin á prestar homenaje y jurar fidelidad á su rey, que le dijo:

—Señor de Warmia, supongo que vuestro afecto no será muy propenso á mi persona?

El obispo le respondió:

—Señor, sé mi obligacion, y obedezco las órdenes de los reyes, y singularmente á los conquistadores.

—Á pesar de todo, dijo el rey, si llegase el caso de que San Pedro no quisiera abrirme las puertas del cielo, confio que tendreis la bondad de encubrirme con vuestra capa, y me haríais entrar.

—Bien pudiera hacerlo, replicó el prelado; pero vos, señor, me habeis raido de tal suerte la capa, que no será posible que en ella pueda ocultar contrabando alguno.

Un procurador iba á montar á caballo para ir á una aldea inmediata, y pidió sus botas; el criado se las trajo.

—¿Por qué no las has limpiado? le preguntó.

—Porque las va usted á ensuciar ahora en el camino, y he creido que no merecia la pena de limpiarlas.

El procurador se calló, y en el momento de poner el pié en el estribo, le pidió el criado la llave de la despensa.

—¿Para qué la quieres?

—Para comer, señor, que tengo muy buen apetito.

—¡Bah! ¿para qué has de comer ahora, si dentro de poco volverás á tener hambre?.... Lo mismo le pasa á tu estómago que á mis botas.

Á Ramon pregunté ayer:
—¿Tienes hijos? Y él me dijo:
—Pregúntalo á mi mujer,
Que lo sabe más de fijo.

Un médico de Lóndres, de mucha reputacion y muy rico, fué un dia á cobrar una cantidad bastante considerable en billetes de Banco y en oro.

Cuando volvia á su casa con el dinero, lo detuvo en la calle un hombre tan apresurado, que casi no podia echar el aliento, suplicándole que fuese á visitar á su mujer, enferma de un flujo tan violento, que exigia un remedio muy pronto, ofreciéndole una guinea por aquella sola visita.

El médico, que era muy avaro, aceptó la proposicion, y dijo al hombre que lo dirigiese.

Llegaron á la casa, que estaba en una travesía, subieron al piso tercero y entraron en un cuarto, cuya puerta cerró inmediatamente el conductor. Despues, presentando al médico con una mano una pistola y enseñándole con la otra una bolsa vacía y abierta, le dijo:

—Esta es mi mujer: ayer tuvo un flujo, que la puso en el estado en que la veis; vois sois uno de nuestros más famosos médicos, y sé que ninguno puede curarla como vos, pues acabais de tomar el remedio que necesita; aplicádselo inmediatamente, si no quereis que os aplique dos píldoras de plomo.

El buen doctor hizo algunos gestos, pero obedeció. Echó en la bolsa abierta las guineas que llevaba, y procuró salvar los billetes; pero el ladron, que lo conoció, le dijo:

—No es justo que hagais grátis una curacion tan feliz; ya sabeis que os prometí una guinea; soy hombre de palabra, tomadla. Pero sé muy bien que teneis en el bolsillo unas recetas sumamente eficaces para evitar la recaida del mal que acabais de curar; hacedme el gusto de entregármelas.

El médico no tuvo más remedio que dar los billetes; y entonces el ladron, ocultando la pistola debajo de la capa, lo sacó del cuarto, diciéndole que no metiese ruido, y lo dejó en la esquina de una calle.

No fué el médico tan tonto que no le espiase, dando por resultado de sus gestiones que á las pocas horas estaba la enferma en su poder y el ladron en la cárcel.

«Dijeron á un embajador de Siam que Dunquerque, en cuya poblacion se hallaba, era una de las llaves de Francia. Cuando por la noche fueron á tomar la órden, dió por santo estas palabras:

—*La llave es digna de la cerradura.*

EL MATON.

Puex zeñó, como le iba á osté contando,
Empuex de que zalimo é la taërna,
No hise mas que agarrarle por la pierna
Y cayó zin zabé cómo ni cuándo.
Er probecito andaba rexpingando
Pacá y payá, toico ze excuaerna,
Mas si yo me descuio me gobierna,
Por zer mi corazon un poco brando.
Entonse, ¿qué hago yo? ¡Pumba! le extrujo
Con mi roiya, er pecho ze le abaja,
Tiro er chisme, er vasio le dembujo,
Le zaco unas moneas de la faja,
Er chiya, echo á lox perrox zu bandujo,
Muere..... y vóyme limpiando la navaja.

Un andaluz y un asturiano estaban comiendo en un figon.

Al fin de la comida empezaron á chancearse sobre sus respectivas provincias.

Como las libaciones habian sido copiosas, las cabezas estaban algo destempladas, y muy luego pasaron de las chanzas á los insultos, y sucesivamente de las palabras á los hechos.

Ya el asturiano con sus macizos brazos tenia sujeto al andaluz, cuando consiguieron separarlos, y entonces el andaluz, echándose el calañés sobre la oreja derecha, dijo á los que le rodeaban:

—Gran favor han hecho ustedes al descendiente de Pelayo, porque si ustedes me dejan lo embuto en esa pared, y no le dejo libre mas que los brazos para quitarse la montera en señal de acatamiento cuando yo pasara por delante de él.

Un estudiante que vivia en la calle del Salitre, recibió una carta de otro que vivia en la de San Bernardino.

Eran las cuatro de la mañana, y hubo de encender luz para leerla.

Decia lo siguiente:

«Amigo mio: Te mando á mi criado con el objeto de que le permitas buscar mi petaca que, segun presumo, me la dejé anoche olvidada en tu gabinete.»

«Posdata: Puedes decirle que se vuelva sin buscarla, porque la acabo de encontrar en el bolsillo de mi gaban, y te lo advierto para que no te molestes.»

—Niño, niño, ¿cuántos géneros conoces?

—Tres.

—¿Cuáles son?

—Masculino, femenino y neutro.

—Vamos, pónme un ejemplo.

—Allá va: el pez, la pez, y *Lopez*.

—¡Caramba!

Los ingleses tienen la costumbre, aunque hablen otro idioma, de anteponer el adjetivo al sustantivo, y suelen decir *un sereno tiempo, un ardiente sol*.

Un oficial de aquella nacion, hablando un dia con un oficial francés le dijo que llovia tanto, que le hacia recordar el general diluvio.

—¡Voto á tal! contestó el francés; he oido nombrar á todos los generales de Europa, pero el diablo me lleve si he oido el nombre de ese ni siquiera una vez.

—¡Triunfó la patria! decia
Megía al darle un empleo
Tras una revuelta impía.
—¿Triunfó la patria? Yo creo
Que quien triunfó fué Megía.

Examinando á una señora como testigo en un pleito, el juez le preguntó cuántos años tenia.

—Treinta, respondió.

—¡Treinta! observó el escribano. Hace tres años que declaró usted la misma edad en este juzgado.

—Es, respondió ella, que yo no soy como esas personas que hoy dicen una cosa y mañana otra.

Hubo un caballero que fué el terror de todos los barberos, por la suma dificultad de afeitarlo bien. Era un hombre capaz de quitar la vida al barbero que le hubiese dejado un pelo en la barba, de suerte que llegó el caso de que ninguno de los oficiales de las barberías quisiera ir á su casa.

En tal situacion, se presentó al maestro un oficial muy tuno que le ofreció afeitar al caballero, diciendo:

—Aunque ese hombre sea el demonio, lo afeitaré como yo quisiere.

Efectivamente, se presentó en casa del señor colérico, que le dijo:

—Amigo, ¿sabes cuán dificultoso es afeitarme?

—Sí señor, le respondió; pero sé tambien que mi habilidad es mil veces mayor que vuestra delicadeza.

Sin darle más tiempo le acomodó los paños, dispuso sus navajas, y empezó á afeitarlo con la mayor suavidad y ligereza.

Pero de tiempo en tiempo se paraba, y alzaba al cielo los ojos como pidiendo favor.

Sorprendido el caballero con aquellas demostraciones, le preguntó:

—¿Acostumbras á orar cuando afeitas?

—En todas ocasiones es buena la oracion, respondió el barbero.

—Pues yo te mando, replicó el caballero enojado, que dejes el rezo para otro tiempo.

—No puedo, repuso el barbero, porque á Dios se le ha de pedir cuando hay necesidad.

—Pero hombre, continuó el caballero en el mismo tono, ¿qué necesidad urgente tienes ahora de pedir á Dios?

—Supuesto que quereis que lo diga, dijo el mancebo, sabed que tengo una vehemente tentacion de degollaros, y pido al Señor que me dé fuerzas para resistirla.

—Retírate al instante, gritó enfurecido el caballero, que no quiero acabarme de afeitar.

Fuese el barbero, y dijo á su maestro:

—Me aseguró V. que aquel caballero no permitia que le quedase un pelo en el rostro; yo le acabo de dejar con la mitad de la barba. Vaya V. á verlo si gusta.

CARTA.

Señora doña Librada,
De quien me libre el Señor,
Pues no basta por lo visto
Que me quiera librar yo.

Recibí vuestro billete,
Que me hizo un efecto atroz,
Escitándome los nervios
Y arriesgando mi razon.

Y antes que pase la cólera
En que rebosando estoy,
Quiero dar al tal billete
Cumplida contestacion.

Me pide vuestra osadía,
Como pequeño favor,
Que le mande algunos cuartos
Para una urgencia..... ¡Por Dios!

¡Pedirme á mí para urgencias!
A mí que por un doblon
Para alguna de las mias
Iria á Fernando Pó!....

Y á más de pedir dinero,
Me decís—¡esto es atroz!
Que así me dais una prueba
De amistad y distincion.

¡Caramelos para mí
Y sarampion para vos,
Si lógica tan absurda
No exaspera al mismo Job!

Y luego á renglon seguido,
Por lograr la pretension,
Invocais varios recuerdos,
Y encareceis lo que sois.....

Decís que dísteis oidos
A mis palabras de amor,
Y que yo me habré olvidado
Lo que pasó entre los dos.

Permitidme, pues, que os diga,
Que lo que pasó, pasó,
Y que lo que pasa ahora
No más, es la gran cuestion.

Hablais de pasos que dísteis,
Y el dar pasos, ¡boto á bríos!
No es un motivo de queja
Sino de satisfaccion.

Dar pasos, andar, hacer
Ejercicio es lo mejor,
Para divertir el ánimo
Y ayudar la digestion.

Y así, es estraño, señora,
Que lo que os convino á vos
Tenga por capricho vuestro
Que agradecéroslo yo.

Decis que por mí perdísteis
La soberbia proporcion
De casaros con un viejo
Que os amaba con furor.

Por Dios que lo siento mucho,
Y os estimo la intencion;
Si os vuelve á buscar el viejo
Que no le digais que no.

Decís que tengo algo vuestro.....
Un retrato y un mechon
De vuestro pelo en un guarda
Idem de poco valor.

Si esas prendas os remedian,
Por satisfecho me doy:
En un calcetin las guardo
Á vuestra disposicion.

Decís que yo soy tan bueno.....
Y tan bueno como soy:
Pero para dar dinero
Tambien los demás lo son.

Así, pues, doña Librada,
Por siempre líbrela Dios
De venir á mi pobreza
Con tan chusca pretension.

Pida en buen hora consejos,
Se los daré por mayor,
Que en este punto habrá pocos
Tan pródigos como yo.

Pero no pida dinero,
Porque decidido estoy
Á que en mi sepulcro escriban:
Aquí yace quien no dió.

Estaba un viajero mirando el pórtico de un convento de franciscanos, y uno de estos frailes se acercó á él y le dijo que era del órden corintio.

—Me sorprende lo que V. me dice, padre: yo creia que era de la órden de San Francisco.

Un italiano supo que un enemigo suyo se hallaba en la agonía, y deseoso de satisfacer su venganza se dirigió á casa del enfermo, diciendo:

—No ha de morir sino por mi mano. Entró en efecto en el cuarto del moribundo, y le dió una puñalada.

Pero como las cosas no salen siempre á gusto del que las hace, aquella puñalada sirvió como de sangría al enfermo, y se curó.

Cuando este fué á casa de su estraño sangrador á darle las gracias por su buen remedio, supo que se habia ahorcado temeroso de las persecuciones de la justicia.

Un príncipe, niño, fué á visitar á su padre, y pidió para sentarse una silla.

Riñóle el rey, y mandó darle un taburete sin respaldo.

A la noche, cuando decia el credo para acostarse, al llegar á las palabras, *y está sentado á la diestra de Dios Padre...*

—¿En algun taburete? preguntó el niño.

Un jóven que la echaba de literato se quedó dormido en el café Suizo, despues de haber refrescado con algunos truhanes que le accmpañaban por reirse de su necia presuncion.

Uno de estos tuvo la ocurrencia de pintarle un jumento en la frente, y despertando despues, le invitaron á bajar al Prado.

Como era consiguiente, la concurrencia le miraba; y uno de los bufones que iban con él, le dijo con mucha formalidad:

—Observo que todos te miran.

—No es estraño, contestó el jóven; los hombres llevamos en la frente el retrato de lo que somos.

El doctor Gall daba un dia una leccion de frenología en presencia de un numeroso auditorio.

Tenia un cráneo en la mano, y mostrándolo al público, decia:

—Señores; yo tenia un amigo que poseia en el más alto grado todas las virtudes que pueden adornar á un hombre: la generosidad, la dulzura, la afeccion, etc., pero murió, y yo tengo la dicha de poseer su cráneo: vedlo aquí, ¡jamás he tenido tan preciosa ocasion de comprobar mi teoría!

La viuda de un pobre hombre que habia muerto en la miseria puso un duro á la lotería, y acertó un terno seco.

Poco despues, estando en la agonía un amigo de la casa, fué, y le dijo:

—Amigo, quisiera pedirle un favor.

—¿Y cuál es?

—Que buscaras á mi marido en el otro mundo, y le dijeras que dia y noche no dejamos de pensar en él sus hijos y yo, y que, aunque fuera un dia solo, quisiéramos que nos hiciera compañía ahora que estamos ricos.

—Yo bien quisiera hacerle á V. ese favor, dijo el enfermo, ¿pero y si no lo encuentro?

—Hombre, lo buscas, que yo haré otra cosa por ti.

—Dígame V., dijo el enfermo: ¿será el cielo tan grande como Madrid?

—Eso es lo menos, contestó un vecino que estaba presente.

—Pues entonces no lo puedo buscar, porque no se puede V. figurar, señora Serapia, lo malo que estoy para andar por esas calles de Dios.

Habia llamado cierto sugeto de Ubeda á un pintor, y mandóle hacer un cuadro de las once mil vírgenes, y el contrato habia sido el darle un ducado por vírgen.

Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo; pero ni cupieron once mil vírgenes en el lienzo, ni habia para qué ponerlas todas.

Habia, pues, imaginado el pintor de Úbeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así solo podrian contarse

una docena en primer término, dos ó tres docenas en segundo, é infinidad de cabezas que de las puertas salian.

Contó callandito el aficionado las que alcanzó á ver, y preguntó luego al artista cuánto valdria el cuadro conforme al contrato.

El pintor respondió que once mil ducados.

—¿Cómo puede ser eso, repuso el que habia de pagar, si aquí no encuentro arriba de cien cabezas?

—¿No ve usted, contestó el pintor, que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero esté usted seguro de que ellas irán saliendo poco á poco.

—¡Ah! pues entonces, concluyó el aficionado, tome usted por hoy esos cien ducados, que corresponden á las que han salido, y con respecto á las demás, yo se las iré pagando conforme vayan saliendo.

En una reunion de confianza se encontraban dos andaluces, y una noche en que se obligaba á los caballeros á referir cada uno un hecho particular de su vida, tocó el turno á estos señores, y dijo el primero:

—Durante la guerra civil era yo capitan de infantería en Navarra, y tenia un caballito, no se rian ustedes, tan grande, poco más ó menos, como un perro.

Una noche se habia pasado mi asistente á la faccion, y como habíamos de salir del pueblo antes del alba, bajé á la cuadra, ensillé con gran trabajo mi caballo, que estaba en un rincon, y casi arrastrándolo salí á la calle y al campo.

Monté como pude; pero andaba el caballo tan despacio

que hube de quedar rezagado lo menos media legua, con mucho miedo de ser sorprendido por el enemigo.

Se hizo de dia : ¿ en que dirán ustedes que iba montado?

—¡Bah! en el caballo.

—No señor.

—¿En el burro del patron?

—Nada de eso.

—¿Pues en qué?

—En un cerdo.

—¡Bien, bien!

—Yo, señores, dijo el segundo, era médico de un regimiento durante la guerra, acostumbraba llevar una escopeta de dos cañones, no vayan ustedes á creer que para matar á mis enfermos.

—¡Bravo, bravo!

—Digo, pues, que un dia, muertos de hambre, de cansancio y de sed, pasamos por un pueblo que habia sido abandonado por mis enemigos.

Las puertas de las casas estaban cerradas, y la columna atravesó la poblacion sin detenerse un solo momento.

—Yo, que iba el último, me detuve en la plaza, y como viese un botijo en un balcon, me eché la escopeta á la cara, disparé sobre el botijo, y el balin hizo un agujero salvador dando salida al agua, que vino á parar á mi boca, en forma de chorro.

Bebí, llené despues una botella, y, económico como siempre, disparé sin perder un instante el otro cañon de la escopeta, y fué la bala á cerrar herméticamente el agujero

que habia hecho con la primera, no dejando salir ni una sola gota de agua.

—¡Escelente, inmejorable!

Estaba en el balcon de su casa un sabio de esta córte, sordo, y que reventaba de culto.

En esto pasa por la calle un paisano gritando:

—¡De Jarama, peces!

Era viernes de Cuaresma, y deseando comer pescado fresco, le mandó llamar, y le dijo:

—Ven acá, Damasceno, esos prófugos escamados de los escamados habitantes de los cóncavos cerúleos, ¿son marítimos ó fluviales?

El pobre hombre, aturdido como yo, no entendiendo tal jerigonza de palabras, respondió:

—Á dos reales la libra, ilustrísimo señor.

Un gitano fué demandado ante el juez de paz por haber vendido un caballo respondiendo de todos sus defectos, y por no querer despues quedarse con él y abonar la diferencia del precio por los que tenia:

—¿Qué contesta usted? preguntó al gitano el juez de paz.

—Vuesencia verá que no tiene razon: yo le he dicho: «hágalo usted ver, compadre, y yo responderé de todos sus defectos.

—Eso es, eso es, dijo el comprador.

—Pues bien, señor usía, ahora dice que es ciego.

—Y lo es, y muy ciego.

—Hágalo usted ver segun se ha tratado, y no lo será, dijo el gitano.

Un sastre trajo un dia su cuenta á un parroquiano que estaba todavía acostado.

—¡Ah, sois vos! le dijo: ¿me traeis la cuenta?

—Sí señor, y quisiera que me diérais algun dinero.

—Abrid el cajon de aquella mesa.

El sastre abrió el cajon.

—El de más abajo, dijo el deudor..... bueno: ¿qué es lo que veis dentro?

—Veo, contestó el sastre, muchos papeles.

—Pues son otras tantas cuentas, replicó: poned ahí la vuestra y á su tiempo se proveerá, dijo dando media vuelta, y quedándose dormido.

Ayer estuvimos en una casa donde se bailó y tomó té.

Cuando nos despedimos, nos dijo la dueña de la casa, mujer de un personaje y madre de tres hijas como tres soles:

—No será esta noche la última, porque estas chicas (sus hijas) son de la piel del diablo (alusion á ella y á su marido), y quieren que demos esta Cuaresma algunos conciertos. sacrílegos.

Debió decir sacros, pero casi dijo una verdad.

Cuando Florian publicó su *Numa Pompilius*, preguntó á una señora si habia leido esta nueva produccion.

—Ya lo creo, contestó.

—¿Y qué le parece á usted?

—Como todos los libros de ese género, he adivinado su conclusion desde la primera página.

—¿Qué conclusion?

—El casamiento de los amantes.

—¿De qué amantes?

—De *Numa* y *Pompilius*.

—Muchas cosas encuentro que me son antipáticas, decia el otro dia un amigo nuestro.

—En primer lugar son las tejas, porque pueden caer sobre mi cabeza al ir por la calle, los accidentes del ferro-carril, y las coces de caballos.

Sin embargo, soportaria con valor todas estas calamidades, antes que sufrir la cólera que me irrita al ver la hipocresía en una mujer vieja.

Tengo la desgracia de conocer á una de estas, y siempre que la veo me dan ganas de echarle mano al pescuezo, y ahogarla.

Dias pasados se la convidó á una reunion.

Esta reunion tenia lugar en una casa cuyo vestíbulo está adornado de una estátua que tiene la pretension de representar á Vénus.

La vieja aceptó la invitacion; pero al llegar á la puerta dijo que no pasaria adelante si no tapaban inmediatamente la desnudez de aquella dama.

Fué necesario ponerla un gaban á la estátua.

—Tenga usted en cuenta, añadió el que lo referia, que la mujer tenia sesenta y cinco años. ¡Ah y qué verdad es lo que ha dicho cierto filósofo!

«Los hombres no pueden resistir á más viejas que á aquellas que son sus madres; las demás no tienen derecho á envejecer.»

Siempre se ha de hablar mal de las mujeres; un teólogo pretende que los malos espíritus no fueron precipitados á los infiernos, sino introducidos en el cuerpo de las mujeres, como medio más seguro de condenar á los hombres.

Pronto tendré un pié en la sepultura, decia la otra noche un cojo á un amigo suyo.

—¿Sí? pues procura que sea el derecho, le contestó este, señalando el de la cojera.

Un máscara.—¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

Un mozo de la fonda.—Una familia completa que ha venido á las manos. La señora ha sorprendido á su esposo con la criada, y se ha desmayado en los brazos de su primo que la acompañaba.

Una vieja.—¡Válgame Dios! ¡lo que una aprende en estos sitios!

Un amigo nuestro sostenia dias pasados que el oficio de

criado en los Estados-Unidos es mejor que el de los señores por acá.

La gente rica permite además á sus criados qne den *soirées* y bailes en habitaciones particulares de la casa.

Un dia, hallándose nuestro amigo en una visita de confianza, le llamó la atencion el oir á cada momento que tiraban de la campanilla sin que nadie se presentara en el salon.

La señora adivinó su curiosidad, y le dijo sonriendo:

—No os impacienteis: es que mis criados reciben esta noche.

Admirado él de la noticia, y queriendo conocer aquella sociedad, pidió permiso á la señora de la casa, la cual hizo le condujeran á la sala de recepcion.

Al penetrar en ella se sorprendió viendo un gran número de caballeros de frac y guante blanco que bailaban con la mayor gravedad unos *Lanceros*, sirviéndoles de pareja bellas mujeres con lujosos vestidos descotados, y perfectamente calzadas.

En una habitacion inmediata habia dispuesto un gran ambigú, donde se veian en abundancia helados, vino, pasteles y fiambres.

Desde entonces está trabajando para arruinarse, seguro de que no le faltará una plaza de criado en los Estados-Unidos.

—Muchacho, toma dos cuartos y súbeme *La Correspondencia*.

—No puede ser, señor, no la encuentro en ninguna parte.

—¡Diablo! ¿Si traerá alguna noticia verdadera?

Entre las víctimas de la última erupcion del Vesubio se cuenta un inglés cuyo cadáver ha sido hallado hace pocos dias casi carbonizado. En uno de los bolsillos del frac habia una carta, en la que se leian estas palabras:

«Necesito fumar, y no tengo más que un cigarro: subo á encenderlo al cráter, y suprimo desde hoy este vicio. Que no se culpe á nadie si algo me ocurre; en este asunto no median más personas que el Vesubio y yo.

Entre dos amigos.

—¿Te has afeitado solo?

—Sí; ¿por qué?

—Porque te has hecho cinco heridas.

—¡Qué quieres! si tengo unas navajas que no cortan.

Miguelillo Yescas era un jóven grumete que pasaba por ser el chico más embustero de Motril, donde no faltan.

Un dia llega á la plaza del pueblo, y haciéndose el asustado, grita en medio de la multitud:

—Caballeros, estamos perdidos; acabo de ver en el mar un pez tan grande, tan grande que está detenido á la entrada del puerto sin poder pasar.

Al oir tan estupenda noticia, hombres, mujeres y niños salen corriendo en todas direcciones y la difunden por la ciudad en un momento.

Los valientes se arman como por encanto, preparan sus lanchones y se disponen á dar caza al animalito. Los cobar-

des se encierran en sus casas, y los incrédulos, que son allí muy pocos, se contentan con sonreir, no atreviéndose aún á negar.

Miguelito Yescas ha permanecido sereno mientras tanto; pero al ver embarcarse el último grupo, corre á su posada, se provee de un arpon bien afilado, y echa á correr como los demás, murmurando para sus adentros:

—¡Diablo! bien puede ser; tal vez habré adivinado.

Un maestro á un discípulo:

—Niño, ¿sabes qué diferencia hay entre un hombre que sigue á las mujeres y una mujer que sigue á los hombres?

—Ninguna, dijo el muchacho.

—¡Tonto! le dijo el profesor; cuando un hombre sigue á una mujer, siempre va detrás de ella; pero cuando una mujer sigue á un hombre, siempre se compone de manera que es ella la que va delante.

Hay personas tan desgraciadas que nada les sale bien.

—Se me escapó la fortuna, decia un bolsista en 1837, por una rara casualidad. Figúrese usted que un dia me dijeron que antes de un mes habia de triplicarse el valor de los azúcares.....

—¿Y la noticia era inexacta?

—No, hombre; pues eso es lo raro: efectivamente aumentó muchísimo el precio, pero desgraciadamente no habia comprado mas que 25 libras.

Dos muchachas de la misma edad, poco más ó menos, disputaban el otro dia sobre si la una era mucho más vieja que la otra, pretendiendo ambas ser la más jóven.

Ya empezaban á pegarse, cuando á una de ellas se le ocurrió decir á su rival:

—Mira, lo que es yo, nunca he conocido á mi madre; pero creo que eres tú.

AMOR TUERTO.

Á la sombra de un naranjo
Está llorando Lorenza,
Y su llanto es agua turbia
Del pozo de su conciencia.

—«¿Por qué te quise, Bertoldo,
Dice, y se arranca las greñas,
Si habias de darme el pago
Como de tu amor de pega?

»¡Me dejas, Bertoldo mio,
Para tomar una tuerta!....
Fué mi cariño más tuerto
Que me dejó casi ciega.

»No siento yo que me dejes;
Siento, sí, cómo me dejas.....
Dios me dejó de su mano
Cuando creí tus promesas.

»Que permita Dios, Bertoldo,
Que si á ser marido llegas,
Te quedes tuerto del ojo
Por donde te entró la tuerta.

»Que nazcan tuertos, muy tuertos
Los hijos que de ella tengas,
Y ande tu mujer torcida,
Por un tuerto por más señas.

»Que riñas tú con el tuerto,
Y el tuerto te dé una felpa
Que te tuerza las costillas,
Y la cabeza te tuerza.

»Que tenga la tuerta antojos,
Y satisfacerlos quieras,
Y te cueste un ojo, cada
Antojo de los que tenga.

»Que tus hijos se te burlen
Por lo tuerto y lo babieca,
Y por mantenerlos vayas
Pidiendo de puerta en puerta.

»Que todos, todos se casen
Con mujeres todas tuertas,
Y dos ojos no haya iguales
En toda la descendencia.

»Y que la tuerta una noche,
Cuando tú sueñes con ella,
Retorciéndote el pescuezo
Dé al infierno tu alma tuerta.»

En esto pasó Bertoldo
Sin reparar en Lorenza,
Que, olvidando sus agravios,
Esclamó: ¡Bendito seas!

En unos exámenes de escuela asistió un padre á ver por sí los adelantos de su hijo.

El maestro, al ver la impaciencia con que este aguardaba el exámen, hizo salir al muchacho, y le dirigió la siguiente pregunta:

—Dime, chico, ¿hay palabras en nuestra lengua que son á la vez sustantivos y adjetivos?

—Sí señor, respondió el muchacho sin meditar: un hombre avaro, una mujer avara.

—Dime entonces lo que es avaro.

—¿Qué es avaro?

—Avaro es papá, contestó el niño, porque mamá se lo dice todos los dias.

Un corredor se quejaba á un comerciante del precio que tenian los sebos hoy dia.

—Han subido mucho, decia el vendedor, á causa de la guerra de América.

—¡Ah! Ya comprendo, dijo el corredor; será que los norte-americanos se baten con velas de sebo.

R. de R. tiene pasion por la mesa, no por el gusto de beber, sino porque el vino hace hablar y pasar ratos muy agradables.

Un amigo suyo le reprendia, temiendo que el esceso de los licores llegase á alterar su salud.

—Ten cuidado, le decia: ¡tanto va el cántaro á la fuente, que al fin y al cabo se rompe!

—¡Oh! No, lo que es eso no lo temo; porque mi cántaro no va á la fuente, sino á la bodega.

En la puerta de cierta iglesia tuve hace poco ocasion de ver á un ciego que pedia limosna sentado en una silla. Esto no tiene nada de estraño; pero sí lo tiene una especie de inscripcion que reparé tenia colgada sobre el estómago; esta inscripcion decia:

CIEGO.

Con permiso del señor cura.

Oyendo un patan grosero
Llamarle padre á un guardian,
Esclamó:—¡Voto va á San!....
¡Yo pensé que era soltero!

CINCO ACTOS DE LA VIDA.

I.

«El mundo es un teatro; la vida una comedia;» estas frases se escuchan por todas partes y en todas partes se ven escritas.

Teatro (me agrada):—*Comedia* (no me disgusta), aunque con frecuencia sea una farsa ó se convierta en drama ó en tragedia.

Es la vida tan exactamente una obra de teatro, que se divide en cinco actos distintos, y una vez caido el telon, los actores se van á dormir para no despertar nunca.

Vamos á leer esta comedia.

Primer acto.

Es la esposicion. Pasa en una cuna, donde duerme un niño arropado de mantas y rodeado de la madre y la nodriza. Este es el menos cierto.

—¿Viveza ó no viveza?—Esta es la pregunta que dirigen cien veces por dia á la madre inquieta que contempla inmóvil á la criatura, la que mas bien parece un mono que un futuro hombre.

—El niño vivirá, señora, yo lo garantizo, ¡vivirá! por su desgracia y la de los demás.

—¡Será artista! dice la madre con entusiasmo: ¡un gran artista! Irá á Roma pensionado por el Gobierno, y á su vuelta valdrá el trabajo de su pincel miles de reales.

¡Qué orgullosa me encontraré al pasearme con él por las calles! Todas las mujeres lo mirarán, y todas las madres envidiarán no tenerlo por hijo..... ¡sí, lo haremos artista!

—¡Mi mujer es una loca! replica el marido que cree tener mas razon que ella porque está calvo: ¡tú eres una loca! Los artistas se mueren de hambre, son pródigos, disipadores, seres sin fé, sin ley, sin hogar, y que no respetan nada, ni nadie los respeta. ¡No! Yo no quiero que mi hijo, que ha de tener el honor de llevar mi nombre, siga ese camino.

El arte no conduce á nada, y quiero que mi hijo llegue á alguna parte, á la buena sociedad, por ejemplo..... Haremos de él un empleado como su padre. En las oficinas solamente es donde se encuentra la gente de órden, de ideas sanas, que aman la patria, que respetan el Gobierno y que detestan la anarquía..... Los empleados no ganan mucho, es verdad, pero lo hacen con el sudor de sus frentes; además tienen la paga segura, y vale mas ganar con regularidad veinte ó treinta duros al mes, que doce ó catorce mil reales al año de otro modo. Esta es mi voluntad, á no ser que prefieras que sea militar... así tambien puede tener porvenir, porque llegaria á ser general.

—¿Soldado mi hijo? ¡Jamás! Para que me lo maten, ¿no es verdad?

—¡Mujer, no! Es muy bello servir á la patria, y morir por ella es una gloria.....

—Es posible, pero yo prefiero que Adolfo sea artista.

—Pues yo que sea empleado.

Acto segundo.

Adolfo crece, y, de niño que era, ha llegado á ser un jóven de diez y ocho años, y no es á esta edad ni militar, ni empleado, ni artista, es un enamorado.

Él cree que verdaderamente está enamorado, pero es su poca edad la que le engaña. La novia, que no puede decir otro tanto, es además fea; pero esto no impide que Adolfo cese de hablar con sus amigos de una conquista deliciosa que ha hecho.

No le pasa por la imaginacion la idea de trabajar nunca, ni seguir carrera. Su madre le amonesta muy alto. El desarma á su madre con un abrazo, y, en cuanto á su padre, no le escucha.

Hé aquí sobre poco mas ó menos lo que acostumbra á decir una madre á su hijo en esta situacion:

—Pero, hijo, ¿por qué te retiras tan tarde? No lo hagas mas, te lo ruego..... me tienes muy inquieta, y no puedo dormirme de noche sin haberte oido entrar. Te echarás á perder, y, si continúas, acabarás mal..... No me des ese pesar, Adolfo. Diviértete, eso es de tu edad, pero cuidado con otras cosas de las cuales no he querido hablar á tu padre, quien me dice que soy demasiado débil contigo. No soy débil, sino buena madre.

El padre tiene una conferencia séria con él, y le dice:

—Aproxímese usted, Adolfo, y oiga: Yo he sido jóven como usted, pero siempre me he respetado. Usted es el amante de una mujer que no ha nacido para usted, y deberia ruborizarse de vergüenza..... A su edad, en lugar de tener

aspiraciones hácia un noble fin, como tantos genios, pasa usted el tiempo en cosas inauditas. No quiero continuar. Baste decirle que desde mañana entrará usted de escribiente en casa de mi abogado. He dicho.

Acto tercero.

Adolfo tiene treinta años, y no es empleado, ni militar, ni artista, ni enamorado, es calavera.

Su madre ha muerto; su padre tambien. Ha llorado la muerte de la primera, y comido la fortuna del segundo en seis meses, con actrices y bailarinas. El teatro lo ha arruinado, y cree oportuno hacerse actor. Desengañado de esto trata de buscársela por otro lado, y abandonando de nuevo su carrera, de la noche á la mañana se le ve tomar estado con una jóven caprichosa que se ha enamorado de él, y que imprudentemente le ha ofrecido su corazon, su mano y su fortuna.

Adolfo entra en la vida ordinaria.

Es buen esposo, buen miliciano nacional, mediano amigo, mal propietario, y mal acreedor.

Acto cuarto.

Adolfo ha llegado á los cuarenta años y empieza á sufrir, dejándose guiar por las ilusiones y felicidades de que se compone la vida de un hombre que no es muy exigente.

La mujer, la jóven caprichosa, lo ha dejado viudo, despues de haberle dado dos hijos. Queda solo en el mundo con estos, y con una renta de dos mil reales anuales.

Ha puesto á su hijo en un colegio, y á la hija en un con-

vento. Estos han crecido como las malas yerbas; es decir, mucho. La hija es hermosa, y el muchacho un holgazan.

Adolfo, á su vez, creyó hacer de su hijo un abogado ó un médico, y de su hija la mujer de un banquero ó de un general; pero su hijo prefirió hacer deudas, y su hija escaparse con su profesor de piano.

Adolfo se desespera y jura no volver á ver en la vida á sus hijos, que ellos no le pierden de vista, porque saben que existe el testamento de su madre.

Acto quinto.

Final inevitable. Adolfo á los sesenta años, más ó menos, quisiera añadir unos actos más á la comedia de la vida, para prolongar su existencia, que le parece demasiado corta. Se obstina en vivir como si hubiera algo nuevo que ver, y como si gozase mucho.

Muere perdonando á sus dos hijos, y cae el telon para no volverse á levantar.

Hé aquí cinco actos de la vida, aplicable á muchos. Los autores cambian, pero la comedia nunca.

El amo (que es un solteron).—Mira, Jacinta, he comprado estas despabiladeras.

El ama de gobierno.—Calle usted, señor, si son muy pequeñas...

El amo.—¿Pequeñas? No digas eso, mujer. Son bastante grandes para una persona sola.

Yo conozco á un jóven que sentó plaza en el regimiento..... á causa de que un tio suyo era cuñado de un capitan de dicho regimiento.

Cuatro meses despues de su instalacion en el cuerpo, notó que ninguno de su compañía era más castigado que él por su capitan. No le dispensaba la más pequeña falta.

Cierto dia se encontró en la calle con el terrible oficial, y le preguntó el motivo de sus inusitados rigores.

—Hijo mio, le respondió el capitan, tú me has sido recomendado, y por su propio interés acostumbro á castigar cuatro veces más que á los otros á los que me recomiendan.

Cierto sugeto deseaba ver á un diputado para que interviniese en su pretension; y hallándose en la puerta de la habitacion donde aquel vivia, le preguntó la criada:

—¿Cómo diré que se llama usted?

—Buendía, contestó este.

—Téngalos V. muy buenos, prosiguió la sirviente; ¿pero á quién tengo el honor de anunciar?

—Á Buendía; si ese es mi apellido...

—¡Ya!... esclamó la criada.

Y se fué diciendo entre dientes:

—Esto es al revés de lo que hago todas las mañanas: en lugar de decir, «buen dia, señor,» diré: «señor, Buendía.»

Refiérense de un cochero que tuvo Felipe IV, llamado el Catalan, ccsas muy chuscas.

Viniendo del Escorial á Madrid, habia nevado mucho, estaba malo el camino, y en un paso peligroso, dijo el cochero:

—Apéese vuestra majestad.

—No me dá la gana.

¡Porrum! Vuelca el coche.

Salió el rey, y oyó decir al Catalan:

—¡Me alegro, voto á tal!

—¿De qué te alegras, pícaro?

—De que V. M. no se haya roto un real hueso.

Salia un dia del teatro uno de nuestros más apuestos Tenorios.

En las apreturas que habia se entretuvieron dos rateros en cortarle las faldas del frac, y la risa general que escitó su presencia en la tertulia á que asistió nuestro hombre en las últimas horas de la noche, le dió á conocer la mistificacion de que acababa de ser víctima.

Al dia siguiente, y antes que el caballerito de nuestra aventura se hubiese levantado, entró la criada á avisarle que habia un sugeto bien portado que preguntaba por él con el mayor interés:

—Caballero, vengo de parte del jefe de policía, dijo cuando entró, que informado de lo que os sucedió anoche en la Opera os suplica pongais en sus manos el frac de que los rateros cortaron las faldas, para en su vista poder comprobar lo uno con lo otro, caso de dar, como se espera, con los ladrones.

Oido esto por el caballerito, se apresuró á darle el frac en cuestion, esperando vengarse de la burla que le habian jugado con el castigo de los culpables.

Pero á poco de haber salido el de la policía, recibió la carta siguiente:

«Muy señor nuestro: Anoche tuvimos el honor de aliviarle del peso de las faldas de su frac, pero habiendo luego pensado que estas no podrian servirnos de nada sin lo restante de la prenda de que formaban parte, hemos creido conveniente hacer que V. mismo nos la entregase, y lo hemos logrado por medio del mensajero que V. tan cumplidamente acaba de servir. Suyos hasta nueva ocasion, etc.—Los tomadores del dos.»

ESCENAS DE CARNAVAL.

—¡Mozo! Tráeme otro pavo, y di al amo que ponga los dos en mi cuenta.

—¿Los dos? En ese caso le diré que ponga al pavo y á usted.

LOS POBRES.

Los pobres que son declarada abierta y simultáneamente pobres, son felices.

Yo creo que el que se acostumbra á ser pobre es feliz.

¿No habeis oido contar de algunos pobres que han sido hallados muertos de miseria, al parecer, y en sus haraposos vestidos tenian onzas de oro y billetes de Banco?

¿Y no habeis esclamado con inmerecida compasion: «¡infelices?»

Pues esos pobres eran más felices que vosotros que los compadeceis.

Los pobres que piden limosna por las calles; los pobres que tienen en la uña cuantas asociaciones benéficas hay en la córte; los pobres que se agolpan á las ventanas de las parroquias, donde se reparte pan que les ha legado un bienhechor, son pobres porque tienen poco dinero; pero no son pobres porque no tienen otra necesidad que la de vivir, y con poco, con muy poco se vive.

Los pobres, los verdaderamente pobres, no están en las esquinas de Madrid, ni en las puertas de las iglesias; y los otros, los pobres verdaderos andan entre vosotros, os saludan, dan limosna á los pobres.....

Decidme si no es pobre el que atormentado por la pasion de la envidia se olvida de sí mismo, porque solo se acuerda de los demás.

Pobre, muy pobre es el escritor que ocupa su tiempo en murmurar de su compañero afortunado, el autor silbado, á quien hacen daño los aplausos que obtienen los demás.

Pobre, muy pobre es una mujer que cree de más valor un traje, una carretela, un abono en el Real, que su virtud y tranquilidad.

Aquel, devorado por la infame pasion de la envidia, perderá su tiempo, y su inteligencia, y su aficion al trabajo, es decir, que será más pobre cada vez.

Esta sufrirá el castigo seguro, terrible, del vicio; el remordimiento: y como nunca ha dado mas que la hermosura

que tenia, cuando esta hermosura desaparezca, nada podrá pedir á cambio de lo que no existe.

Pobre es el padre que tiene un hijo ingrato.

Pobre es la madre que tiene que avergonzarse de serlo y de haber tenido amor.

Pobre es el jugador que sacrifica á un *as* ó á un *rey* el alimento de sus hijos.

Pobre es la mujer que creyó unirse á un hombre honrado, y advierte que se ha unido á un infame.

Pobres, muy pobres son los que contemplan tantos millones en las esquinas de Madrid, y recuerdan que han salido de su casa porque en la calle tienen menos frio, y menos hambre y más luz.

Pobres son los que no trabajan, porque han perdido el hábito del trabajo.

Pobres son los que creen que el dinero es la felicidad.

Vamos á concluir.

Los pobres que el mundo tiene por pobres; los pobres de solemnidad envidian siempre la suerte de los ricos, y hacen mal, porque es sabido, y si no lo era antes lo es ahora que nosotros lo decimos, que los ricos son más pobres que los pobres.

Prueba al canto.

Los ricos no gozan el uso de sus manos y sus piés, puesto que tienen que ir en coche, y todas las operaciones más sencillas en que les pudieran servir las manos, están á cargo de sus criados.

Los ricos son, pues, inválidos..... ricos; pero los pobres son, millonarios..... pobres.

—Usted es un pillo.

—Señores, que me llaman pillo.

—Llámele usted á él feo.

—Usted es feo.

—Señores, que me llaman feo.

—Vamos, caballeros, no hay que incomodarse; entre amigos, no ha de haber un disgusto.

—Tiene razon mi amigo; dénse ustedes las manos, y pelillos á la mar.

—Pues bien; yo he llamado pillo al señor, pero lo que quise llamarle era hombre de bien.

—Pues yo le he llamado á usted feo, creyendo que esa palabra era sinónima de hermoso.

Unos muchachos se quejaban de que no se les daba de almorzar, á tiempo de entrar un amigo de su padre, que oyéndolos gritar, dijo compadecido:

—¿Por qué no haceis que se desayunen esos niños?

Y el padre respondió:

—¿Cómo desayunarse? Á fé mia que cada uno tiene una asadura en el cuerpo.

—Sí señor, respondió uno; pero con ser entera aún no ha llegado al estómago.

—¿Pues qué asadura es? dijo el amigo.

—La nuestra.

—¿Qué diferencia hay entre la vanidad y el orgullo?

—Que la vanidad es el orgullo esterior.

Acababa sus dias un andaluz de buen humor, y á quien jamás se le habian conocido bienes de fortuna.

Pero sin embargo quiso hacer testamento, y nadie opuso la menor dificultad á tan justa peticion.

El escribano que fué invitado á esta obra de caridad se presentó con el encabezamiento estendido, y sentado á la cabecera del enfermo principió su obra.

—Dejo, continuó el enfermo, dos mil fanegas de tierra.... Escriba usted, señor escribano, escriba usted; dos mil fanegas de tierra,....

—¿Dónde? preguntó aquel.

—En el patio de la casa.

—¡En el patio de esta casa!.... ¡está usted loco!....

—¡Qué!.... ¡loco!.... que caben, y verán si no me he quedado corto.

El escribano juzgó desfavorablemente de aquel hombre; pero la cuestion era la de concluir de ganar los honorarios, ya trabajados por mitad; se resignó, y prosiguió:

—*Item:* Es mi voluntad dejar la huerta de la alcaldía, sita en.....

—¿Qué diablos dice usted? dijo el escribano; esa huerta es mia y muy mia.

—No parece sino que yo se la quiero quitar á usted, respondió el testante con mucha calma: yo digo solamente que la dejo, y es una verdad: pues qué, ¿me la llevo acaso?.... ¿No digo que la dejo?

El escribano cogió sus papeles y escapó como alma que lleva el diablo.



Theun, bufon del Emperador Cárlos V, clavó un dia todos los comunes de palacio.

Theun, bufon del emperador Cárlos V, abusó un dia de la libertad que el Emperador le daba, y fué por lo tanto escluido de su cocina durante algunos dias.

Parecióle aquel castigo demasiado fuerte, y así, procuró ganar al cocinero, que se mantuvo inexorable á sus súplicas.

Viendo esto el juglar, tomó la determinacion de clavar, y así lo verificó, todos los comunes del palacio.

Refiriéronselo al Emperador algunos de sus gentiles-hombres, que se encontraron chasqueados, y habiendo llamado al bufon, le preguntó el motivo de una accion tan atrevida:

—Yo creia, dijo, que eran inútiles en la córte, supuesto que ya no se come.

—¿Habrá probado Lucía
Algun manjar indigesto?
—No sé, pero ayer decia:
«¡Ay amor, cómo me has puesto!»

Un obispo, en Sevilla, pasaba por la calle.

Un artesano, habitante del barrio de Triana, salió á la puerta de la casa, le saludó y le besó la mano.

El obispo habia estado enfermo, y notándolo por su aspecto el artesano, dijo reparando en él:

—¡Vaya! ¡Que ze cúdie uzía ilustrízima, que está mu *dergadita!*

El señor D. es un hombre muy honrado y muy laborioso, pero que tiene la debilidad de sacrificarlo todo por el dinero. Últimamente se ha empeñado en casar á su hija con un título bastante rico, pero con mas vicios que riqueza, y mas ignorancia que vicios.

—¡Cómo! le decia dias pasados un antiguo amigo: ¿casas por fin con ese hombre á tu pobre hija?

—Sí, amigo mio; es cosa decidida, por mas que ella no parece alegrarse mucho.

—¿Y cómo se ha de alegrar? Un hombre jugador, libertino, calavera, que se arruinará, que la maltratará, que la pondrá en ridículo á cada instante.....

—¿Y qué importa todo eso, esclamó el padre con ternura, si logro que mi hija sea feliz?

En un pueblo (no hay para decir de dónde) existe encima de la puerta de una carpintería el siguiente rótulo, debajo de una pintura que representa la agonía de una mujer herida en el pecho.

Á Otelo.

Fábrica de celosías.

El verano pasado halléme en una pequeña aldea; tenia en mi vecindad un matrimonio que todas las mañanas salia muy temprano con un enorme cerdo.

Esta constancia de salir todos los dias con aquel animal, me hizo dirigirles la siguiente preg unta:

—¿Qué diablo hacen ustedes con ese puerco?

—Lo estamos criando, y como ahora acaba de almorzar, le llevamos á paseo.

—Pero eso deberá ser muy fastidioso, añadí yo.

—No, señor, ¡quiá! ¡No ve usted que no tenemos hijos!

Un avaro usurero negó un duro
A un pobre que se hallaba en cierto apuro.
Y al avaro usurero el mismo dia,
Un ladron le robó cuanto tenia.
El castigo del malo, es, ¡oh lector!
Hallar á cada paso otro peor.

Me encuentro en la Puerta del Sol: un reloj, tres esferas, tres horas distintas, ¿cuál sera la segura?

Para los soldados que estén de centinela en el Principal, la mas adelantada; para los que han de relevarlos, la mas atrasada; para un matemático, la que resulte del término medio aritmético; para mí, que me decido á perder mi tiempo tomando un carruaje para hacer visitas...... cualquiera.

Cochero: calle de San Bernardino, núm. 7.

—Está bien, señor, dijo el auriga, quitando el tarjeton, y propinando á su tísica alimaña una série de latigazos, que la hicieron salir con un trote largo y resuelto, capaz de hacerme dudar si seria arrastrado por un caballo de pura raza inglesa.

El carruaje trepó por respetables montones de escom-

bros de obras que se concluyeron hace un mes: atropelló con su demasía celeridad á un inofensivo burro, de los muchos que pululan por Madrid; adelantó al coche del judío don Martin.... que, sordo á todo sentimiento humanitario, perseguia á un moroso deudor, y pasó á los diez minutos por el sitio que yo habia indicado.

Mi amigo no estaba en casa: en cambio escuché la voz del auriga, que me gritaba:

—Caballero, la peseta, y lo que usted tenga voluntad por la prontitud.

Yo.—No es para una carrera, sino por horas como necesito el carruaje.

Cochero.—¡Quiá!..... hombre..... ¡quiá!.....

Yo.—¿Qué quiere decir quiá?.....

Cochero.—Quiá, quiere decir que usted me dijo: «calle de San Bernardino, núm. 7,» y esto se entiende una carrera: usted ha debido notar que el paso que traíamos no era el de horas, á ser así, estaríamos ahora en la Plazuela de Santo Domingo.

Un padre muy disipador y vicioso, que tiene en América un hijo que ha hecho gran fortuna, decia ayer, contestando á unos amigos que le pintaban las tristes consecuencias de su mala vida:

—Perded cuidado, amigos mios, el dia que yo me encuentre en la indigencia, suplicaré á mi hijo que me adopte.

Un gobernador escribió á Tiberio aconsejándole que au-

mentase los impuestos de su provincia porque el pueblo estaba rico.

Respondió Tiberio:

—El pastor esquila sus corderos, pero no los desuella.

Un caballero, estando un dia bebido, faltó al respeto que debia á su madre.

Esta señora se retiró á su cuarto penetrada del más vivo dolor, y permaneciendo encerrada todo el dia siguiente; cuando el hijo no la veia preguntó la causa, y luego que la supo tomó un vaso de vino, y fué á verla.

—Señora, dijo profundamente afectado; sé que ayer en mi embriaguez cometí una falta y vengo á pedir á V. perdon; y á fin de que esto no se repita voy á beber este vaso de vino á su salud: ¡Será el último que beba en mi vida!

Despues de este dia no volvió á probar el vino.

El protagonista de esta anécdota debe ser Cárlos XII rey de Suecia.

Un galan que cortejaba á dos damas á la vez, fué un dia preguntado por una de ellas:

—Si las dos nos cayésemos en un rio, ¿á cuál salvarías primero?

El aturdido amante contestó sin saber lo que decia:

—A ninguna.

—¡Qué crueldad, Dios mio!

—Pero, hija mia, no seas tan ligera, ¿cómo habia de salvaros si no sé nadar?

Tres estudiantes pobres que volvian á sus casas de la universidad de Salamanca, despues de una jornada de doce leguas se encontraron una noche en un despoblado sin otra cosa para cenar los tres que un pequeño pan seco y negro, y sin otra cama que el suelo.

Viendo lo mezquino é insuficiente de la cena, dijo el más pequeño, y por cierto el más despejado:

—Chicos, este pan repartido entre los tres nos dejará á todos con tanta ó más hambre de la que teníamos.

—¿Y qué hemos de hacer con él, respondieron los otros?

·He pensado que nos echemos á dormir dejando el pan en una rama de ese árbol, y cuando nos despertemos, el que mejor sueño haya tenido de los tres, que se lo coma santa y pacíficamente.

—Muy buena idea es, dijeron los otros haciéndose cruces en la boca, cuya inclinacion á abrirse no admitia objeciones.

Como estaban cansados, se quedaron dormidos á pesar de su debilidad estraordinaria.

Á eso de las cuatro de la mañana se despertó uno de ellos, llamó á sus compañeros, y les dijo:

—Amigos mios, no podeis figuraros el delicioso é inmejorable sueño que he tenido.

—¿Pues qué has soñado?

—Soñaba que me llevaban al cielo coros infinitos de ángeles, querubines y serafines cantando alabanzas al Señor.

—Es indudable que tu sueño es bueno, dijo el segundo, pero es el mio infinitamente mejor.

—¡Mejor! ¿Pues qué soñabas?

—Soñaba, no que me subian al cielo, sino que estaba ya

en él disfrutando una felicidad tan estraordinaria que no os la sabré esplicar.

—Muchacho, dijeron al más pequeño, que estaba escuchando sin hablar palabra; vamos, cuéntanos el tuyo.

—Es mucho más sencillo, contestó el estudiante, y sin embargo os va á asombrar.

—Pues bien, cuéntalo.

—Es, pues, el caso, chicos, que apenas cerré los ojos me quedé dormido, y á poco rato principié á ver una iluminacion inmensa, y luego entre infinidad de séres fantásticos y vaporosos que debian ser ángeles, te ví á ti que entrabas en el cielo con el rostro radiante de alegría y de placer; despues volví los ojos á la tierra, y vi que detrás subian á este de la misma manera, y llevando tambien la direccion del cielo. Entonces me levanté maquinalmente, y sin saber cómo me encontré en el tronco del árbol y con el pan en la mano.

—¿Y qué hiciste con él? preguntaron los otros alarmados y sin llegarles la camisa al cuerpo.

—Como digo, estando con el pan en la mano, os principié á llamar, y como no hacíais caso esperé un rato en la mayor ansiedad hasta que vi á este segundo que entraba tambien en el cielo.

—Y entonces, gritaron los otros con ojos espantados, ¿qué hiciste?

—Entonces, hijos mios, cómo vosotros ya no lo necesitábais, me comí el pan.

Un dia que Luis XVI estaba á la mesa con el conde de Gu iche, decia que los vasallos estaban obligados á obedecer

las órdenes de los monarcas sin meditar en la razon que pudieran tener.

—Señor, decia el de Guiche, los súbditos tienen tambien sus derechos protegidos por la naturaleza y por las leyes.

—No hay tal; y si yo te mandase ahora que te tiraras al mar, en el momento te deberias echar de cabeza.

El conde, oyendo esto, cogió su sombrero y precipitándose echó á correr.

—¿Dónde vais? preguntó Luis XVI.

—Señor, á tomar unas cuantas lecciones de natacion por si á V. M. le ocurriese ese capricho.

Me contó don Antonio
Que soñando una vez, habló al demonio,
Y al otro dia se casó con Blasa,
Con lo cual el demonio entró en la casa.
Lector, hay sueños tales,
Que avisos suelen ser providenciales.

El rey de Polonia, Estanislao, acostumbraba adelantar un poco cada dia la hora de su comida.

—Señor, le dijo su médico, si continuais de este modo, acabareis por comer la víspera.

—Mejor, dijo el rey.

—Es que del mismo modo os puede ocurrir la desgracia de moriros la víspera de vuestra muerte.

La teoría del equilibrio:

Cuenta Menage que un tal Roiroy, que era de la Guardia real, recibió en cierta ocasion un balazo que le dejó inutilizada la cabeza sobre el hombro derecho.

Al año siguiente recibió otro balazo por el lado opuesto, y le inclinó la cabeza sobre el hombro izquierdo.

Por fortuna para él vino al año siguiente otra bala que le restituyó la cabeza á su estado normal.

En la mesa del Papa Alejandro VI se disputaban un dia sobre si era provechoso que hubiese médicos.

La mayoría opinaba que no, alegando en su razon que Roma estuvo seiscientos años sin ellos.

Dijo el Papa:

—Yo no soy de ese parecer, antes opino que los haya, porque á falta de ellos creceria tanto la multitud de los hombres que no cabrian en el mundo.

Un general hablaba en cierta ocasion con un amigo suyo, á quien decia como en confidencia:

—Mi mayor pasion ha sido, ante todas cosas, la guerra: la señora M..... despues de la guerra, y la filosofía despues de esa señora.

Hoy los tiempos han cambiado; hoy la guerra y las mujeres son para mí cosas idénticas, y por lo mismo pongo la filosofía en primer lugar.

En un juicio de conciliacion se disputaban dos individuos la propiedad de un pozo. La cuestion se iba haciendo interminable, y ni el demandante ni el demandado parecian dispuestos á avenirse.

—La cuestion, dijo el juez de paz, no me parece tan importante puesto que no se trata más que de un pozo de agua.

—Perdone usía, contestó uno de los *hombres buenos*, que tenia cara de malo, el pozo que se disputa es muy importante, porque estos dos caballeros tienen taberna.

En el primer baile de máscaras que se ha dado en el teatro de San Fernando en Sevilla, se presentó una jembra barbiana disfrazada de capitan.

Un amigo nuestro, partidario de las buenas formas, se quedó contemplando minuciosamente la tal capitana.

—¿Te gusto? ¿Estoy bien? dijo la disfrazada.

—Lo único que te diré, contestó nuestro amigo, es que soy paisano, enemigo de todo lo militar, pero daria cualquier cosa por ingresar en tu cuerpo.

Cuentan que al dia siguiente nuestro amigo sentó plaza.

Solo porque empinaba mucho el codo,
Á Romualdo llamábanle beodo.
¡Á qué tiempos, señor, hemos llegado,
Que ni mover el brazo nos es dado!

Un bebedor muy conocido hacia oposicion á una cátedra de química: preguntáronle sobre las cualidades del agua, y contestó:

«El agua se presenta bajo tres fases distintas:

1.ª En el estado de fluido ó gas, se la utiliza en la industria, aplicándola á las máquinas de vapor, y sirve en los caminos de hierro: es, pues, un medio de locomocion.

2.ª En el estado sólido, sirve para sorbetes y otros helados, de lo que podrán informar en el Suizo y la Iberia.

3.ª En el estado líquido, se la emplea en toda clase de usos domésticos, en la coccion de los alimentos, en la limpieza, y hasta he oido decir que algunas personas la beben.

—¿Será borracho el mozo?

Un jóven á quien se creia rico, aunque en realidad debia más de lo que tenia, se paseaba silenciosamente la víspera de casarse en el cuarto de su suegra.

Estrañando su silencio, le preguntó varias veces qué es lo que tenia, á lo cual él siempre contestaba:

—Señora, no tengo nada.

Ocho dias despues del casamiento, viendo su suegra que una multitud de acreedores le perseguian sin cesar:

—Caballero, le dijo: me ha engañado usted miserablemente.

—Señora, la respondió, ya advertí á usted que no tenia nada; se lo dije á usted más de diez veces en su mismo cuarto la víspera de mi casamiento.

El conde de Grammont, que murió en 1707 á los ochenta y seis años, ocultaba cuidadosamente su edad.

Asistiendo un dia á la mesa de Luis XIV con el obispo de Sendiner, preguntóle á este el rey cuál era la edad que podria tener el conde.

—Señor, respondió el obispo, yo tengo ochenta y cinco años, y Mr. de Grammont debe tener otros tantos, puesto que hemos estudiado juntos.

—El obispo se engaña, respondió el conde de Grammont, porque ni él ni yo hemos estudiado nunca.

En la calle del Oso
Una mujer ayer me dijo: «¡hermoso!»
Como esta anomalía,
Encontrarás doscientas cada dia.

Un labrador rico, que durante la temporada de la matanza habia saboreado los presentes de *idem* que le habian regalado todos los vecinos, buscaba un pretesto plausible para matar un cerdo sin dar presente á nadie.

Consultó el caso con un su compadre viejo, socarron y marrullero, que le dijo:

—Mata el cerdo, cuélgalo por la tarde en la ventana de modo que le vea todo el pueblo, y al dia siguiente dí que te lo han hurtado.

El consejo no podia ser mejor, y nuestro hombre le siguió al pié de la letra.

Mató el cerdo, lo colgó en la ventana, y dejó pasar la noche; pero por su desgracia, cuando al rayar el alba fué á meterlo en casa, habia desaparecido.

Y es que el del consejo lo habia hurtado con la mayor frescura.

Cuando se hizo de dia, el labrador, desesperado y sin saber lo que le pasaba, fué á la plaza á buscar á su consejero.

—Tio Roque, le dijo cuando le vió; tio Roque de mi alma, ¿sabe usted lo que me pasa?

—¡Qué, hijo! ¿qué te pasa?

—Que me han robado el cerdo.

—Bien, hombre, bien.

—¿Cómo bien?

—Digo que lo haces, que lo disimulas muy bien.

—¡Qué disimular, ni qué calabazas! si me lo han robado de veras.

—Te aseguro, chico, dijo el tio Roque con socarronería, que no habrá uno solo en el pueblo que no lo crea así; tan bien sabes hacer tu papel. Dáme esos cinco; no creia que tuvieses tanta habilidad.

—Tio Roque, que me está usted matando; le digo á usted que me han robado el cerdo, tio Roque, ¡que me lo han robado!

—Vaya, chico, vaya, adios, y procura convencer á los demás, que yo demasiado convencido estoy ya.

Unas señoras de Madrid subieron á Carabanchel á visi-

tar á una amiga que pasaba allí el verano por estar parida.

Para obsequiarlas como era debido llamó el marido á un mozo que tenia muy diligente, y le encomendó que tomase al punto el caballo y bajase á Madrid á subir de casa Lhardy una comida magnífica para obsequiarlas, buscando además músicos, y convidando amigos que subiria en un coche para dar un concierto y un baile.

Cuando el mozo desapareció, se quedó diciendo el amo á las señoras:

—Verán ustedes cómo va á Madríd antes que otro pudiera hacerlo á la plaza.

Poseido como estaba de la idea de la velocidad prodigiosa de su criado, púsose á poco á calcular el tiempo que podria invertir en su camino, diciendo:

—Ahora saldrá del pueblo.

Á poco: ahora estará á la mitad del camino.

Luego: ya habrá llegado á Madrid.

Ya entra en casa de Lhardy.

Ya ha citado los músicos.

Ya ha buscado los amigos.

Ya monta á caballo.

Ya está camino adelante.

Ya debe entrar en el pueblo.....

Al llegar aquí, añadió:

—Apuesto que ya está en el patio.

Y esto diciendo, llamaba por su nombre al criado: en efecto, estaba allí, responde, sube, se presenta, y su señor le dice:

—Vamos, ¿viene la comida?

—Señor, responde el mozo, estoy buscando la brida del caballo para marchar inmediatamente, pero no la encuentro.

Márcos yendo á casarse, con la prisa,
Se olvidó de ponerse la camisa.
La Providencia de esta ó de otra suerte,
El peligro en que estamos nos advierte.

—Lúcas, ¿por qué haces llorar á mi hijo? Dále siempre lo que pida.

—Señora, aunque grite hasta mañana no tendrá más ni menos; no puedo dárselo.

—¿Cómo se entiende? eres un impertinente y mal hablado, yo te mando que no hagas rabiar al niño, que no le contraries sus gustos y nunca le niegues lo que pida.

—Esposa mia; ¿qué es eso? ¿de qué se trata?

—¿Qué ha de ser? Tu lacayo que es un porfiado y desobediente.

—Pero, Lúcas, ¿cómo faltas así á tu ama? Eso no es regular.

—Señor, no puedo convenir en dar al niño los gustos que quiere, á no ser que usted tenga la gracia de alcanzarlos; yo no puedo.

—¿Pues qué pide?

—Son las diez de la noche y el niño quiere que le lleve al sol; ayer se le antojó que le alcanzase la luna; el otro dia quiso meterme un cuchillo en los ojos, y despues cambió de

antojo empeñado en que le habia yo de cortar las narices.....

Estos son los gustos que tiene, y yo no se los he podido dar.

Los demás, aunque nada regulares, nunca se los he negado.

Ayer se empeñó en que habia de quitar en la bodega las canillas á todas las cubas de vino, y ha perdido usted toda su cosecha.

—¡Dios mio!

—¿Quiere usted que dé al niño todos lo gustos que pida? Yo por mi parte le daré los que pueda.

—No, Lúcas, por Dios, no le des ninguno sin consultar con nosotros.

Á terno seco jugó
Una peseta don Bruno,
Y estuvo tan oportuno,
Que la estraccion no llegó.
Su peseta recogió;
Y al ver que ya la tenia,
Esclamó con alegría
No soñada en su vejez:
—Gracias á Dios que una vez
Me tocó la lotería!

Filosofemos.

El amor es hijo de la ilusion; lo cria la esperanza; lo entretiene la ignorancia; lo arruina la esperiencia; y lo mata la posesion.

El amo.—¡Francisco!

El criado.—¡Señor!

El amo.—Cuando salgas á ese recado, deja las llaves á la portera.

El criado en la portería (monólogo).—La portería está cerrada. ¿Dónde dejaria las llaves que estuvicsen seguras? ¡Ah! ¡ya caigo!

Vuelve á subir la escalera, llega á la puerta del cuarto, echa las llaves por la rejilla, y dice con aire satisfecho:

—¡Ahí no se perderán!

La criada.—¡Ah señorita! ¡se ha escapado el canario!

La señorita.—Es claro. ¿No se ha de escapar si está la jaula abierta? ¿Quién la ha abierto?

La criada.—Yo.

La señorita.—¿Tú? ¿y para qué?

La criada.—Toma, para que se ventile.

Un ladron aprendiz muy poco diestro,
Robó todo el dinero á su maestro.
Aquí de molde cabe
Que no es bueno enseñar al que no sabe.

En una reunion de famosos cazadores decia el andaluz Manolito Gazquez:

—Figúrense ustedes que un dia, cansado de matar liebres, conejos y jabalíes, me senté á comer unas aceitunas y

á echar un trago, cuando veo venir hácia mí un venado.

Yo, que habia gastado mis municiones, no tuve otro recurso que cargar la escopeta con los huesos de las aceitunas que acababa de comer.

Sin moverme de mi sitio apunté, y ¡pum!.... sale el tiro, y el venado echa á correr bebiéndose los vientos.

—¡Toma! le dijeron los demás; ¿conque no le mató usted?

—Paciencia, señores, y déjenme concluir.

Al año siguiente salgo á caza al mismo sitio, veo un monte andando venir hácia mí, reconozco en él al mismo venado del año anterior, que como le habia clavado en el testuz todos los huesos de la aceituna que le tiré, se habia convertido su cabeza en un inmenso olivar.

«Ahora sí que no te escaparás;» le tiro, y cayó redondo.

Esto pasó hace diez años: aún pueden ustedes venir á mi casa á comer aceitunas de las que llevaba el venado. Y eso que he sacado aceite para alumbrarme todo ese tiempo.

Preguntáronle á un asturiano por qué no se casaba, y respondió:

—Porque la mujer que haya de tomar, si es buena, téngola que pedir; si mala, que aguantar; si pobre, que mantener; si rica, que sufrir; si fea, que aborrecer; y si hermosa, que guardar.

Un gitano, acusado de haber robado un asno, fué citado ante el tribunal del alcalde del pueblo.

El magistrado dijo:

—Se acusa á usted de haber robado el asno del regidor primero.

—No es cierto, vuesencia; todo lo contrario.

—Sin embargo, el guardia rural lo ha encontrado á usted montado en él en direccion del pueblo inmediato; y el regidor reclama su burro y el abono de daños y perjuicios.

—Yo soy, por el contrario, el que reclama daños y perjuicios; porque en vez de haber robado el asno, he sido robado por él.

—Eso es imposible.

—Pues es cierto. Yo estaba, señor alcalde, comiendo cerezas en un árbol, se rompió la rama, el asno estaba debajo á la sombra, y yo, lo que usted oye, he caido encima del pobre animal, teniendo la suerte de quedarme montado.

—¿Qué ha hecho entonces el burro?

—Se ha espantado; ha comenzado á correr sin hacer caso de mis razones, y sin permitirme que echase pié á tierra. ¡Sí, bueno es él!

—¡Pero el burro se hubiera ido á su casa!

—Eso le decia yo, que me llevase á su casa. Pero no ha querido seguir mi consejo; no, señor, ¡no ha querido! Se ha venido á la mia.

En un anuncio he visto el otro dia,
Que una soltera solicita cria.
De esta y de otras solteras,
¿Qué dirán las edades venideras?

Un estudiante le dijo á un arriero:

—¿Me permite usted que le diga al mulo dos palabras al oido?

—Dígale usted aunque sean cuarenta.

El estudiante se acercó y le metió en la oreja un fósforo de yesca encendida, diciendo palabras misteriosas que no entendia el arriero.

—Verá usted el efecto de mis palabras, dijo el estudiante.

Inmediatamente el mulo principió á saltar y á dar coces como si se volviese loco.

—¿Qué diablos ha dicho usted al animal? dijo el arriero alarmado.

—Nada, una cosa muy sencilla; que ha llovido mucho y se abaratará la cebada, y por eso baila de contento, pensando que se va á hartar esta primavera.

En un diario de avisos estranjeros se leia el anuncio siguiente:

«Se tomarán diez mil libras esterlinas en donde quiera que se encuentren; y la persona que las quiera, recibirá aunque sea doble cantidad, con la circunstancia de que no tendrá reparo en partir la suma total con el sugeto que pueda proporcionarlas.»

Una compañía de la legua pidió al alcalde del pueblo que se la autorizase para suspender la funcion por estar de parto la primera dama.

El alcalde creyó que era un pretesto falso, y lo negó.

Sin embargo, reflexionó á poco rato que podia ser verdad; fué á la posada, y lo era en efecto.

Entonces, por no dar su brazo á torcer, y para no perder el gasto de los carteles, mandó escribir *público* en donde decia *primera dama*, y resultó el anuncio siguiente:

Se suspende la funcion de esta noche por hallarse el público de parto.

Conocido es el sainete en que un leñador concierta con un barbero que ha de afeitar por dos reales á su compañero y á él, y llegado el momento resultó que el compañero era un burro.

Un manolo concertó en Madrid con un limpia-botas que habia de sacar lustre á una de las suyas; y convenidos en el precio, en vez de una bota de zapatero le presentó una de botero llena de lo tinto.

Cierto banquero tenia relaciones con una bailarina, á quien acababa de desbancar un cantante en el corazon del banquero.

La bailarina con este motivo le escribió una carta sentimental, lastimosa, quejándose de su ingratitud.

El banquero tuvo la poca galantería de contestarle con cuatro líneas, en que no esplicaba su conducta; pero se burlaba de la ortografía de la bailarina.

La carta que le escribió habia sido copiada por su secretario, y este detalle dió motivo á la bailarina, ya algo más tranquila, á que contestase estas palabras:

«Caballero, estraño mucho se burle usted de mi ortografia, cuando usted no escribe sus cartas.»

La escena tiene lugar en la mesa, á los postres.

Marido y mujer se encuentran el uno al lado del otro. De pronto la mujer pregunta á su esposo:

—Querido, ¿pudiera saber lo que tus ojos buscan en este momento?

Él.—¿Por qué no? Estoy mirando á tu prima hermana.

Ella.—Que es muy linda chica, ¿verdad?

Él.—Tanto, que se te parece muchísimo, y cualquiera se podria confundir, á no ser por que ella tiene los ojos un poco más azules que los tuyos. Si por desgracia llego á perderte, al dia siguiente me caso con ella.

Un labrador fué á ver á un cura de su lugar para encargarle que dijera una misa de dos pesetas, dedicada al reposo del alma de su mujer.

El cura, que estaba comiendo, ofreció un vaso de vino al labrador.

—Toma, prueba ese vinillo que uno de mis feligreses me ha regalado. Es el vino del purgatorio, segun le llama mi sacristan. ¿Qué te parece?

—¡Escelente!.... ¿Y este es el vino del purgatorio?.... En ese caso..... y el labrador recoge las dos pesetas que habia colocado sobre la mesa.

—¿Qué haces? esclama el cura.

—Si mi mujer bebe tan buen vino en el purgatorio, seria yo un canalla al quererla sacar de allí. ¡Que beba! ¡Que beba!

Y el labrador se fué á gastar sus dos pesetas en la taberna.

Pidióle á Narciso un dia
El mentecato Gaspar
Un libro donde encontrar
Reglas para la poesía.
—Ya está cumplido su intento,
Dijo al dárselo Narciso;
Mas lo que ahora es preciso
Es que busque usted talento.

Habia un avaro, pequeño de cuerpo, adjetivo que podia tambien aplicarse á sus manos y piés. Sobre todo, estos últimos hubiesen sido envidiados por un bailarin.

Cierto dia le preguntó un amigo por qué teniendo un pié tan chico usaba unos zapatos tan grandes.

—Los uso, respondió el avaro, porque me cuestan lo mismo que si fueran chicos.

El amor es un árbol, cuyas flores son para las mujeres, los frutos para el amante, y la corteza para el marido.

Existe en Madrid un hombre que tiene la manía de coleccionar grátis bocetos de todos los pintores, y autógrafos de todos los poetas.

Hace algunos dias se presentó en casa de un artista amigo nuestro, á quien no habia visto en su vida.

—¿Qué quereis? le preguntó este despues de invitarle á tomar asiento.

—Os lo esplicaré en dos palabras, caballero: sé que sois un pintor distinguido, y que quiero poseer algo vuestro.

—¡Ah! si no es más que eso, esperad, voy á daros unas botas usadas.

UNA VERDAD EN TODO TIEMPO.

El sábio (haciéndose ver de un barbero).—¡Midas, el rey Midas, tiene orejas de burro!

El loco (recorriendo la historia de todos los siglos).—Sí; pero Midas tenia la virtud de trocar en oro cuanto tocaba, y todo el mundo le admiraba, ¡sobre todo las mujeres!

EL TENORIO DEL SIGLO XIX.

Vamos á presentar á nuestros lectores uno de los tipos y al mismo tiempo más comunes de la sociedad moderna; vamos á devanar del mejor modo posible y con los colores mas vivos una figura que no se parece á ninguna otra, que carece hasta de nombre, y que yo en uso de mis atribuciones he bautizado con el Tenorio del siglo XIX.

Habeis visto, queridos lectores, ya en una de las apaci-

bles mañanas de primavera, ó en alguna lluviosa tarde de invierno, un hombre con el sombrero ligeramente inclinado sobre la ceja izquierda, embozado en su ligera capa si hace frio, ó con un frac azul abotonado si hace calor, cruzado de brazos en una esquina, tarareando con igual entonacion un aria de Verdi ó unas playeras gitanescas?

Y si le habeis visto, si habeis vuelto la cabeza para contemplarle mas despacio, ¿no os ha pasado por la imaginacion la idea de saber quién era aquel hombre, y el motivo que le tenia clavado en aquel sitio?

Es probable que sí, y por si acaso lo ignorais todavía, sabed que no era otro que uno de los infinitos Tenorios del siglo XIX.

Engendro de la necesidad y de la audacia; creacion mezquina que reunes en tí sola los defectos y los vicios de todos los hombres, yo te saludo.

Si eres un potentado que en inmorales y ridículos caprihos disipas tu fortuna, yo te desprecio.

Si eres un infeliz que con ellos pretendes alcanzar otra posicion, te compadezco.

Seas quien fueres, para mí no serás nunca otra cosa que un ente miserable y ruin, un aborto de las pasiones mas torpes.

¿Quereis ahora, lectores amados, que os esplique las cualidades y la vida de un Tenorio de nuestro siglo?

Voy á complaceros.

El Tenorio se divide en tres clases: Tenorio de esquina, Tenorio de sala, Tenorio de gran tono.

La primera clase se compone en lo general de héroes de

callejon y de taberna. Tenorios de calañés y navaja, que hacen el amor en las altas horas de la noche, y el agosto en las primeras de la mañana, cobrando un tanto por ciento de sisa á las desgraciadas que han caido en sus redes.

Su dominio no pasa, sin embargo, de las rejas de los cuartos bajos, ó de las rendijas y ventanillas de las puertas de principal arriba.

La segunda clase, como mas distinguida, merece que la examinemos mas detenidamente.

Componése de mozalbetes boquirubios, que van solicitando á todas horas á sus amigos los presenten en las reuniones de medio pelo.

Al segundo dia de ser presentados, declaran su pasion por carta en prosa al ama de la casa, por billetito perfumado en verse á la hija mayor, y de palabra á la cocinera.

Un dia despues ya saben sus numerosos conocidos la conquista del jóven héroe, quien se las ha contado, por supuesto, corregidas y aumentadas.

Poco mas tarde recibe este las contestaciones apetecidas: la mamá le llama desvergonzado, y le ordena de no presentarse en su casa: la niña responde que lo pensará, y la criada no dice nada, pero indica en la primera ocasion la falta que le está haciendo un pañuelo.

El Tenorio, si tiene dinero, se lo compra; procurando sea de lo mas barato, y si no lo tiene se lo ofrece, con lo cual logra darle una satisfaccion y probabilidades de otra.

Todas estas nuevas son trasmitidas con una rapidez eléctrica, y sus camaradas se deshacen en enhorabuenas deseándole muchos y señalados triunfos.

El Tenorio no vuelve ya á la casa, pero se apodera del portal de en frente, desde el cual enamora á la niña, y con el de la esquina de la calle, donde espera á la cocinera al tiempo de salir á la compra.

En estos entretenimientos y otros muy semejantes se ocupa sin cesar nuestro tipo; aventuras como él las llama que va sumando prolijamente en sueños, teniendo además un libro en fólio que titula *Copiador de cartas*.

Llegamos, por fin, al Tenorio de gran tono, deformidad social que existe, pero que no se condena; personificacion grosera del vicio, haciendo gala de su esplendor, deslumbrando con sus oropeles, fascinando con sus títulos: deformidad que se admira; vicios que se perdonan: títulos que se inciensan.

El Tenorio de gran tono solo se encuentra en las grandes reuniones, en los banquetes, en los saraos; sin embargo, suele frecuentar tambien hediondos casuchos donde se juega, y miserables viviendas donde se pasan las noches en desenfrenadas orgías.

Su oficio no es otro que sacrificar reputaciones, arruinar familias, romper vínculos sagrados: cuanto mas criminal es la empresa que acomete, mayores esfuerzos emplea en llevarla á cabo; para él el honor es una quimera, la virtud un nombre.

Sus insultos se toman como chanzas, sus delitos se llaman simplemente calaveradas, y se le recibe bien en todas partes, y se le obsequia en todas.

De estos entran no pocos en mi establecimiento, jamás les falta una onza y un buen cigarro; lo que no se sabe á

punto fijo es si tienen padre: lo que nadie ignora es que nunca han tenido vergüenza.

Tomando el *té* una marquesa
Con su fiel palafrenero,
Le suplicó á un caballero
Le acompañase á la mesa:
Y el jóven la contestó,
Listo y veloz como el rayo:
—En donde moja el lacayo,
Señora, no mojo yo.

Un caso singular se ha presentado últimamente ante el tribunal de Lichtfield, en Yowa.

O'Neile, el culpable, ha presentado él mismo su defensa, y ha sido admitido que interrogue á los testigos.

El principal testigo era su segunda mujer, una hermosa mujer viva y hermosa.

El siguiente diálogo se entabló entre los dos:

O'Neile.—¿No ha vivido usted conmigo antes de nuestro casamiento?

—Sin duda.

—¿Mira usted nuestro casamiento como legal?

—Eso me importa poco; no sé leer en la ley, y no he consultado mas que mi corazon.

—¿No me ha comprado usted?

El juez.—¡Comprado! ¿Qué quiere decir eso?

O'Neile.—Quiero decir que me ha comprado y pagado.

El testigo.—Le he comprado á usted á su primera mujer.

—¿Cuánto ha pagado usted por mí?

—Me pidió diez dollars; pero yo la he dado quince, porque me pareció muy barato. Eso es muy humillante.

—¿No era un negocio entre usted y ella?

—Sí. Me dijo que su padre le dió á usted dinero cuando la casó con usted, y que podia revenderos si la daba la gana.

—¿Como un puerco, un carnero, ó un caballo?

—Exactamente.

Despues de dichas esplicaciones, O'Neile triunfante se vuelve hácia el juez con la confianza de un hombre que ha confundido á sus acusadores.

Se admiró al ver al juez, poco convencido de su inocencia, condenarle á ocho meses de presidio.

—¡Ocho meses! dijo la jóven. ¡Ah, amigo mio! no os unais á otra durante ese tiempo. No tengo más dinero para reemplazaros.

Caminando solo un rey de Castilla con un paje diligente que le habia seguido, familiar suyo, pero desdichado y de mala suerte, sucedió que pasando el rey por un riachuelo, se paró el caballo en medio á evacuar la diligencia de menor importancia que podia ocurrirle, y como el paje viese que aumentaba el caudal del arroyo, dijo en voz bastante alta para que el rey le oyese:

—Este caballo es de la condicion de su amo, que siempre dá á quien más tiene.

Dijo el rey:

—Calla, que mercedes de reyes más se alcanzan por ventura que por diligencia.

—Eso no lo creo yo, respondió el paje.

Á lo cual calló el rey, y venido á palacio tomó dos arcas, llenó la una de plomo y la otra de oro, llamó al paje, y le dijo:

—Mira, ahí tienes dos arcas, la una llena de plomo y la otra de oro; la que señalares sin llegar á ellas, será tuya.

El pobre criado señaló, abrió la caja, y era la de plomo.

Entonces dijo el rey:

—Ahora creerás que las mercedes dependen de la ventura.

Á la oficina del ramo
Fué Juan por un pasaporte,
Y no estando en casa el amo
Pidióselo á su consorte.
Mas como ésta en la escritura
Es sin duda algo novicia,
Yendo el tal á Estremadura,
Se lo dió para Galicia.

Habiendo un capitan levantado bandera, vino á reunir tanto soldado, que pasando revista de todos despidió muchos; y viniendo á despedir un jóven sin barbas, le dijo:

—Señor capitan, ¿cuál es la causa por que me despide vuestra merced?

Viéndolo tan bien criado, le respondió:

—Mirad, amigo, yo os despido porque no teneis barba, pues el soldado parece mal sin ella.

Dijo el maucebo:

—¿Y cuánta barba es menester que tenga?

Respondió el capitan:

—Cuanta se necesita para tener un peine en ella.

Entonces el mancebo sacó un peine y metióselo por la carne, en la barba.

Maravillado el capitan de caso tan estraordinario, no solamente le recibió, sino que le hizo sargento.

Un artesano que se habia hecho bastante daño en una grave caida, contaba en un café las particularidades de su accidente.

—Decidme, le preguntó un cirujano que estaba presente, ¿fué cerca de las vértebras donde se hizo usted el mal?

—No señor, respondió el artesano, fué cerca del puente de Toledo.

Un comerciante inglés, tan avaro como opulento, acaba de escitar en Lóndres la atencion pública.

Habia tomado lo mas barato que pudo á un pobre jornalero para que hiciese en su casa alguna obra.

Este desgraciado, agobiado por el trabajo, manifestó á la mujer del comerciante que con tan poco salario no podia comprar ni un jarro de cerveza para fortalecerse.

La mujer, que era muy compasiva, hizo que le dieran

un jarro de cerveza, pero el marido lo supo, y cuando fué á pagar la cuenta al jornalero le descontó el precio del jarro de cerveza.

El pobre hombre gritó y se desesperó hasta que vino la policía y lo llevó á la cárcel.

Al dia siguiente compareció el obrero ante un juez, esplicó el asunto, y quedó libre pagando solo dos schelines; pero el comerciante tuvo que pagar á la justicia 600 francos de multa por haber vendido cerveza sin licencia; y el pobre jornalero, considerado como denunciador de esta contravencion, recibió una tercera parte de esta suma.

—Caros vendes tus favores,
A su maja uno decia,
La cual melones vendia
En la plaza de Herradores.
Picóse de esto la maja,
Y en acento dulce y blando,
Gritaba de vez en cuando:
—¡Á cuarto vendo la raja!

Un artista enseñaba á Apeles una Vénus cubierta con una túnica bordada de oro, y le preguntaba su parecer acerca de aquella escultura.

—Ya veo, le dijo, que no habiendo podido hacer una Vénus hermosa, la habeis hecho rica.

Al regresar de Francia un andaluz se encontró en la diligencia por compañeras de viaje con tres señoras muy remilgadas.

El hijo de la tierra de María Zantísima sacó una tagarnina de zeis mais, capaz de hacer estornudar á un muerto, y pegándola fuego con un fósforo de Cascante, empezó á echar mas humo por su boca que el cañon de una locomotora.

Las señoras, despues de abrir las portezuelas del coche, empezaron á removerse en sus asientos, y á taparse las narices con los pañuelos.

—¿Le incomoda á oztez el jumo? preguntó el andaluz.

—Sí, señor, mucho; respondieron las tres á la vez.

—Pues ya ze irán oztez jaciendo, replicó él chupando con mas fuerza la pestífera tagarnina.

Sostiene con mucho afan
Mi amigo don Desiderio,
Que es por lo grave y lo serio
Hombre de peso don Juan.
Yo digo que bien mirado
Le sobra razon en eso,
Pues si no es hombre de peso
Es al menos muy pesado.

Un reo estuvo en capilla tres dias, durante los cuales llovió á cántaros:

La tarde que debia ser conducido al patíbulo cesó com-

pletamente la lluvia, y empezó la atmósfera á despejarse.

Al observar la esposa del reo tan repentino cambio de tiempo, esclamó con mucha flema:

—Gracias á Dios que Juan tendrá una buena tarde.....

El poeta Sófocles decia que tres versos le habian costado tres dias de trabajo.

—¡Tres, tres dias! esclamó otro poeta poco conocido; en tres dias hubiera hecho yo tres mil.

—Sí, repuso Sófocles, lo creo; pero no hubieran durado mas de tres dias.

Decia un sugeto de un letrado muy ignorante, pero cuya esposa era un portento de belleza:

—Mas quisiera perder los pleitos con el parecer de la mujer, que ganarlos con el de su marido.

Un sabio no visitaba nunca á ninguno de sus amigos, y decia:

—Los que me visitan me honran, los que no me visitan me causan el inesplicable placer de no verlos ni oirlos.

Vivian en una misma calle en París tres zapateros, y uno de ellos colocó, de la noche á la mañana, en la muestra de su casa el siguiente rótulo:

—«Aquí vive el mejor zapatero de Francia.»

Al ver la muestra un vecino, colocó en la suya:

—«Aquí vive el mejor zapatero del mundo.»

Así que el tercero se apercibió de los dos anuncios, escribió el suyo, en el que se leia:

—«Aquí vive el mejor zapatero de la calle.»

Pasaba un jóven por cierta calle alcanzando á dos lindas muchachas que seguian el mismo camino, justamente cuando una de las dos, la más alta, decia:

—Él se precia de altamente despreocupado.

—Mucho más lo soy yo, dijo incontinenti el jóven, cuando me atrevo á adorar á usted.

—¡Cómo, caballero! ¿Para adorarme se necesita tanta despreocupacion?

—Y mucha; esa tez morena y esos ojos de azabache, me están diciendo que es usted judía: ya ve usted si siendo cristiano es poca despreocupacion faltar á la religion de mis abuelos.

Á solas en su aposento
Gregoria me suplicaba
Que la refiriera un cuento
De que yo no me acordaba.
—Piénsalo bien, me decia,
Que él te vendrá á la memoria;
Y al tiempo que me venia,
Tambien le vino á Gregoria.

Refiérese que el escribiente de un usurero que estaba echando una cuenta de multiplicar, embrollado ya por la operacion, dijo volviéndose á su amo:

—¿Cuántas se llevan de cuarenta?

—¡Cómo! replicó el usurero; ¿hace cuatro años que estais en mi casa, y todavía ignorais que de cuarenta llevo la tercera parte?

Graduaban á un estudiante de bachiller en leyes. Sus respuestas probaban que el nene no conocia ni la del embudo.

—Vamos á ver, dijo uno de los catedráticos; tranquilícese usted. Supongamos que yo tengo un asno en usufructo, ¿cómo debo usar de él?

—Como un buen padre de familia, contestó el estudiante.

Un marinero contaba á un compañero suyo las hazañas de su padre, y daba principio al cuento con estas palabras:

—Mi padre es el hombre que más ruido ha metido en el mundo.

—¡Hombre! le decia el otro con un aplomo de boca abierta. ¿Pues qué ha sido tu padre?

—¡Mi padre! ¡Fué cincuenta años tambor!!!!....

Se cuenta que Boabdil el Chico, último rey de Granada, sabia hablar medianamente el castellano; pero nunca le empleaba en las conversaciones con los enviados de los monarcas españoles.

Preguntándole que, pudiéndose dar á entender, por qué no se valia de nuestra lengua, contestó:

—Si fuera vasallo ó un personaje oscuro, no tendria inconveniente; pero un rey debe portarse como tal, y hacer las cosas bien, ó no hacerlas.

De Abenamar, que vivió más de cien años, se refiere que interrogándole don Fernando el Católico cómo se habia conducido para llegar á edad tan avanzada, respondió:

—Pudiendo estar sentado, nunca estuve de pié: casé tarde, enviudé temprano, y no me volví á casar.

Pidiéndole parecer á otro moro sobre unos juegos de cañas que presenciaba, dijo:

—Me parece mucho para burlas, y poco para veras.

Un *guardapiés* pide Rosa,
Y dice su madre Inés:
—¡Como guardes otra cosa,
Aunque no guardes los piés!

En los Estados-Unidos tiene gran boga el siguiente refran:

Si dentro de un saco meto un banquero, un procurador y un sastre, y te digo en seguida que metas la mano, ¿qué es lo primero que sacarás?

—¡Un ladron!

Creemos que es algo fuerte la calificacion, y poco exacta en España.

Hay aquí muchos industriales que deberian entrar en el saco, primero que los nombrados en el refran de los yankées.

—Me parece, decia un médico á un enfermo, que hoy tose usted mejor que ayer.

—No es estraño, respondió; he estado ensayando toda la noche.

¡Un hombre caviloso!

¿Sabeis las peripecias á que dan lugar las cavilaciones de cierta gente?

Yo he conocido un caviloso que parecia el padre de todos ellos.

Un dia me pidió una satisfaccion.

—¿Por qué? le dije.

—Porque me has llamado cornudo.

—¿Yo?

—¡Tú, sí!

—¿Estás loco? Cavilaciones tuyas.

—Escucha, y dirás si son cavilaciones: ayer, cuando te despediste de mí, me dijiste con cierto retintin: *¡Adios, amigo mio!*

—Es verdad.

—Pues yo, pensando en el retintin de tus palabras, me dije:—¿Por qué me llamará amigo *mio?* Mio..... mio..... esto es lo que hace el gato.....

Y el gato se come al raton.....

Y la propiedad del raton es la de comerse el queso.....

Y el queso se hace de la leche.....

Y la leche, en general, sale de las cabras.....

Y las cabras tienen cuernos.....

De modo que, por un medio indirecto, has querido llamarme cornudo.

¿Qué les parecen á ustedes las cavilaciones de mi amigo?

Apurar cielos quisiera
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí
Ámando de esta manera.
Yo que tan mansa cordera
Queriendo servir á Dios,
Por ir de la gloria en pos
Tuve deseo tan justo.....
Á dos no puedo dar gusto
Si me solicitan dos!!!
Solo saber necesito,
Para apurar mis desvelos,
Dejando á una parte ¡cielos!
De ser mujer el delito,
¿Por qué, Señor, lo repito,
Sufro tan fuerte revés?
Yo que aún sin interés
En este suelo vetusto.....
Á tres no podré dar gusto
Si me solicitan tres!!!

Nacen otras, yo lo creo,
Mas sin piedad ni rubor,
Á verte vender amor
Con reprensible deseo;
Y yo que en casa, en paseo,
En la iglesia, en el teatro,
La virtud tanto idolatro
Y el vicio me causa susto.....
No puedo á cuatro dar gusto
Si me solicitan cuatro!!!
Pero ya comprendo bien
Por qué mi suerte resbala;
De amor placentera escala
Quiere saltar sin desden.
Otras hay que saltan cien,
Cien escalones de un brinco,
Y con singular ahinco,
Sin mostrar el ceño adusto,
Sostienen para su gusto
Uno.... dos..... tres..... cuatro..... y cinco.

Un fondista francés, establecido en París, hombre hábil, que tiene por sistema sacar partido de todo, andaba muy preocupado pensando cómo podria utilizar la música militar que por las tardes suele amenizar el paseo donde tiene su fonda.

Por fin acababa de dar en el *quid*, cuando se presenta un inglés con su familia, y pide cinco cubiertos.

El inglés y su familia se despacharon á su gusto, y se deshacian en elogios de aquella fonda, al mismo tiempo que oian con satisfaccion las piezas escogidas de la banda militar.

Terminada la comida, el inglés pidió la cuenta. Nuestro ondista creyó llegado el momento de realizar su plan por vía de ensayo, y en la cuenta hizo figurar este curioso artículo:

«Música para cinco personas, á tres francos cada una, quince francos.»

El inglés pagó, y se dispuso á salir; al pasar por delante de un mostrador, donde se hallaba el dueño de la fonda, se acercó muy gravemente á él, y le dijo:

—Mañana volveré á comer aquí, porque no se come mal: pero haga usted el favor de no servir música mas que para uno.

Á un caballero le preguntaba un dia un amigo suyo cómo estaba su mujer.

El preguntado, que era un poco sordo, creyó que le hablaba de su tos, y respondió:

—¡Ps! así, así: no me va muy bien. Yo hago cuanto puedo por salir de ella, pero es tenaz como un demonio.

Es un enemigo con quien tengo que vivir, y que de noche, sobre todo, me da los peores ratos del mundo.

Un maestro de sastre de Breslau, llamado Bar, poseia una carta que Federico el Grande habia dirigido á un gene-

ral, cuando este monarca no era más que príncipe real.

En la inauguracion del monumento de Federico el Grande, que tuvo lugar en el verano de 1847, Bar hizo que entregasen la carta en cuestion al rey, que habia ido á Breslau para asistir á la fiesta.

Despues, el Burgomaestre preguntó al señor Bar en nombre de S. M. lo que pedia en cambio de aquella carta, y el sastre respondió que se consideraria muy feliz con poseer una del rey actual; recibió la siguiente carta, escrita por el mismo rey.

«*Postdam 3 de enero.*

Me han dicho, señor Bar, que en cambio de la carta autógrafa del Gran Rey, que me habeis enviado, deseábais tener algunos renglones de mi mano.

No vacilo en complaceros.

La indemnizacion que pedís es de muy poco valor, por lo que quisiera al menos saber escribir bien.

Si me es imposible gobernar mejor que Federico II, al menos sé escribir mejor que él.

Vuestro desinterés emana de un espíritu leal, que, á Dios gracias, no es raro en nuestro país.

Seguid, pues, siendo en vuestra esfera activo y laborioso, y conservad ese espíritu fiel y valeroso que tanto abunda en nuestro país.

Pero voy á lo esencial.

Yo os agradezco infinitamente la alegría que me habeis causado al ofrecerme esa interesante carta. Cuando vaya á Breslau espero veros.—*Federico Guillermo.*»

A un bebedor incansable que asistió á un banquete, llegados los postres, le ofreció uvas la dueña de la casa.

—Gracias, señora, contestó aquel, no acostumbro á tomar el vino en píldoras.

Como fuera sufriendo la pena de azotes un criminal y suplicara al verdugo no le diera muchos golpes en una misma parte, respondióle el ejecutor de la justicia:

—Calle, hermano, que todo se andará.

Tal es el orígen de esta usada frase.

Una señorita estaba aprendiendo el inglés.

Aburrida de la difícil y áspera pronunciacion de este idioma, dijo un dia al maestro:

—En inglés se escribe *bread* y se pronuncia *bred*; ¿á qué viene tal embrollo? ¿No seria mucho más fácil decir *pan*?

El arzobispo de Sevilla, don Antonio de Paino, era un hombre de muy austera penitencia en el trato de su persona; mas le gustaba presentarse ante el público con gran boato para realizar la dignidad que representaba.

Yendo un dia en un suntuoso coche á hacer el oficio de párroco en el casamiento de don Antonio de Toledo y la señora doña Constanza de Guzman, hija de los condes de Villamanrique, al pasar por una calle unas tapadas con libertad mujeril, dijeron de modo que el arzobispo pudiera oirlas:

—Menos vanidad y más limosnas.

El prelado, que escuchó estas palabras, sacó la cabeza por la portezuela del coche, y con sereno semblante les contestó:

—Amigas mias, más hilar y menos chuscas.

Pasa amado lector, donde tú quieras,
Habla una niña rubia..... ¡si la vieras!
Es su boca una rosa purpurina;
Su voz pura, sonora y argentina.
Á sus piés un galan amor implora;
Escucha cuál se esplica la señora:
«Sois como en el rostro veo,
Feo.
Si al talento me remonto,
Tonto.
Y para que nada os sobre,
Pobre.
Como milagro no se obre,
Podeis tocar retirada,
Pues no sirve para nada
Hombre feo, tonto y pobre.»
El galan se quedó como la nieve;
Á la niña llamó pérfida, aleve;
Y ardiendo en su despecho,
Hácia la alcantarilla fué derecho,
Y en ella..... no se echó porque sabia,
Que el agua en este tiempo está muy fria.

Topó una noche un alguacil con uno que venia muy embarazado, y preguntóle:

—¿Qué armas llevais?

—Señor, le respondió, un puñal.

Desembozándole, halló que era un jarro de vino. Bebióselo todo el alguacil y dióle el jarro vacío, diciéndole:

—Tomad, os hago gracia de la vaina.

Próximo á morir Jacobo V, rey de Escocia, anunciáronle los cortesanos que le rodeaban el nacimiento de su hija María Estuardo. Al oirlo, movió tristemente la cabeza, y esclamó:

—La dinastía que empieza por hija, por hija desaparece.

Esta prediccion se cumplió, pues aunque es cierto que María no fué la última soberana de su raza, de su reinado datan las causas que produjeron la caida de su dinastía.

Habiendo vacado una vez en tiempo de Luis XV el Gobierno de Berví, acudió una multitud de competidores á solicitar el apoyo de la condesa Dubarry, y esta los convidó á todos á comer en Marly, donde habia establecido entonces su córte.

Despues del banquete se presentó el rey, y bajaron todos al jardin.

Como iba languideciendo la conversacion, dijo la condesa á sus convidados:

—Señores, coged mariposas.

Al oir esto, todos se afanan, se sofocan, y cada uno de ellos trajo un tributo de su caza.

Uno solo permaneció lejos de la favorita, y habiendo cogido una hermosa mariposa, la coloca en el centro de un papel, en cuyo alrededor habia escrito con un lápiz las siguientes palabras:

—Es el rey de las mariposas; la Dubarry se fijará en ella.

Esta mujer, aunque de poca delicadeza, comprendió la alusion, y quedó tan complacida como su augusto amante, y el adulador consiguió el gobierno de una gran provincia.

Alfonso el Prudente, rey de Aragon, decia que entre las cosas que buscan los hombres toda su vida, nada hay mejor que tener leña vieja para quemar, vino añejo para beber, amigos antiguos para la sociedad, y libros viejos para leer.

Un médico célebre ha dicho que el tiempo que necesita una persona saludable para digerir el arroz cocido es una hora; para los garbanzos dos y cuarenta y cinco minutos; para la pesca, dos; para el pan seco, dos; para el caliente, tres; para la col cocida, cuatro; para las ostras, dos y media; para el salmon, cuatro; para las chuletas de venado, una y media; para las de carnero, tres; para las de vaca ó ternera, tres; para el puerco asado, cinco y cuarto; para el huevo crudo, dos; para el huevo cocido, ocho, y para el huevo cocido duro, tres y media.

Temístocles sabia los nombres de todos los habitantes de Atenas. Tenia la costumbre de decir que lo que él necesitaba era un arte de olvidar, y no de recordar.

Mitrídates cuentan que poseia veintidos idiomas, ó sean tantos cuantas eran las naciones sujetas á su dominacion.

Un tal Simplicio, amigo de San Agustin, recitaba la *Eneida de Virgilio* al revés, ó empezando por el último verso, y sabia de coro todas las obras de Ciceron.

José Scalígero aprendió de memoria el Homero en veintiun dias, y los demás poetas griegos en cuatro meses.

Jorge Cuvier, célebre naturalista francés, retenia todo cuanto habia leido una sola vez.

Hé aquí el orígen de algunos grandes hombres:

Epicuro.—Uno de los más celebres filósofos de la Grecia, fué hijo de un pastor.

Demóstenes.—El famosísimo orador de Atenas, de un herrero.

Lutero.—De un trabajador de minas.

Tamerlan.—Dueño del más vasto imperio que ha existido, de un pastor.

Desiderio, Erasmo de Rotterdam, el primer sabio del siglo xv, fué niño de coro.

Laffite.—Banquero riquísimo, hombre de Estado, alma de la revolucion francesa de 1830, ministro de Luis Felipe, y fundador de la Caja de ahorros, debió el ser á un pobre carpintero.

Sixto V.—Uno de los más grandes pontífices del cristianismo, fué hijo de un porquero.

Mahoma.—Gran legislador y famoso guerrero, fundador de la religion mahometana, fué arriero en su juventud.

Sócrates.—Fué hijo de un escultor sin fama.

Viriato.—General lusitano que ganó batallas á los romanos cuando estos se hallaban en el apogeo de su poder, fué pastor.

Virgilio.—El príncipe de los poetas latinos, era hijo de un posadero.

M. Gottier Fichte.—El gran filósofo, de un lonjista.

Juan Jacobo Rousseau.—De un relojero.

Murat.—Rey de Nápoles, de un posadero.

Ensenada.—Uno de los hombres de Estado que más honran á España, de un oscuro labrador.

Cromwell.—Protector de la república inglesa, de un cervecero.

Shakspeare.—El primer autor dramático de los tiempos modernos, de un carnicero.

Cristóbal Colon.—De un cardador de lanas.

Esopo.—Fué esclavo en su juventud.

Molière.—El gran poeta cómico, fué sastre.

Alberoni.—Político profundo, ministro español y príncipe de la Iglesia, era hijo de un jardinero.

Eurípides.—De una verdulera.

Cook.—El gran navegante y descubridor, de criado de una quinta.

Linneo.—Famosísimo naturalista, debió el sér á un cura de aldea, y pasó su infancia de aprendiz de zapatero.

Franklin.—El inmortal físico, político y naturalista, era hijo de un jabonero, y trabajó de cajista en una imprenta.

Epitecto.—Afamado filósofo, fué esclavo.

Catalina.—Emperatriz de Rusia, y acaso la más grande mujer que ha gobernado, fué en su juventud cantinera de ejército.

Un oficial que á todos incomodaba contando sus acciones de guerra, echó á correr cobardemente en una batalla, y preguntándole un jefe dónde tenia el valor, respondió:

—Yo, mi general, en las piernas.

Salieron á caza un español y un portugués, y mataron en la batida dos piezas, una perdiz y nn mochuelo.

Llegado el momento de partir la presa, tomó el castellano la caza, diciendo al hijo de los Algarbes:

—Tocamos á cabeza por barba, en ley de buen partir. Yo me llevo la perdiz y tú el mochuelo, y en paz.

—Quedóse el lusitano pensativo y cejijunto, y su consocio añadió entonces:

—Y si no te contentas, lo haremos de otro modo. Tú no te quedas con la perdiz, y yo no me quedo con el mochuelo.

—El lusitano se resignó al contundente fallo; pero mientras colocaba el pájaro en su morral, decia un tanto mohino y displicente, en escabroso y almibarado lenguaje:

—Eu nao sé cómo te governas, que sempre me toca o de a cabeza gorda.

Ayudaban á bien morir á un usurero, y el confesor le exhortaba poniéndole á la vista un Cristo de plata. El moribundo mira con atencion al Cristo, y dice al confesor:

—Padre mio, poca plata tiene, no podré prestaros gran cosa.

Un cura se habia apoderado de los últimos momentos de un célebre millonario, para hacerle dejar todo en favor de la Iglesia.

—Tapad vuestras cartas, le dijo el moribundo, estoy viendo todo vuestro juego.

Un charlatan decia al pueblo reunido en torno de él:

—Mi bálsamo se compone de simples, y mientras haya simples aquí, no me marcharé.

Un viajero andaluz, que estaba muerto de frio, llegó á una venta; pero estaba tan llena de pasajeros que no habia lugar en la lumbre.

—Patron, dijo el viajero en alta voz, lleve usted un par de huevos estrellados á mi caballo.

—¡Qué! ¿come huevos su caballo?

—Haga usted lo que le mando.

Al oir estas palabras, todos los que se estaban calentando corrieron á la cuadra para presenciar la estrañeza, y entre tanto nuestro viajero se calentó con toda libertad. Vuelve el patron, y le dice:

—Su caballo de usted no quiere absolutamente los huevos; ya me parecia á mí imposible.

—¿De veras?

—No, señor, no.

—Pues entonces me los comeré yo.

Subió un dia de San Estéban cierto religioso á predicar sobre la vida de este Santo, y como los cofrades le encargasen que fuese breve, despues del exordio de costumbre se esplicó en estos términos:

«Amados oyentes, hoy hace un año que con igual motivo os hice el panegírico del Santo que celebramos, y como este Santo está en el cielo, y de allí no ha llegado á mi noticia que haya hecho cosa particular, me remito en un todo á cuanto os prediqué la pasada vez.»

Y diciendo y haciendo bajóse del púlpito, concluyendo así el sermon.

Dos fuertes enemigos
con objeto no más de hacerse amigos,
se encerraron, hablaron en conciencia,
y se firmó la paz, ¡qué coincidencia!
Donde media la lengua, ya se sabe
que allí concluye la cuestion más grave.

En cierta reunion un caballero que tenia las piernas sumamente torcidas, procuraba hacer creer á una señorita, á quien trataba de enamorar, lo justo de su proceder, y la decia:

—Os aseguro, señora, que no hallareis hombre que camine con fines más rectos.

—Parece imposible, respondió ella con gracia, que camine con rectitud un hombre de tan torcidos principios.

Una rica viuda de bastante edad se casó con un jóven muy gastador y calavera, y creyendo que lograria corregirle con amonestaciones y ejemplo, le dijo al salir de la iglesia, donde acababan de recibir las bendiciones nupciales:

—Espero que de hoy en adelante sereis en un todo un hombre juicioso.

—Descuidad, señora, la contestó él, ahora acabo de cometer mi último disparate.

Un honrado habitante de París se encontraba casualmente el dia de año nuevo, en el que es costumbre recibir los cumplimientos de sus parientes deseando un año feliz, padeciendo por la negligencia de sus padres en no haberle hecho vacunar la cruel plaga de las viruelas.

Todos los sobrinos y demás deudos habian llegado ya á desearle un año dichoso, escepto una sobrinita á quien amaba con especialidad.

El dolor y la dieta hacian que nuestro pobre diablo recibiese poco gustoso los cumplimientos y esclamase bien á menudo:

—¡Malditas viruelas, cuánto padezco con este detestable mal!

—Yo os deseo muchos y abundantes, esclamó de repen-

te la sobrinita al entrar, y que no habia oido las esclamaciones del enfermo, le deseaba muchos años de abundancia y felicidad.

Un médico normando vió entrar en cierto dia en su gabinete á una jóven aldeana, de obesidad algo problemática, quejándose de un incómodo mal de estómago.

—Yo creo, señor doctor, le dijo la aldeana, que me he tragado un raton..... porque tengo la costumbre de dormir con la boca abierta..... y siento aquí una cosa..... como si se moviese. ¿Qué me manda usted, señor doctor?

—¿Con que se ha tragado usted un raton? dijo el médico volviendo á fijar los ojos en el periódico que estaba leyendo, en ese caso, el remedio es bien sencillo, tráguese usted un gato.

Un dia que el Emperador Cárlos V andaba con bastante trabajo de resultas de un ataque de gota, el conde de Buren que le vió, no pudo contener la risa.

—¿De qué os reís? le preguntó el Emperador.

—Señor, repuso el conde, al ver cuán inseguros son los pasos que dais, me ha parecido tambien que el imperio cojea, ora de un pié, ora de otro.

—Pensad otra vez con más acierto, le dijo Cárlos V, sin olvidaros de que no los piés, sino la cabeza, es la que gobierna el Estado.

Preguntó un amigo á otro:

—¿Á dónde irás hoy?

—A la feria á ver si hallo un rocin.

—Entonces allí me encontrarás, replicó el primero.

Y puede tuviera razon, porque, de ordinario, sabe uno los puntos que puede calzar en cualquier materia.

Grey de médicos estulta
De Pilar juzgaba el llanto,
Y despues de gran consulta,
Decide la turba multa
Que lavatibas al canto.
Y dijo el de cabecera:
—¿Quiere se las eche yo?
Y ella contestó ligera:
—Por un lado bien quisiera,
Pero por el otro no.

Un andaluz que habia estado en Rusia, ponderaba la exactitud en el servicio, y miedo terrible del castigo de aquellos empleados.

Oigan ustedes, decia en una taberna de Triana, lo que sucedió al encargado de un telégrafo, y fué que equivocó una señal, y temeroso del castigo, se ahorcó en la misma torre.

Los que seguian en las torres telegráficas tomaron esto por una señal que se les mandaba repetir, y se ahorcaron todos desde San Petersburgo hasta Varsovia.

Un labriego se presentó á la puerta del estudio de un abogado, y estando entornada, el labriego tocó á ella con timidez.

Una voz que no era de otro sino de un loro que estaba en su jaula, en un rincon del estudio, le dijo:—«Entre el amigo.»

El cliente no se lo hace repetir; pero no viendo á nadie en el cuarto, y bien persuadido de que no podia ser el loro el que le habia mandado entrar, iba á retirarse, cuando este le dice:

«Espera, siéntate, mi señor va á venir.»

El patan se detiene, mira fijamente al loro, se acerca á él, se quita el sombrero, y le dice:

—Pido á usted perdon, lo habia tomado por un pájaro.»

Un jóven socorrió con una moneda de veinte reales á un mendigo que pretendia llevarlo preso un agente de policía.

Este, y algunos concurrentes, dijéronle á aquel que la persona á quien acababa de socorrer era indigna de compasion.

—¿Qué importa? contestó el jóven, solo los que nunca hacen bien á los desgraciados, son los que nunca se equivocan.

—Y es una verdad. Haz bien y no mires á quién.

Estamos en la Fuente Castellana, paseo predilecto hoy de la elegante sociedad madrileña.

Pasa una jóven muy hermosa, mirando á uno y otro lado con mucho descaro.

Va en un elegante tilbury; ella misma guia el caballo.

Á su lado va un jóven pálido, interesante, hermoso.

—¿Quién es la señora del tilbury? pregunta un amigo á otro que acaba de saludarla.

—Es una *chica* que se ha comido la fortuna de un americano.

—¿Y el jóven que la acompaña?

—Es su mondadientes.

AMOR CALLEJERO.

—Llena el alma de afliccion
Me ha dejado su beldad;
Niña, tenga usted piedad
De un amante corazon.
¡Qué séria! ¡Si irá á enojarse
Conmigo!.... ¡tanta esquivez!....
—Caballero, tenga *ustez*
La bondad de retirarse.
—Modere usted, niña, el paso,
Que ese es un mal paso á fé.....
—Ya he dicho que tenga usté.....
—¿Hay inconveniente?
—Acaso.
—¡Qué intolerante altivez!
Cuanto más hermosas, más....
¿Vive usted cerca?
—Quizás.

—¿Irá usté á casa?
—Tal vez.
—¿Tendrá usté prisa?
—No sé.
—Yo le iria acompañando....
—Se viene usté incomodando
Y yo no alcanzo por qué.
—Despues de haberme robado
La calma, desden tan fiero.....
—¡Vamos, usted, caballero,
Sin duda se ha equivocado!
—No me he equivocado á fé.....
¡Qué ojos! ¡qué mano! ¡qué boca!
—Digo que usté se equivoca.
—No se formalice usté.
Yo he visto solo una bella
Y..... creí muy natural.....
—¡Oh! Pues creyó usted muy mal,
Porque, al cabo, una doncella.....
—¡Vamos, yo me vuelvo loco!....
¡Qué afan de contradecir!....
¿Cuándo vuelve usté á salir?
—¡Qué se yo! Salgo tan poco.....
—Mas..... procure usted.....
—En vano
Seria.....
—¿Y vive, ¡oh rigor!
Sola tal vez?
—No señor;

Con mi madre y con mi hermano.
—Un hermano..... yo sabré.....
¡Celos, me estais abrasando!
—Vaya, usté se está burlando.....
—¿Yo? Jamás me atreveré.....
Mas, niña, vamos al grano;
Doncella que tanto vale,
¿No me dirá cuándo sale?
—Salgo siempre con mi hermano.
—Pero, ¿siempre?
—No señor.
—¡Ah! bien. ¡Me creí difunto!
Y, ¿á qué hora?....
—A las siete en punto.
—¿Y va usté?....
—Al obrador.
—¡Las siete! Mucho es mi afecto,
Mas tener que levantarse.....
—No debe usté incomodarse.
—Sí, mala hora es en efecto.....
—¿Qué quiere usted? Quiso Dios
Darme tan negra fortuna.
—Y..... vuelve usted.....
—A la una.
—Para salir.....
—A las dos.
—¡A las dos! Si está hecho un horno
Madrid..... ¡se va usté á freir!
—Hecha estoy á resistir

El frio como el bochorno.
—¡Oh! ¡Me hace usté padecer!
Tan linda, tan seductora,
Y..... ¿No tiene usté otra hora?
—No siendo al anochecer.....
—Magnífico, cabalmente
Hoy puedo.....
—Yo me retiro.
—¿Tan pronto? Cuando suspiro.....
—Por Dios, que mira la gente.
—Que mire; nada verá.
—Pero escucha.
—Sí, tal vez.
—Conque, ¡abur!
—¿Se marcha usted?
—Sí, que he visto á mi mamá.
—Con ese garbo español
Va usté derramando fuego.....
¿Dónde nos veremos luego?
—Yo..... por la Puerta del Sol
Vuelvo siempre.....
—Esperaré.....
Doy mi palabra.....
—¡Sí, sí,
Lo mismo estará usté allí!.....
¡Buen pájaro será usté!
¡Mi hermano!.... ¡ay Dios! corro aprisa.....
Si me ha visto, estamos buenos.
—Ya que así me deja, al menos

Conceda usté una sonrisa.....
—Me rio tan poco yo.....
Abur, abur..... ¡Me va á ver!
—Repito: al anochecer.
—Si va usted, bueno; y si no.....
—Seria la primer vez.....
—¡Si en los hombres no hay falsía!
—¡Hasta luego, hermosa mia!
—¡Caballero, beso á *ustez*.....

Escriben de la ciudad de Pesth á un periódico aleman:

«El bazar en donde se venden los objetos regalados por personas caritativas á beneficio de los pobres de Hungría, está muy concurrido por lo más selecto de nuestras damas. Entre los artículos vendidos hace algunos dias figura..... ¡adivínenlo nuestras lectoras! figura un beso.

Este beso costaba la no despreciable cantidad de 1.000 florines.

Un caballero llamado P. de A. se dirigió al local de la venta, é hizo á la bella condesita de B..... la siguiente pregunta:

—¿Qué os parece que compre, señora?

—Podeis elegir lo que gusteis.

—Pues bien; elijo un beso de esos preciosos labios. ¿Cuánto es?

—Mil florines.

Aceptada la proposicion y dado el beso, P. de A. dejó la indicada suma para socorro de los pobres.»

Hay quien se empeña en hacer creer que los héroes de la Revolucion francesa son unos mónstruos.

La siguiente anécdota nos da á conocer á uno de ellos: Vean nuestros lectores hasta dónde llega la grandeza de un corazon revolucionario:

Salia en cierta ocasion Robespierre de la casa de ayuntamiento para dirigirse al Menege, donde la Asamblea celebraba sus sesiones.

Una mujer arrojóse á sus piés, y esclamó abrazándole las rodillas:

—Ciudadano, perdona á mi hijo; él ha conspirado, es cierto, contra la república; pero es mi único sosten, y sálvale.

—No puedo.

—Es el único, de cinco que el cielo me concedió. Sálvale.

—No puedo.

—¡En nombre de tu madre!

—¿Me ha ofendido á mí acaso, para que yo le perdone? Que lo haga la República, contra quien conspiró.

—No, no ha sido contra la República, ha sido contra ti, mónstruo; contra ti, que bebes la sangre de la Francia, que asesinas á sus mejores hijos, contra quien únicamente ha conspirado. Te lo callaba por miedo de que no lo perdonáras; mas ya que no lo haces, siento un placer en decirte la verdad.

—¡Ciudadana!

—Porque al disparar sobre ti no te dió la muerte.

—¡Cómo! ¿es acaso.....

—Sí, uno de los que han intentado asesinarte.

—Está perdonado, es libre.

En una rica comunidad de religiosos, el que llegaba despues de la hora de comer tocaba una campanilla, y le pasaban al momento su racion por el torno.

Un perro que sufria las angustias del ayuno, con más rigor que ninguno de los habitantes de aquel convento, observaba este manejo diario de los rezagados, y un dia que se quedó sin comer asió la cuerda con la boca, y sonando la campanilla vió al instante el movimiento del torno y la rica pitanza que llegó á sus narices antes que á su vista, y abalanzándose sobre ella la devoró en breves instantes.

No se descuidó al dia siguiente de repetir la misma operacion, y así pasó algunos más, hasta que el cocinero echó de ver que todos los dias le pedian una racion de mas.

Se puso en acecho para descubrir quién era el gloton que comia á dos carrillos, fué cogido el ladron *infraganti*, se discutió este tema en plena comunidad, y se acordó por unanimidad que no se privase de su racion á este nuevo individuo en premio de su instinto estraordinario.

A encerrar un gato pardo
Que mayaba en el desvan
Subieron con grato afan
Concha y su primo Bernardo.
Sin duda al primer encuentro
La niña cogió al tal gato,
Pues esclamó á poco rato:
—¡Madre..... ya lo tengo dentro!

En una corrida de toros celebrada no sabemos cuándo, un picador brindó una vara á cuatro jóvenes de la aristocracia.

Al lado de estos se hallaba un borracho.

Citó el picador á la fiera, y tuvo la desgracia de sufrir un revolcon tal, que medio perdió el sentido.

El borracho, que no habia despegado los labios en toda la tarde, esclamó entonces dirigiéndose al magullado picador á quien llevaban á la enfermería:

—¡Señó Trigo!.... ¡señó Trigo!.... ¡señó Trigoooo!....

Á las voces volvió el picador la cabeza.

El borracho continuó entonces:

—Me quiere osté jasé er favó de repetir esa suerte, que no me he enterao bien?

Todo el mundo bebe.

En efecto: los chinos beben té y sacky.

Los orientales, café y sacky.

Los rusos, té, kwass y champagne.

Los alemanes, cerveza, ginebra y bischoff.

Los ingleses, té, cerveza gin, whisky, brandij y porto.

Los franceses, aguapie, sidra, un poco de vino y mucha infusion de campeche: los militares prefieren el ajenjo: á los colegiales no les gusta la abundancia: en cuanto á los enfermos, se les administra cocimientos.

Los españoles, amantes del chocolate y cigarrillos.

Los italianos, helados y macarrones.

Los árabes no conocen mas que el kawa.

Los indios se emborrachan con arrek y kawa.

Los americanos consumen mucho tafia y grog, mucho té y *maté*.

En la isla de Chypre hacen vino de trigo.

En Tartaria fabrican karakornas con leche de yegua, y en Madagascar, rang ó vino de palma y de baricote.

Los brasileños hacen fermentar el maiz, y las negras lo muelen.

Los marinos beben agua destilada.

En todo el mundo no se conoce mas que los burros que se contentan con agua clara.

Despues de lo dicho, podemos quedar convencidos que el agua no sirve mas que para hacer dar vueltas á los molinos.

Se dice de un pintor que pintaba muy bellos niños teniendo los hijos muy feos, que habiéndole preguntado cierto sugeto, ¿por qué hacia niños tan feos sabiendo dibujarlos tan hermosos? contestó:

—Porque los hago á oscuras y los pinto á la luz del dia.

Brotando mas que el Vesubio
Llamas de orgullo, aquí viene
Un viajero, que tiene
El título del diluvio.
¡Gran plagiario!—Poco á poco,
Lector, y no me lo ultrajes:
Él no habrá hecho los viajes,
Pero la historia tampoco.

Cuéntase que cuando Bonaparte entró en Viena, dijo al emperador de Austria mostrándole algunos granaderos franceses que iban plagados de cicatrices:

—¿Qué os parece de los soldados que recibieron tales heridas?

—Y ¿qué os parece á vos de los que las hicieron? contestó el emperador de Austria.

—Los que las hicieron, añadió uno de los granaderos de Napoleon, *ya han muerto.*

Habiendo oido el caballero Borri que su estátua habia sido quemada en Roma, y calculando que el mismo dia y á la misma hora habia transitado él por una montaña nevada, dijo que bien, lejos de sentir el fuego, en toda su vida habia pasado tanto frio como el dia que le quemaron.

Iba una moza castellana por un camino, y llevaba delante de sí una burra cargada de no sabemos qué genero.

Pasó por allí un caballero, y encontrando que la castellana era moza de agradable rostro, la preguntó que á dónde iba: ella respondió que á Tordesillas.

—Qué, ¿eres de allí? la volvió á preguntar.

—Sí señor.

—¿Conoces á la hija del tio Nicolás Jimenez?

—Sí señor que la conozco.

—Pues llévala, dijo el caballero, este beso de mi parte.

Y al mismo tiempo hizo el ademan de besar á la aldeana; pero ella, apartándole con denuedo, le replicó:

—Señor, si tiene usted tanta prisa por mandar el beso, déselo á mi burra, que va delante de mí, y llegará al lugar primero que yo.

Y dando un latigazo á la burra, acompañando el golpe con un *¡arre!!*... pasó adelante, dejando al caballero con un palmo de nariz.

Ayer me puso mi caballo en un compromiso, decia un sugeto á varias personas conocidas suyas.

—¿Qué sucedió? Diga usted, diga usted.

—Salí de paseo, y de pronto el caballo dió un bote..... y yo, clavado.

—¡Hombre!

—Despues dió otro bote, y salió el freno volando..... y yo, clavado.

—¡Jesus!

—Despues dió otro bote, y despidió la silla mas de veinte varas de alto..... y yo, clavado.

—¿Clavado?

—Sí señor; clavado en el suelo desde el primer bote.

EL NOMBRE DE JUANA.

En uno de los libros sagrados de la India, se leen estas palabras: «Si te nace una hija, pónla un nombre fácil de pronunciar, y que suene armoniosamente á los oidos; este nombre la traerá la felicidad.»

Ahora bien: el nombre de Juana, por su etimología he-

bráica *Jehohhanan*, es, entre todos los de pila, el que ofrece más significacion más feliz, más elevada.

Compónese de *Jehovah*, aquel que será siempre, y de *Hhanan*, llena de gracias. Juana, por lo tanto, quiere decir: «La que está colmada de la gracia del Eterno.»

Las damas del gran mundo, y las aficionadas á novelas románticas, no saben lo que hacen cuando dan la preferencia á los nombres de Adelina, Leonor, Aurora, etc.

Se tiene por cierto que tan bello nombre fué llevado, dos siglos próximamente, antes de la era cristiana, por algunas mujeres cuyas vidas nos son desconocidas; pero la primera de que la historia hace mérito recibió el título de *Santa*.

En efecto, entre las *santas mujeres* que vinieron á derramar aromas sobre el sepulcro de Cristo, se hallaba Juana. *Erat autem María Magdalena, et Joanna, et María Jacobi.* (S. Lúc. XXIV, 10.)

Saltando por cima de cinco siglos, vemos que el célebre Belisario, el mismo cuya espada siempre victoriosa reconquistó el África á la dominacion romana, y cuya vida dió asunto á Mr. de Marmontel para una novela verdadera, tuvo, de su matrimonio con Antonina, una hija única llamada *Juana*.

La emperatriz Teodora, que desde el vil oficio de ramera se elevó á esposa de Justiniano I, quiso desposarla con su propio sobrino Anastasio, á fin de procurar á este las inmensas riquezas de Belisario, y sentarle por medio del oro en el trono bizantino.

Si ella hubiese salido bien en sus cálculos y proyectos,

Juana, hija de Belisario, seria emperatriz de Oriente, pero fué Justino el jóven quien, á la muerte de Justiniano, su tio, se ciñó la corona imperial, año 565. (Léase á Procopio, ***Historia secreta***, caps. 4.° y 5.°: Cousin, t. 2.°, pág. 177.)

Á contar del siglo VI, y durante seiscientos años más, el nombre de *Juana* ya no se ve en las crónicas, que desde el XII aparecen con él una porcion de mujeres ilustres, ora por sus títulos, ora por los acontecimientos en que han tomado parte, ora por los hombres notables á quienes ellas se habian unido.

Treinta y tantas Juanas reinas, y cuarenta y tantas Juanas célebres, que no son de sangre de reyes, hemos contado cierto dia de ócio: este número, empero, es evidentemente muy pequeño.

Para una nomenclatura completa y amena, aconsejamos á nuestros lectores que recurran, si es que tienen la buena suerte de poder recurrir, á la escelente obra inédita de Mr. B. de Beaupré, doctor en derecho, intitulada: *Historia de las mujeres que han llevado el nombre de Juana.*

Cada uno entiende á su manera el empleo del tiempo.

Brougham, el hombre más laborioso de Inglaterra, no sale con frecuencia á la Cámara de los Lores hasta media noche, y está siempre levantado á las cuatro de la mañana.

Ursino, profesor en la universidad de Heidelberg, queriendo impedir á los holgazanes y habladores le interrumpiesen en sus horas de trabajo, escribió en la entrada de su biblioteca: *Amigo quien quiera que seas que entras en este recinto, sé pronto en tu negocio, ó vete.*

El sábio Escalígero habia colocado la frase siguiente á la puerta de su gabinete: *Tempus meus est ager meus* (mi tiempo es mi campo).

La máxima favorita de Shakespeare, era: *Mirad al tiempo como demasiado precioso para ser empleado en charlar.*

Los amigos son verdaderos ladrones del tiempo, decia lord Byron.

Un anciano procurador tenia costumbre de deshacerse de los clientes importunos y de poca utilidad con estas palabras: *Amigos mios, el tiempo perdido ya no paga impuestos.*

El doctor Cotton Marther, que conocia el valor del tiempo en todas las cosas, no queria perder un minuto. Para este objeto habia escrito en gruesas letras sobre la puerta de su gabinete: «Sed breve.»

—«Señor, una palabra,» decia un dia un soldado al gran Federico, presentándole un memorial para que le concediese una plaza de subteniente.

—Si dices dos, te hago ahorcar.

—«Firmad,» repuso el soldado.

El monarca, admirado de su presencia de ánimo, le concedió su súplica.

Cuenta Fernan Caballero que deseando un cura celebrar con toda solemnidad una fiesta, y no habiendo en la aldea chantre, ni en la iglesia órgano, preguntó á un barbero que llevaba fama de cantador y tocador de guitarra, si se atreveria á acompañar la misa con este instrumento y su canto.

El barbero, que era muy fanfarron, contestó que eso lo hacia él jugando.

Al entonar el *Gloria* empezó á cantar en tono de fandango:

—¡Ay qué gloria, qué gloria, qué gloria! repitiendo esta salida de pié de banco entusiasmado con lo bien que sonaba la guitarra y su voz en la bóveda del coro.

Quemado el cura con aquella irreverencia, se volvió hácia el coro, y esclamó en el mismo tono:

—¡Ay qué bestia, qué bestia, qué bestia!

—¡Tio leñífero! ¡hombre rústico! ¿A cómo dá usted la carga del combustible que gravita sobre el dorso de ese animal cuadrúpedo?

—Á dos reales.

—Pues bien: haga usted la merced de ascenderla, escala por escala, hasta el último aposento de mi domicilio.

—Arre, burra, que pa entender á este señorito es necesario traer entrépete.

Chah-Jean, emperador del Mogol, enfadado con el embajador del rey de Persia porque no le hacia el humillante saludo indio, mandó que se cerrase la puerta grande del patio de Anckas donde habia de recibirlo, dejando abierto solo el postigo.

El embajador, conociendo la pieza que se le queria jugar, dobló el cuerpo y entró de espaldas.

El emperador, irritado, le dijo:

—Desatento, ¿te parece que entras en alguna caballeriza?

Y el enviado le respondió con frescura:

—¿Quién no habia de creerlo viendo una puerta tan mezquina?

Guillermo el Rojo fué avisado cierto dia de que un monge habia tenido un sueño espantoso relativo á su muerte.

Este príncipe al oir la relacion prorumpió en grandes carcajadas; y esclamó:

—Este hombre es monge, y ha soñado como monge con el dinero: que le den, pues, cien schelines porque no diga que ha soñado en balde.

Habiendo impuesto algunos tributos sobre el Languedoc el duque de Orleans, á la sazon regente del reino, y fatigado de las representaciones de un diputado de los Estados de esta provincia, le dijo con viveza:

—Y bien, ¿cuáles son tus fuerzas para oponerte á mi voluntad?.... ¿qué puedes hacer?....

—Obedecer y aborrecer, respondió el diputado.

Preguntando al rey don Pedro de Aragon el legado del Pontífice á qué fin era la armada naval que preparaba, dando celos á Italia, respondió aquel:

—Si mi mano diestra supiese lo que hace la siniestra, me la cortara.

Habiendo dicho un ateniense á Anacharsis que era un bárbaro por cuanto habia nacido en Scythia:

—Sí, respondió este: yo me avergüenzo de mi patria, pero la tuya se avergüenza de ti.

Lloraban los amigos de Epaminondas á su muerte, y esclamaban:

—¡Si al menos dejáseis hijos!

—No dejo hijos, esclamó el moribundo; pero sí dos hijas inmortales: las batallas de Lecutoes y de Mantinea.

Preguntó el emperador Alejandro á Diógenes qué merced le pedia para concedérsela al punto.

—Que no me quiteis lo que no me podeis dar, contestó el filósofo, aludiendo al sol que le quitaba Alejandro con la sombra de su cuerpo.

Alabándole al rey don Pedro I de Castilla el valor de cierto hidalgo, le decian que hacia huir á siete hombres armados.

—Si son pícaros, no es nada, dijo el rey; pero si son valientes, es mucho.

Mandóse en las guerras de Italia á un regimiento tudesco vadear un riachuelo, empero ellos se marcharon, rodeando tres leguas hasta encontrar el puente.

—¿Por qué no han pasado estos soldados el rio? preguntó el general.

—Por no mojarse los piés, contestó el comandante.

Decia un rey de Francia á su embajador español:

—Sabed que si me irrito, marcharé con mi ejército hasta las puertas de Madrid.

—En cuanto al ejército, replicó el español, tal vez se quedaria á las puertas; pero á V. M. se le prepararia el alojamiento que dejó vuestro antecesor Francisco I.

Los cuákeros suelen decir cosas buenas.

Acabamos de leer las siguientes reflexiones de uno de ellos.

No dejan de ser *guasonas*, como dicen los andaluces.

Hé aquí la reflexion del cuákero:

—Hay en el mundo tres cosas que me sorprenden mucho:

1.° Que los chicos tiren piedras á un árból con objeto de que caiga el fruto; porque si se estuviesen debajo quietos él caeria solo, ya maduro.

2.° Que los hombres se hagan la guerra y se maten, cuando solo con estarse tranquilos vendria la muerte á ahorrarles ese trabajo.

Y 3.° Que el hombre busque á la mujer; porque si el hombre se estuviese en su casa, é hiciera fortuna, la mujer vendria á buscarle sin remedio.

Decia un amigo mio, casado, en cierta ocasion:

—No faltes mañana á mi casa; te convido.

—Á alguna espléndida cena?

—No por cierto.

—¡Hola! ¿Qué es eso? ¿Das algun baile?

—Mucho menos.

—Pues entonces, ¿á qué me convidas?

—Á una lucha de fieras.

—Cómo, ¡en tu casa!....

—Sí, ya sabes que mi suegra está bastante mala.....

—¡Y bien!

—La lucha es mañana; se ha mandado poner sanguijuelas.....

—¡Bien! no faltaré.

Cierto médico que acababa de salir de una universidad, y que, como todos los principiantes, sabia de todo menos del arte de curar, se hizo practicante de un viejo doctor para completar sus conocimientos.

Un dia que visitaban un enfermo, vió que el doctor frunció el entrecejo, estiró las cejas y dijo con un tono grave y magistral:

—No os puedo asistir, caballero, podeis buscar otro profesor que os merezca más confianza.

—¿Por qué me decís eso? preguntó el enfermo sorprendido de la determinacion del médico.

—Porque sois incorregible y no quiero comprometer mi reputacion por vuestra causa.

—No sé lo que me decís.....

—¡No!.... Os habia prohibido comer fruta, y habeis comido melon.

El paciente guardó silencio, porque en efecto habia infringido el precepto facultativo, y procuró con empeño que le perdonase la inobediencia, mientras decia á sus adentros:

—¡Qué gran médico! ¡conocer en el pulso hasta lo que comen los enfermos!....

Despues que estuvieron en la calle, el pasante le preguntó al doctor cómo habia conocido que hubiese comido melon.

—En todas las cosas del mundo, contestó el profesor, se necesita un poco de charlatanismo para adquirir fama y hacer fortuna. ¿No observásteis que cerca de la cama habia unas pepitas? Pues bien, esta circunstancia, y no otra, fué la causa de mi acierto; tened presente en vuestra práctica este ejemplo, si quereis un dia pasar por un grande hombre.

Y nuestro jóven lo tuvo demasiado presente, luego que se creyó bastante instruido para visitar por su cuenta.

Un dia que pulsaba á un parroquiano, observó que habia cerca de la cama unas cuantas pajas que probablemente se habian desprendido del jergon del enfermo.

Nuestro hombre hizo á su modo unas cuantas muecas, y queriendo imitar á su maestro, gritó:

—Yo no os puedo asistir; yo no curo enfermos incorregibles, yo no quiero que mi reputacion se comprometa por vuestra causa; busque usted otro que le asista; usted ha comido paja, sabiendo que le tengo prohibido toda clase de alimento.

Un abogado muy feo y contrahecho estaba informando contra una aldeana, alegando en el asunto cosas inútiles que nada tenian que ver con el hecho.

La aldeana, perdiendo la paciencia, dijo á los jueces:

—Señores, yo diré el hecho en pocas palabras: he ajustado con un tapicero, que es mi parte, darle una cantidad por una tapicería de Flandes, bien tratada y de muy hermosas figuras, tales como la del señor presidente (con efecto era un buen mozo), y en su lugar me quiere dar una mala, con feas y contrahechas figuras, como la del abogado contrario. ¿No estoy escusada de cumplir el contrato?

Esta comparacion, que era muy clara, desconcertó en tales términos al abogado contrario que no pudo proseguir, y la aldeana ganó su pleito, haciendo reir á los jueces.

Aún no se habia terminado enteramente la famosa obra del Escorial, cuando cierto estudiante que pasaba por allí á caballo, se detuvo de pronto como sorprendido de hallar en la fachada del Occidente una irregularidad estraordinaria.

No contento con manifestar su estrañeza, empezó á ir y volver, haciendo como que tomaba apuntes en su cartera, y todo esto frunciendo las cejas ó encogiéndose de hombros, con grande asombro del arquitecto y operarios, que no le habian perdido de vista un solo momento.

—Caballero, dijo el arquitecto acercándose al estudiante, veo que mi obra le ha chocado á usted un poco. ¿Encuentra usted alguna falta garrafal?

—No señor, contestó el estudiante; su obra de usted me-

rece mis elogios por mil razones. Solo me parece que aquel ángulo..... aquel ángulo.....

Y apuntaba diciendo esto á la superficie más plana del edificio: visto la cual, preguntó el arquitecto:

—Pero, caballero, ¿sabe usted lo que es ángulo?

—Sí señor, repuso el estudiante; ángulo es meterse uno en lo que no entiende.

Y dió un espolazo al caballo, dejando al arquitecto con la boca abierta.

—¿Qué es amor? preguntaba una polluela.

—Un pretesto para matar el tiempo, contestó un gallo.

—¡Ah, gran pícaro! Hace dos meses que estás viudo, y en todo el dia dejas la taberna.

—Es para consolarme.

—¿Y dùrará aún mucho tiempo.

—¡Ay, señor! soy inconsolable.

Dos grandes señores, gordos en estremo, y primos-hermanos, estaban un dia en conversacion con Luis XIV, y este, queriendo burlarse de la gordura del uno, le dijo:

—Engordais á ojos vistas, y me han dicho que no haceis ejercicio alguno.

—Señor, replicó él, no han dicho verdad á V. M., pues todos los dias doy tres vueltas alrededor de mi primo.

—¡Bribon! decia un amo á su criado; desde que se ha muerto tu mujer te emborrachas todos los dias. Antes solo lo hacias dos ó tres veces á la semana. Así, pues, quiero que mañana mismo vuelvas á casarte.

—¡Ah, señor! contestó el criado; déjeme usted algunos dias entregado á mi dolor.

EL VIERNES.

Este dia de la semana ha sido considerado como un dia nefando desde tiempo inmemorial, y aun ahora que la superstición se halla en plena decadencia, hay muchas gentes que no quisieran empezar en aquel dia una empresa importante.

El *Norfolk Beacon*, periódico de los Estados-Unidos, para demostrar que los americanos, menos que todos los demás, tienen derecho á creer en su influjo, da una lista de los sucesos felices que se han verificado en viernes en América.

El viernes 21 de agosto de 1492 se embarcó Cristóbal Colon para el descubrimiento de América.

El viernes 12 de octubre de 1492 vió tierra por primera vez.

El viernes 4 de enero de 1493 volvió á España.

El viernes 14 de marzo de 1493 llegó á Palos.

El viernes 25 de noviembre de 1493 arribó á Hispaniola, haciendo su segundo viaje.

El viernes 13 de junio de 1494 descubrió el continente del Nuevo-Mundo.

El viernes 5 de marzo de 1496 dió Enrique VII de In-

glaterra á John-Cabot la comision que produjo el descubrimiento de la América Septentrional.

El viernes 7 de setiembre de 1565 fundó Melendez á San Agustin, ciudad la más antigua de cuarenta años en los Estados-Unidos.

El viernes 10 de noviembre de 1620 el *Mayflowwer*, que llevaba peregrinos á bordo, arribó al puerto de Provence-Town.

El viernes 22 de diciembre del mismo se instalaron los peregrinos definitivamente en Plymouth-Rock.

El viernes 7 de octubre de 1777 se rindió Saratoga.

El viernes 19 de octubre de 1781 se tomó á Yorck-Town.

El viernes 7 de julio de 1776 declaró el Congreso la independencia de los Estados-Unidos.

El viernes 22 de febrero de 1723 nació Washington.

En viernes tuvieron lugar algunos de los sucesos más importantes de la guerra de la independencia americana.

En viernes se tomó á Benker-Hill.

En viernes se rindió Zaragoza.

El rey Roberto de Francia era tan caritativo que se dejaba robar, y por lo tanto los ladrones le seguian hasta el interior de su palacio.

Un dia que uno le habia cortado un galon de oro y se disponia á quitarle otro, el rey le detuvo diciéndole:

—Lo que habeis tomado debe bastaros; dejad lo demás, por si lo necesita alguno de vuestros camaradas.

Diálogo entre dos amigos íntimos, propietario el uno de una casa, é inquilino el otro del cuarto principal de la misma.

—Buenos dias, querido Damian; ¿cómo va?

—Perfectamente, querido; ¿viene usted por el alquiler del cuarto?

—Sí.

—¡Diantre! esclama el inquilino. Lo siento en el alma, amigo mio; pero en este momento me es imposible.

—¿Qué importa eso? ¡Nada! ¡No hay que apurarse! ¡O somos ó no somos amigos antiguos!....

—¡Gracias! ¡Gracias! Nada, no hay que apurarse. Subo al cuarto piso á cobrar los alquileres, y cuando baje, volveré á pasar por aquí á recoger ese dinero.. ... Conque, adios, mi querido amigo.

Enrique IV de Francia decia un dia al padre Coton, su confesor:

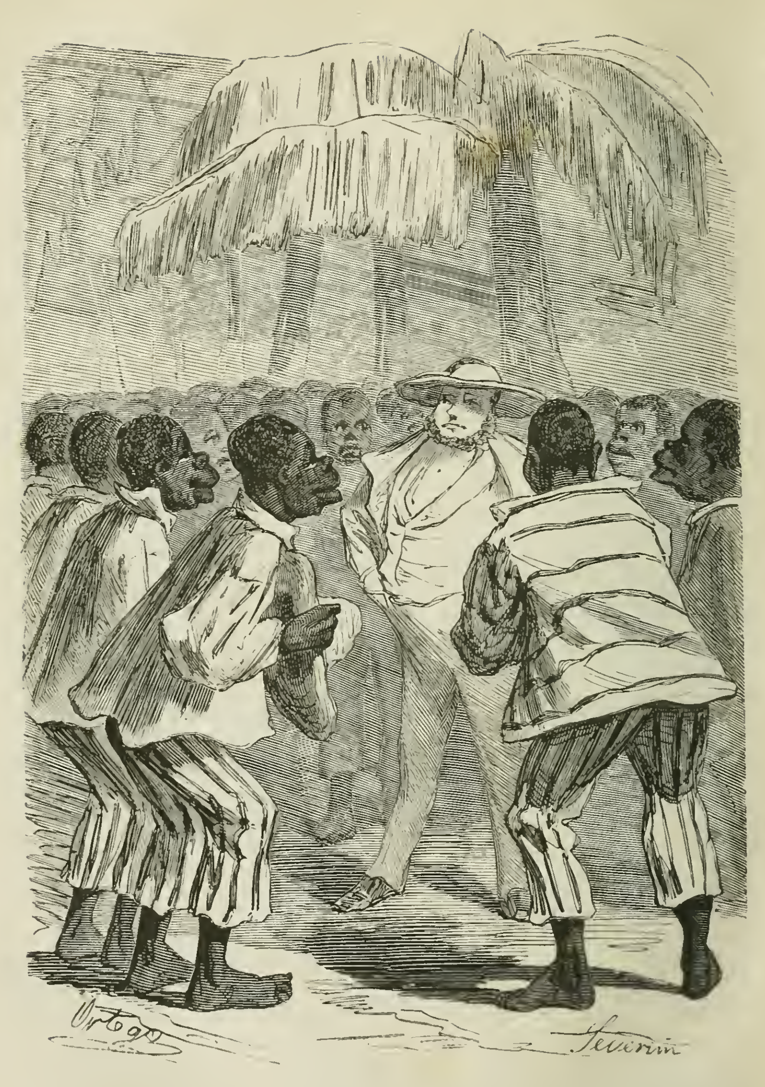
—Padre mio, ¿revelaríais la confesion del hombre que manifestase estar decidido á asesinarme?

—No, señor; pero correria á colocarme entre vuestra persona y su puñal.

Á un individuo á quien, despues de haberle dejado limpio de cuartos, le arrimaron unos *cacos* sendos palos, le preguntaba su mujer:

—¿De dónde vienes á estas horas, bribonazo?

—De ahí abajo, donde he tenido un buen rato de *palique.*



¡Movida por mis ruegos la gran serpiente que adorais y que adivina las cosas mas ocultas, me ha revelado en la noche pasada que el ladron de mi relej se halla entre vosotros y que deberé conocerle por una pluma que le habra nacido en la nariz!

Un plantador de la Carolina echó de menos en su casa un reloj de oro de mucho valor. Sospechando que el autor del robo debia de ser alguno de los negros bozales que acababa de comprar, ideó para descubrirlo el siguiente ingenioso medio:

Convocó á sus esclavos, y despues de referirles el suceso, añadió con tono solemne:

—¡Movida por mis ruegos y oraciones la gran serpiente que adorais, y que adivina las cosas más ocultas, me ha revelado en la noche pasada que el ladron se halla entre vosotros, y que deberé conocerlo por una pluma que le habrá nacido en la punta de la nariz.

Al oir esto, un negro se llevó la mano á la punta de la nariz.

Al mismo tiempo el plantador le arrimó un puntapié.

—Chavó, ¿en qué dia naciste? decia un vividor á otro compadre.

—En Jueves Santo.

—Chiquiyo, ¡te llamarás monumento!

Conozco un valiente, decia un andaluz, que se pegó un tiro á boca de jarro.

—¿Y se lastimó?

—¡Quiá! no señor, porque la pistola era de chispa, y se le olvidó ponerle la piedra.

—Pero, mamá, decia una niña muy bonita; yo no puedo querer á ese hombre: es demasiado viejo para mí.

—No le hace, le contestó la madre: los hombres son lo contrario que los vestidos; estos, cuanto más viejos, duran más; los hombres, cuanto más viejos, duran menos.

Jugando en cierto Casino un individuo desconocido, dió pruebas de su desgraciada suerte, en términos que en el espacio de tres horas no hizo una sola entrada de *solo*, que era el juego carteado de la partida, y no hizo mas que aprontar tantos al fondo sin desplegar sus labios.

Otro de los jugadores, señalado tambien por su desdichada suerte, no pudo por menos de manifestar cierta alegría al contemplar á su compañero que la tenia peor que la suya; y deseando conocerle, le dijo:

—¿Cuál es el nombre de usted?

—Majuelo, contestó el interpelado.

—Pues usted, amigo mio, tiene el *oïdium*.

EPITAFIO.

Ayer pasó *á mejor vida*
Este que fué mercader.....
—Aún está eso por saber.

Un niño de dos años en los brazos de su madre, tiembla,

se horroriza, llora, y oculta, por último, el rostro entre las faldas de la que le alimenta á sus pechos.

Con arrogancia majestuosa venia hácia él una cabeza de mujer, peinada con esos rellenos terribles, que se levantan soberbios disputando su plaza á las chimeneas; sobre los rellenos se asentaba la prominencia de un sombrero puntiagudo y escandalosamente alto.

No era ya figura de mujer lo que venia, era un triángulo, cuyo vértice era una inmensa flor, y cuya base era el arco de un aparato ó máquina, cuyo nombre está ya gastado en los anales de las gacetillas.

El niño creyó que aquello no pertenecia á la tierra, y, segun se asegura, ha enfermado para no recobrar jamás la salud.

La mujer era la personificacion de la moda llevada á su último estremo.

El niño era el sentido comun.

EPITAFIO.

Andaluz, y en desafío
Caberle morir en suerte.....
—El susto le dió la muerte.

El P. Isla, de quien ya hemos citado algunas gracias, escribió un libro contra una obra de don José Carmona, cirujano de la ciudad de Segovia, intitulado: *Método racional de curar sabañones.*

Seria prolijo el querer estractar aquí todos los chistes

que encierra esta sátira, por lo cual haremos un ligerísimo estracto.

Dice en una ocasion: «En unos tiempos en que se estilan obispos sin obispado, marqueses sin marquesado, y condes sin condado, tambien se pueden estilar *autores sin libros*. Llama el licenciado Carmona á su librete *Método racional;* supongo que esto es mote, y que le puso este nombre por antífrasis, así como llamamos pelones á los que no tienen pelo.

Y llamamos rabones á los mulos
Cuando no tienen rabos en los c.....

. . . .

Si el papel de una tragedia
Es malo (segun Heredia),
No tiene la culpa aquel
Que representa el papel,
Sino el que hizo la comedia.

Es imposible, añade, que el pobre diablo de Carmona no ande cargado con todo el ajuar de una espetera para sazonar el cocimiento de sus humores..... Y vé aquí que ahora entiendo yo una coplilla que hasta ahora no entendia, y la leí años há en un papelete alegre;

En el Faro de Mecina
Se hallaron en un rincon
Los trastos de la cocina,
Que traia Salomon
Colgados de la pretina.

Hé aquí lo que el P. Isla queria añadir en el frontis de la obra que satirizaba:

El método racional,
Y lo que en él se contiene,
De racional solo tiene
Lo que tiene de animal.
De la familia rëal
De obras, bosques y frutos,
Son del autor atributos;
Con que el señor Bachiller,
Cirujano viene á ser
De piedras, troncos y brutos.

Si Carmona se obstina en curar los sabañones, dice el P. Isla, cerrando la úlcera con la suavidad de un parche, apuesto á que los sabañones en manos de Carmona hacen más estrago en los pacientes que la artillería en los moros de Orán, y se podrá decir del licenciado lo que hace muchos años se dijo de un famoso cirujano llamado Cabrejas, insigne matador de sanos:

Murió Juana de un dolor
Tan venial, como de muelas:
¿Te admiras?—Pues no te admires,
Porque la curó Cabrejas.

En el estupendo libro de Carmona se decia, página 45, capítulo IV: *Padecia nuestra enferma unos sabañones en los piés, pasion propia, no solo á los adolescentes, sino tambien á los niños.*—El P. Isla halló bien el ridículo á estos renglones, diciendo: *No solo yerran los sábios, sino, lo que es más, los ignorantes. No solo dormita Homero, pero hasta el mismo Carmona.....*

No ha visto Europa mayor
Tontarrona que mi Anarda;
¿Dije Europa? Soy un necio:
¿Qué es Europa? Ni aun España.

Laméntase el P. Isla de los impresores en esta cuarteta:

Impresores infelices
Á quienes solos condenan,
Menos que pecados propios
Las malas obras ajenas.

No es mi ánimo, dice más adelante, impugnar al doctor Carmona en todos los disparates que dice.

Porque, ¿quién ha de tener
Paciencia para impugnar
A quien se empeña en errar
Todo lo que ha de saber?
Entonces vendria á ser
La misma paciencia error,
Y la impugnacion mayor:
Pues ¿quién impugnó hasta aquí,
Ni el gruñir al jabalí,
Ni el rebuznar al menor?

Además le aplica las siguientes cuartetas, tomadas del doctor Carlino:

Con grande método mata
Nuestro doctor cuantos cura:
Los que no pulsa, esos viven,
Pero mueren los que pulsa.
El cura y Carlino juntos,
Siempre recetan á una:

Dice *récipe* Carlino;
Requiescant in pace el cura.
Saben esto los criados,
Y así, antes de ir por la purga,
Se pasan por la parroquia
Para prevenir la tumba.

. . . .

A la corta ó á la larga
Siempre miente el doctor Parga.

Concluye con el siguiente cuento: Parece que vacó la plaza de cirujano en el lugar de Matilla, y pretendióla un tal Roque Mata, cirujano de Carabanchel. Pidiéronse informes, y los de este último pueblo contestaron:

De Matilla en el lugar,
Mata ser barbero quiere:
Mata es hombre singular:
Él cuando hay muertos se muere,
Y él es muerto por matar.
En admitirle Matilla
Obrará con discrecion,
Porque tiene proporcion
Con el nombre de la villa,
Matilla, Mata y *Matón.*

Pasando el Gran Condé por un pequeño pueblo de provincia, se le presentó el alcalde encargado de echar la perorata de costumbre.

—Señor, le dijo, ya veis que tengo el derecho de enoja-

ros cuanto me plazca. Sin embargo, no lo haré valer, con la condicion de que os encargueis de alcanzar para nuestro pueblo la dispensacion del pago de la contribucion de guerra.

—Lo prometo, dijo el príncipe.

—Tenedlo, pues, bien presente, porque de lo contrario pienso tomar la revancha á vuestra vuelta, y peroraros por entonces, y por ahora.

Un digno ministro protestante estaba en el púlpito, en Lóndres, para leer un pasaje de la Biblia.

Despues de haberse calado los anteojos, leyó: «Entonces Dios dió una compañera á Adam.»

Despues el santo varon volvió la página, y continuó: «Allí habia de toda clase de animales.»

El pobre hombre volvió muchas páginas, y saltó al Arca de Noé.

Un padre que deseaba colocar á su hijo, fué á ver un dia á M....., ministro de Marina, que le debia algunos servicios personales.

—Excmo. Sr., vengo á pediros un empleo para mi hijo.

—No tenemos disponible en este momento mas que una plaza de capitan de navío.

—No importa, ¿cuánto produce?

—Veinticuatro mil reales.

—La tomo.

—¿Pero su hijo es capaz.....

—Mi hijo es capaz de todo: es dentista en el Rastro.

El famoso arlequin de Lóndres, Rich, saliendo una noche de la comedia, llamó á un cochero y le dijo que lo condujese al café del Sol.

Cuando ya estaba cerca, Rich, apercibiendo una ventanilla abierta, saltó y se metió dentro: el cochero baja, abre la puerta, queda sorprendido de no ver á nadie, y se marcha.

Despues Rich empieza á gritar diciendo que habian pasado el café: el cochero vuelve y se para en la puerta.

Rich baja del coche, riñe, y ofrece dinero al simon.

—¡Á otro, señor diablo! dijo el cochero; ¿quiere usted encantarme? Guarde usted su dinero.

A estas palabras da un latigazo al caballo, y sale á escape.

Una de las donosas señoritas que concurrian todas las noches á lo que se llama paseo en las ferias, en Madrid, con la mejor intencion sin duda, regaló el otro dia á un conocido suyo, que tiene la desgracia de ser una especie de *Cuasimodo*, un jorobadito de barro, comprado, por supuesto, para este inocente objeto en una de aquellas tiendas portátiles de monicacos que obstruian el paso en la calle de Alcalá.

Recibido el infeliz á que nos referimos con la sonrisa en los lábios, y sin darse por entendido, aunque despidiéndose al poco rato, prometió regresar inmediatamente.

Con efecto, no bien trascurrieron algunos minutos, se presentó delante de la bella que, sentada en una silla de las que en aquel sitio ofrecian un equívoco descanso á los paseantes, solazábase con otras amiguitas suyas de su felicísimo

chiste para con el pobre contrahecho, y la dijo ofreciéndola un objeto envuelto en un papel que, al parecer, significaba un dulce:

—Señorita, reconocido al obsequio que acaba usted de hacerme, y deseando corresponderla dignamente, y aun aventajarla, si es posible, en amabilidad, me atreveria á rogar á usted que aceptase este agasajo, puesto que amor con amor se paga.

—No lo hice yo por tanto, pero ya que usted se empeña..... en fin, gracias, contestó la jóven en cuestion, desenvolviendo maquinalmente el susodicho objeto. Mas ¡cuál no fué su sorpresa é indignacion cuando se encontró con que lo que ella creyó que seria un dulce, ó cosa por el estilo, era no más que una mula tambien de barro, pero perfectamente hecha!

—Caballero, le dijo muy sofocada, ¿qué significa esto?

—Va usted á saberlo: que en cierta ocasion una mula me pegó un par de coces, de cuyas resultas se me levantó en la espalda esta protuberancia; y como acaba usted de repetir exactísimamente la misma accion que aquel animal, me ha parecido oportuno indicárselo á usted de esta manera, para que en adelante sea más cauta, y no se asemeje tanto con sus imprudentes sarcasmos á las ingratas bestias, que aunque su amo las regale y cuide con esmero, aprovechan un momento de descuido para darle un par de coces, ni más ni menos que del propio modo que usted lo acaba de ejecutar conmigo.

Nada respondió la susodicha, quedóse confusa y como avergonzada, acertando solo á desmayarse acto contínuo.

¡No era para menos la leccion!

Hace pocos dias que formaron un corro en las Cuatro Calles algunos estudiantes para murmurar con poca caridad de cuantos tenian la desgracia de pasar por allí.

—Ese, decia uno, es tonto; ese, pedante; ese, orgulloso; ese es un calabaza.

Acertó á pasar un jóven, y dijo uno de ellos:

—Ese tiene cara de bestia.

—Yo le conozco, contestó el otro, y sé que su cara engaña.

—¿Estás tú seguro de eso?

—Sí, porque es más bestia de lo que parece.

Durante la guerra de los españoles en Flandes, dos soldados de Madridejos formaron entre sí pacto y alianza de socorrerse mútuamente en todos sus apuros.

En un combate perdió uno de ellos la pierna derecha, é inmediatamente su compañero lo cogió, se lo echó á las espaldas, y se dirigió con él al hospital de sangre.

Yendo de este modo, una bala rasa se llevó la cabeza del pobre cojo, sin que lo conociera su amigo.

—¿Á dónde llevas ese cuerpo sin cabeza? le dijo un sacerdote que estaba auxiliando á los heridos.

—¡Sin cabeza! contestó asombrado nuestro hombre dejándolo en el suelo. ¡Vaya una broma! ¡Diantre! ¡ya podia habérmelo dicho!

Un marqués que se habia casado con una condesa vieja y muy rica, tal vez se divertia á espensas suyas y la trata-

ba mal, deseando con impaciencia que se muriera para gozar libremente de las riquezas que le legaba por testamento.

Conocia muy bien la vieja el disparate que habia hecho, aunque no era el desprecio de su marido lo que más cuidado le daba.

Temia, sí, que quisiera deshacerse de ella por algun medio violento.

Llegó el caso de enfermar, y comenzó á gritar diciendo que la habian envenenado.

—¡Cómo es eso! dijo el marqués delante de muchas personas; ¿á quién acusas de semejante delito?

—Á ti, le respondió la vieja.

—¡Ay, señores! esclamó el marido; ¡no hay cosa más falsa! ¡Que la abran inmediatamente en canal! Sí señor, que la abran, y se verá la calumnia.

Saladino, héroe de Asia, digno rival de Felipe Augusto, y de Ricardo Corazon de Leon, vino desde las últimas filas de la armada á la cabeza de una monarquía poderosa; no pudo disimular la vanidad de su gloria: así, algun tiempo antes de morir hizo llevar su mortaja á la punta de una lanza por las calles de Damasco, como el único recuerdo que les quedaba de todas sus conquistas.

Hallándose una vez nuestro célebre torero Cúchares en París, é ignorando completamente el idioma de allende los Pirineos, sucedióle el siguiente percance:

Paseábase nuestro buen Cúchares por una de las calles más frecuentadas de la gran ciudad, y tenia un hambre de todos los diablos.

No sabia cómo ingeniarse para poder tropezar con una fonda, y hallándose bastante distante de su hotel resolvió, despues de madurar bien su idea, preguntar á todos cuantos pasasen si sabian hablar español, á fin de averiguar dónde habria un lugar para satisfacer la necesidad apremiante que le aquejaba.

Efectivamente, así lo hizo, y al primero que pasó se dirigió de esta suerte:

—*Monsiú*, ¿sabe usted hablar español?

Aquel á quien se dirigia ignoraba nuestro idioma por lo visto, y siguió su camino sin contestarle.

Pasó otro y le sucedió lo mismo, y así pasaron unos cuantos, hasta que, por fin, cuando repetia por la décima vez:—Monsiú, ¿sabe usted hablar español?—uno le contestó afirmativamente.

Entonces Cúchares, con la espresion de la felicidad más completa, y dándole una palmadita en el hombro:

—Dios le bendiga á usté, le dijo.—¿Podria su mersé irsirme donde hay un chiscon cualquiera onde puea jamar argo, porque tengo una carpanta que no guipo?

Figúrese el lector cómo se quedaria el buen francés al oir hablar el español de aquella manera, él que lo habia estudiado en París.....

Por aquel dia Cúchares se quedó sin comer, y el francés se marchó diciendo: «Este no es el español que mi maestro me ha enseñado.»

—Compadre, vengo á que me haga usted el favor de prestarme su burro para ir á ver las eras, porque el mio está cojo hace tres dias.

—Compadre, mucho lo siento; pero se lo ha llevado un sugeto esta mañana. (Se oye rebuznar un burro.)

—Compadre, vamos claros; el burro está en la cuadra, porque yo le estoy oyendo rebuznar.

—Lo que yo estraño, compadre, es que usted dé más crédito á la palabra del burro que á la mia.

Nada más que por eso no se lo he de prestar á usted.

Dos hermanos, poeta el uno y el otro músico, importunaban de continuo á Boileau dándole versos que, segun ellos, hacian con grande inspiracion.

—¿Cuál de los dos hace los versos? les preguntó el célebre poeta.

Y el músico contestó:

—Mi hermano los hace, y yo los canto.

—Pues yo los silbo, repuso Boileau.

—Señores, no sé lo que por mí pasa, decia un quidam; pero es lo cierto que todas las noches sueño que se me clava una espina en la planta del pié.

—Pues, hombre, buen remedio; duerma usted con los zapatos puestos, le contestó un chusco.

SECCION GRAMATICAL.

Sentada en una silla del Prado, estaba una linda jóven de diez y nueve abriles, tez morena, ojos negros, viva como el relámpago, y de boca risueña, *bocato di cardinale*, como decian nuestros abuelos.

Á su lado hallábase un jóven algo lacio, con bigote en ciernes, y más lánguido que una señora en cinta.

Y más allá, como vara y media de ambos, retirada, una buena anciana dormitando, como en prueba de la mucha confianza que le inspiraba el doncel, y más que el doncel la muchacha, y más que los dos, la mucha gente que paseaba.

El jóven, que á la cuenta debia ser amante de la niña, mirábala de vez en cuando con semblante muy compungido, resabio sin duda del romanticismo, y, por último, dando un suspiro capaz de enternecer al mundo-nuevo del Manquito, esclamó con cierta languidez:

—Juanita, mírame siempre, por más que con tus miradas me hayas quemado el corazon, por más que me lo hayas puesto más arrugado que un higo seco: ¡yo te amo! y si tú me amas dame una prueba de tu amor.

Miróle con efecto la jóven, y cuando el bueno del galan aguardaba tal vez un apreton de manos ó alguna otra prueba de amor, le dijo repentinamente:

—Dime, Federico; en el verbo *amar*, ¿qué tiempo es *yo te amo*?

El galan se quedó estupefacto: sin embargo, reponiéndose brevemente, le contestó:

—Tiempo presente.

—¿Y te gusta á ti mucho el tiempo presente.

—Muchísimo: ya lo ves, tiempo presente; yo te amo, te cojo la mano, te beso.....

—¿Y qué tiempo es *yo me casaré*?

—Tiempo futuro.

—Pues haz el favor de hacerlo tiempo presente, puesto que tanto nos gusta á los dos.

ANTIPATÍAS.

Enrique III no podia estar solo en una habitacion donde hubiese un gato.

El duque de Epernon se desmayaba al ver una liebre.

El mariscal de Albert se ponia malo en cualquier mesa en que sirviesen un cochinillo en leche.

Uladislao, rey de Polonia, se turbaba y huia al ver manzanas.

Erasmo no podia tocar el pescado sin tener calentura.

Escalígero temblaba al ver los berros.

Ticho Brahe sentia debilitársele las piernas al encontrar una liebre ó un zorro.

Bacon se desmayaba al ver un eclipse de luna.

Baile sentia convulsiones al oir el agua que sale de un molino.

La Mottu le Valier no podia sufrir el ruido de ningun instrumento.

Todos estos ejemplos manifiestan que, así como hay un

atractivo particular para algunas cosas, tambien existen repugnancias que parecen resultado de la organizacion, y pueden tenerse por inevitables.

Nada hay más comun que ver á algunas personas de un carácter firme, espantarse ó sufrir al ver ciertos insectos, ó algunos ruidos tales como el del corcho cuando se corta, el de un cuchillo cuando su filo pasa con fuerza por encima de un plato, ó del cristal cuando se pasa un dedo mojado por él.

Sin embargo, es necesario distinguir entre estas impresiones las que se pueden vencer con una voluntad firme, y forzando de intento algun tiempo.

Cerca de Pamplona habia una molinera tan linda, y á la vez tan cruel, que los suspiros de sus amantes bastaban para poner en movimiento las aspas del molino.

Un poeta dijo que no queria suspirar, porque siendo de fuego sus suspiros, era de temer que incendiase la tierra y su atmósfera.

Dige á Inés: dulce embeleso,
¿No me das un beso; dí?
Y ella esclamó:—¿Á qué viene eso?
¿Por qué le he de dar un beso?
¿Qué, tantos me dá usté á mí?

El arte de la crotalógia, que así lo llama su autor, escitó gran polvareda entre los escritores de buen humor de aquel tiempo, y así fué que á poco aparecieron algunas refutaciones y luego comentarios y glosas, y no sabemos cuántas cosas más. Pero dejando todo esto para el que quiera reirse más por menudo, iremos solo al capítulo mencionado, que dice así:

NOCIONES GENERALES DE LA CROTALÓGIA.

Axioma I.

En la suposicion de tocar, mejor es tocar bien que tocar mal.

Escolio. Tocar bien ó mal, todo es tocar; pero como será necio el que pudiendo comer bien coma mal, de la misma manera será un mentecato el que pudiendo tocar las castañuelas bien, las toque, por su culpa, mal. Más: la idea del bien es preferible á la del mal en cualquiera materia que sea; ¡cuánto mejor en una que, además de ser útil por la conexion que tiene con la cultura de las costumbres, es tan agradable por su dulzura y armonía!

Nota. Siempre que hablando de castañuelas se usa de la voz *armonía*, se debe entender, no una armonía delicada, fina y sutil como encajes de Holanda, sino una armonía gorda, agraciada y perceptible, á semejanza de la que forman dos asnos cuando rebuznan á porfía en juicio contradictorio.

Axioma II.

Toda tocacion de castañuelas hecha segun reglas, es preferible á la que se hace sin conocimiento de las leyes y reglas crotalógicas.

Escolio. Las reglas son el alma, el espíritu, el ser, la sustancia y la vida de las castañuelas, y por legítima consecuencia, del baile bolero. Las castañuelas tocadas segun reglas, bastan á hacer lucido un festin, aun cuando *per possibile vel impossibile*, se compusiese solamente de gibadas y de cojos. Pónganse dos bailarines, uno malo, pero que toca y baila por principios, y otro bueno, sin haber aprendido de memoria doscientas ó trescientas reglas siquiera de las que se dan en este libro: los sabios, los eruditos que tengan dos dedos de frente, estimarán más un par de coces dado por principios, que cuantos tejidos, repiques, castañeteos y cabriolas ejecute el segundo. Pues nuestros eruditos no son bobos.

Axioma III.

La mejor tocacion es la que mejor se adapta al son de la guitarra, á la música de las seguidillas y al genio del bolero.

Escolio. Cualquiera de las tres cosas que falte será defecto sustancial que rebaje el mérito y lucimiento del cuerpo boleri-bailante; pero como todas las cosas de este mundo tienen su más y su menos, de la misma manera le tiene tambien el axioma, y no dejará de tocar las castañuelas el

que las toque sin aquellas condiciones, si bien faltará á las reglas, y será reo crotalógico.

Observacion. El son de la guitarra y la música del bolero está algo más oscuro é imperceptible; no obstante, la observacion y la esperiencia manifestarán sn índole y cualidades, mientras que las hace ver un tratado completo que va á seguir la crotalógia.

Axioma IV.

El bailarin que toca las castañuelas hace dos cosas; y el que baila y no toca no hace mas que una cosa.

Lema. Así como en la buena y acendrada física se verifica que un mismo cuerpo puede tener diferentes formas; v. gr., ser grave por la forma de gravedad, sólido por la forma de solidez, colorado por la forma de color, etc., del mismo modo un cuerpo mismo podrá bailar solamente, ó bailar y tocar las castañuelas al mismo tiempo.

Nota. Hemos adoptado las voces *tocacion* y *boleri-bailante,* porque además de ser bastante sonoras, esplican con exactitud las ideas que se las sujetan. Además de esto, es menester considerar que una ciencia nueva no puede hacerse sin voces nuevas. En este arte ya hemos recomendado el *Diario,* y no nos olvidaremos de sus estupendas invenciones siempre que venga al caso manifestar nuestra gratitud en nombre del público por lo bien que lo hace. Á él debemos la noticia de que hay *libros encuadernados en pasta.* (16 de setiembre.)

Axioma V.

Un mismo cuerpo no puede á un mismo tiempo tocar y no tocar las castañuelas.

Escolio. Aunque monsieur Lock dijo que estas y otras semejantes proposiciones son unas verdades de Perogrullo, y que no son necesarias para la consecucion de una ciencia, lo cierto es que sin ellas ninguno podrá llamarse crotalógico; y el que sean dependientes de otras verdades anteriormente conocidas, ni las quita, ni las ha quitado, ni las quitará el justo nombre de axiomas, que es lo mismo que decir que se las debe creer sobre su palabra.

Axioma VI.

El que no toca las castañuelas, no se puede decir que las toca bien ni mal.

Lema. Uno de los axiomas más esenciales de la filosofía es el que establece y asegura, *que lo que no existe, ni es blanco, ni negro, ni sucio, ni vayo, ni malo, ni bueno;* y de este importantísimo invento nacen infinitas luces para la propagacion de los conocimientos naturales. Nuestro axioma VI está fielmente copiado, si no es idéntico con el de la filosofía; y aunque á primera vista parece que no dice más que una verdad sencilla y tan óbvia, que cualquiera se la tiene sabida sin ciencia alguna, con todo eso, esta carta de verdades que llaman en griego *axiomas*, encierran allá dentro un número de consecuencias y verdades apuradas, tan copioso, que de sus entrañas sale todo el meollo y sustancia de las ciencias; y así, sin axiomas, seria imposible poder

formar ni un mediano matemático, ni un pasadero astrónomo, ni un crotálogo razonable.

Nota. Los conocimientos fijos que resultan de los axiomas propuestos son otros tantos principios primigenios de nuestra ciencia, y no los deberá echar en saco roto el que se haya determinado á aprenderla; que, á la verdad, tanto los estimo yo para tocar las castañuelas, como pudieron apreciar para la física, Boscowich sus puntos fabulosos, y Leibnitz sus solitarias *mónadas*.

En una posada, y en lo más riguroso del invierno, un hombre muy grueso, despues de acabar de comer en mesa redonda, se dió prisa á ir al salon donde se hallaba situada la chimenea, y se colocó en el mejor paraje.

Las señoras y caballeros fueron llegando al mismo sitio, y como lo mejor de él estaba ocupado por nuestro hombre, tuvieron que apiñarse á su rededor, formando un círculo que cada vez lo estrechaba más, de forma que la lumbre de la chimenea lo abrasaba.

Deseando conservar el sitio á toda costa, pero estar de manera menos fatigosa, hizo un ruido; pero, Dios mio, ¡qué ruido! el más grande y estrepitoso que se ha oido jamás de su clase.

Todas las señoras se apartaron inmediatamente, tapándose la cara; y él, sin inmutarse, les dijo:

—Señoras, ustedes disimularán, pero yo soy de la calidad de la leña verde, que cuando la tuestan cruje.

Un quidam que remedaba perfectamente los rebuznos, tenia una hermana, la cual, oyendo un dia rebuznar á un burro en la calle, dijo á los circunstantes:

—Señores, oido, ese debe ser mi hermano.

Llamaba un gitano á otro *costal de verdades.*

Díjole un curioso cómo le daba tal nombre, cuando sabia que era un hombre embusterísimo, y respondió:

—Pues por eso mismo: si no ha dicho en su vida ninguna verdad, es claro que las tiene todas dentro del cuerpo.

Un fraile español, que con cierto motivo fué á Roma, se vió comprometido á predicar delante del Papa.

El buen padre desempeñó su cometido perfectamente, y cuando se retiraba del púlpito le dijo un cardenal que le habia estado oyendo:

—He observado que no os ha impuesto mucho la presencia de Su Santidad.

—Eminentísimo señor, contestó el fraile, estoy tan familiarizado con los Papas.....

—¡Cómo! esclamó el cardenal; si no hay mas que uno, y vos no habeis venido nunca á Roma.....

—Sí, pero en mi celda tengo los retratos de la mayor parte de los que ha habido, y estoy acostumbrado á tratarlos con franqueza.

Cuéntase de un irlandés muy cerrado de mollera, que habiendo ido al correo á saber si tenia carta de su familia, de la que entonces se separaba por primera vez, le hicieron la consabida interpelacion de:

—¿Cómo se llama usted?

Á lo cual contestó el irlandés:

—Registre usted bien las cartas, que ya lo encontrará en el sobre.

En un combate naval se ocultó un soldado en la bodega, y terminado el fuego, sacó la cabeza preguntando:

—¿Hemos ganado la accion, ó nos han hecho prisioneros?

Alababan unos caballeros á la puerta de una iglesia el sermon que acababan de oir, y lo alababan tanto, que un monaguillo que lo estaba oyendo, reventando de orgullo y vanidad, les dijo:

—Pues, señores, yo lo he repicado.

Cárlos III recibió la visita de un médico de aldea en el momento de estarse entreteniendo en echar á unos gansos un poco de grano que tenia en el sombrero.

El síndico, que no lo habia advertido, se figuró que el rey recibia á tan alto personaje con el sombrero quitado, y le dijo:

—Señor, fuera cumplimientos; cúbrase V. M.

—Dime, dime á lo que vienes, le dijo el rey, pues este cumplimiento no es á ti, sino á mis gansos.

TESTAMENTO DE UN BORRACHO.

—Aquí es donde vive la igresia de los fraires de la Vírgen, y voy á ver si hay un pae de confisionario que me huya mi confusion.

Aquí sale uno..... Pues alabao sea el que crucificásteis, pae mio de mi ánima purísima: yo traia un causo que consultar con su eternidad, acerca de un impusibre de endulgencia plenaria: el causo es este.

Mi compae Boca de grajo, el Zurdillo y yo, con Malandrinos, nos díbamos á caocar las viñas de nuestra prima Meculasa, la hija de la tia Malgarita, por la sangre de Cristo (que Dios goce), y como los alimentos eran tan estériles, y los años tan caros, el tiempo no estaba pa dávilas, pues un ojo valía un pan de la cara; echamos corta merienda y larga bota, de manera que á dos dias y venías nos pusimos como arco de Cristo, y los setenta y cien colores de la torre de Barbironia; diba con nosotres, ya sabe usted, la Meculasa, que, como hay Dios, es una moza como un tremontorio, y que se la puee prestar un pan, en que nunca lo güelva; y en fée, pae mio, que si usted la viera no la habia de repunar; porque á tuitos los hace caer en lucas y tentaciones.

Pues como igo, me arrimé á ella: el Zurdillo se opuso, con que entre mi compae y yo, sobre si él te arrempujó ó tú me arrempujaste, aquí mismo se levantó una chisma que

á dos dias y venías, y dos por tres, sacando mi tremenda, *zas, zas,* dí con él en tierra y le hice gomitar por aquella boca una grandísima barcelona de blasfemia; pero como mi compae es tan valiente (así lo fuera yo delante de la presencia de Dios), me echó dos ojos como dos escudillos, y luego me miró y me ijo:

—¿Qué has hecho, hombre, que has muerto al Papa VI de Ronda, y al sobrino del Archipiélago de Sevilla?

—Pues hombre, yo te absuerveré, le respondí yo.

—¿Y qué enficultá tienes tú, me ijo, pa ensorverme?

Y yo le ije:

—Pues borracho, si una partera de parir batiza á un jumento entero y verdadero, ¿qué más enficultá tendré yo para ensorverte á ti? Y ¿ije ó no ije, pae mio?

Empues, sacando una bula de la santa encrucijada que llevaba en el bolsillo, le ije para ensorverle:

—Yo te absuervo á ti y al alma que te parió en este mundo.

Él, pae mio, hacia mil gestos; el diablo, con el rabo entre las piernas como perro viejo, se apareció allí, y yo le conjuraba diciendo:

—Hijo de las injundias.

Y él me decia:

—No quiero.

—Acuérdate de la Vírgen de los Mamparados; esa sí que es madre de todos los infieles cristianos; pero, pae mio, como mi compae habia sido tan cristiano, y se veia en los últimos valdreses de su vida, con la muerte al ojo, pues se moria chorro á chorro, hizo un testamento en esta forma:

—*In Deus hominis amen.* Sepan cuantos y no gastemos sornia, las mandas forzosas, etc.: mando primeramente á mi sobrina Marruja Sancho para su dote dos maderos que están en la alcoba de la Anunciacion de Nuestra Señora la Vírgen, de San Miguel Arcangel con la desollacion de San Tirso apóstol, y buen provecho: á mi Catalina, para que se acuerde de lo que yo haga despues de mi vida, la darán aquellas pinturas de la conservacion de San Pablo y la espantacion de Nuestra Señora, que están á mano torcida de la sala: á mi Alfonsa, mi hija, segun dicen malas lenguas, la dejo en mejora de cuarto y trece, la historia de San Inofre y el cuadro que está en la cocina del sacrillegio de Abraham.

Item. Dejo para cada año en la pirroquia un cirio perpétuo para que se encienda en mi adversario, y sirva de naufragio para mi alma.

Item. Es mi voluntad que en el dia de mi fallecimiento se me haga un gran tumulto en medio de la iglesia, y me resistan á mi entierro cinco docenas de frailes, sin los chicos ni los grandes, que son unos moscalindrones, pues ni hacen ni padecen y se llevan los cuatro riales.

Item. Que vayan á mi entierro los probes del hespicio y los niños de la letrina.

Item. Que ardan por mí aquellos cirios gordos, y mermen lo que mermen.

Item. Que me canten una misa de *requietan* despues de haberme andado alrededor con aquel que jumea, y que me goteen con el palo de las barbas.

Item. Que me canten aquello de *tomo nota de mil lie-*

bres, repleta de mucho miserebis brevas vivas, y la oracion de *hormiga tua*, y *la mulario famulos coraisi mulierebus moralitatus enjuta muermo salutaciones patos resiste per Cristum domino nostrum.....*

Aquí llegaba, pae mio, y se le metió por las narices un incape con toda cismática y erática, y se quedó sin meneársele cosa como un pajarito.

En fin, pae mio, mi compare murió.

Ahora está en mi enficultá si su alma purísima habrá ido á gozar de Dios al imbigo, al santo purgatorio, ó á los infiernos de los malos; porque si se fué al imbigo, ni pena ni gloria; si al santo purgatorio, quien allí le puso que allí le mantenga; y si á los infiernos de los malos, que quien á Cristo se la dió San Pedro se la bendiga.

Cuando llegó Apolonio á Zengina, sobre el Eufrates, le pidieron los cobradores el derecho de puertas. El exactor preguntó á Apolonio:

—¿Qué llevas?

—Llevo, le contestó, la templanza, la justicia, la virtud, la moderacion, la fortaleza y la paciencia.

El cobrador, cuando oyó tantos nombres femeninos acumulados, creyó que eran otras tantas mujeres esclavas, y felicitándose por la crecida suma que creia corresponderle, dijo á Apolonio:

—Escríbeme en el libro los nombres de esas esclavas.

—No son esclavas, replicó Apolonio, sino señoras.

Un hombre fué conducido ante un magistrado por haber robado un hermoso carnero á un ganadero llamado Bonifacio Conde Sanz Diaz, y preguntado si sabia leer:

—Un poco, señor, respondió.

—Pues entonces no podíais ignorar de quién era el carnero que confesais haber hallado, que sin embargo decís ser vuestro; pues ya veis que tiene la marca de estas cuatro iniciales: *B. C. S. D.*

—Es verdad que las tiene; pero yo creí que decian:

Buen carnero sin dueño.

Un médico de un pueblo dirigia á una Academia de medicina el siguiente asombroso relato, que hizo que se rompieran la cabeza por espacio de ocho dias aquellos sabios académicos.

Hélo aquí:

—«Hace pocos dias que fuí llamado á casa de uno de mis clientes para hacerme cargo de la asistencia de un niño de siete años, que padecia las viruelas, no obstante haber sido vacunado en el tiempo oportuno.

»El estado del enfermo era grave, la erupcion abundante, y habiéndome detenido más tiempo del regular para observarlo de cerca, ví que, como por encanto, le saltó un ojo, que pude recoger en mi mano antes que tocase al suelo.

»Pero reconociendo que conservaba aún todas sus propiedades químicas y físicas, se lo volví á colocar en la órbita, y á beneficio de un sencillo aparato y algunos lavatorios con el agua de colonia y de rosa, alternando con la na-

tural, logré que se le quedara como lo tenia antes de la enfermedad.

»Hoy se encuentra curado perfectamente, y sin otras consecuencias que la de conservar algunas manchas en el epidermis, trastorno inevitable de toda afectacion cutánea.»

La Academia no sabia á qué atribuir esta admirable cura, y los más osados disputaron sobre si seria debida al agua de colonia, á la de rosa, ó á la natural.

Únicamente acordaron que se le diese al hecho toda la publicidad posible, y que se invitase al médico, que suscribia, á que diese mayores aclaraciones, pues así lo exigia el honor del cuerpo facultativo y la humanidad doliente.

Ya habia hombre que creia desterrada del mundo la ceguera, cuando la Academia recibió otra comunicacion del mismo médico, en la cual decia:

—«En mi anterior omití una circunstancia esencial, que me apresuro á poner en conocimiento de tan digna corporacion: se debe tener presente que el ojo de que me ocupaba era de cristal.»

Llevaban á enterrar una mujer, que al parecer habia muerto de accidente, y por casualidad, cuando la conducian al cementerio, la pasaron por junto á unas zarzas.

Picáronla las espinas, y volvió de su letargo, de manera que vivió catorce años más.

Murió finalmente, y cuando la fueron á enterrar, dijo el marido á los conductores:

—Por Dios os pido, amigos, que no arrimeis el cuerpo de mi mujer á las zarzas. ¡Pobrecilla!....

Habia en un pueblo no lejos de un puerto de mar un cura y un vicario.

El primero hablaba con tal velocidad, que no se podia comprender una palabra de cuanto decia; y el otro parecia cantar el *requiem* cuando hablaba.

Un marinero que entró en la iglesia en el momento de estarse celebrando los oficios divinos, se admiró de oir las salmodias sin entenderles una palabra.

Despues del oficio encontró á uno de sus amigos, que le preguntó lo que habia visto de nuevo.

—¡Caramba! respondió: he visto cómo lloraba el padre vicario por no poder entender una palabra de lo que decia el padre cura.

Un sereno á su mujer
Sendas guantadas la cruza,
Y regañándola ayer,
—¡Anda, la dijo, lechuza!
Yo que me hallaba en la lid,
Dije:—Ya comprendo, hermano,
Por qué se apagan temprano
Los faroles de Madrid.

Algunos soldados romanos quisieron ofrecer á Caton un caballo, muy estimado por la maravillosa ligereza con que galopaba. Caton, al saberlo, les dijo:

«Regalad ese caballo á un traidor.»

Llegaron á advertir á Tasso de que se le presentaba una ocasion favorable para vengarse de uno de sus más poderosos enemigos.

—No es la vida ni el honor, dijo Tasso, lo que quiero quitar á ese envidioso, sino la mala voluntad.

Baldado estaba Narciso
Sufriendo la pena negra,
Cuando le llegó un aviso
del funeral de su suegra.
—Siento andar en piés de palo,
Contestó con ceño adusto,
—Si no estuviera tan malo
Iria con *mucho gusto.*

Decian al filósofo Menedenio:

—Es una dicha tener lo que se desea.

—Más dicha es, contestaba, no desear si no lo que se tiene.

Cierto hablador confió un secreto de uno de sus amigos á un jóven tan poco prudente como él.

—No se lo digas á nadie, añadió.

—Descuida, le contestó, seré tan discreto como tú.

No hay para qué decir que el secreto lo supo todo el mundo.

Se decia al padre Malebranche que contestara á los ataques de la prensa de Trevoux:

—No, contestaba, no quiero disputar con los periodistas que hacen cada mes un libro.

Decian á un dorador:

—Tu mujer es muy bonita, pero habla tan mal, con tanta dificultad, que no sé cómo puedes oirla con paciencia.

—Es, contestaba, que cuando habla no la oigo, la miro.

Un amigo de cierto marqués decia á este una noche:

—He comido hoy con un poeta, que á los postres me ha hecho gozar como nunca con deliciosos epígramas.

—Pues ve mañana á casa; yo le diré al cocinero que nos ponga epígramas.

Llamó á la puerta de un convento de padres franciscanos un padre jesuita, y preguntando el portero quién llamaba, le respondió:

—Uno de la Compañía de Jesús.

Á lo que repuso el portero:

—¿De cuál compañía, de la de cuando nació ó de la de cuando murió?.....

Éranse dos amigos muy queridos, que se prometieron que el primero que se muriese vendria á traerle al otro noticias de cómo le iba por el otro mundo.

Casáronse ambos, y el primero que murió cumplió su palabra, y se le apareció al otro.

—¿Qué tal te va? le preguntó este.

—Grandemente, contestó el aparecido. Cuando me presenté allá arriba, me dijo San Pedro: ¿cuál há sido tu vida?

—Señor, respondí, soy un pobre hombre, estaba casado.....

—No digas mas, dijo su merced; pasa adelante, que todo lo tienes purgado. Y en la gloria estoy.

Con esto desapareció, dejando á su amigo tan satisfecho y consolado. Andando el tiempo se le murió la mujer, y andando un poco mas, se volvió á casar.

Cuando le llegó su hora, y salió de su casa con los piés por delante, se presentó muy cariparejo á San Pedro.

—¿Cuál ha sido tu vida? preguntó el Santo.

—He sido casado dos veces, contestó muy en sí el recien llegado, dando un paso adelante para colocarse adentro: pero San Pedro le dió un llavazo, y le dijo:

—¡Atrás, compadre, que el cielo no se hizo para los tontos!

Un predicador predicaba la pasion de Cristo. Despues que hubo enumerado todos sus tormentos, preguntó uno de los oyentes:

—¿Padre, fué casado el Señor?

—No, hombre, contestó el predicador.

—Pues siendo así, dijo el otro, no supo el Señor lo que era padecer.

LA RAZON DE UN DUELO.

Con marcial desembarazo
Ayer tarde en el paseo,
Don Juan y don Amadeo
Iban asidos del brazo.

Ambos con bigote y pera
De románticos á guisa,
Se paseaban aprisa
Con aire de calavera;

Cuando al lado de una anciana,
Y asida del brazo de ella,
Vieron hermosa doncella
Que pasó de ellos cercana.

—¡Qué hechicera!.... ¡Es una rosa!
(Dijo á su amigo don Juan)
¿No vísteis con cuánto afan
Me ha mirado cariñosa?

—¡No es verdad! (le contestó
Don Amadeo), porque
Á mí solamente fué
Á quien la hermosa miró.

—¡Os engañais, que fué á mí!
—¡Repito que no fué á vos!
—Que sí, digo, y..... ¡vive Dios!....
—¡No me hableis tan alto aquí!

—¡Pues vamos donde gusteis!
—¡Vamos donde vos querais!
—¿Armas?—Las que vos digais.
—¿Sitio?—¡El que vos aplaceis!

—Pues marchemos sin tardanza.
—Marchemos sin dilacion.
—¡Venganza!.... ¡Satisfaccion!!
—¡Sí!.... ¡Satisfaccion!!... ¡Venganza!!!

Y cual dos hambrientas hienas
Partieron en su coraje,
Á lavar tamaño ultraje
Con la sangre de sus venas.

Se atravesaron por celos.....
¡Bravo! Que en toda ocasion
Hay para un duelo razon
En el siglo de los duelos.

Por eso en el campo ayer
Disputaban dos espadas
De una mujer las miradas.....
¡Y era ciega la mujer!

———

LOS TRES DESEOS.

Una noche de invierno, un hombre y su mujer hablaban de la felicidad de sus vecinos, que eran más ricos que ellos.

—¡Oh! si pudiese tener todo lo que deseo, decia la mujer, pronto seria yo más feliz que todos ellos.

—Y yo tambien, dijo el marido; quisiera estar en el tiempo de las hadas, y que hubiera una bastante buena para que me diese todo lo que yo quisiera.

Al mismo tiempo penetró en su cuarto una mujer que les dijo:

—Soy una hada: os prometo acordaros las tres primeras cosas que pidais; pero, cuidado, que despues de pedir tres cosas, no os concederé otra alguna.

El hada desapareció; el hombre y la mujer quedaron muy embarazados.

—Por mí, dijo la mujer, sé que pedir: no lo deseo aún; pero creo que no hay nada mejor que ser hermosa y rica.

—Pero, respondió el marido, con eso se puede estar malo, se puede morir jóven; seria mejor salud y larga vida.

—¿Y de qué sirve una larga vida si es una pobre? dijo la mujer: no serviria mas que para ser más desgraciado En verdad que el hada debió prometernos una docena de cosas, de las cuales tendria necesidad.

—Eso es verdad, dijo el marido; pero tomemos tiempo: de aquí á mañana examinemos las tres cosas que nos son más necesarias, y las pediremos en seguida.

—Quiero pensar toda la noche, dijo la mujer: mientras tanto, calentémonos, pues hace frio.

Entonces la mujer cogió las tenazas y arregló el fuego; y como vió que habia tan buena lumbre, dijo sin pensar:

—¡Qué buen fuego! quisiera tener morcillas para cenar; podríamos cocerlas muy bien.

Apenas habia acabado estas palabras, que empezaron á caer morcillas por la chimenea.

—¡Maldita golosina! ¡tambien las morcillas! ¡buen deseo!! por mí estoy tan enfadado, que quisiera que tuvieses la morcilla en la punta de la nariz.

En seguida el hombre se apercibió que estaba aún más loco que su mujer, pues por un segundo deseo, la morcilla saltó á la punta de la nariz de su mujer, la que no pudo arrancársela.

—¡Qué desgraciada soy! dijo; es usted un infame en haber deseado una morcilla para la punta de mi nariz.

—Te aseguro, mi querida mujer, que lo dije sin pensar, respondió el marido; pero, ¿qué haremos? Voy á pedir muchas riquezas, y te haré un estuche de oro para esconder la morcilla.

—No, dijo la mujer; me mato si se me obliga á vivir con esta morcilla que me cuelga de la nariz; créeme: nos queda un pedido que hacer: déjamele, ó voy á tirarme por el balcon.

Diciendo esto, corrió hácia el balcon; y su marido, que la queria, corrió hácia el balcon, y la dijo:

—Pára, querida mia; te doy permiso para pedir todo lo que quieras.

—Pues bien, dijo la mujer; deseo que esta morcilla caiga al suelo.

En el mismo momento la morcilla cayó.

—Veo que el hada se ha burlado de nosotros, y con razon.

—Tal vez siendo ricos hubiésemos sido más desgraciados que lo somos ahora.

—Créeme: no deseemos nada, y tomemos las cosas como Dios nos las envia; mientras tanto, cenemos nuestra morcilla, pues es todo lo que nos queda de nuestros deseos.

El marido pensó que su mujer tenia razon, y cenaron alegremente, sin ocuparse más de lo que tenian que desear.

Un hombre muy rico envió á llamar al médico para que le curara de un mal, que era pura aprension.

Vino el médico, le tomó el pulso, vió la orina, le preguntó qué era lo que sentia, y viendo que estaba bueno, segun todas las apariencias, le dijo:

—¿Comeis bien?

—Sí señor.

—¿Dormis bien?

—Sí señor.

—¡Bravo! dijo el médico; voy á recetaros una medicina que os prive de todo eso, y así estareis curado.

Un librero ingles se habia encargado de publicar una obra de mucho coste.

No habia vendido mas que cuatro ejemplares.

Por esto dijo el autor que sus obras no le daban pan, y aun se propasó con espresiones que lastimaban cruelmente su amor propio, en términos que este, en un arrebato de cólera, le dió un bofeton que le hizo saltar algunos dientes.

El librero llevó su queja á los tribunales, y el autor, en su defensa, dijo:

—Confieso que he tomado el asunto con demasiado calor; siento en el alma haberle roto los dientes; pero, ¿qué mal hay en eso? Dice que mis obras no le dan pan; pues si no le dan pan ¿para qué quiere dientes?

En la época en que estaba escribiendo su conocida historia Seti, se presentó un dia de besamanos en palacio, y habiéndole preguntado el rey Cárlos II de Inglaterra por sus trabajos literarios, le dijo:

—Cuidado con ofender á nadie.

Como Seti le replicase que por grande que fuese el juicio, la prudencia y la moderacion del historiador, y aunque reuniese toda la sabíduría de Salomon, no seria posible que desempeñase dignamente su encargo, sin que una ú otra persona se diese por resentida, le respondiò con mucha gracia y con demasiada verdad:

—Hijo mio, imita á ese mismo Salomon que acabas de citarme: escribe proverbios, y no escribas historias.

Teniendo ya más de ochenta años el cardenal don Pedro

Gonzalez, un criado suyo de la misma edad le pidió un empleo que estaba vacante.

—Lo he provisto ya, respondió el cardenal; pero cuenta seguro el primero que vaque.

—Señor, respondió el criado, ¿qué puede vacar antes que vuestra eminencia ó yo?

Los mejores soldados son los que hablan menos de sus hazañas.

La pereza es madre de todos los vicios: es una materia desnaturalizada que deja morir de hambre á sus hijos más queridos.

Aprende del ignorante á evitar las faltas que cometen.

La paciencia es la virtud del sabio; el tonto no la conoce.

No es preciso hablar sin estar bien seguro de lo que se dice.

San Agustin se reia de los que creian en los antípodas.

Hoy se rien de San Agustin porque no lo creia.

Gonzalo de Córdova, general de Fernando el Católico, rey de Aragon, acababa en una batalla de ver saltar, entre los enemigos, uno de sus almacenes de pólvora.

—Hermanos, dijo á sus soldados, la victoria es de nosotros. El cielo nos anuncia por esas señas que no tendremos más necesidad de la artillería.

La confianza del general pasó al corazon de los soldados, y los hizo ganar la victoria.

Decia un diplomático de alto rango:

—Los asnos han hecho un gran papel en la antigüedad.

Cain mató á su hermano con la mandíbula de uno de estos animales, que cometió la bestialidad de morirse antes

La burra de Balan es famosa en la historia.

Sanson mató mil filisteos con otra mandíbula del mismo género, y.....

—Por eso en la sociedad suelen figurar tantos burros, contestó un andaluz que lo escuchaba.

EL BORRACHO.

De una puerta al gironcillo
Por do la luz se colaba,
Un borracho procuraba
Encender su cigarrillo.
Y esponiéndose á un catarro,
Segun la noche era fria,
—¿Qué demonios, repetia,
Tiene el indino cigarro?
Y tornaba á refregar,
Y el rebelde á nunca arder,
Que era el modo de encender
Cuento de nunca acabar.
Por fin lanzóle con furia
Dando un mímico traspiés,
Terció la capa al revés
Y renegó de la curia.

Voló el cigarro sin alas
De un sereno á la nariz.
—Gracias, dijo el infeliz,
Si bien las tengo por malas.

Chirlo-mirlo y coge-gallos
Iba mi hombre por las losas,
Haciendo eses primorosas,
Muertos de risa sus callos.
Y á una torre que yo sé,
Balbuceando le decia:
—Tiene esta torre manía
De estarse siempre de pié.
¿Por qué no se sentará
Este demonio de torre?
Mira, mira cómo corre
La casa de más allá.
Pues es que le faltan piernas
De Buena-Vista al palacio.....
Despacio, chico, despacio,
Que romperás las tabernas.
¿Cómo bailan rigodones,
Vestidas de telarañas,
Castañeras y castañas,
Hornos, fuelles y cajones?
Á bien que estamos de pascuas,
Y cosas del tiempo son.
¡Caramba, qué tropezon!
Si voy andando sobre ascuas.....

Échame acá la sarten
Y haremos pisto, Colasa:
¡Calle! no queda una casa
Que no se marche tambien.
Ábreme la puerta, esposa,
Que mi casa va llegando.
¡Que si quieres!.... Estimando.....
¡Hasta más ver, alevosa!

La ronda en esto llegó
Preguntándole qué hacía.
—¿Qué hago?—Sí.—¿Lo que hago yo?
Aguardo, pues no pasó,
Que pase la casa mia.
—¿Qué casa, ni qué asno muerto?
Retírese á descansar
De borrasca, y tome puerto.
—Que me place, el encubierto,
Cuando acabe de pasar.
—¡Ea! despeje el muy borracho,
Si no quiere dar que hacer
Con su mona y su desfacho.
—¿Qué dice usted de gazpacho?
No vale para beber.
Un torrezno es mi costumbre,
O media sardina sola,
Y hay *tope* de media azumbre.....
—Calle la hez, la podredumbre
De la nacion española.

En la cárcel dormirá.
—No dormiré.—¿Cómo no?
—No, señores.—Voto va.....
Se lo juro tambien yo.
—Se verá.—Pues se verá.
—Á chirona, y ¡vivo!—Iré.
—Vivo he dicho.—¿Voy yo muerto?
—Dormirá en ella.—¿Lo vé?
Pues señor, no dormiré,
Porque me estaré despierto.

Se atribuye á Quevedo que encontrándose en la calle con ciertas damiselas, y diciéndole estas que embarazaba el paso con su nariz, suponiéndola muy grande, dijo él doblándola hácia un lado con la mano:

—Pasen ustedes, señoras.

El P. Cuspiniano hace autor de este gracejo al emperador Rodulfo.

Encontróse con él un decidor en una calle estrecha: advirtiéndole los ministros que se apartase, él contestó:

—¿Por dónde he de pasar si la nariz del emperador llena la calle?

A lo que Rodulfo, doblando la nariz como hemos referido de Quevedo, le dijo con rara moderacion:

—Pasa, hijo, pasa.

Un sugeto que se habia casado con una muda, se cansó de vivir condenado á perpétuo silencio, y trató de acudir á

los médicos para que procurasen restituirle el uso de la voz.

Tuvo la mujer la felicidad de recobrarla, y de tal suerte se daba prisa á subsanar el tiempo perdido, que hablaba, como suele decirse, por las coyunturas.

Cansado el marido de su charla, volvió á ver al facultativo y le suplicó que emplease en enmudecer á su mujer tanta habilidad como habia manifestado para hacerla hablar.

—Está en mi mano, contestó el médico, hacer hablar á una mujer; pero se necesita mucha más habilidad para hacerla callar.

—¿Y no habrá ningun remedio?

—Uno solo encuentro, y aun ese no es otra cosa que un calmante para el mal que usted padece.

—¿Y qué remedio es?

—Dejar á usted sordo.

Pasando un caballero cerca de un loco, dijéronle á este que se le quitase la gorra.

Llegóse el loco al caballero, y quitósela de la cabeza.

Diciéndole que no habia de hacer así, y señalándole cómo habia de hacer, respondió:

—Eso seria quitármela yo á mí.

Cierto predicador empezó su sermon de esta manera:

—Embarco este discurso sobre el galeon de mis labios, para navegar en el tempestuoso mar de vuestras atenciones, y llegar, finalmente, al afortunado puerto de vuestras orejas.

Aquí naufragó el discurso.

Fernando, rey de Portugal, se enamoró de Leonor Tellez, mujer de Lorenzo de Acuña, se la robó á su marido, hizo nulo su casamiento, y se casó con ella públicamente.

Acuña ultrajado, siempre enamorado de su mujer, pero sin atreverse á vengarse, tomó el partido de retirarse á Galicia, donde llevó siempre dos cuernos de plata en su sombrero.

El talento sin juicio, es lo mismo que un navío sin timon.

Un trabajador subió á lo más alto de un campanario para arreglarlo.

Tuvo la desgracia de caer abajo, y al mismo tiempo fué bastante feliz en no hacerse nada; pero su caida fué funesta á un hombre que aplastó al caer.

Los parientes del difunto citaron delante de la justicia al que habia caido del campanario, acusándole de asesino, creyendo que le condenarian á pagar grandes gastos y perjuicios.

Era preciso dar alguna satisfaccion á los que se quejaban.

Por otro lado, los jueces no podian castigar un homicidio, que un accidente fatal era la sola causa.

El juez mandó al que pedia venganza que subiese al campanario y se dejase caer sobre el que perseguia, el cual

estaria debajo, en el mismo sitio donde el difunto habia perdido la vida. Este fué el fin del proceso. Y la parte perdonó.

La clemencia de los príncipes no es mas que para ganarse la afeccion de los pueblos.

Las infidelidades deberian apagar el amor, y no se deberia estar celoso, aun cuando hubiese motivo para estarlo.

Los celos nacen siempre con el amor, pero no mueren con él.

Un hombre honrado puede estar enamorado como un loco, pero no como un tonto.

La gravedad es un misterio del cuerpo, inventado para esconder los defectos del talento.

Un hombre de corazon y de talento, no hace nunca fortuna mas que por casualidad.

Hay pocas fortunas inocentes.



—Vamos, señor licenciado, ya está Vd. mejor: ¿qué tal la purga?

Habia en Salamanca un catedrático que nunca quiso hacer caso de los médicos. Estaba enfermo en cierta ocasion, y tan importunado fué por sus amigos, que al fin consintió en que lo visitase un médico.

Hecha relacion de su enfermedad, el médico le miró la lengua, le tomó el pulso, vió la orina, y dispuso que tomase unos jarabes que recetó. Volvió el criado con una botella; pero nuestro catedrático, en vez de tomar la medicina, la mandó echar en el servicio, disponiendo que cada dia se hiciese lo mismo, conservándolo todo hasta que ordenase otra cosa.

Pasados algunos dias, el médico le mandó tomar una purga, que fué tambien al mismo sitio á hacer compañía á los jarabes. La enfermedad seguia su curso, combatida por la naturaleza.

Al cabo se mejoró el enfermo, y el médico le dijo:

—Vamos, señor licenciado, ya está usted mejor: ¿qué tal la purga?

El enfermo, por toda contestacion, llamó al criado y le mandó presentar los jarabes y la purga.

—¿Qué le parece á usted? dijo el médico mirando con orgullo al enfermo. ¡Ah! ¿y una cosa tan mala tenia usted en su cuerpo? ¡Válgame Dios! si no fuera por la medicina, allí se quedára sin salir.

—No, contestó el enfermo; porque por ser ella tan mala, no he querido yo que entrase.

Gentil Bellini, pintor de Venecia, fué llamado á Constantinopla por Mahomet II.

Bellini pintó para el emperador turco una *Degollacion de San Juan Bautista.*

El gran señor, haciendo justicia á la pintura, encontró un defecto en su cuadro; el de no haber observado que cuando á un hombre le han cortado la cabeza, el pellejo se retira un poco.

Para probarlo, el gran señor hizo cortar la cabeza á un hombre, y le hizo examinarla al artista. Bellini quedó tan horrorizado, que buscó todos los medios posibles para dejar tal dueño. Mahomet le hizo caballero, y él mismo le puso la cadena de oro, y le dejó marchar con magníficos regalos.

Un bufon del marqués de Ferrara llamado Genelle, habiendo oido que el miedo curaba la calentura, quiso curar la fiebre cuartana á su dueño, que estaba atormentado.

Con esa idea, pasando por un puente bastante estrecho, le empujó y le hizo caer al rio.

Recogieron al marqués, y, en efecto, estaba curado de su fiebre; pero juzgando que Genelle merecia algun castigo, le condenó á cortarle la cabeza, aunque no pensaba hacerle morir.

En el momento de la ejecucion le hizo vendar los ojos, y ordenó que en lugar de un sablazo le diesen con una servilleta mojada.

La órden fué ejecutada, y Genelle destapado despues; pero el desgraciado habia muerto de miedo.

La Aritmética, la Geometría y la Geografía, la hemos aprendido de los egipcios: los números de los árabes.

La invencion del dibujo se debe á los griegos; la imprenta á Guttemberg, de Maguncia, quien hizo los primeros ensayos en Strasburgo en el reinado de Luis XI; los anteojos á Silvio, de Florencia; la pólvora á Berthole, de Friburgo; los telégrafos á Chappe; el barómetro á Torricelli, de Florencia; el termómetro á Drebbel, campesino holandés; Reaumur, Delisle, Elrei, etc., han perfeccionado este instrumento.

La seda fué introducida en Franciaen el reinado de Luis XI: los primeros ensayos se hicierón en Tours por obreros de Génova.

Se pueden encontrar mujeres que no hayan sido nunca galanteadas; pero es muy raro que no lo hayan sido mas que una vez.

EL JUEZ IMPARCIAL.

Enrique Estéban habla de un juez de su tiempo que no tenia mas que una fórmula de procesos criminales.

Si el prisionero era viejo, decia:

—Cuélguele, cuélguele, que ya habrá hecho otras.

Si era jóven:

—Cuélguele, cuélguele: hará otras.

Luis XIV estaba un dia en su capilla de Versalles. El

comediante Armad se presentó. Un suizo que estaba de centinela á la puerta, no le dejó pasar.

—Soy el barbero del rey, dijo Armad.

—Tú no entrar, respondió el suizo: el rey no se afeitar en su capilla, ¿oyes?

No hay disfraz que pueda esconder por mucho tiempo el amor, ni fingirlo donde no lo hay.

EL TRIUNFO DE LA MISERIA.

Un dia, cansada de encontrarse sola á la puerta de lo pobres que la repasaban con las tijeras ó el mazo, entonando el canto del trabajo, fué á colocarse bajo los balcones de los grandes palacios.

Su esperanza era encontrar algun portero borracho ó descuidado, que olvidase cerrar la puerta; porque entonces estaba segura de introducirse en alguna parte.

No crean ustedes que no le gustan mas que las casuchas: las casas ricas le inspiran particularmente deseos: allí que hay más que gastar, y el placer dura mucho tiempo antes que haya acabado de destruirse todo.

Despues de haber errado algunos instantes, la Miseria se paró delante del palacio de un hombre pródigo lleno de confianza en su riqueza, y que acababa de hacer agrandar los balcones, no encontrándolos bastante grandes, cuando él tenia ganas de echar el dinero fuera.

El portero no estaba en su sitio.

Estaba ocupado en beber el vino del pródigo con algunos tunantes de su especie.

La Miseria se sonrió alegremente á la vista de la puerta abierta de par en par, y subió la escalera sin darse prisa. En las escaleras encontró mucha gente que iba y venia cargadas con las sobras de los festines.

La mayor parte no la hicieron caso; pero los que la reconocieron se pusieron á chancear, diciéndole que hacia bien en subir arriba, lo que aumentó su alegría.

Se oian instrumentos y locos bailes.

Risotadas, gritos de alegría se oian en la sala donde el pródigo recibia.

La Miseria se pasó á la puerta de esta sala, y se puso á considerar con maligno placer lo que pasaba.

Pareció que en ese momento una influencia misteriosa se hizo sentir entre los convidados: la fiebre se apoderó de todos los que estaban alrededor del pródigo.

Éste último estaba en medio de la sala, echado en su butaca.

Era un jóven grueso: á cada momento sacaba de un cofre lleno de riquezas puñados de piezas de oro, que tiraba é iban á pegar á uno ó á otro, á la nariz, al ojo, al pecho; pero sin que ninguno se cuidara de quejarse: todo lo contrario; no podian contener su alegría al sentir golpazos tan dulces.

El dueño de la casa echaba tambien líos de papeles, billetes de Banco que volaban en el aire y se quemaban en las cien mil luces de la fiesta.

Las mujeres, los jóvenes, y viejos, se aproximaban al pródigo como osos y leones.

Cada vez que uno de ellos decia, inclinándose, al dueño de la casa: «Es usted el hombre más bueno, el más angelical de todo el mundo» estaba seguro de recibir en recompensa una bolsa bien provista.

Pero no era bastante para saciar su sed de riqueza: esos mismos iban de un lado al otro de la sala, donde los cofres, las telas raras, los diamantes, las piezas de oro perdidas se encontraban, y, sin que nadie les impidiese, llenaban sus bolsillos.

Las mujeres para divertirse rompian los cuadros, tiraban las lámparas, y los demás se echaban á reir.

Por otro lado los criados del pródigo se ponian en la mesa de la fiesta de donde acababan de salir los convidados, bebian los vinos, robaban los cubiertos.

Todos se burlaban del pródigo, y, bien mirado, el palacio era un hospital de las más feas enfermedades morales que pueden deshonrar al género humano.

Alrededor de una mesa de juego se veia gente que se agolpaba, que pedia más dinero al pródigo, detrás de estos habia otros ladrones que hacian pasar á sus bolsas las ganancias de los demás.

Más lejos bailaban con frenesí.

De todo este desórden se alegraba la Miseria; se decidió, franqueó la puerta y entró en la sala. Un diablillo, en seguida que la apercibió, fué corriendo al pródigo:

—¡Ten cuidado, le dijo, mira la Miseria!

—¡La Miseria! ¡que sea bienvenida! respondió locamente el pródigo, yo la daré una gran fortuna.

Soy bastante rico para dotarla y hacer la fortuna de Phetus.

Sin embargo, la Miseria estaba vestida de un modo raro.

El pródigo, sorprendido de aquella visita, la encontró más original que fea, y la saludó amablemente.

Si la hubiese examinado detenidamente se hubiese asustado.

Ella le cogió de la mano y le rodeó su cuello con su brazo como para acariciarlo.

—Ven conmigo, la dijo; soy tu amiga, y quiero llevarte á una casa donde estarás más tranquilo que aquí: te cansas mucho en bajarte para tirar todo este oro, y te vuelves loco para inventar fiestas y mil nuevas maneras de gastar tu dinero.

Ven, yo te quitaré de todo esto; no te cansarás más en inventar maneras de gastar, gozarás y no harás nada, no tendrás siquiera que comer.

En su locura, este hombre tomó estas irónicas palabras por un discurso sério, y poco á poco se dejó seducir.

Se levantó, y medio arrastrado per ella se dejó conducir.

El diablillo de la casa comprendió que él no tenia bastante fuerza para luchar con la Miseria, y empezó él mismo á apagar las lámparas y á descolgar los cuadros, pero tenia pena de que la casa quedase privada de sus adornos y de sus fiestas.

Sin embargo, el pródigo, las manos llenas de oro, caminaba, guiado por la Miseria que no le soltaba el brazo, y en medio del estupor de todos los demás salió de la sala.

—¡Cuánto me aprietas! dijo al fin.

—No debemos separarnos más, respondió ella sonriéndose.

En seguida apareció el cortejo de la Miseria.

Una tropa de criaturas feas invadió el palacio; cada una llevaba grandes papeles en los que se leian las palabras siguientes:

Cuenta, Deuda, Memoria.

—Avancemos siempre, dijo la Miseria.

Y el pródigo, los ojos cubiertos, bajó las escaleras.

—¿Dónde me llevas? preguntó él: este camino me cansa.

—Siempre irás bajando.

Algunos convidados subian las escaleras, y no sabiendo lo que era, saludaban al hombre rico, recogiendo las últimas piezas de oro que caian de sus dedos.

Pero arriba los convidados se reian señalando con el dedo al pobre insensato, y le decian irónicamente *adios*.

La Miseria le condujo á la calle.

Los criados cerraron las puertas detrás de ellos con bulla.

En seguida le quitó bruscamente la venda que cubria sus ojos; y quitándose ella el velo que la tapaba, apareció lo que en realidad era.

—¿Quién eres? dijo él lleno de terror.

La Miseria le respondió:

—Soy tu amiga. No podemos separarnos mas.

Despues, volviéndolo á coger, le arrancó violentamente de la puerta.

Por el camino oia decir:—¡Mira la Miseria que lo lleva!

Entonces empezó á lamentarse.

—¡Ah traidora! ¿para qué me has escogido por víctima tuya, tú que vivias tan lejos de mí?

¿Y por qué no te ocupas de todos esos que están junto á ti y que ya te conocen?

—No soy yo bastante para escoger al que quiera, dijo la Miseria con una sonrisa infernal, burlándose de él.

—¡Ah, cruel Miseria! ¿por qué me haces sufrir? dijo.

—¡Ah, pobre hombre sin seso! ¿por qué me has dejado entrar en tu casa? replicó la Miseria.

Y como no pudo justificarse no respondió, y continuó andando con la cabeza baja.

Al fin llegaron al sitio; la Miseria echó al pobre pródigo al fondo de un cuarto deteriorado, por donde corria un viento insufrible.

En el suelo habia una infinidad de huesos y pedazos de botellas rotas; en un rincon una cuerda que se movia.

—Estos huesos, dijo la Miseria, son de uno de tus antecesores. Ha muerto de hambre; esta cuerda es la que sirvió á uno para colgarse.

Oyendo estas crueles palabras, el pródigo se puso á llorar.

—Lloras, dijo la Miseria, es inútil, morirás como uno de esos dos.

Entonces miró hácia la puerta, como para huir, pues distinguia á lo lejos coches y paseantes; pero la invencible Miseria le pegó con su látigo.

En este momento oyó cantar en el camino, miró, y vió un pobre hombre que llevaba una pesada carga sobre sus espaldas.

—No le mires, dijo la Miseria irritada, te daria esperanza,

enseñándote el único medio que te queda para librarte de mí, ese medio es el *trabajo.*

Nada se da tan liberalmente como los consejos.

Un embajador de Cárlos V, cerca de Soliman, emperador de los turcos, acababa de ser llamado á la audiencia de este emperador.

Viendo cuando entró en la sala de la audiencia que no habia silla para él, y que no por olvido le dejaban en pié, se quitó su capa y se sentó en ella con tanta libertad como si fuera una costumbre establecida de mucho tiempo.

Espuso su comision, y cuando la audiencia fué concluida, el embajador salió sin recoger su capa.

Creyeron que era por olvido, y le advirtieron.

Él respondió con tanta gravedad como dulzura:

—Los embajadores del rey mi señor, no acostumbramos á llevar nuestra silla con nosotros.

No hay mas que una clase de amor, pero hay mil diferentes copias.

El primero de los navegantes modernos, aquel cuyo talento adivinó el nuevo mundo, y cuya paciencia le descubrió, Cristóbal Colon, sabia conservar en las más críticas circunstancias una sangre fria y serenidad maravillosas.

En el cuarto y último viaje que emprendió para dar nuevas tierras á España, aun cuando esta le habia despojado de sus títulos y dignidades, tuvo que luchar contra la perfidia de hombres conjurados.

Habia perdido uno de sus navíos en aquella costa, que llamó la costa de las *contrariedades*: los dos navíos que le quedaron chocaron uno contra otro durante la tempestad, y el almirante tuvo que encallarse á orillas de la Jamáica.

Los habitantes de esta isla, que los españoles habian ya visitado, acogieron á los náufragos como á hermanos; dóciles á la voluntad de Cristóbal Colon, le obedecian como á su dueño, y le respetaban como á un padre; pero pronto dejaron de dividir con los estranjeros las riquezas de su país.

Se sublevaron contra los españoles, y amenazaron degollarlos.

Colon no podia resistir á los que le insultaban: no tenia consigo mas que algunos hombres mal armados.

Algunos de sus compañeros se habian aventurado á ir á Santo Domingo, en canoas construidas á la manera de los salvajes, para traer un navío que pudiera llevarlos á su país.

Sus conocimientos astronómicos le revelaron un eclipse de luna.

El dia en que este eclipse debia tener lugar, Colon se dirigió á la asamblea:

—«El Dios de los españoles, irritado de vuestra conducta hácia sus hijos queridos, ha retirado de vosotros su mano protectora. Esta noche á las doce, vereis oscurecerse y apagarse el astro que suple á la luz del sol. La naturaleza que-

dará en las tinieblas, y vosotros recibireis el castigo que vuestros crímenes han merecido.»

Estas palabras fueron acogidas con risotadas y amenazas al almirante.

Sin embargo, ninguno tuvo valor para levantarle la mano: le temian, aunque le insultaban, y aguardaron la tarde muy preocupados.

Pero cuando la noche llegó, y vieron la luna levantarse lentamente en medio de un cielo puro, entonces, creyéndose salvados, dieron gritos de alegría y formaron corros de baile y coros, cantando las canciones de su país.

El furor contra los españoles se despertó en ellos, al mismo tiempo que la idea del peligro se borraba de su mente.

—¡Profeta de la desgracia, dijo una voz, es preciso que nos pagues tus mentiras!

—Amigos, peguémosle esta noche misma á la luz del astro que él ha maldecido.

Apenas pronunciaron estas palabras, un velo se esparció en los aires.

La luna palideció, y se apagó por grados.

Á medida que la noche iba siendo más oscura, ni los cantos ni los bailes estaban tan animados.

En fin, cuando la oscuridad fué completa, todos los habitantes quedaron silenciosos é inmóviles.

Despues de este silencio, empezaron á dar gritos dolorosos y desesperados.

Andaban de un lado á otro fuera de sí.

De repente, todos al mismo tiempo, corrieron hácia la

cabaña donde reposaba Cristóbal Colon: le suplicaron que los perdonase y pidiese por ellos.

El almirante se hizo rogar un poco: despues, cediendo á sus súplicas y á sus lágrimas, dijo:

—Si me prometeis ser en lo sucesivo fieles á los españoles, buenos para con los estranjeros, que Dios ha hecho vuestros hermanos, le suplicaré que tenga piedad de vosotros, y dentro de una hora os volverá la luz del astro que llorais.

La luna apareció, en efecto, en el instante anunciado.

Desde ese momento, los habitantes de la Jamáica fueron los sumisos esclavos de los españoles, y hasta su marcha para Europa, Colon fué respetado en la isla, no como un rey, sino como un hombre superior que disponia de la naturaleza.

Bias se encontraba un dia en el mar en compañía de algunos viciosos; fueron sorprendidos por una fuerte tempestad, y creyeron oportuno pedir socorro á Neptuno.

—¡Callad, desgraciados! les dijo Bias; que si los dioses se aperciben de que estais aquí, podemos temer que nos hagan perecer por vosotros.

Haller, sabio anatomista, se pulsaba en el momento de su agonía.

Decia tranquilamente:

—La artéria late..... la artéria late aún..... la artéria no late más!.... y murió.

Un comerciante que habia pasado de Inglaterra á una de

las islas de América, y recogido una considerable fortuna, creyó que no podria ser feliz si no la disfrutaba con una mujer de mérito; y como no encontrase en la isla ninguna que le conviniese, tomó el partido de escribir á uno de sus corresponsales.

Como no sabia escribir sinó como en el comercio, escribió á su amigo una carta, en la cual, despues de hablar de algunos negocios, le dijo lo siguiente de su casamiento:

—Viendo que he tomado la resolucion de casarme, y que no encuentro aquí un partido conveniente para mí, no falte usted en enviarme, por el primer barco para este puerto, una jóven de calidad y forma siguiente:

En cuanto á dote no pido ninguno; que sea de buena familia, entre veinte y veinticinco años, de talla mediana, bien proporcionada, cara agradable, carácter dulce, de una reputacion sin mancha, de buena salud, bastante fuerte para soportar el cambio de clima, á fin de no necesitar reemplazo.

Si llega acondicionada como he espresado, con la presente carta ó copia endosada de usted, me encargo de recibirle, y casarme con la portadora á quince dias vista.

En fé firmo la presente, etc.

El corresponsal de Lóndres leyó y releyó este estraordinario artículo, que trataba á la futura esposa como á los fardos de género que debia enviarle.

Despues de buscar algunos dias, creyó haber encontrado la mujer que le pedia, una señorita amable pero sin fortuna, y que aceptó su proposicion.

Se embarcó con los géneros y certificados endosados por el corresponsal.

Fué comprendida en la lista de las espediciones, en estos términos:

«Mas una jóven de veintiun años, calidad, forma y condicion, segun sus órdenes.»

Antes de la marcha de la jóven, el corresponsal escribió cartas de aviso por otros barcos, para informar á su amigo que le mandaba por tal barco una jóven como pedia.

Las cartas de aviso, el género y la jóven, todo llegó felizmente al puerto.

Nuestro americano se encontraba en el desembarcadero, y vió que una jóven muy amable, que le oyó nombrar, dijo:

—Caballero, tengo una letra de cambio sobre usted; espero que.....

Y le remitió al mismo tiempo la letra de su corresponsal, en cuyo sobre decia: «La portadora de esta es la esposa que usted me ha dado órden de enviaros.»

—Señorita, dijo el americano; no he dejado nunca protestar mis letras de cambio, y os juro que no empezaré por esta.

Seré el más feliz de los hombres si me permitís que pague esta letra.

La primera entrevista fué seguida de un casamiento, que fué uno de los más felices de la colonia.

Cierto pillastre, caballero de industria, entró un dia en casa de un vendedor de ornamentos eclesiásticos y vasos sa-

grados, diciendo que el cura de su pueblo le habia encargado la compra de ciertos efectos.

El comerciante, de buena fé, le dijo que escogiera lo que mejor le pareciese, y el bribon escogió un cáliz, una custodia y unas vinajeras de plata, un terno completo y una ó dos capas pluviales bordadas en oro fino.

Cuando se trató de ajustar una casulla, se dudaba sobre cuál le estaria mejor al señor cura de su pueblo.

—Pronto podremos salir de duda, dijo el caballero de industria; usted tiene poco más ó menos la estatura del párroco: si le viene á usted bien, le sentará perfectamente á él: ¿tendrá usted la bondad de probársela?

El comerciante se puso la casulla.

—No basta, dijo el otro: veamos si al andar hace algun movimiento, si es muy baja ó muy alta.

Y el comerciante dió un paso á lo largo de la tienda, contoneándose con el placer de quien hace un buen negocio; pero, cuando se volvia, vió que el comprador escapaba con los efectos.

—¡Al ladron, al ladron! gritaba el pobre hombre mientras salia á la calle para ver la direccion que el otro tomaba, procurando desatarse la casulla.

—Deténganlo ustedes, que se ha vuelto loco, decia el ladron.

—Señor don Marcelino, decian los vecinos, sosiéguese usted por Dios, y entre en su casa, que todo se arreglará.

—¡Qué lástima, decian los más envidiosos al verlo correr por la calle con la casulla puesta, qué lástima haberse vuelto loco el pobre don Marcelino!

Decia un catedrático de moral á sus discípulos:

—Señores, en la leccion anterior os hablé de dos clases de orgullo: el del nacimiento y el de la fortuna; hay otro aún, el del talento; pero omito hablaros de él, porque entre vosotros no hay uno solo que pueda tener vicio semejante.

Proveyeron los Reyes Católicos el arzobispado de Toledo en Fray Francisco Jimenez de Cisneros, el obispado de Búrgos en Fray Pascual, y en Fray Diego Daza el de Palencia.

Preguntaron á uno con este motivo:

—¿Qué os ha parecido esta provision?

—Paréceme, respondió, que jugaron los reyes al triunfo, y salió de frailes.

El alcalde de Atienza, que tenia la tenencia por el infante don Enrique, diósela al rey don Juan II.

Aconteció despues que estando el rey sobre Santorcaz, defendióse muy bien el alcaide de este punto. Estaba allí presente el que habia entregado á Atienza, y dijo:

—Á lo menos, señor, no lo hice yo de esta manera con Vuestra Alteza.

—Por eso, respondió el rey, confiaré mejor mis fortalezas á sus hijos que á los vuestros.

Un obispo envió por presente á un famoso predicador seis capones, y como al criado que los llevaba le pareciese

el regalo muy grande, dejó dos en su casa y llevó los cuatro restantes.

El fraile, que del regalo y de su cuantía tuvo noticia, dijo al criado:

—Decid á su ilustrísima que le beso las manos y le doy gracias por los cuatro capones que han llegado aquí, y os encargo al mismo tiempo que se las deis vos en vuestro nombre por los dos que se han quedado en el camino.

Gusta adivinar á los otros, pero no gusta ser adivinado.

Queriendo dar una carda
Un mocito á un albardero,
Le dijo:—¿Cuánto dinero
Llevará usted por su albarda?
—En seis pesetas cabales,
Responde, la venderé;
Pero por ser para usté
Se la pondré en veinte reales.

César en una tregua, habiéndose aproximado para conferenciar con el enemigo, se vió de repente atacado por los alemanes: se retiró sin permitir á sus soldados tirar ningun dardo, no queriendo, al ejemplo de sus enemigos, faltar á la tregua.

El cónsul Manlius preguntó un dia á César qué era lo que él encontraba mejor para adquirir una verdadera gloria.

—Es, respondió, perdonar las injurias, y recompensar á aquellos que me sirven bien.

Bourvalais, rico recaudador, preguntó un dia á una persona de talento, qué era la opulencia.

—Es, le respondió, la ventaja que un pillo tiene sobre un hombre honrado.

César, viniendo á España para batirse con los hijos de Pompeyo, corrió grandes peligros en la batalla de Munda.

Viendo que la victoria se declaraba contra ellos, se confundió entre los enemigos, gritando á sus soldados: ¿No teneis vergüenza de entregarme á unos niños?

Esto inspiró nuevo valor, combatieron feroces y salieron vencedores.

Un hacendista, enriquecido á costa del Estado, decia:

—Es preciso mucha fuerza para despreciar las riquezas.

—Usted se engaña, le respondió un hombre de bien, es suficiente mirar en qué manos se encuentran.

Algunos lores estaban en un café de Lóndres; de repente un hombre cae á sus piés con síntomas de un ataque de apoplejía.

—Apuesto que no vive veinte minutos, dijo uno de ellos.

—Cincuenta guineas á que muere antes de un cuarto de hora.

—Cien que muere antes de diez minutos.

—Cien que ha muerto.

—Cien que aun respira.

Todas las apuestas son tan pronto dichas como aceptadas.

El uno de ellos que habia apostado por su vida, se levanta, y le pone en las narices un frasco.

—¡Milord! ¡Milord! dijo uno de los que apostaban por la muerte, ¡un instante! los frascos no sirven.

Un ratero entró una noche en casa de un comerciante que tenia algunas lámparas de plata en el mostrador.

Pide algun género, y mientras los dependientes lo buscaban se pone á hablar con la vendedora y otros que allí se encontraban.

Hablaban de los modos que se servian para robar.

—Señores, dijo, todo lo que ustedes cuentan no es nada en comparacion de la manera que un ratero se sirvió para robar dos lámparas de plata del mostrador de una tienda casi igual á la en que nos hallamos, delante de algunos testigos que le miraban.

—Eso no es posible, dijo uno.

—Señores, yo estaba presente, dijo; miren ustedes cómo lo hizo, nada en efecto es mas singular.

El ratero, fingiendo entonces representar lo que contaba, pone su sombrero sobre el mostrador, pone debajo de

su capa las dos lámparas, apaga las dos luces, é imitando al ratero ganó la puerta y se escapó por una calle estrecha.

Andresito el casquivano,
Recien venido de Francia,
Afecta con petulancia
No saber ya castellano.
Dad parabienes á Andrés
Por lo que en Francia ha ganado;
El español ha olvidado
Y..... no ha aprendido el francés.

Cuando los españoles eran aun dueños de la provincia de Artois, Saint Preuil, gobernador de Amiens, propuso á un oficial, llamado Courcelles, una comision singular.

—He escogido á usted, le dijo, como el mas bravo soldado que conozco, para una espedicion que hará su fortuna.

Se trata de sorprender á Arras, y este es mi proyecto.

Usted se disfraza de campesino é irá usted á vender fruta á la plaza: despues de algun tiempo, tramará usted querella con alguno á quien matará usted de una puñalada; se deja usted prender, le condenarán á usted á ser colgado.

No sé si usted sabe que la costumbre de Arras es hacer las ejecuciones fuera de la villa: sobre esto estriba mi plan.

Dispondré una emboscada junto á la puerta por la cual hagan salir á usted: mis gentes se harán los dueños desde que vean que se ocupan en los preparativos del suplicio.

Yo iré para detenerlos y al mismo tiempo apoderarme de la plaza.

Despues yo le libro á usted. Este es mi plan, ¿qué le parece á usted?

—Muy bueno, replicó Courcelles, pero necesito reflexionar.

—Pues bien, reflexione usted y hágame usted saber mañana su resolucion.

Al dia siguiente Courcelles fué á su casa, y le dijo:

—El plan es magnífico; pero ruego á usted tenga á bien que yo mande la emboscada y que usted sea el paciente.

Un embajador de Francia cerca del rey de la Gran-Bretaña, Jorge I, en una audiencia que tuvo con un príncipe, enseñó en su manera de obrar toda su vivacidad.

Despues de la audiencia, el rey preguntó á Mr. Bacon qué pensaba del embajador de Francia.

Respondió que era un hombre grande, bien formado.

—Pero, replicó el rey, ¿qué opinion tiene usted de su cabeza? ¿Es un hombre capaz de desempeñar bien el cargo de embajador?

—Señor, respondió Bacon, la gente de alta estatura se parece á las casas de cuatro ó cinco pisos, cuyo último piso es ordinariamente el peor amueblado.

Un habitante de Marsella fué asesinado una noche en su casa de campo.

No se apercibieron hasta por la mañana, y el señor Ch.....

subteniente criminal, fué para reconocer el cuerpo y hacer indagaciones.

Visitando el cuarto del campesino el secretario del señor Ch..... llamó aparte al magistrado, y le dijo:

—Señor, es ese campesino el que ha dado el golpe.

—¿Cómo lo sabe usted? le dijo el señor Ch.....

—Hoy es miércoles, respondió el secretario, y tiene camisa limpia.

Esta observacion tan justa hizo al subteniente criminal que hiciese declarar al campesino su crímen, y ha encontrado la camisa manchada de sangre que se habia quitado.

La lengua inglesa intentó
Aprender don Juan de Lara,
Y al que antes se la enseñára
Dos mil duros ofreció.
Agarró un inglés de presa
Y dijo á Lara el muy soca:
—Ahí teneis: abrió la boca
Y enseñó la lengua inglesa.

Un jóven que acababa de ver representar una pieza titulada *Cleomene*, dijo á Mr. Dryden, burlándose del héroe de la pieza, que cuando estaba junto á una mujer sabia emplear mejor su tiempo que ese general de Esparta.

—Puede ser, respondió friamente Mr. Dryden; pero permitidme que os diga que no sois un héroe.

Un pintor se alababa delante de Apeles de pintar muy de prisa.

—Ya lo veo, le respondió simplemente Apeles.

Un gentil-hombre breton, en estremo taciturno y lacónico, no preguntaba nunca, y no respondia mas que por monosílabos á lo que le preguntaban.

Convidado á comer en casa de una princesa, esta apostó con un oficial de los guardias suizos á que no le hacia hablar.

El oficial se puso cerca del breton:

—¿Qué sopa quiere usted?

—Arroz.

—¿Qué vino bebe usted?

—Blanco.

Y otra infinidad de preguntas que obtuvieron las mismas respuestas.

—Caballero, dijo el oficial, ¿es usted de Saint-Malô?

—Sí.

—¿Es verdad que esta villa está guardada por perros?

—Sí.

—¡Oh! ¡eso es muy singular!

—No tan singular como ver al rey de Francia guardado por suizos.

—Princesa, dijo el oficial; ved si le he hecho hablar.

El 4 de febrero último, á las dos de la tarde, una jóven

vestida de encarnado y adornos de oro, iba en litera á una de las plazas públicas de Hong-Kong, donde iba á colgarse ella misma, esperando por el sacrificio de su vida comprar la felicidad inmediata al esposo que la muerte habia separado de ella.

En medio de la plaza un cadalso habia sido levantado, en medio del cual habia dos palos, de los cuales colgaba una cuerda de seda encarnada.

La plaza estaba llena de curiosos del uno y otro sexo.

Las mujeres estaban con sus mejores trajes, como si estuvieran en una diversion.

Pasaron al pié del cadalso, la viuda bajó de su litera, ayudada de uno de sus parientes.

Dió las gracias á la gente por haber venido á verla, despues se sentó en la meseta del cadalso, donde comió en compañía de otras señoras á las cuales habia convidado.

Le presentaron un niño, al que acarició y puso á su cuello una cadena de oro que ella tenia; despues, tomando una cesta de flores que repartió á los espectadores, pronunció un discurso á fin de hacer conocer el motivo que la hacia abandonar la vida.

En fin, una salve anunció el momento fatal, pero se retardó un poco á causa de faltar uno de los hermanos de la viuda.

El hermano se presentó, la viuda subió en un banco que habia debajo de la cuerda, pasó su cabeza por entre el lazo, dió su adios á la gente, y poniéndose un pañuelo encarnado en la cara, tiró el banco, y cumplió su suicidio.

Sin embargo, la muerte no fué súbita, y con serenidad

mandaba con sus dos manos saludos á todos hasta que su muerte fué completa.

El cuerpo quedó colgado por espacio de una hora, despues de la cual los parientes de la muerta desataban el cadáver, y se disputaban la cuerda que habia servido para el suicidio.

En la plaza se levantó un monumento en memoria de la heróica viuda.

Un obispo llamó á su cocinero para que le sirviese la comida.

Habiéndose presentado este sin nada, le rogó que se despachase.

—Le hablo á usted como prelado, dijo este; pero si viene usted otra vez sin la comida, el diablo me lleve si no le rompo á usted la cara.

Pulsando un doctor de nombre
A un hombre en Torrelaguna,
Dijo:—¡Imposible es que este hombre
Llegue á la próxima luna!
Y el hombre arrugando el ceño,
Dijo:—Razon no te falta,
Porque yo soy muy pequeño
Y la luna anda muy alta.

Osly, famoso mendigo de Lóndres, ha hecho fortuna, sirviéndose de la siguiente estratagema.

En tiempo que aun estaba permitido mendigar en Inglaterra, se ponia en los paseos más frecuentados por la gente de buen tono; cuando veia algunas señoras elegantes las pedia limosna.

Si no le daban, decia:

—Señora, en nombre de esos hermosos ojos; á otra, en nombre de ese cabello negro, en nombre de ese cuerpo encantador. En fin, las pantorrillas divinas, los pies bonitos, nada se le olvidaba, y entraba en su casa con la bolsa llena.

Riñendo á su esposa Andrés
Por yo no sé qué pecado,
—¡Calla! le dijo enfadado,
¡Animal de cuatro piés!
Y ella, frunciendo las cejas,
Dijo:—No es por injuriarte,
Pero bien puedo llamarte
Animal de cuatro orejas.

Un caballero principal de Madrid tenia un mayordomo tan poco avisado que le prohibió tomar ninguna disposicion importante sobre negocio suyo sin consultarla primero.

Necesitó marchar á Barcelona, en aquella época en que no habia ferro-carriles, ni telégrafos, ni siquiera diligencias, y á los ocho ó diez dias se encontró con la carta siguiente:

«El caballo árabe ha caido enfermo de mucha gravedad;

he llamado al albéitar y opina que debe sangrársele en el acto; pero como el asunto es de tanta importancia, me ha parecido conveniente consultarlo antes con vuestra señoría para que disponga lo que debe hacerse, porque nunca yerra el que consulta.»

Es claro que cuando vino la órden de sangrarlo, el caballo se habia muerto.

Visitando un obispo su diócesis, bajó un dia del coche, é hizo detener su comitiva por disfrutar algunas horas la frescura de un ameno y delicioso valle que encontró en su camino.

Un pastor que en las inmediaciones guardaba su ganado, fué á pedir á su eminencia que lo vendijese, y nuestro obispo, por entretener el tiempo, trabó con él conversacion.

—¿En qué consiste, le dijo, que los pastores de hoy no merecen ser patriarcas ni profetas, ni que los ángeles les anuncien el nacimiento del Hijo de Dios, ni que los hagan reyes ni emperadores?

—Señor ilustrísimo, respondió el pastor, todo sin duda alguna ha ido perdiendo mucho en el mundo.

—¿Y por qué dice usted eso?

—Porque tampoco los obispos de hoy son como solian, pues antes, segun cuenta nuestro cura, cuando moria alguno se tañian las campanas solas en señal de dolor, y ahora, aun tirando de ellas con mucha fuerza, no quieren sonar.

El célebre pintor Holbein estaba en su taller haciendo el

retrato de una señora, cuando un conde inglés se empeñó en entrar, aunque el artista le habia esplicado con palabras atentas que le disimulase no recibirle en aquel momento.

Insistió el conde con tal arrogancia, que agotada la paciencia de Holbein, abrió la puerta, y cogiendo al caballero por el cuello de la camisa, lo lanzó rodando por la escalera, en la que recibió algunos coscorrones.

El pintor volvió á su taller cerrando la puerta, pero á poco rato oyó las amenazas de los criados del conde que querian vengar las magulladuras y contusiones de su amo; y viéndose en tal aprieto, salió por una puerta escusada y fué á echarse á los piés de Enrique VIII, al que refirió lo ocurrido.

No bien habia obtenido el perdon de Su Majestad, cuando se presentó el conde lleno de vendajes pidiendo justicia contra tales insultos; pero el rey, manifestando su sentimiento por los golpes recibidos, se empeñó en que el conde concediese un generoso perdon al agresor; más al ver que el agraviado desairaba su intercesion y que solo hablaba de venganza, le dijo:

—Tu vida va á responderme de la de mi pintor: no debes estrañar la consideracion que le dispenso, porque has de saber que condes como tú los hago yo en el acto, tomándolos aún de la clase más miserable de la sociedad, cuando de todos mis condes juntos no se puede hacer un pintor como Holbein.

En cierta ocasion, decia Manolito Gazquez, quise pasmar á Roma y al Padre Santo.

Para ello entré en la iglesia de San Pedro un dia del santo patron.

Allí estaba el Papa y los cardenales y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda la cristiandad. Tocaban veinte órganos y muchos instrumentos, y mil pitos y flautas, y entonaban el *Pange lingua* dos mil cincuenta voces.

Llega don Manolito con su casaca (iba yo de corto) y me pongo detrás de una columna que hay á la entrada por Oriente, así conforme se entra, á mano derecha; y cuando más bullicio habia meto un piporrazo, y toda aquella algazara calló, y la iglesia hizo *bum bum*, á este y al otro costado, como para caerse.

Á poco siguió la funcion, creyendo el Consistorio que el terremoto habia pasado, y entonces meto otro piporrazo de mis mayúsculos, y la gente se asusta, y dice al punto:

«O el firmamento ¡oh cielos! se desploma,
O el señor Manuel Gazquez está en Roma.»

Salieron á buscarme, pero yo tenia que hacer, y me vine á Sevilla para ir al rosario.

Juana me hizo la merced
De decirme, y no es embuste:
—Venga usted cuando usted guste,
Porque esta casa es de usted.
Como yo estaba de trueno
Y vale un millon quizá,
Dije:—Señora, ¡ojalá
Que usted me lo hiciera bueno!

Un individuo que habia pasado sus años en una paz profunda, se hallaba próximo á marcharse del mundo.

El fraile que le asistia le hablaba mucho de la paz del cielo y del desórden de los infiernos, etc., etc.

—¡Cuánto sentiría ir á él! interrumpió el enfermo; siquiera si hubiese sosiego..... menos mal.

Un caballero tartamudeaba de manera que tenia siempre á su lado un criado para repetir lo que decia.

Un dia, queriendo divertirse con un sacristan muy gracioso, le preguntó:

—¿Por qué habló la burra de Balaan?

El sacristan no entendió lo que decia; hizo que se lo esplicase el intérprete que se hallaba presente, y sin detenerse contestó:

—Porque como Balaan tartamudeaba, respondió por él su asno.

Un aguador, contento por haber ganado el premio grande de la lotería, quiso hacer durante algun tiempo la vida de un gran señor, cosa que siempre habia ambicionado.

Se lavó y vistió muy bien, alquiló un magnífico cuarto amueblado, un coche, y lacayos.

Al cabo de seis meses, apercibiéndose de que sus fondos se acababan, convidó á sus criados, cochero y cocinero á comer con él.

—He querido, dijo, probar la vida de los ricos; me he

aburrido mucho, y me alegro tener que volver á mi vida primitiva.

Vamos, queridos amigos, bebamos, divirtámonos; ayer era vuestro amo, hoy soy vuestro igual.

Una manola muy fea
Dijo á un torero algo mas:
—Vaya usté con Dios, germoso.
Vuelve el chulo cara atrás,
Y entendiendo que era pulla,
Viendo á su imágen, su igual,
La contestó sonriendo:
—Sobre que siento, á fé é Blas,
No poderte icí otro tanto,
Conque agur..... y náa mas.
Puesta en jarras la manola
Repuso con brevedad:
—Pus miente osté como yo,
So..... èstampa de Satanás.

Un andaluz de estatura gigantesca y de una fuerza atlética, se halló en un corrillo de amigos al lado de un pisaverde muy pequeño y muy fino, que buscaba disputas con él, hasta que, cansado de sufrirle, le dijo:

—Os aconsejo calleis, por que si no.... os pongo entre dos rabanadas de pan, y os trago como una anchoa.

Contaba Manolito Gazquez que un marqués compró un caballo que nadie podia domar, y que él se comprometió á ponerlo como un cordero.

—Llegados al picadero, decia, le dí al caballo una palmada en la cruz, y el animal temblaba.

Puse luego un pié en el estribo, y monté.

Entonces el caballo dió un bote: yo, tieso que tieso.

El caballo dió otro bote y rompió la cincha, y yo, tieso que tieso.

El caballo dió otro tercer bote, y echó la silla al suelo, y yo, siempre tieso que tieso.

Las gentes que oian esta aventura preguntaban:

—Pero, hombre, ¿cómo al caer la silla no cayó usted tambien?

—¡Toma! porque estaba montado en el pescuezo.

María merece ya,
Por lo alegre y gratuita,
Que en lugar de Mari-quita
Se la llame Mari-da.

En Burdeos pedia un mendigo con muchas instancias un franco á una mujer que iba por la calle.

Negóse esta á dárselo, y él la persiguió gran trecho haciendo la misma demanda, hasta que viendo el mendigo que entraba ya en su casa, dijo:

—Por esta falta de caridad, se ve un hombre precisado á hacer cosas que.....

Compadecida la buena mujer, y creyendo evitar un delito, le dió el franco y le preguntó qué haria si no tuviese aquel socorro; á lo que el mendigo respondió con mucho descaro:

—Tendria que ponerme á trabajar, y en verdad que no tengo muchas ganas de hacerlo.

Dió un enfermo en la manía de no comer, diciendo que habia fallecido, y que los muertos no necesitaban alimento.

El prudente médico que lo curaba, viéndole acabar sin remedio, dispuso que otro hombre amortajado en forma de cadáver se apareciese: hízolo así, y advirtiólo el doliente, y hallándose con aquel nuevo compañero, dijo:

—¿Quién eres?

—Soy un difunto.

Sin estrañarlo, empezaron sus pláticas del otro mundo.

Á breve rato el muerto fingido pidió de comer; trajéronle una polla; viólo el demente, y, admirado, dijo:

—¿Qué es esto? ¿los difuntos comen?

—Sí, hermano, respondió aquel; ¿para qué comen los vivos?

—Para no dejar de ser vivos.

—Pues los muertos deben comer para no dejar de ser muertos.

—Pues comeremos todos, dijo el enfermo.

Un médico muy famoso fué llamado un dia para asistir á una señora que vivia en su misma casa.

El doctor acude en seguida á casa de su vecina; le introducen en la sala, y la señora le indica, con las lágrimas en los ojos, un..... terrible mono, envuelto entre puntillas y acostado en elegantes almohadas; el animal parecia sufrir mucho.

El doctor, humillado del papel de médico de mono que quieren hacerle representar, cumplió muy bien con los deberes de su profesion.

Toma silenciosamente el pulso del mono, le examina con atencion, y pronto conoció su enfermedad; despues, mirando á un rincon de la sala vió á un hijo de la señora, gordiflon como un lloron, que se revolcaba por la alfombra; va corriendo, lo examina tambien, le toma el pulso, y volviendo hácia su madre, la dice:

—Señora, vuestros dos hijos tienen una indigestion; que no hagan mas que beber té y guardar dieta; eso pasará.

URBANIDAD DE LOS CHINOS.

La urbanidad de los chinos es proverbial; ellos han abusado de las cortesías y calculan por ellas las ventajas políticas más pueriles.

Los hombres mueven de una manera afectuosa las manos, y bajan un poco la cabeza, pronunciando palabras graciosas.

Si se encuentran una persona que respetan, levantan las

dos manos unidas, y las bajan despues hasta el suelo, curvándose.

Si dos personas se encuentran, despues de una larga separacion, caen los dos de rodillas y bajan la cabeza hasta el suelo, repitiendo dos ó tres veces la misma ceremonia.

Á esta entrevista: «¿Cómo está usted?» responden: «Muy bien, gracias á vuestra abundante felicidad.» Si quieren decir á alguno que está bien: «La prosperidad está pintada en vuestra cara,» ó «vuestra marcha anuncia felicidad.»

Si ven que se adelantan á complacerlos:

«Sois pródigo de vuestro corazon,» dicen. Á un servicio prestado, responden: «Mi reconocimiento debe ser inmortal.» Temor de haber interrumpido: «He cometido, dicen, una grande falta, tomándome demasiada libertad.»

Salúdenle ustedes con urbanidad, y dicen: «No puedo sufrir que usted se tome tanta pena en mi favor.»

Si se alaba, dicen:

«No puedo persuadirme de lo que usted dice de mí.»

En fin, si van ustedes á comer á su casa, dicen:

«No hemos tratado á nuestro convidado con bastante distincion.»

No emplean nunca en sus conversaciones la primera ni la segunda persona.

En vez de decir: «Estoy muy agradecido del servicio que usted me ha prestado,» dicen: «el servicio que el señor, ó el doctor, ha prestado al más pequeño de sus servidores, ó colegiales, le ha impresionado muy sensiblemente.»

Es preciso observar que todas estas cosas están prescritas por el ritual chino, que determina el número de corte-

sías; las espresiones que deben emplear; las vueltas á derecha y á izquierda que deben hacer; los saludos delante de la silla donde van á sentarse, pues que la saludan profundamente y limpian el polvo con su vestido: en fin, hasta los gestos mudos por los cuales os ruegan que entreis en una casa.

Los campesinos no faltan á esas reglas de urbanidad.

Los estranjeros tienen necesidad de aprender en seguida las ceremonias del imperio, y los embajadores pasan cuarenta dias en estudiarlos antes de presentarse á la córte.

El tribunal de ceremonias las hace observar puntualmente, y todos los dias hay arrestos, á los cuales los chinos se someten.

Creen que estos deberes de urbanidad endulzan la vida, y mantienen el órden y la subordinacion en el imperio.

Á una mujer nada fiel
Su buen esposo adoraba,
Y cuando ausente se hallaba
Jamás se acordaba de él.
Sin embargo, poco diestro,
Á su mujer escribia,
Y en vez de firma, ponia:
«El menor marido vuestro.»

Encontraron ciertas señoritas á una gitana en el paseo, y habiéndole pedido les dijese la buenaventura, entre otras

cosas les ofreció que les enseñaría las caras de sus futuros esposos en una balsa de agua que habia inmediata.

Deseosas de ver cumplida esta oferta, le dieron varias monedas, y ella las condujo á la balsa y les hizo que se mirasen en el agua; pero como no veian mas que sus propios semblantes, la trataron de charlatana y embustera, y ella les contestó con mucha calma y formalidad:

—Pues si ustedes llegan á casarse, esas caras, ¿no serán de sus esposos?

Un gastrónomo pobre comia en la casa de un compañero rico.

Al principiar el primer plato, el rico fué atacado de apoplejía; los criados corrieron á socorrerlo, le llevaron á la cama, y mientras estos se ocupaban de auxiliar al enfermo, el otro se fué á la cocina.

—¿Qué ocurre? ¿Se hace algo para el señor? le preguntó el cocinero.

—De eso se ocuparán los otros; yo me vengo aquí para que me puedas servir más pronto.

Pasando un viajero madrileño una ria de la costa cantábrica en una barca demasiado vieja y en un dia sobrado tempestuoso, dijo al barquero:

—¿Se suele perder algun viajero al atravesar esta ria?

—Cá, no señor, somos aquí muy despejados.

—Pero si está el tiempo tan borrascoso hoy.....

—Tampoco: mire usted, el otro dia, lo más hará diez, se

volcó esta misma barca, cayendo al agua veinte pasajeros.

—¡Diablos!

—Sí, pero al otro dia los encontramos á todos, es verdad que ahogados, pero sin perderse ni uno siquiera.

—Sé yo muy bien, decia un parroquiano á un choricero, que en Estremadura ponen carne de burro en los chorizos.

—¿Ha estado usted en aquel país?

—Sí señor, tres años.

—Pues ahí tiene usted la prueba de que no es cierto lo que dice.

—¿Qué prueba es esa?

—La de no haber vuelto usted convertido en chorizo.

A una manola un marqués
Dijo con dulce sonrisa:
—¿Dónde va con tanta prisa
La perla del Lavapiés?
Y enseñándole el hocico
Respondió la sandunguera:
—Voy á buscar la otra cera,
No me atropelle un borrico.

Mr. de Talleyrand visitó por primera vez á la esposa del embajador de Prusia, madama de Luchesini, mujer hermosísima, si puede ser hermosa una mujer de formas gigantescas.

Cuando le preguntaron su parecer acerca de aquella mujer, dijo:

—Los tenemos mejor en los granaderos de la Guardia.

En 1841, concluida la guerra civil, infestaban las carreteras algunas pequeñas partidas de malhechores.

Con este motivo, habiendo llegado á un pueblo de Cataluña el regimiento de N., el alcalde dijo al coronel:

—Vengo á ofrecer á V. S. una escolta de cuatro hombres armados con buenos trabucos para que protejan al regimiento si se viese acometido por los ladrones.

Despues que Napoleon, en 1810, dió los fulminantes decretos contra los géneros coloniales, queriendo destruir el comercio británico, sorprendió á un cura de aldea bebiéndose una gran taza de café, y haciéndole ver que, como sacerdote, debia ser el primero en obedecer sus órdenes, le contestó:

—Señor, es verdad que Vuestra Majestad tiene mandado que se quemen todos los géneros coloniales, y así lo he ejecutado, pudiendo asegurar á Vuestra Majestad que el café que estoy tomando lo he tomado antes. Si quiere probarlo Vuestra Majestad, le prepararé una taza.

Cuatro cosas holgaba de ver la reina doña Isabel la Católica.

Hombres de armas, obispo puesto de pontifical, damas en estrado, y ladrones en la horca.

Entró un médico cierto dia en casa de un caballero que padecia cruelmente de la gota, y quedó sorprendido al ver que el paciente estaba celebrando no sé qué acontecimiento fausto, con una botella de vino de Madera.

—Venga usted acá, doctor; llega usted á tiempo de probar esta botella de Madera y de dar su voto sobre ella, porque es la primera de una barrica que acabo de abrir.

—¡Ay, amigo! replicó el doctor; esas barricas de vino de Madera son fatales para la gota; esta es la causa de sus padecimientos; créame usted.

—Pues bien, repuso el enfermo, llene usted su vaso, y ya que hemos hallado la causa de mi mal, cuanto antes la destruyamos será mucho mejor.

Uno de estos embusteros de oficio que han estado en todas partes, visto todo el mundo y conocido todos los círculos sociales y las costumbres de todos los pueblos, decia una vez:

—Señores, existe un país en el interior de África, casi tan civilizado como Europa; pero, sin embargo, conservan ciertas costumbres que jamás desterrarán, si bien sean las más estravagantes que puedan oirse.

El rey tiene su Consejo de Estado; este se reune todos los lunes para tratar los negocios; pero esta reunion tiene lugar en un salon, que en vez de poltrona, como las que se

usan entre nosotros, tienen un número de grandes cubas llenas de agua.

Cuando los miembros del Consejo entran para celebrar sus sesiones, cada individuo se mete en la cuba que le pertenece, dejando fuera del agua solamente la cabeza. En esta posicion discuten los negocios.

—¿Pues cuenta usted eso por cosa grande? esclamó un andaluz que lo oia.

—¿Ha visto usted más todavía? le preguntó el embustero.

—He visto otro país en el que las cubas discutian ellas solas los negocios del Estado con una claridad y una lucidez envidiables.

Cortándose el pelo Bruno,
Dando un chillido, esclamó:
—¡Cuernos! ¡señor peluquero!
Y el rapista respondió:
—Ellos tuvieron la culpa
Del maldito tropezon.

Ante un tribunal de Toscana apareció un ladron acusado de haber robado una gallina; y el dueño de la gallina acusado tambien por haber cortado una oreja al ladron.

Despues de hecho cargo el juez de las circunstancias del robo, los antecedentes de ambos individuos y consultado su código, condenó al ladron á devolver la gallina á su dueño, y al legítimo poseedor de la gallina, á ocho dias de cárcel.

—Señor, dijo el robado, apelo de esa providencia.

—Usted está en su derecho.

—No sea usted majadero y retire la apelacion, le dijo el secretario por lo bajo.

—Hay injusticia notoria, contestó el apelante.

—¿Está usted en su juicio? añadió el secretario.

—¡Pues no lo he de estar! ¿conque el ladron queda en libertad dándome mi gallina, y yo debo sufrir ocho dias de cárcel estando dispuesto á devolverle su oreja?

Caminando dos frailes, el uno dominico y el otro de la órden de San Francisco, llegaron á un rio que debia pasarse por el vado.

El primero dijo al segundo:

—Haz el favor de pasarme á cuestas, puesto que vas descalzo y así lo previenen los estatutos de tu órden.

Condescendió el franciscano; pero al llegar á la mitad del rio se le ocurrió un escrúpulo que le hizo detener el paso.

—Amigo mio, le dijo, ¿llevas dinero?

—Sí, unos reales debo llevar, contestó el dominico.

—Pues entonces, ni en Dios ni en conciencia puedo seguir contigo acuestas, porque mi regla me prohibe espresamente que lleve dinero encima. Bien puedes perdonarme, pero me es imposible.

Y diciendo esto, dejó caer al otro en el agua.

En una calle de Lóndres se hallaron de vuelta encontrada los coches de un luterano y de un kuákero.

Cada uno pretendia que el otro debia cejar, mas ninguno cedia.

El luterano hizo parar los caballos, mandó apear á su cochero, cruzó las piernas y los brazos, y se preparó á pasar allí el dia y la noche.

El kuákero se caló bien el sombrero, se arrellanó sobre su coche, y dijo:

—De aquí no me muevo.

Despues de pasado mucho tiempo, el luterano sacó su eslabon hizo fueho, y encendió un cigarro.

El kuákero encendió su pipa, y se puso á fumar con la calma de un bajá de tres colas.

El luterano sacó del bolsillo un periódico como una sábana, y empezó á leer sin dejar una sílaba

Cuando hubo leido algunos minutos, le dijo el kuákero:

—Caballero, cuando usted haya concluido su lectura, ¿tendrá usted la bondad de prestármelo?

Al ver el luterano que era inútil tomar empeños con un hombre de temple, tan duro y tan porfiado, mandó á su cochero que cejase, y el kuákero siguió tranquilo su camino.

Un amigo nuestro, gracioso sobre todo encarecimiento, y que por cierto tiene una mujer lindísima, rica, jóven y buena, cuando quiere hacer que se le crea sobre alguna cosa no muy corriente, alarga el brazo con mucha grave-

dad, y poniendo la mano sobre la cabeza de su mujer y levantando los ojos al cielo, dice:

—Lo juro, señores, sobre esta cruz que Dios me ha dado.

Yendo un alcaide anciano á decir á su señor que habia perdido la fortaleza que le tenia encomendada, iba sin afeitar y llevaba la barba completamente cana. El señor le dijo:

—¿Cómo has perdido la fortaleza conservando la barba cana?

En una de las quintas de estos años últimos debia un pueblo pequeño dar un soldado, teniendo solo dos mozos útiles, el hijo del alcalde y Benito, criado de un rico labrador.

El alcalde, por salvar á su hijo, ideó una trampa grosera, reducida á meter en la urna dos números *uno*, y á obligar á Benito á que sacase la suerte el primero, pues era seguro que por necesidad habia de sacar el número uno y ser declarado soldado.

Pero la criada del alcalde era la novia del Benito, sospechó ó escuchó la trampa, y se la contó á su novio.

Llegó el dia del sorteo; todo estaba perfectamente preparado, y no habia remedio alguno para Benito si no se ayudaba de su ingenio.

Pero el mozo era listo, y tenia más deseos de casarse que de ir soldado; así es que, cuando llegó la ocasion, metió la mano en el cántaro á vista de todo el pueblo, sacó una cé-

dula, y en vez de entregarla al secretarió para que la leyese, se la metió en la boca y se la tragó.

—¡Qué haces, desgraciado! gritó el alcalde con voz aterradora.

—Nada, señor alcalde, dijo Benito, no se alarme usted. En el cántaro habia dos bolas, una con el número uno y otra con el dos. Nada se ha perdido. Que saque ahora su hijo de usted, y si su bola es el número dos yo soy soldado, y si es el número uno lo es él.

—Es verdad, es verdad, gritó el pueblo entusiasmado.

Y el hijo del alcalde fué soldado, sin que su padre pudiera decir una sola palabra.

Pope, célebre por su agudo y brillante ingenio, y no poco inclinado á la sátira y á la malignidad, era de baja estatura, feo y contrahecho.

Disputando cierto dia con un amigo suyo de escelente carácter y de bastante talento, como por vía de desprecio le preguntó si sabia lo que significaba un interrogante.

El caballero respondió:

—Sí; es una pequeña figura jorobada, negra y empinada, que hace con frecuencia preguntas muy fastidiosas.

Un abogado muy codicioso hizo pagar muy caros los honorarios que le debia una señora con la que habia de casarse muy pronto.

Como ella le reconviniese por su falta de galantería en

momentos en que era esta menos disimulable, le contestó con mucha formalidad:

—He querido dar á usted una prueba práctica de lo lucrativa que es mi profesion, para que usted se convenza de que soy un buen partido.

—No lo es para mí, dijo ella, el que quiere llegar á mi corazon por el camino de la codicia.

Un fraile pidiendo estaba
«Para los niños espósitos,»
Y cuando alguno le daba:
—¡Hijos mios!! esclamaba,
Y no dijo despropósitos.

Un soldado gallego entraba de centinela á la puerta de una iglesia: su consigna era no dejar entrar á nadie, y habiéndose presentado un andaluz, el soldado le dijo cumpliendo con su deber:

—Atrás, paisano.

—¿Qué me quieres decir con eso? preguntó el otro.

—Que no se puede pasar.

—Pero ¡bárbaro!..... esclamó el andaluz, ¿no ves que lo que yo quiero es salir á la calle?

—En ese caso, pasa.

Es tal el rigor que hay en Inglaterra en cuanto á observar la fiesta en los dias consagrados por la Iglesia al reposo,

que hubo en cierta ocasion un cervecero que se abstenia de hacer cerveza el sábado, porque no fermentase en domingo.

Un estudiante presentó á la censura de un literato un geroglífico que dirigia como billete de amor á una señorita, por cierto muy encantadora.

El geroglífico se reducia á lo siguiente:

Una esportilla, despues seguia la sílaba *ga*, y despues la nota *do* con su firma verdadera: *Fulano de Tal.*

El literato leyó:

—Es por tí llagado *Fulano de Tal.*

Esa ha sido mi intencion, dijo el estudiante.

—Y yo estaria conforme, dijo el literato, si no fuera porque el diminutivo de espuerta puede ser tambien en *ica*, lo mismo que en *illa*.

—¡Ah, señor! y ¿eso qué importa? dijo cándidamente el estudiante.

—Como á usted no le importe, lo que es á mí, de seguro, nada.

Á un condestable de Castilla le fué á hablar un colono suyo, y no sabiendo el tratamiento que debia darle, le dijo:

—Vengo á usted para que me hagan justicia, y vuestra reverencia me despache, que si no me remedia vuestra alteza y vuestra paternidad no me oye, no tengo remedio alguno ni tenemos otro sino á su señoría.

—Este necio, dijo el condestable, por alto ó por bajo, alguna me habia de acertar.

Quemóse la fortaleza de Buitrago, siendo duque del Infantazgo y señor de ella, don Íñigo, el primero de este nombre.

El alcaide que la tenia temió fuese reputado por hombre de poco celo, y procuró ser el primero que trajese la nueva.

Entró donde el duque estaba, y le dijo:

—Señor, justo es que vuestra señoría me mande cortar la cabeza; la fortaleza que vuestra señoría me encomendó, se ha quemado sin quedar casi nada.

El duque tenia allí ciertas redes para los venados, y pensando en ellas le preguntó:

—Las redes, ¿se quemaron?

El alcaide respondió:

—No señor.

—Pues lo otro no te importe, dijo el duque muy alegre, porque lo habia de derribar.

Dióle á un mendigo Bartolo
Un pantalon destrozado,
Diciendo:—No lo he llevado
Sino dos veces tan solo.
—¿Dos veces? dijo el pobrete,
Y esclamó el otro:—¡Sí á fé!
Pero una vez lo llevé
Seis años, y la otra...... siete.

Don Diego de Mendoza, conde de Melito, siendo paje del rey Católico, estaba encargado de espantar las moscas mientras comia la reina Isabel.

—¡Bonito empleo! ¡y decir que esto da nobleza!

Un dia que los dos maestresalas, hombres muy pequeños, estaban alrededor de sus altezas, el paje se divertia mirándolos, y las moscas invadieron la mesa.

—Echa esas moscas, Diego, dijo la reina.

—Maestresalas y todo, contestó don Diego dándoles con el amoscador.

La reina se rió, pero no se enojó.

A muchos escritos del dia podria aplicarse lo que dijo un ingenio francés á la aparicion del poema de Chapelain, titulado *La Doncella de Orleans*.

Por circunstancias especiales, este poeta gozaba en la córte de tanta reputacion y prestigio, que sus obras, aunque malas, eran esperadas con ánsia.

Mas que con ninguna otra sucedió esto con el poema en cuestion.

Pero como el libro fué más malo de lo que todavía los inteligentes podian esperar, hubo uno que dijo:

Veinte años há que suena esta doncella;
Dentro de un año nadie hablará de ella.

Cuéntase de Fontenelle una gracia singular de esas que acreditan á cualquiera ingenio.

Hallándose un dia en una tertulia donde se jugaba á lo que se llama los *despropósitos*, llególe la vez de contestar á lo que propusieron. La pregunta era:

—¿En qué se diferencia la señora que teneis á vuestro lado de un reló? (Aquí hay que advertir que su compañera era un modelo de belleza y donaire). Fontenelle contestó:

—En que el reló recuerda las horas, y al lado de esta señora se olvidan.

De la cortesana Luisa
Diez hombres iban en pos,
Y ella dijo con sonrisa:
—No tengan ustedes prisa,
Que para todos dá Dios.

Corbulon, general de los ejércitos romanos, bajo Claudio y Neron, restableció por su valor el honor del imperio.

Neron, sin embargo, más atento á los cuidados que le inspiraba el aumento de su nombre y poder que á los servicios que hacia á su persona, y al bien y gloria del Estado, decretó su muerte.

Informado de esta órden Corbulon, desenvainó la espada y se atravesó con ella, diciendo:

—Me lo tengo bien merecido.

Un hombre que habia llegado á una de las posiciones más brillantes por la sola virtud de su talento de saber ple-

garse á todas las exigencias y coqueterías de la moda cortesana, y saber hacerse agradable á los que habian de protegerle, habia prometido á cierto jóven un destino.

Pero rodeado de los placeres de una vida de rico y de favorito, apenas hacia caso de los recados con que contínuamente le recordaba el pobre pretendiente su promesa.

Cansado ya este, ideó un medio que por fin le valió mas que todo: presentó un dia á su Mecenas una especie de memorial ó solicitud atestado de alabanzas que tributaba á este, y de encumbrados epítetos con que lisonjeaba su vanidad.

Halló bien el escrito el presunto protector, y preguntó al muchacho si era suya aquella original produccion.

El jóven contestó que sí, diciendo:

—Sí señor, es mia, y por si os gusta más el verso que la prosa, lo he rimado como podeis ver aquí.

—¡Versos! ¡que me place! Veamos, veamos. ¡Hola! ¡son encantadores!

—Y tengo que añadir que además he puesto en música esos versos conociendo vuestras inclinaciones filarmónicas.

—Mucho que sí. Veamos, pues, la música.

—Héla aquí; pero si V. S. me da un violin, yo mismo tendré el gusto de ejecutarla.

—¡Cómo! ¿tambien eso? Vaya el violin.

—Y ahora, ya que vos sois tan buen músico, si quereis ejecutar mi composicion, yo la bailaré.

Esto pareció tan agradable al Mecenas, que cogió el violin y tocó la sonata, en tanto que el otro la bailaba á las mil maravillas.

Concluido esto, cogió el protector la mano de su protegido, y le dijo:

—Amigo, sois un hombre completo. Veníos hoy mismo á mi casa, y puedo prometeros que hareis carrera. Con todo lo que sabeis se puede hacer un primer ministro tan bueno como el más pintado.

Hecho todo como se dijo, el jóven llegó á ocupar un puesto que toda la ciencia del mundo no hubiese podido procurarle, y que alcanzó por los solos merecimientos de su agilidad en el arte de la genuflexion, cantos y cabriolas.

Cogí de un brazo con arte
A Pascual, que iba hecho un loco,
Y dije:—Espérate un poco,
¡Qué diablo! ¿vas á casarte?
—¡Hombre, respondió Pascual,
No estoy tan desesperado!
Y luego añadió el malvado
Que iba á tirarse al Canal.

Ha dicho un escritor francés:

—Cárlos V fué general y rey: Felipe II solamente rey: Felipe III y Felipe IV ni aun reyes, y Cárlos II ni siquiera hombre.

Un maldiciente se llegó á cierto príncipe diciéndole que

habia un cortesano que hablaba mal de él delante de todo el mundo.

—Más quiero, dijo el monarca, que sea él el que hable mal delante de todo el mundo, que no que fuese el mundo el que hablase mal delante de él.

El historiador Isidoro asegura que los romanos estuvieron mucho tiempo sin consentir que hubiese médicos, desde que un tal Archagatos, médico griego, habia llevado consigo á la república el dolor, la desolacion y la muerte.

Sabido es que los antiguos médicos hacian tambien el oficio de boticario y cirujano.

Sucedió, pues, que este Archagatos era hombre tan resuelto para cortar brazos y piernas á sus enfermos, usaba de medicinas tan eficaces y violentas, que el pueblo romano, sin atender á las razones que podia tener para obrar así, ni á la buena intencion del médico, no vió mas que los centenares de hombres que habian perecido á sus manos, y los que andaban mutilados por ellas, y tratando de castigar á aquel enemigo del género humano, le lapidó.

Roma estuvo despues algun tiempo sin médicos, sin que se notase por esto que se muriese más gente.

El conde de Petersborough, de una casa ilustre de Inglaterra, gran guerrero y no inferior político, singular en todas sus cosas, y de espíritu muy republicano, era enemigo declarado del duque de Malborough, que tenia fama de miserable.

Sucedió que un dia algunos infelices pordioseros pidie-

ron limosna al conde, llamándole por equivocacion Milord Malborough.

—Yo no soy Milord Malborough, dijo él con esmerada viveza, y en prueba de que no lo soy, os doy una guinea á cada uno.

Despues de angustias mortales,
Bartolillo se casó
Con Lucía, que parió
Á los seis meses cabales.
Y andaba con gran placer,
Diciendo:—¡Si tú la vieses!
Lo que otra hace en nueve meses
Hace en cinco mi mujer.

Concedióse en matrimonio al marqués de Rosuy la hija del duque de Sully, á la sazon de nueve á diez años.

Cuando se presentaron en la iglesia, el oficiante no pudo menos de preguntar:

—¿Traeis esa niña para bautizarla?

Sabido es lo general de la costumbre entre nosotros de hacer la siesta en el verano.

Los médicos han sido los que han recomendado esta costumbre, diciendo que Hipócrates y Galeno se acostaban un poco despues de comer, y que el mismo Esculapio solia echar á esa hora un sueñecillo.

Tambien añaden algunos que Augusto echaba su siestecilla; pero los que así hablan se olvidan de una circunstancia muy atendible que hace variar la índole de tal uso.

Augusto comia muy tarde, y cuando acababa la comida, no veia ni platos ni vasos, ni el suelo donde habia de poner el pié en virtud de los licores regalados que se servian á su mesa, y que le preparaban al sueño más que á los negocios; de modo que para él dormir era un apéndice necesario de comer.

Á pesar de lo que dicen los médicos, hay paises donde no se duerme la siesta, que sin embargo no gozan de menos salud que nosotros.

Un escritor francés de nota, ha dicho además, que lo mejor que puede hacerse despues de comer es pasearse ó bailar, añadiendo:

—Durmamos poco, muy poco; vivamos toda nuestra vida, y de tres semanas que tenemos tal vez de vida, no estemos muertos las tres cuartas partes del tiempo!

El furor de las bacantes, como el furor báquico, era una especie de embriaguez divina, sin la cual ni aun hoy dia ningun poeta puede inspirarse para cantar en honor de Baco.

Encontró Safo en cierta ocasion á una bacante que agitaba su lira de una manera cadenciosa, profiriendo palabras y gritos estudiados.

—¿A qué hacer la bacante, le dijo ella, si no estás embriagada?

La emulacion, degenerada en envidia, hizo romper bruscamente al Tintoreto con el Ticiano.

El Aretino, íntimo amigo del segundo, tomó parte en la querella y se permitió algunas bromas contra el primero.

Llegado todo á noticia del Tintoreto, y encontrando un dia en su calle al amigo del Ticiano, le suplicó que entrase en su casa, pretestando que tenia que sacar el retrato que le habian pedido algunos soberanos.

El Aretino tomó un asiento, cuando vió que el pintor venia furioso hácia él con una pistola en la mano.

—Santiago, ¿qué quereis hacer conmigo? dijo entonces el poeta sobrecogido de espanto.

—Nada: tomaros medida, contestó el Tintoreto.

Cuando hubo concluido, prosiguió:

—Está corriente; teneis cuatro pistolas de alto: podeis ya retiraros.

Hízolo así el Aretino, jurando no volver á dar motivo de que se le midiese de nuevo por un hombre que usaba semejantes medidas.

Despues que en mesa redonda
Comió la vieja Sifuentes,
Trajo un mozo de la fonda
Palillos para los dientes.
Pasada mas de una hora,
Dijo el mozo con finura:
—Y usted, ¿qué aguarda, señora?
—Que traigais la dentadura.

Un cierto Ptolomeo sostenia que Dios tenia dos mujeres, las cuales por celos se estaban haciendo la más cruda guerra, y que de aquí provenian las alteraciones del bien y el mal sobre la tierra, porque por prurito de contrariarse estaba continuamente deshaciendo una lo que otra hacia, sin reparar en la injusticia ó bondad de su conducta.

El bravetero Manolo,
De menos valor que pies,
Se preciaba de que él solo
Obligó á correr á tres.
Y á fé tenia razon
Cual no la tuvo jamás,
Porque fué huyendo el bribon
De tres que le iban detrás.

Habia un Papa que, como otros muchos, se habia propuesto inaugurar, con su subida á la silla pontificia, una nueva era de reparacion y de justicia.

Los primeros dias, en efecto, no hubo nada que pedir á aquella paternal vigilancia, que atendia á todo con una mano sábia y reparadora.

Entusiasmado el pueblo, cubrió las esquinas de rótulos, donde se leia: *Descendit de cœlis*, queriendo significar con esto, que quien estaba tan desprendido de las pasiones de la tierra, debia ser cosa de lo alto.

Pero hé aquí que á poco comenzó á sacar malas mañas:

sus parientes, que hasta entonces habia tenido alejados, fueron llegando á Roma, y allí se vieron colmados de riquezas y honores.

Por todas partes entraba en la gobernacion apostólica la venalidad y el egoismo.

Entonces el pueblo no quitó los carteles que antes habia puesto, pero añadió debajo de las palabras latinas *descendit de cœlis*, las de, *et homo factus est.*

El duque de Bellegarde estaba enamorado del ídolo de Enrique IV, madama Gabriela, y la hacia alguna que otra visita.

Sucedió que hallándose una vez con ella, entró el rey tan improvisamente que el duque solo tuvo lugar para meterse debajo de una cama que estaba en el mismo cuarto, y aun esto á tiempo que ya el rey asomaba, y pudo advertirlo, aunque disimuló haberlo visto.

Sirvióse luego un refresco, y el rey, tomando una caja de confitura, la tiró debajo de la cama donde estaba escondido el duque, diciendo: *Es bueno que todo el mundo viva.*

Decia cierta dama, que no hay empleo más difícil de ejercer en la córte que el de *dama de honor.*

Estando un dominico para predicar un sermon panegírico en alabanza de San Agustin, al tiempo que ardian en

Francia las disputas sobre la gracia y libre albedrío, le llamó el obispo y le previno que no tocase poco ni mucho el punto de la gracia en el sermon:

—Porque estoy resuelto, añadió el obispo, á desterrar la gracia de mi obispado.

SOBRE EL JUEGO.

Este sí que es el modo verdadero
De aprovechar el tiempo; esta sí es brava
Ocupacion, en la que ayer estaba
Con sus sentidos cinco un hombre entero.
Decia yo á la izquierda del banquero:
—Caerán el *as* y el *tres*. No lo acertaba:
¡Parece que la cosa no importaba!
Pues importó todito mi dinero.
Y aun más, que mi palabra es muy segura,
Y sobre ella tambien quiso fiarme
El otro, que fiaba en su ventura.
Perdí, me sofoqué; y al retirarme
Me dió un aire, cogí una calentura,
Y no tuve despues con qué curarme.

Habiendo un mal poeta presentado al famoso príncipe de Condé un epitafio para el sepulcro de Molière, le respondió el príncipe:

—Harto más quisiera yo que Molière me trajera un epitafio para el vuestro.

En la provincia de Anjou, y en el territorio Belavatense, se dice, que no solo no hay convento alguno de la Cartuja, sino que no puede haberlo en atencion á ser grandes habladores los habitantes de uno y otro país.

Añadiré que en el segundo empezaron á establecerse, pero murieron en breve todos los religiosos de retencion de palabras.

Asistiendo la hija de Pisístrato á una ceremonia religiosa, un jóven que la amaba perdidamente corrió á abrazarla: esto exigia algo más para salvar el honor de la jóven: el amante la robó.

La familia de Pisístrato le exhortaba á la venganza, pero el sábio respondió:

—Si odiamos á los que nos aman, ¿qué reservamos á los que nos aborrecen?

El rector de la universidad de Paris, que se honraba con el título de *hija primogénita del rey*, tenia en calidad de tal la alta preeminencia de que se hubiesen de abrir las dos hojas de la puerta de los salones de Versalles cuando iba á cumplimentar al rey.

Sucedió un año en que, como de costumbre, tenia que ir dicho rector á presentar un cirio al rey en el dia de la Candelaria; sucedió, decimos, que el ugier que estaba á la puerta del aposento se olvidó de cumplir con lo que se debia á la universidad, y no abrió mas que una de las dos hojas.

Entonces el representante de la universidad, que á la sazon lo era un tal Journeau, hombre de una corpulencia es-

traordinaria, se paró en el dintel de la real cámara sin querer pasar adentro.

Como habia sido ya anunciado y no pasaba adelante, se llegó á él el ugier preguntándole la causa de su detencion.

El rector le dijo:

—Id á hacer presente al rey que su *hija primogénita* está embarazada, y no puede entrar si la puerta no está mas que medio abierta.

Enterado Luis XV, hizo abrir de par en par y recibió al rector con el mayor agrado.

Así conservó la universidad un privilegio que hubiera podido sucumbir muy bien ante el poder absoluto de una monarquía que estaba abrumándose bajo el peso de una omnipotencia de que luego habia de dar estrecha cuenta.

Llegada ya la edad de diez y siete,
Dices que piensas en tomar estado,
Y aunque jamás consejo á nadie he dado,
Pues me lo pides tú, Jaime, direte:
Que si quieres ser rico, sé bonete;
Si enamorar pretendes, sé soldado;
Si quieres comer bien, serás letrado;
Y si morirte de hambre, hazte grumete.
Si piensas ser discreto, estudia al hombre;
Si no quieres honor, busca bayeta;
Y si quieres vivir, nada te asombre;
Si deseas tunear, hazte profeta;
Médico, si pretendes tener nombre;
Pero no te aconsejo ser poeta.

La república de Roma no permitia que los médicos fuesen universales en las curas, sino que cada uno tomase á su cargo la de una enfermedad, porque así se aplicasen á estudiarla mejor.

Médico y capitan tiene una misma significacion en el idioma hebreo, y no con impropiedad, porque el capitan hace la guerra con las armas y el médico con las recetas.

Á Mecenas, valido de Augusto, le causaron tal desvelo los cuidados y aplicacion de su cargo, que vivió nueve años, á puro esfuerzos de la medicina, sin sueño alguno.

Del Conde-duque, primer ministro de Felipe IV, se refiere que para poder dormir algun rato de la noche, le era preciso el ruido que hacian en su cuarto jugando á los trucos, y haciendo otros ejercicios, con que sosegaba la trabajada cabeza.

Un picardo estaba subiendo ya por la escalera de la horca, cuando se le presentó una mujer que, segun la costumbre de algunos países, podia salvarle con tal que la aceptase por esposa.

Miróla de alto á bajo, y notó que cojeaba.

—¿Cojea? dijo entonces al verdugo: ¡cuélgame, cuélgame!

Hipócrates y Galeno, médicos tan insignes como filósofos, vivieron en robusta salud muchos años, y preguntando al primero cómo se habia conservado tanto tiempo sin enfermedad, respondió:

—Con no comer nunca fuera de mi casa.

Y lo mismo al segundo:

—Con haberme levantado siempre de la mesa de modo que pudiera, sin dar plazo, volver á comer.

Si á un padre un hijo querido
A la guerra se le va,
Para el camino le da
Un *don* y un buen apellido.
Al que *Ponce* se ha llamado,
Le añade luego *Leon*,
Al que *Guevara*, *Ladron*,
Y *Mendoza* al que es *Hurtado*.
Yo conocí un tal por cual
Que á cierto conde servia,
Y *Sotillo* se decia:
Creció un poco su caudal,
Salió de mísero y roto,
Hizo una ausencia de un mes,
Y ya se llamaba *Soto*.
Vino á fortuna mayor,
Eran sus nombres de gonces,
Llegó á ser rico, y entonces
Se llamó *Sotomayor*.

Un dia de feria estaba un gitano á la puerta de una casa limpiando y aderezando con mucha habilidad una especie de caballo esqueleto ó armadura de huesos que pensaba vender aquella tarde, como uno de los mejores y más lozanos que se pudieran presentar.

Pasó un mocito por la calle, y acercándose al gitano, le dijo:

—Diga usted, camarada, ¿se puede saber en dónde es el baile?

—¿Qué baile? dijo el gitano sorprendido de la pregunta.

—¡Hombre, como está usted tan de mañana limpiando el arpa!....

En Lóndres hay una agencia muy singular.

Tan singular como muchas cosas de los ingleses.

Esta agencia se dedica á proteger la seguridad del amor.

Toda persona que quiera observar la conducta de su amante, va á la agencia, y mediante el *tanto cuanto*, esta se encarga de vigilar á la persona, y dar cuenta diaria de sus pasos.

Una señora tenia sospechas de su marido.

Se dirigió una mañana á la agencia, y espuso su comision.

—¿Cómo se llama su marido? preguntó el agente.

—Sir Roberto Skuare, calle de..... núm..... etc.

—Perded cuidado, señora; desde hoy sabreis todo lo que necesitais para tranquilizaros. Nuestra agencia es la mejor protectora de los matrimonios *honorables*.....

—Está bien, caballero. No os descuideis en darme cuenta detallada.

Y la señora salió.

Tres dias despues el agente se presentó en casa de la señora con la cuenta.

—¡Cómo! dijo ella con cierta alegría; ¿no habeis averiguado nada?

—Nada.

—¿Luego mi marido no me falta?

—Así parece.

—¡Tomad, tomad la cuenta!

Y loca de alegría, la señora iba á contar el dinero, cuando añadió el agente:

—Señora, aquí tengo otra cuenta que deseo que usted pague.

—¡Otra cuenta!

—De vuestro esposo, que se ha olvidado sin duda.....

—¡Mi esposo! ¡Luego él mandaba tambien que me siguieran! ¡Luego me ama! ¡Oh! sí, ¡me ama! ¿No es verdad, respetable agente?

Y la señora se volvia loca de alegría.

—Señora, esta cuenta, añadió el agente con calma, es de su marido, el cual nos ha mandado vigilar á una bailarina del teatro *Gowen-Gardem.*

Figúrense ustedes qué cara pondria la pobre mujer.

Un comandante habia recibido algunos palos en una aventura amorosa.

Algun tiempo despues se hizo retratar con el baston de comandante en la mano.

Al ver la reina su retrato, preguntó á uno de los cortesanos que estaba en el secreto del lance del retratado qué tal hallaba el parecido.

—Exactísimo, señora, dijo él: para más semejanza, tiene en la mano, como San Lorenzo, el instrumento de su martirio.

FÁBULA.

Una vez un lobo hambriento
Pasaba junto á una choza;
Oyó que lloraba un niño,
Y que una vieja rabiosa
Daba voces y gritaba:
—«¡No llores! porque si lloras,
Haré cuando venga el lobo
Que te pille y que te coma.»
Como es fácil á un hambriento
Creer lo que se le antoja,
Pensó que hablaba de veras,
Y era convidarle á bodas.
Cerca de allí con cien ojos
Se estuvo, abriendo la boca,
Y con un palmo de lengua
Esperando algunas horas.
Despues que se hizo más tarde
La vieja dobló la hoja,

Y haciendo fiestas al niño,
Le decia entre otras cosas:
—«No tengas miedo, hijo mio;
Si por aquí el lobo asoma,
Le mataremos, y haremos
Dél cecina y pepitoria.»
Apurado el lobo entonces,
—«Vámonos, dijo, en buen hora;
Ya está visto que aquí dicen
Una cosa, y hacen otra.»
Esta fabulilla viene
Muy bien á ciertas personas
Que dando buenas palabras
Nada cumplen con las obras.

Juan Jacobo Rousseau llamó á Paris *ciudad de lodo y de humo*. Ciudad de lodo era la primera denominacion de la ciudad de Paris; pues que se llamaba *Lutetia*, Lutecia: palabra que proviene de *lutum*, fango ó lodo. Rousseau, sin embargo, no habia pensado en ello.

Decia un discreto, que al médico nadie le puede vituperar ni alabar; no vituperarle antes de ponerse en sus manos, porque no tiene esperiencia de cómo obra: no alabarle despues de entregarse á ellas, porque ya no tiene vida.

Un pequeño insecto llamado cuquillo estaba destruyendo las viñas de su pueblo dejando á los pobres vecinos en la miseria, sin encontrar remedio ninguno á tanto mal.

En esto llegó á la posada un forastero, que enterado de la triste afliccion del pueblo, dijo al mesonero:

—Yo sé unas palabras misteriosas, que escritas por mí, cosidas y puestas dentro de una cartera de seda, son bastantes para matar todo el cuquillo del término en nueve dias, si se coloca en el lugar más alto de la comarca.

La noticia era tan importante que en cinco minutos corrió por el pueblo, y al cuarto de hora todos los vecinos hombres y mujeres, ancianos y niños, estaban en la posada dándose codazos para ver al forastero.

El ayuntamiento en pleno entró á hablar con él, y despues de una larga discusion, se convino:

1.° En que el forastero escribiria y coseria la cédula y la depositaría con el alcalde en el sitio conveniente.

2.° Que el pueblo, por este favor, le daria cien duros, cuarenta de presente y sesenta el dia que hubiese muerto el último cuquillo.

3.° Que durante los nueve dias y hasta un mes si se quedaba en el pueblo, se le daria de comer opíparamente un dia en casa de cada concejal, volviendo despues á principiar por el primero, si no se habia marchado.

Firmado este convenio, se echaron las campanas á vuelo, hubo iluminacion y baile público, y el forastero cenó en casa del alcalde como no habia cenado en su vida. El dia segundo fué á casa del teniente alcalde, el tercero á la del regidor y así fueron pasando seis dias.

Entretanto el cuquillo aumentaba en vez de disminuir, y los vecinos no tenian otra esperanza que la de que muriese todo el último dia.

El octavo desapareció el forastero, y el cuquillo apenas habia dejado viñas.

El diez abrieron la cédula, la leyeron en la plaza delante de todo el pueblo y vieron que decia lo siguiente:

«Comed, cucos, poco á poco,
Que lo mismo estoy yo haciendo
Con este concejo loco.»

Se casó un tonto con una señora fea pero muy discreta, y el dia de la boda, creyendo que la lisonjeaba, le dijo:

—Mira, á pesar de lo fea que eres, te he de amar como si fueras hermosa.

Á lo que, incomodada ella, le contestó:

—Y yo te apreciaré como si fueras discreto.

Un cura de cierto lugar pequeño, en la India, no compraba calendarios ni añalejo; con que ni él ni sus feligreses sabian jamás en qué dian caias las fiestas movibles del año sino era que por casualidad lo preguntasen á algun viajero.

Y como les pareciese á los vecinos del lugar en una ocasion, que segun el tiempo iba adelantando no podia menos de venir presto la Cuaresma, fueron al cura, se lo preguntaron y respondiόles:

—Crean ustedes que yo estoy en la misma duda; y así,

me parece preciso que lo enviemos á preguntar cuanto antes, aunque sea necesario pagar uno que lo averigüe.

Convinieron todos, y yendo el sacristan á una ciudad que estaba de allí veinte leguas, entrando en una iglesia á preguntar en qué dia empezaba la Cuaresma, oyó que estaban cantando las tinieblas de Semana Santa; viendo esto el sacristan, montó á toda prisa en su mula y marchó á su lugar.

—Pues hombre, dijo el cura al oirlo; anda volando á la torre y toca á gloria, porque si cuando tú llegaste estaban cantando las Tinieblas, mientras has dado la vuelta ya será Pascua de Resurreccion.

Hízolo así el sacristan, y conmovido el pueblo, acudió al cura para saber qué novedad era aquella.

—¿Qué novedad ha de ser? les dijo; que en este año en que estamos no hay Cuaresma, porque se ha mandado suprimir.

En una arriada del puente de Verona, fué llevado un arco despues de otro.

No quedaba mas que el de en medio, sobre el cual habia una casa, y en esta una familia entera.

Desde la orilla se veia esta familia implorar, tender las manos y pedir socorro.

Sin embargo, la fuerza del torrente destruia los pilares del arco.

En ese peligro, el conde de Spolverini promete una bolsa con cien luises al que tuviera el valor de ir en un barco á librar á aquellos desgraciados.

Tenia que esponerse á que la corriente lo llevase, ó que, cuando estuviera cerca del arco, este se hundiera, y cayera sobre él.

Mucha era la gente que allí habia, pero nadie se atrevió á ofrecerse.

En este momento pasó un jóven, y le dijeron la promesa ofrecida al que salvase aquella familia.

Se sube en un barco, gana á fuerza de remos la mitad de la ria, aguarda á que toda la familia, madre, padre, hijos, se dejen caer por una cuerda.

—Valor, les dijo, ya están ustedes salvados.

Rema, y con trabajo llegó á la orilla.

El conde Spolverini quiere darle la recompensa prometida.

—Yo no vendo mi vida, le dijo el jóven: mi trabajo es bastante para mantenerme, á mí, mi mujer y mis hijos: dad eso á esa pobre familia, que tiene más necesidad que yo.

Un dia un rey que estaba de caza, se perdió:

Buscando el camino, oyó hablar, y se aproximó á donde salia la voz, vió un hombre y una mujer que cortaban leña.

La mujer decia:

—Es preciso confesar que nuestra madre Eva ha hecho muy mal en comer la fruta prohibida. Si hubiese obedecido á Dios, no tendríamos la pena de trabajar.

El marido la respondia:

—Eva hizo muy mal de comer la fruta prohibida, pero Adan debió ser mejor. Si yo hubiese estado en su lugar y

que tú hubieses querido hacerme comer la fruta, no te hubiese escuchado.

El rey se aproximó, y les dijo:

—¡Cuánto trabajan ustedes, pobres gentes!

—Sí, respondieron; trabajamos como negros, desde la mañana hasta la tarde, y aún no ganamos para vivir.

—Venid conmigo, les dijo el rey, yo os mantendré sin trabajar.

En aquel momento las gentes del rey, que le buscaban, llegaron, y los dos infelices esposos se admiraron al verse en el palacio.

Cuando llegaron, el rey les hizo dar una carretela, buenos vestidos, y todos los dias tenian once platos para su comida.

Al cabo de un mes les sirvieron veinticuatro platos, pero en medio de la mesa pusieron uno grande que estaba cerrado.

En seguida la mujer, que era ansiosa, quiso abrir el plato; pero un oficial del rey se lo prohibió tocar, diciendo que el rey les habia prohibido de ver lo que habia dentro.

Cuando los criados salieron, el marido se apercibió que su mujer no comia, y estaba triste.

La preguntó lo que tenia, y ella le respondió que no deseaba comer de tantas cosas buenas como habia en la mesa, pero que tenia ganas de lo que estaba en el plato cubierto. «Estás loca,» dijo el marido, ¿ó no te han dicho que el rey nos lo prohibia?

Entonces su mujer se puso á llorar, y dijo que se mataria si su marido no queria abrir el plato.

Cuando su marido la vió llorar, se enfadó mucho, y como la queria sobremanera, la dijo que haria todo por ella.

Al mismo tiempo abrió el plato, y salió un ratoncillo que se escapó.

Corrieron tras él, pero se metió en un agujero, y en seguida entró el rey, quien preguntó dónde estaba el raton.

—Señor, dijo el marido, mi mujer me ha atormentado para ver lo que habia en el plato, lo he abierto, y el raton se ha escapado.

—¡Ah! ¡Ah! decíais que si hubiéseis estado en el lugar de Adan no hubiéseis escuchado á Eva; era preciso que te acordases de tus promesas. Y tú, infame mujer, aquí tenias de todo lo bueno, y eso no era bastante, quisiste comer del plato que te habia prohibido.

Andad, desgraciados, volved á trabajar en el bosque, y no hableis mas de Adan y Eva, pues que habeis cometido una falta igual á la que les acusábais.

Vive Dios, mujer antigua
(Decia un doncel amante),
Que dia y noche durmiendo,
Me estais tostando la sangre
Con ese rostro feroz,
Esa cara de vinagre,
Enjuta cual bacalao
Que de enorme prensa sale.
Efigie del antecristo,
Esbirro de las beldades,

Déspota del pensamiento
Y engendro de mis pesares:
  Mujer vetusta y difícil,
Que contais más navidades
Que el antiguo Testamento
Y todos los almanaques,
  ¿Soy acaso una ballena
Que á vuestra hija me trague,
Para esconderla de mí,
Cual los pecados mortales?
  ¿No os digo que estoy ardiendo
Por sus ojos de azabache,
Y en esplícita promesa
Me pronuncio por casarme?
  ¿Por qué, pues, refunfuñais
Con carcomido gaznate,
Si creis que á vuestras rejas
Pienso no más acercarme?
  Con los ojos que escondeis
De dos hoyos sepulcrales,
Me mateis cual basilisco,
Me seguís á todas partes,
  Dais envidia con la encía
(Porque dientes Dios los guarde),
Barba aguda con nariz,
Si me aproximo á mi ángel;
  Y trastornan vuestra máquina
Cien indómitos achaques,
Amenazando una ruina

Y anunciando funerales.
No os irriteis, doña Eustoquia,
Que no me amará debalde
Lo mejor de vuestra prole,
Ni trago virginidades.
Si no sabeis lo que valgo,
Sé lo que mi amada vale:
Ni cual ninfa de alquiler
Imagineis que la trate.
Si allá en vuestros verdes años,
Con vuestro amor resbalásteis,
Por eso no receleis
Que vuestra hija resbale:
Pues si dice aquel refran,
Que quien las piensa las hace,
Diré que si ahora no,
Tal vez las hicísteis antes.
¿Quereis, anciana, que venga
Con curas y sacristanes,
Y con el chal matrimónico,
A los primeros embates?
¿No se deja entre personas
Resollar á un pobre amante,
Y ha de ceñir de repente
Las insignias conyugales?
Norabuena que guardeis
A una hija, y Dios la guarde,
Porque ruedan por ahí
De rapiña muchas aves;

Mas no gruñais sin parar,
Suegra antigua, insoportable,
Pues veis que al primer empuje
Me pronuncio por casarme.

Hizo un hombre de bajo nacimiento gran caudal, vendiendo aloja y barquillos, y siendo ya rico, consultó á un amigo suyo que estaba ausente, cómo emplearia aquel dinero, porque deseaba ennoblecerse en cosas de lustre.

Respondió el otro al márgen de la carta, llenando todos los blancos, sin más frases que decirle:

—*Barquillos y aloja, aloja y barquillos.*

Vió un niño de ocho años venir al paraje en que estaba un ladron conocido, y temiendo que le quitase lo poco que traia, se puso á llorar sobre un pozo.

Preguntóle aquel mal hombre qué tenia, á lo que respondió el muchacho:

—Se me ha caido un cántaro de plata en esta cisterna, y no sé cómo sacarle.

Codicioso el bandido, se arrojó á tomar la prenda, registró el agua, y no encontrando la alhaja, salió hallándose sin la capa, el cántaro, ni el niño, y corrido de la injuria.

La casa de don Benito Trelles, camarista de Castilla, fué de muy poco aliño y sobrada escasez: entró á verle una ma-

ñana hallándole en la cama un colegial de su mismo colegio, sacáronles á ambos chocolate claro y mal hecho; probó el huésped el suyo, y don Benito dijo á un paje:

—Traedme agua.

Hincó la rodilla el colegial, y ofrecióle su jícara.

—Agua es lo que pido, dijo don Benito.

Á lo que contestó el colegial haciendo una reverencia:

—Agua es, señor, la que os ofrezco.

Enfermó en Alcalá cierto estudiante de gracioso humor: llamó á un médico, y le dijo:

—Vuestra merced, pues nos conocemos, sabe que soy pobre, pero hombre de bien; sírvase asistirme, y asegúrese que le pagaré con gran puntualidad las visitas que me hiciere.

Cumpliólo así el caritativo físico; púsole en pié, y ya convaleciente, iba con frecuencia á buscar á su bienhechor á horas de no hallarle en casa, hasta que encontrándole una tarde en la calle, le dijo:

—He sabido, señor don N., que vuestra merced ha estado á hacerme merced diferentes veces: ¿qué tiene que mandarme?

—Señor doctor, respondió, he ido y lo continuaré, como lo ofrecí, á pagar las visitas que debo á vuestra merced.

El tal médico, que era igualmente discreto, le respondió:

—Señor licenciado, yo me doy por satisfecho, deje vuestra merced esa ceremonia de cumplimiento, y vea al boti-

cario, que tambien es acreedor á sus visitas, si con ellas paga.

Alojóse un soldado de caballería en una casa de cierto lugar, y como hubiese llevado un conejo para comer, sucedió que la patrona, que era bastante golosa, se comió una pierna.

Echándola menos el soldado, y preguntando por ella, le respondió la huéspeda que en aquel pueblo se estilaba, al guisar conejos, quitarle una pierna para ver si estaban bien cocidos.

—Pues, señora, replicó el soldado, yo estuve ahora dos años alojado en este lugar, traje bastantes conejos, y nunca me cercenarón nada.

—Señor mio, respondió la patrona, entre las mozas del lugar, cada una tiene su modo de guisar conejos.

Conociendo el soldado la picardía, determinó vengarse de la burla; fuese, pues, á acostar, cargando primero cuatro pistolas que llevaba, y dejando un candil encendido en el cuarto, se metió en la cama.

Á poco rato las pulgas empezaron á hacer sus correrías; el soldado entonces á cada pulga que veia le tiraba un pistoletazo, quemando las sábanas y los colchones.

Acudió al ruido la patrona, diciendo en altas voces:

—Señor soldado, ó señor demonio, ¿qué es lo que está usted haciendo con once mil de á caballo?

—¿Qué tengo de hacer? respondió muy sério, matar las pulgas que han dado en inquietarme.

—¿Pues qué, las pulgas se matan á pistoletazos? preguntó la huéspeda.

—Sí señora, respondió el soldado, así lo hacemos los que pertenecemos á la milicia.

—Eso es engaño, replicó la patrona, pues en mi casa han tenido alojamiento diferentes soldados, y nunca las han muerto de tan estraña manera.

—Patrona mia, concluyó el soldado, no se maraville usted de eso, porque así como en este lugar cada moza tiene su modo de guisar conejos, así tambien en la milicia cada uno tiene su modo de matar pulgas.

Á un caballero muy necio presentó cierta dama un vaso de leche helada; pero él no le quiso tomar, diciendo:

—Como el asno no quiera, no le harán beber.

Á lo que respondió la señora:

—Por lo mismo no os hago más instancias.

Al maestre-escuela de Toledo, fundador del colegio de Santa Catalina, vino uno á pedirle prestados cincuenta ducados.

Llamó aquel á un criado é hizo que se los diese; pero al tomarlos el otro, observó que no habia hecho mas que meterlos en un pañuelo sin contarlos, y luego echarse el lio debajo del brazo.

Viendo esto el maestre-escuela, lo llamó y le hizo soltar los cincuenta ducados, diciéndole:

—Amigo mio, dadme acá ese dinero: el que no lo cuenta no lo piensa pagar.

Habia un alférez de milicias que afectaba traer siempre grandes bigotes, aunque era hombre de muy pequeña cara.

Encontrándole una vez cierto sugeto, le dijo:

—Alférez, ó comprar cara ó vender bigotes.

Esto no es más que una repeticion de otro caso que refiere el P. Bouhours en sus *Pensamientos ingeniosos.*

Dice este, que pasando un español el rio de Manzanares en la temporada del estío, y en ocasion en que apenas traia un hilo de agua, miró el gran puente de Toledo y esclamó, diciendo:

—Yo no sé por qué esta gente no vende puente para comprar agua.

En aquel tiempo en que acababan de descubrirse las manchas del sol, é iba corriendo esta nueva por toda Europa, preguntó uno á otro:

—¿Qué se dice de nuevo en Madrid?

—Amigo mio, contestó el interrogado, corren muy malas noticias del sol.

El cardenal don Alonso Manrique era hombre que gastaba mucho, pero que debia cuanto gastaba.

Tenia en su iglesia un beneficiado, hombre tan amigo de comer de gorra, que era rara la vez que se sentaba á sus manteles. Esto no obstaba para que se honrase con su correspondiente despensero. Queriendo chunguearse con él un dia, le dijo el cardenal:

—¡Para qué quereis despensero si no teneis nada que guardar!

—S. S. tiene razon, respondió el beneficiado: su tesorero de V. y mi despensero podian ir los dos á galeras por desocupados y vagabundos.

Parióme adrede mi madre,
¡Ojalá no me pariera!
Aunque estaba cuando me hizo
De gorja naturaleza.
Dos maravedís de Luna
Alumbraban á la tierra;
Que por ser yo el que nacia,
No quiso que un cúarto fuera.
Nací tarde, porque el Sol
Tuvo de verme vergüenza,
En una noche templada,
Entre clara y entre yema.
Un miércoles con un mártes
Tuvieron grande revuelta,
Sobre que ninguno quiso
Que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
Tan inclinado á las pesas,
Que todo mi amor le fundo
En las madres vendederas.
Dióme el Leon su cuartana,
Dióme el Escorpion su lengua,
Virgo el deseo de hallarle,
Y el carnero su paciencia.

Murieron luego mis padres,
Dios en el cielo los tenga,
Porque no vuelvan acá,
Y á engendrar más hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
Me dejaron los Planetas,
Que puede servir de tinta
Segun ha sido de negra.
Porque es tan feliz mi suerte,
Que no hay cosa mala, ó buena,
Que aunque la piense de tajo,
Al revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues con mandarme su hacienda,
Les dará el Cielo mil hijos,
Por quitarme las herencias.
Y para que vean los ciegos,
Pónganme á mí á la vergüenza;
Y para que cieguen todos,
Llévenme en coche ó litera.
Como á imágen de milagros
Me sacan por las aldeas,
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva.
Cuando alguno me convida,
No es á banquetes, ni á fiestas,
Sino á los malcantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido

Á todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así, inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
Para caerse una teja:
Aciértanme las pedradas,
Las curas solo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en la mar,
Y la hallo en las tabernas,
Que mis contentos y el vino,
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
Porque sé por cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero,
Andarán todos en piernas.
Si estudiára medicina,
Aunque es socorrida ciencia,

Porque no curára yo,
No hubiera persona enferma.
 Quise casarme estotro año,
Por sosegar mi conciencia,
Y dábanme un dote al diablo,
Con una mujer muy fea.
 Si intentára ser cornudo,
Por comer de mi cabeza,
Segun soy de desgraciado
Diera mi mujer en buena.
 Siempre fué mi vecindad
Malcasados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
 Si yo camino con fieltro
Se abrasa en fuego la tierra;
Y en llevando guardasol,
Está ya de Dios que llueva.
 Si hablo á alguna mujer
y la digo mil ternezas,
O me pide, ó me despide,
Que en mí es una cosa mesma.
 En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.
 Fuera un hábito en mi pecho,
Remiendo, sin resistencia,
Y peor qne besamanos

En mí cualquiera encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarles yo solo basta,
Pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse
Sin ponzoña ó pestilencía,
Proponga hacerme algun bien,
Y no vivirá hora y media.
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó á que adorase
Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera,
Como otro tu pretendiente,
Vine á ser tu preten muela.
Bien sé que apenas soy algo;
Mas tú, de puro discreta,
Viéndome con tantas faltas,
Que estoy preñado sospechas.»
Aquesto Fabio cantaba
Á los balcones y rejas
De Aminta, que aun de olvidarle,
Le han dicho que no se acuerda.

Sacó á luz un autor erudito cierta obra digna de aplauso. Dedicóla á un señor de los de Madrid, que con no enten-

derla la desestimó; pero entre los sabios se distribuyó tan apriesa, que se hizo á poco la segunda impresion.

Entonces el autor puso en ella la fé de erratas de la edicion anterior, en la que figuraba en primer término como tal la dedicatoria que tan malamente habia sido recibida.

Caminando un caballero, llegó á una cuesta, que por áspera y arriesgada le pareció conveniente á él y á sus criados subirla á pié.

Preguntóle con este motivo á un aldeano que estaba á la falda, diciéndole:

—¿Qué os parece, buen viejo, que tardaré en llegar á la altura de esa serranía?

El interrogado respondió:

—Señor, si vais despacio, en tres horas estareis arriba; pero si de priesa, no llegareis en tres dias.

El arzobispo don Alonso Carrillo tenia un criado que no le servia de otra cosa que de apuntar las necedades que se hiciesen en su casa, queriendo con esto tener como un recuerdo de lo malo para ver de enmendarse en lo ulterior.

Sucedió que en cierta ocasion dió el arzobispo grande cantidad de dinero á un alquimista que habia ofrecido ir á comprar con él máquinas y vasijas para volver á hacer grandes esperimentos químicos.

Aquella misma noche le pidió á su criado el libro mencionado, pero fué grande su pasmo cuando lo primero que

se echó a la cara fué su nombre puesto en la columna de los tontos, con esplicacion despues del por qué debia ocupar el lugar.

El arzobispo le dijo entonces:

—Me habeis calificado muy duramente antes de saber si el alquimista me ha engañado. ¿Qué diríais si volviese como ha ofrecido?

—Entonces, respondió el cronista, borraria el nombre de V. S. I. y pondria en su lugar el suyo.

Cuéntase de un tal Conrat, que pasa por ingenioso poeta, que hallándose un dia en una calle á un amigo que le recordaba los antiguos tiempos en que aquel habia andado con lujo y boato, comparándolos con los presentes, en que se veia reducido á andar á pié, le contestó Conrat en cuatro versos, que mal traducidos dicen:

Tienen muchos mentecatos
Lacayos, carroza y pajes;
Mas deben sus equipajes,
Y yo pagué mis zapatos.

Otros añaden que su amigo tomó la defensa de los señores en otra cuarteta que decia:

No son los que un porte honrado
Sustentan de ajenos bienes
Los mentecatos.—Pues ¿quiénes?
—Los que se lo dan fiado.

Un escudero de Osuna, en un pleito que tenia en la audiencia de Alcalá, queria recusar al vicario por sospechoso, é importunaba mucho al cardenal don Francisco Jimenez de Cisneros para que señalase otro juez cualquiera, que fuese de Madrid ó Guadalajara.

El cardenal se enojaba de aquello, y disimulaba con él, diciendo que su vicario lo haria bien.

Tornando el escudero á insistir en su proposicion, tuvo que decirle por fin el cardenal:

—¿Quién puede haber en Madrid ó Guadalajara que determine este negocio?

El escudero contestó:

—Hubo en Torrelaguna quien pudiese ser arzobispo de Toledo, ¿y no habrá en Madrid ó en Guadalajara quien pueda ser juez de un pleito?

Un ladron que iba al patíbulo suplicó que detuviesen la procesion para beber un poco de aguardiente, y en una tienda de vinos pidió un vaso de ron.

Se lo dieron, y, despues de haberlo bebido, dijo al tendero:

—No tengo suelto en este momento; pero pagaré á la vuelta.

En un convento de monjas de una ciudad pequeña se labraba el chocolate dentro de la casa, y como en aquel trabajo el molendero diese un quejido por cada esfuerzo que hacia al bajar el rodillo pasándolo sobre la piedra, una jóven novicia que lo estaba observando, le dijo:

—Señor Juan, tengo compasion de usted, por lo mucho que trabaja usted, y para que no se canse tanto voy á ayudarle.

—¿Y cómo puede ser eso, señorita? dijo el molendero agradecido.

—Muy fácilmente, contestó la novicia con la mayor candidez; estoy viendo que cada vez que baja usted el rodillo, sopla con mucha fuerza, diciendo: ¡ah! ¡ah! ¡ah!

—Es verdad.

—Pues bien; suba usted y baje el rodillo, que yo me encargo de soplar y decir ¡ah! ¡ah! ¡ah!

Un médico llamó á un albéitar para que le curase un caballo que tenia enfermo, y en muy poco tiempo quedó el caballo completamente sano. Le preguntó el médico cuánto valia su trabajo, y aquel le contestó:

—Yo no llevo interés con la gente de mi oficio; entre sastres no se paga hechura.

Un banquero tenia la costumbre de contestar cuando le proponian un negocio de crédito, y le elogiaban la honradez del que pretendia recibir:

—No puede ser hombre de bien el que no tiene diez mil duros de renta.

Un hijo de este pretendió á una jóven de quien estaba enamorado; y suponiendo que el medio más honesto era dirigirse al padre de la novia, se presentó un dia en el despacho de este, y le habló sobre el particular.

—No tendria inconveniente; le contestó el padre de la chica; pero primero quiero saber si es usted hombre de bien.

—¡Cómo! esclamó el novio: usted me insulta..... un sugeto tan conocido como yo..... y se atreve usted á dudar....

—Yo no le insulto á usted, caballero; pero ignoro si usted es hombre de bien, y, si no lo es, no le daré mi hija.

—Pero, ¿qué motivos he dado para que se dude de mi conducta?

—Ninguno; pero de que usted observe buena conducta, á que tenga diez mil duros de renta, hay una gran distancia.

—¡Luego no puede ser hombre de bien el que no tenga esa renta!.....

—Yo no lo sé; pero como su padre de usted lo dice, y es más viejo que yo, creo que tendrá razon.

Siendo gobernador de España el cardenal Cisneros, pidió el rey de Francia que se le entregase Perpiñan, y que de no acceder España á este deseo se entraria por Navarra.

Al oir estas palabras de boca del embajador, asió Cisneros el cordon del hábito de San Francisco, que llevaba siempre, y dijo con arrogancia:

—Decid á S. M. que si se atreviese á poner el pié en el territorio español, con tres cordonazos que diese yo con este se levantaria un ejército tan poderoso, que antes de que hubiese salido de su asombro le hubiera tomado su reino.

Unos muchachos traviesos y desalmados estaban una tarde columpiando y meneando á un ahorcado.

Pasó el sacristan del pueblo, y montando en cólera les dijo:

—Dejad á ese infeliz, hijos de Barrabás, que lo vais á volver loco.

Llegó un soldado á pedir una merced al rey Católico, el cual, viendo lo fuera de razon que era la demanda, le contestó en el acto que no contase con ello.

Púsose entonces el soldado á hacer grandes reverencias con rostro el más afable y halagüeño.

Asombrados los cortesanos, le preguntaron la causa de aquella alegría cuando no tenia motivos mas que para hacer todo lo contrario. .

El soldado contestó:

—Agradezco al rey el haberme despachado pronto.

UN CUENTO QUE VALE UN MUNDO.

Dolióle á un hombre una muela,
Vino un barbero á sacarla,
Y estando la boca abierta:
¿Cuál es la que duele? dijo.
Dióle al punto la respuesta,
La *penúltima*, diciendo.
El barbero, que no era
En *penúltimas* muy ducho,

Le echó la última fuera.
Á informarse del dolor
Acudió al punto la lengua,
Y dijo en sangrientas voces:
—«La mala, maestro, no es esa.»
Disculpóse él con decir:
—«No es la última de la hilera?
—Sí, respondió, mas yo dije
Penúltima; y usté advierta
Que penúltimo es el que
Junto al último se sienta.»
Volvió, mejor informado,
Á dar al gatillo vuelta,
Diciendo:—«En efecto, ¿es
De la última la más cerca?
—Sí, dijo.—Pues vedla aquí,»
Respondió con gran presteza,
Sacándole la que estaba
Penúltima; de manera
Que quedó, por no hablar claro,
Con la mala, y sin dos buenas.

Hay la costumbre en muchas partes de que los sacristanes acompañen á los predicadores al púlpito, y que luego al acabar el sermon los acompañen de nuevo á la sacristía.

En cierta ocasion hubo un predicador tan pesado, y que lo hacia tan mal, que, á pesar del fervor de su auditorio, fueron todos poco á poco desocupando la iglesia hasta dejarla completamente vacía.

Cuando el sacristan vió que, sin reparar en el efecto que habia producido su discurso, seguia el padre impasible y mostrando ánimos de no acabar en mucho tiempo, se llegó á él, y poniendo en sus manos las llaves de la iglesia, le dijo:

—Reverendo padre, yo tambien me marcho. Cuando hayais acabado, podeis cerrar vos mismo la puerta.

El jóven duque de Guisa, despues arzobispo de Reims, queria renunciar á todos sus beneficios por casarse con la princesa Gonzaga, de quien estaba locamente enamorado.

—Mirad bien lo que haceis, le dijo con este motivo Richelieu. Teneis cuatrocientas mil libras de renta, que consentís en perder por una mujer. ¡Cuántos habria que consentirian en perder cuatrocientas mil mujeres por conservarlas!

Un fraile franciscano concurria con harta frecuencia á la cocina de un obispo, el cual habia recomendado á sus criados que andasen á la mira con el hermano.

Un dia que el prelado daba una gran comida, se halló casualmente el monge en su palacio.

Habló, pues, el obispo á sus convidados de lo amigo que era el franciscano de empinar la botella.

Esto picó la curiosidad de algunas de las damas de la concurrencia, las cuales trataron de bromearse con él presentándole una copa de agua que se le habia de hacer pasar como rico aguardiente.

Resistíase en un pronto el prelado, pero al fin tuvo que ceder á las exigencias de tan bellas mediadoras.

Llamóse, pues, al fraile diciéndole que era preciso que echase un trago á la salud de su superior.

Plació le al hermano aquella ocasion que se le presentaba de poder probar de las botellas del aparador del obispo; pero aunque la farsa se fingió lo mejor que se pudo, aunque se destapó una botella nueva, aunque se habia dado de licor á los bordes de la copa, el hermano conoció muy pronto la trampa que habia en aquello.

—Siguió, sin embargo, imperturbable, y cuando le hubieron escanciado el licor, le tomó, y dijo que él no podia beberle sin que le echase su bendicion S. Illma.

—Es inútil, dijo el obispo.

—Sin embargo, os suplico que lo hagais, ó no me atreveré á beberlo.

Vista la resistencia, bendijo el obispo la copa; pero, apenas lo hubo verificado, la cogió el fraile, y entregándola á un criado:

—Tomad, le dijo, haced que se lleve á la iglesia. Un franciscano no bebe nunca agua bendita.

Aunque usía andar me vé,
Á pié de dia y de noche,
Cuanto yo traigo pagué;
Pero otros que van en coche,
Tienen sus deudas en pié.

El célebre médico español Silva, muerto en París el año 1742, fué llamado cerca de un enfermo consumido por una bílis negra.

—Os aconsejo, le dijo, que vayais á ver al Arlequin; ese es el mejor remedio para disipar vuestra bílis.

Desgraciadamente el enfermo era el único que no podia servirse del remedio. Era el mismo Arlequin.

Un andaluz decia:

—Yo corro más peligro que ningun otro en un desafío, porque, como soy todo corazon, en cualquier parte que dé el hierro enemigo me hace una herida mortal.

¿Por qué las mujeres, tanto
En sus adornos se esmeran?
Porque cuando están sin ellos,
Muchos no quieren ni verlas.
¿Por qué las mujeres, tanto
Se contristan de ser feas?
Porque si no son hermosas
Todo el mundo las desprecia.
¿Por qué las mujeres, tanto
Se componen la cabeza?
Porque conocen lo mucho
Que la tienen descompuesta.

M. de Maupertuis, hecho prisionero en Austria, fue presentado á la emperatriz, la cual le dijo:

—¿Conoceis á la reina de Suecia, hermana del rey de Prusia?

—Sí, señora.

—¿Dicen que es la mujer más hermosa del mundo?

—Señora, así lo habia creido yo hasta este instante, contestó el galante caballero.

Uristétenes decia de una mujer que amaba:

—Cuando está vestida es bella; cuando está desnuda es la misma belleza.

Cuando Ganganelli fué elegido Papa bajo el nombre de Clemente XIV, hubo quien le dijo que el cardenal de Bernis habia recibido con las mayores muestras de placer la noticia de su exaltacion.

—Lo creo muy bien, respondió el nuevo Pontífice, las metamorfosis han sido siempre del agrado de los poetas.

El uso de la miel ha provenido de los orientales. De aquellos paises pasó en la antigüedad á las demás partes del mundo.

La miel era el néctar de los antiguos.

Virgilio le llama un don celeste, *cœleste donum;* Pitágoras hacia de ella su alimento ordinario; Demócrito aconsejaba su uso á los que querian vivir largo tiempo. Plinio cuen-

ta, que habiéndose presentado en cierta ocasion á Augusto un viejo octogenario, que á pesar de sus años se mantenia todavía en todo el vigor de la edad, le preguntó aquel el régimen que habia seguido para mantenerse en tal estado. El viejo respondió:

—He conservado mi cuerpo alimentándole con miel por dentro y untándole con aceite por fuera; *intùs melle, extrà oleo.*

Hasta mediados del siglo XV estuvo prohibido á los médicos el casarse.

Cuando alguno violaba esta ley, era escluido de la facultad.

Mas tarde se creyó algo mas conciliable la profesion de médico con el estado matrimonial, por aquello de que ya que los médicos contribuyesen de tal modo á despoblar las sociedades, sirviesen por lo menos para suplir como hombres las faltas que como tales médicos hacian sentir á los pueblos.

Cuéntase de Felipe II una aventura que, atendido su carácter arisco y severo, nos tomamos mucho tiempo para creer.

Dícese que hallándose un dia este monarca en el Escorial, sin comitiva y sin ninguna insignia que le diese á conocer, entró un particular, el cual comenzó á interrogarle sencillamente acerca de las particularidades de algunos cuadros que ornaban las galerías.

El rey satisfizo con la mayor cordialidad á sus preguntas.

Agradecido el desconocido á tanta bondad; dijo al marcharse:

—Caballero, vivo en tal parte, y me llamo Fulano de tal: si alguna vez pasais por mi pueblo y quereis ir á verme, os prometo daros á probar un buen vino.

—Os lo agradezco, dijo entonces el rey. En cuanto á mí, me llamo Felipe II, rey de España. Si algun dia pasais por Madrid, idme á ver, que yo os daré á probar mejor vino todavía que el que podais tener en vuestra bodega.

Se afligia un aguador,
Al principio del invierno,
Porque ya no ganaria
Con el agua su sustento.
Volvió la cara hácia atrás,
Y vió que estaba riendo
Un hombre: le preguntó
—¿Quién es usted?—¿Yo? Cisquero.

El papa Clemente VI era hombre que no olvidaba nada de cuanto habia leido ú oido leer en su vida.

Lo mas estraño era que tan prodigiosa memoria le habia venido de resultas de un tremendo porrazo que habia recibido en la nuca.

Otro tanto se dice del desarrollo de los talentos de uno de nuestros mejores oradores contemporáneos, el Sr. Lopez, el cual, segun sus biógrafos, recibió una fuerte herida en la

cabeza que produjo un gran derrame de sangre, con lo cual quedaron tan despejadas sus potencias, que solo desde entonces se observó la vivacidad y admirable disposicion para la palabra que todos han conocido en él.

El doctor Honch, que murió de obispo de Worcester, era el sábio de carácter mas dulce y mas amable que ha existido.

Poseia un barómetro muy precioso, que le habia costado 200 guineas.

Un dia fué á visitarle un jóven medio pariente suyo, el cual fué recibido del prelado con la mayor afabilidad.

Cuando ya iba á retirarse, y al ir á dejar la silla en el lugar que antes ocupaba, tropezó con la consola donde estaba el barómetro, y cayendo este en el suelo se hizo doscientos mil pedazos.

Turbado el jóven, no sabia cómo escusarse, cuando el buen prelado le sacó del apuro diciéndole con el mayor candor:

—¡Bien! ya hace tiempo que no señalaba mas sequía; pero lo que es ahora tenemos lluvia segura. Yo, al menos, no he visto nunca tan bajo al termómetro.

Consiento en que mi querida haga libros, decia Diderot: pero lo que es mi mujer no quiero que sepa hacer mas que camisas y calcetas.

Los diputados de una ciudad ó de una provincia fueron á anunciar á Vespasiano, que por deliberacion pública se habian votado un millon de sestesins (120,000 libras) para erigirle una estátua colosal.

El emperador, que amaba mas el oro que la gloria, les dijo presentándoles la palma de la mano:

—Id poniendo aquí esa suma, que esta es la mejor base que podeis dar al monumento.

LAS ANTIGUAS FIESTAS DE TOROS.

Grande alboroto, mucha confusion,
Voces de vaya y venga el boletin,
Gran prisa por sentarse en un tablon,
Mucho soldado sobre su rocin.
Ya se empieza el magnífico pregon,
Ya hace señal Simon con el clarin,
El pregonero grita: «Manda el Rey;»
Todo para anunciar que sale un buey.

Luego el toro feroz sale corriendo
(Pienso que más de miedo que de ira);
Todo el mundo al mirarle tan tremendo,
Ligero hácia las vallas se retira:
Párase en medio el buey; y yo comprendo,
Del ceño con que á todas partes mira,
Que iba diciendo en sí el animal manso:
«Por fin, aquí me matan, y descanso.»

Sale luego á echar plantas á la plaza

Un jaque presumido de ligero;
Zafio, torpe, soez, y con más traza
De mozo de cordel que de torero:
Váse acercando al toro con cachaza;
Mas no bien llega á ver que el bruto fiero
Parte tras él furioso como un diablo,
Vuelve la espalda, y dice: «Guarda, Pablo.»

Síguese á tan gloriosa maravilla
Un general aplauso de la gente:
Uno le grita:—Corre, que te pilla.
Otro le dice:—Bárbaro, detente.
Y al escuchar lo que el concurso chilla,
Iba diciendo el corredor valiente:
—¿Para qué os quiero, piés? dadme socorro;
¿No es corrida de bestias? Pues ya corro.

Á las primeras vueltas ya se halla
El toro solo en medio de la arena;
Por no saber qué hacerse va á la valla
Á ver si en algun tonto el cuerno estrena;
Mas desde allí la tímida canalla,
Que estando en salvo de valor se llena,
Al pobre buey ablandan el cogote,
Unos con pincho y otros con garrote.

En esto con su capa colorada
Sale á la plaza un malcarado pillo,
Puesto en jarra, la vista atravesada,
Y escupiendo al través por el colmillo,
Dice con una voz agacharada:
—Echen, échenme acá el animalillo:

Mas viene el buey; él piensa que le atrapa;
Quiere echarle la capa, pero escapa.
  Hecha al fin la señal de retirada,
Que en otras partes suele ser de entierro,
Pues muere el animal de una estocada,
O á las furiosas presas de algun perro;
Sale el manso y pastor de la vacada,
Y al reclamo del áspero cencerro,
La plaza al punto el buey desembaraza,
Quedando otros más bueyes en la plaza.

Miguel de Cervantes y Camoens tuvieron una suerte tan semejante, que apenas se encontrarán dos hombres más unidos por el genio, por su vida y por sus desgracias.

Entrambos honraron al país que los habia visto nacer, siendo á la vez despreciados por sus contemporáneos.

Los dos se entregaron á merced de las olas, naufragaron, sufrieron un largo cautiverio, padecieron, en fin, los mismos contratiempos.

El uno de los dos, Camoens, perdió un ojo al frente de la ciudad de Ceuta, en el reino de Marruecos: Cervantes perdió la mano izquierda en la célebre batalla naval de Lepanto, ganada en 1571 por don Juan de Austria contra los turcos.

Camoens murió en un hospital de Lisboa en 1579, á la edad de sesenta y dos años, echando en cara á sus conciudadanos el abandono en que le habian dejado: Cervantes murió tambien en edad muy avanzada de un ataque de hidropesía, que acabó con él en 1616.

Para que la muerte los igualase tambien, el primero fué echado á la fosa comun con gente mercenaria, sin que luego, por tanto, haya podido darse con sus huesos: el segundo fué enterrado por caridad.

Un tal Mauricio, distinguido cantante de la Opera cómica de Paris, era hombre de tan pocas palabras, que se veia en el mayor apuro en los recitados de sus papeles.

Un dia, mas que todos, se vió su nulidad.

Tenia el tal que salir á anunciar al público la desgracia que habia ocurrido á un actor que debia presentarse en la representacion.

Al salir hizo los tres saludos de costumbre, sin turbarse. Luego empezó á decir:

—Señores, nuestro camarada (aquí su nombre) no se halla en este momento en disposicion de..... á causa de un accidente, como quien diria..... una..... que..... no pudiendo continuar..... necesita de vuestra..... Señores..... en esta circunstancia.....

Al verle tropezar así, hubo uno que dijo:

—Cantádnoslo, Mauricio, así os entenderemos.

Cierto filósofo pobre, gentílico, por enseñar á pedir limosna á un hijo que tenia , algunos dias llevábalo á las estátuas de piedras, y hacia que les pidiese con el bonete en la mano, y al cabo de un rato, como no le respondieran, volvia las espaldas.

Visto esto por un ciudadano, preguntóle que por qué hacia aquello.

Respondió:

Porque aprenda á tener paciencia, la cual ha de ser naturalmente de los pobres.

Enviaban á un capitan á que tomase una posicion; pero le daban tan pocos soldados, que más podia decirse que le enviaban á perecer.

Entonces él dijo:

—Con la mitad de los que me dais tengo lo necesario para el caso.

—¿Por qué es eso? le preguntaron.

—Porque para morir me basto á mí solo.

—Venid en el escudo ó sobre el escudo, decia una madre de Esparta á su hijo. Le queria, ó victorioso, ó muerto.

Decia un soldado, que los ejércitos franceses eran más que hombres en el primer empuje, y menos que mujeres en lo restante de la batalla.

Esto, sin embargo, seria antes de habérseles visto bajo Napoleon ser los primeros en combatir y en morir.

Un alquimista llamado Augurelli escribió un poema in-

titulado *La Crisopeya, ó el arte de hacer la piedra filosofal*, y se lo dedicó al papa Leon IX; este le dió en recompensa un bolsillo vacío, diciéndole con una risa irónica:

—*Toma, tú sabrás llenarlo.*

Un cura de un lugar se vió precisado en un dia de ceremonia á responder á un discurso latino; mas como él entendiese muy poco esta lengua, salióse de la dificultad con decir:

—Señor, los Apóstoles hablaron muchas lenguas; vos me acabais de hablar en latin, y yo voy á responder en castellano.

Bacon decia que los que mandan ó gobiernan son como los cuerpos celestes, mucho brillo, pero ningun reposo.

El blason fué instituido por los años 1108, en que principiaron las Cruzadas.

Era preciso á una infinidad de señores hacerse conocer y distinguir por sus vasallos que los seguian; y para esto se valieron de banderas y emblemas que llevaban, ya pintadas en aquellas, ya grabadas en las armaduras de hierro que los cubria, y las mismas señales llevaban aquellos que los acompañaban.

Conservando estos símbolos y títulos de honor, les servia igualmente de distintivo en los torneos; despues la moda lo estableció generalmente.

El cruel Caracalla asesinó á su hermano Geta en el regazo de su misma madre, y temeroso de la indignacion del pueblo, rogó al jurisconsulto Papiniano emplease su talento en úna oracion, para disculparse con el Senado de aquel atentado tan horrible.

—*Sabed, señor*, replicó Papiniano, *que no es tan fácil escusar un parricidio como cometerlo, y que acusar á un inocente, trás de asesinarle, es matarle segunda vez.*

Un cocinero salió de la casa de un noble que tenia muchos pergaminos, pero pobres libreas y malos manteles, y pasó al servicio de otro hombre de calidad.

Vióle un dia su primer amo en ocasion en que ya habia tenido tiempo para echar de encima la miseria que habia sacado de su casa.

Como vestia un traje verde, le dijo:

—Muy verde estás, fulanito.

El cocinero respondió:

—Señor, es que siembro en buena tierra.

Don Juan, duque primero de Medina-Sidonia, dijo en cierta ocasion á un mayordomo que le hacia presente lo mucho que se iba de su tesorería en dádivas y pensiones:

—La grandeza de mi casa no se ha de conocer en lo que guardo sino en lo que reparto.

Algo iba, pues, de aquellos nobles á los presentes.

Un truhan quiso sacar en cierta ocasion, con algo que él creia gracia, algun regalo de un señor muy cicatero con quien hacia tiempo trataba, diciéndole en cierta ocasion:

—Señor, ¡si viérais qué sueño he tenido esta noche! He soñado que vos me regalábais un vestido nuevo que me sentaba á las mil maravillas.

El noble se zafó, diciendo:

—Anda, babieca; ¿quién es el que cree en sueños?

EL BARATERO.

Al que me gruña, le mato,
Que yo compré la baraja:
¿Está osté?
Ya desnudé mi navaja,
Largue el Coscon y el Novato
Su parné,
Porque yo cobro el barato
En las chapas y el cané.

Tiemblan sargentos y cabos
Cuando me pongo furioso:
¿Está osté?
Donde yo campo y yo toso,
No hay ternajales, ni hay bravos,
¡Chachipé!
Porque yo cobro los chavos
En las chapas y el cané.

A naide temo ni envidio;
Soy muy feroz y muy crudo;
¿Está osté?
Y si la ley del embudo
Me echa mañana á presidio,
Yo sabré
Cobrar en Ceuta el subsidio
De las chapas y el cané.

Rico trajan y buen trago.....
¡Tengo una vida de obispo!
¿Está osté?
Mi voluntad satisfago,
Y á costa ajena me achispo;
¿Y por qué?
Porque yo cobro y no pago
En las chapas y el cané.

Así camelo y recluto
El corazon de mi moza:
¿Está osté?
Y aunque ha peinado coroza,
Seré su rey ausoluto:
¡Lo seré!
Mientras me paguen tributo
En las chapas y el cané.

Presentaron á un prebendado una grulla compuesta del

modo más esquisito, pero falta de una de sus piernas, que el cocinero se habia encargado de despachar antes que aquella saliese á la mesa.

Como el prebendado lo notase, preguntó la causa de semejante anomalía; pero entonces el cocinero, sin cortarse, le dijo:

—Señor, ¿aun no sabíais que las grullas no tienen mas que una pierna?

Hubo de callarse con esto el amo, no sabemos si cortado por su ignorancia ó por la sagacidad de la escusa.

Á poco salieron prebendado y cocinero á una partida de caza. Cuando ya estaban engolfados en el campo, vieron á lo lejos una bandada de grullas en pié.

—¡Señor! ¡señor! mirad cómo os sale cierto lo que os dije: ved allí las grullas teniéndose en un solo pié.

Entonces el prebendado tuvo la ocurrencia de coger su gorro y arrojarlo á la que tenia más cerca, con lo cual, espantada la una, se levantaron todas campo adelante, poniendo en evidencia las dos piernas de que el cielo las habia dotado.

—Vamos, dijo el prebendado á su cocinero: ¿no veis cómo mentíais como un bellaco? las grullas tienen dos piés.

—Señor, no tienen mas que uno.

—¿Pero no has visto cómo al tirarlas el gorro.....

—¡Toma! ¡toma! si hubiérais hecho lo mismo con la que teníais en el plato, tambien la hubiérais visto dos piernas; pero hubiera sido en gracia de vuestro gorro y no de su naturaleza.

Decia Juan Urbina que los que cuentan nuevas de tierras estrañas, son como los pobres que llevan ropas remendadas, en las cuales son más los remiendos que añaden de viejo, que el paño principal de que se hizo la ropa.

Decia el Gran Capitan, que los militares en tiempo de paz son como chimeneàs en verano.

Por yo no sé qué pecado,
Un dia cierto marqués
Dió una tunda á su criado,
El cual se llamaba Andrés.
De su casa Andrés salió
Con intencion iracunda,
Y á un gallego que encontró
Le dió tambien una tunda.
Viólo asombrado el marqués,
Que pasaba casualmente,
Y preguntó al buen Andrés:
—¿De cuándo acá tan valiente?
A lo que este contestó:
—Allá en valor nos ándamos,
Señor amo, usted y yo
Sabemos á quién pegamos.

Algunos dias despues de la batalla de Marsella, y en ocasion en que estaban comiendo en casa del general Coti-

not algunos de sus amigos, vino á rodar la conversacion sobre las prendas que más necesariamente se exigian en un buen general.

Uno de los convidados, queriendo lisonjear al héroe que tenia delante, dijo:

—Yo conozco, señores, uno de condicion tan sencilla, que es capaz de ponerse á jugar tranquilamente una partida de damas cuando acaba de ganar una batalla.

Cotinot respondió con frialdad:

—Por mi parte no le apreciaria menos si lo hiciese cuando acabase de perderla.

Eran tan frecuentes los duelos en Francia bajo Luis XIII, que lo primero que se preguntaban, al hallarse dos en un paseo ó en la calle, era: por la mañana:

—¿Quién se batió ayer?

Por la tarde:

—¿Quién se ha batido esta mañana?

En 1660, el cura de una iglesia francesa hizo quitar de la capilla de Santa María la Egipciaca unos vidrios que estaban puestos hacia tres siglos, en los cuales se veia pintada aquella sobre el puente de un pequeño barquichuelo, remangada hasta las rodillas delante del barquero, con estas palabras encima:

De cómo la Santa ofreció su cuerpo al barquero en pago de su pasaje.

Por los años de 1707 quedó enteramente despoblada la Islandia de resultas de una peste terrible.

El gobierno, no hallando medio de atraer á aquellas tierras á los demás súbditos de Dinamarca, publicó un decreto por el cual permitia á toda mujer tener seis hijos fuera de matrimonio, sin que esto echase la menor nota sobre su reputacion.

Los historiadores cuentan que fué tal el efecto de esta medida, que en poco tiempo quedó completamente desquitada la pérdida de gente que habia causado la epidemia; pero que las muchachas se hallaban tan bien con aquel edicto, que fueron necesarios otros muchos en que se imponian las mayores penas contra las infractoras, para que volviesen las cosas á su estado natural.

Viajando dos literatos hácia Birmingham:

—¿No es dolorosísimo, dijo el uno, que un solo poema en que me elogian no se venda?

—Mucho más lo es, respondió el otro, que se hayan vendido dos obritas en que me hacen pedazos poniéndome á los pies de los caballos.

Preguntando en cierta ocasion á un pobre diablo inglés cuáles serian las tres cosas que desearia conseguir, caso de que se le diesen medios de hacer realizables sus deseos, dijo:

—En primer lugar, quisiera tener tanta cerveza como pudiera beberme. Despues quisiera tener tanta cecina como pudiera comer.

—Bueno, ya tenemos los dos primeros deseos: veamos cuál seria el último.

—El último, el último, murmuró el otro, ¿qué diablo? el último, tener un poco más de cerveza.

Preguntaron á Milton la razon por la cual puede en ciertos paises investirse á un rey de la corona á los catorce años, en tanto que no se les permite casarse hasta los diez y seis.

— Eso depende de que es más fácil gobernar á un reino que á una mujer.

—Habeis afeado completamente á vuestro caballo con ir á cortarle las orejas, como lo habeis hecho: ¿Qué razon habeis tenido para ello?

—Os lo diré: mi caballo era tan espantadizo, que enderezaba las orejas á cada objeto que veia: cortándoselas, he querido curarle de espanto.

Susana, decia Piron, se resistió á dos seductores; pero que una mujer jóven y linda rechace los halagos de dos viejos, es para mí lo más natural.

Otra cosa hubiera sido si Susana hubiera sido mujer de sesenta años, y hubiese despreciado los homenages de dos mozos guapos y galanes. En esto sí que hubiera visto yo un milagro.

Un hombre tan inclinado á contar historias y cuentos, que parecia no haber nacido para otra cosa que para andar

siendo una crónica ambulante de todos los hechos contemporáneos, se engolfó en cierta ocasion en la narracion de un gran acontecimiento militar que habia presenciado, cuando á lo mejor del cuento sonó el cañon de aviso que anunciaba la pronta partida del buque que debia conducirle á la Jamáica.

Dejó, pues, á los oyentes suspensos de su narracion, y el se despidió, y partió.

Cuando volvió de tan largo viaje, su primer pensamiento fué correr á la casa donde habia dejado suspendida la historia, y hallando allí reunidos á todos los de la tertulia de la noche de su partida, y sin saludar ni andar en preámbulos, entró diciendo:

—Pues como iba diciendo, señores, etc., etc.

Las mujeres ostentan comunmente toda su modestia la primer noche de boda, como los hombres manifiestan todo su amor.

Saliendo á pasear una tarde el rey Católico por el campo de Zaragoza, vió venir por el camino adelante una bandada como hasta de cuarenta labradores.

El cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza le contó entonces la costumbre que habia en aquel país entre los hombres del campo de hacer cada dia rey á uno de sus compañeros, al cual daban la direccion de la banda, y cuya autoridad era obedecida del modo más respetuoso y sumiso.

El rey, por holgarse, quiso probar hásta dónde aquella farsa de rey llevaba la conciencia de su dignidad, y cuando

vió pasar la cuadrilla de campesinos, hizo una corta reverencia al que caminaba á su frente, quitándose la gorra hasta el suelo.

No se cortó el labrador ante S. M., antes bien al ver los respetos de Fernando, se persignó con la misma gravedad, diciendo en el tono más poseido:

—*Á gorra de rey, bendicion de Santo Padre.*

Hé aquí una buena muestra de las defensas de las mujeres, escrita por una de ellas.

No, lo que es como las dejen hablar, no las ahorcarán:

Hombres necios que acusais
Á la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais;
Si con ansia sin igual
Solicitais su desdèn,
¿Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?
Combatís sin resistencia,
Y luego con gravedad
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia

Hallar á la que buscais,
Para pretendida, Tais,
Y en la posesion Lucrecia.
  ¿Qué humor puede ser más raro
Que el que falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo,
Y siente que no está claro?
  Con el favor y el desden
Teneis condicion igual:
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os quieren bien.
  Nunca nos dais el desquite;
Pues la que más se recata,
Si no os admite es ingrata,
Y liviana si os admite.
  Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,
Á una culpais por cruel,
Á otra por fácil culpais.
  Pues ¿cómo ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende
Y la que es fácil enfada?
  Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,
Bien haya la que no os quiere
Y quejaos en hora buena.
  Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,

Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada
O el que ruega de caido?
Ó ¿cuál es más de culpar
(Aunque cualquiera mal haga),
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?
Pues ¿para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
Ó hacedlas cual las buscais.
Dejad de solicitar,
Y despues con mas razon
Acusareis la aficion
De la que os fuere á rogar.
Bien con muchas armas fundo
Que lidia vuestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia,
Juntais *diablo*, *carne* y *mundo*.

Casi casi nos entran ganas de contestar á las anteriores redondillas, que son debidas á la fácil musa de una monja mejicana; y si no fuera porque ya va asomando el pudor á nuestro rostro virginal, las diríamos:

Si es cierto que motejaros
Con tal frecuencia sabemos,

De las culpas que tenemos,
Teneis razon en quejaros.
Mas yo no puedo acordaros
La razon de esas fatigas:
¿Qué es lo que decís, amigas,
Aquel falso testimonio
De «á ti te lo digo, Antonio,
Porque á mí no me lo digas?»
  Yo no sabré la razon
De vuestra acerba dolencia,
Si está en nuestra diligencia,
O está en vuestra tentacion.
Y si en cualquiera ocasion
Perseguimos vuestro encanto,
No os debe causar espanto,
Pues achacarlo debeis
Á la virtud que teneis
Para hacer pecar á un santo.
  En verdad, yo no creia,
Como inocente rapaz,
Al bello sexo capaz
De tanta sabiduría;
Pero al ver la letanía
Conque una monja hace el trato
De volver por su recato,
Diré, aunque sea lisonja,
Que bien sabe la tal monja
Dónde le aprieta el zapato.
  ¡Vive Dios! que mucho siento,

Las veces que, descarado,
A la mujer he negado
La facultad del talento.
De lo dicho me arrepiento,
Al probar la erudicion
De la monja, y es razon
Que os diga prudente y grave:
«Si tanto una monja sabe,
¿Qué harán las que no lo son?»
  Risa, más bien que dolor,
Me causan vuestras querellas,
Cuando mostrais de doncellas
Al hombre tanto temor.
Alas pedís y valor.....
Pero luego, arrepentidas,
Solo sabeis, fementidas,
Cuando los hombres avancen,
Correr para que os alcancen,
Luchar para ser vencidas.
  Sin duda angélicos séres,
Venís á ser en el suelo,
Arcángeles de este cielo,
Que alimentan de placeres.
Todas, todas las mujeres,
Dignas son de altos renombres,
Y, lector, aunque te asombres
Te diré que las que he visto,
Suelen parecerse á Cristo.....
En morirse por los hombres.

No es por jugar el vocablo
Si os califica mi ciencia,
De ángeles en la apariencia,
Y en la tentacion al diablo.
Y ya que formal os hablo
Para unir los pareceres,
Debo decir que los séres
Mas malos, son y han sido antes,
Los lobos, los estudiantes,
Los hombres y las mujeres.

Preguntó un truhan á una señora de mucha calidad si condescenderia en ser su querida, caso de que la fortuna le hubiese dotado con veinte mil ducados.

—Aunque fuera con cien mil.

—Pero si tuviera medio millon.....

—Tanto podreis decir, que entonces quién habia de resistirse.

—¡Maldita suerte mia! dijo entonces el escudero, la querida ya la tengo..... Ahora lo que falta es el dinero.

Decia uno, que el último diente que tenia se le habia caido comiendo aquel dia una breva que estaba muy madura.

—Más maduro debia estar el diente, hubo quien le dijo.

Habia en una ciudad antiguamente la costumbre de que el dia del *Corpus* se hiciese un regalo al sacristan que sacase una más rara invencion en la procesion que, como todos sabemos, se celebra en aquella solemnidad.

Entre los sacristanes que tenian que aspirar al premio, habia uno que iba siempre muy remendado, y que con especialidad llevaba unas calzas tradicionalmente rotas y malparadas.

Este sacristan fué casualmente el que se llegó á un tal Garci-Sanchez, hombre de peso, con el fin de preguntarle qué seria lo que él podria sacar que llamase mayormente la atencion de las gentes. Garci-Sanchez, sin titubear, le respondió:

—Unas calzas.

El paseo es el entretenimiento de las intrigas amorosas, el consuelo de las viudas, el peregrinaje de las coquetas, el paraiso de las mujeres galantes, el purgatorio de los maridos celosos, y el pasatiempo de los vagos: regocija la vista, divierte el espíritu, conserva la salud, y sazona un bocado mejor que el más hábil cocinero: es modesto por la mañana, alegre y bullicioso por la tarde, sus armas son los abanicos, y las sombrillas su corona.

Condujeron delante de la autoridad á un conde irlandés, que, estando en guerra la Inglaterra con la Francia, habia manifestado altameute el deseo de que los franceses desembarcasen en su país.

El juez preguntó al presunto reo cómo habia sido bastante malvado para desear que los enemigos de su nacion desembarcasen en su país, y mucho más que fuesen á desembarcar por un punto tan próximo á aquellas tierras, para que su familia y él fuesen los primeros en llevar el yugo estranjero.

—¡Bah! dijo entonces el reo, es que eso no es más que la primera parte de mi deseo: yo querria, en efecto, que los franceses desembarcasen, pero seria para que V. pudiera cogerles los fusiles, como lo hizo con el mio aun no hace una semana.

Hallándose un dia el abate Bosiroberto en casa del cardenal de Richelieu, hablaba muy mal y ridiculizaba á cierto magistrado.

Un criado que le oia, le dijo con alguna osadía:

—Señor abate, cuidado con lo que se habla, que se lo diré á mi pariente.

—Amigo, le respondió el abate, dígale usted lo que quiera; por mi parte yo le diré que usted pretende ser su pariente, y sin duda se enfadará mucho más que de todo cuanto yo pueda decir.

Habiendo determinado los romanos enviar una embajada á Bithinia, eligieron para este fin á tres sugetos, de los cuales quiso la casualidad que uno fuera gotoso, otro tuviese la cabeza magullada, y el tercero fuese muy cobarde.

Cuando Caton tuvo la noticia de esta eleccion, esclamó riendo:

—¡La *Embajada* del pueblo romano no tiene piés, cabeza ni corazon.

Antipater, gobernador de Macedonia durante la espedicion de Àlejandría en Asia, derrotó á los lacedemonios, y mató á su rey Agis: compadecido uno de la suerte de aquella nacion, dijo:

—¿Conque al fin, desgraciados espartanos, vosotros sereis esclavos de los macedonios?

Á lo que contestó Aristacridas:

—¿Cómo esclavos? ¿Quién podrá impedirlos que mueran libres combatiendo por la patria?

En prueba de la sabiduría que habia en el siglo XVII entre los que querian pasar por guardadores de la ciencia, citaremos el ejemplo del dean de la iglesia de Amberes, Aubers le Miro, que publicando una biblioteca eclesiástica en latin, puso entre las obras que la componian el *Pastor fido* (el fiel Pastor), que con la mayor buena fé del mundo creyó que era un libro que trataba de los deberes y obligaciones de los pastores de la Iglesia.

Roma no tuvo leyes contra el parricidio hasta el año 652 de su fundacion.

Solo cuando un tal Publio Malcolan mató á su madre, se acordó que los parricidas serian en adelante cosidos en un saco de cuero y arrojados al agua.

Pompeyo, en su segundo consulado, agravó la pena haciendo que se pusiese un gallo, un gato, un perro, un mono y una serpiente dentro del saco de los parricidas.

El saco estaba tan bien cosido, que los condenados no morian por el agua, sino desgarrados y despedazados por las fieras, que al verse juntas y en tan corto trecho, armaban sobre él desenfrenada pelea.

Cuando Cárlos V fué á París en 1540, le preguntó Francisco I la opinion que habia formado de Poitiers y Orleans, ciudades por donde habia pasado en su viaje. Cárlos respondió:

—Poitiers es la poblacion más hermosa del mundo, Orleans la más bella.

—¿Y qué decís de la ciudad de París?

—¡Oh! París no es una ciudad, es un reino.

Se lee en el *Vidam* (la Biblia de las Indias): Salido que fué el primer hombre de las manos de Dios, dijo el Criador:

—Habrá sobre la tierra diferentes ocupaciones: todos los hombres no serán útiles para todas las cosas. ¿Cómo distinguirlos, pues?

Dios le respondió:

—Los que participen más de la inteligencia y del gusto por la virtud, serán los brahmas (sacerdotes indios). Los que participen más del *rosogonu*, es decir, de la ambicion, serán los guerreros. Los que participen más del *tomogonu*, es de-

cir, de la avaricia, serán los mercaderes. Los que participarán del *comogonu*, es decir, los más robustos y limitados, se ocuparán de las obras serviles.

Era tal la idea de su soberanía que tenian siglos atrás los reyes, que el rey don Felipe I mandó cortar la cabeza á un halcon porque habia remontado el vuelo rebelándose contra el águila coronada. El rey dijo:

—Nadie debe rebelarse contra su señor.

En el combate de Norfolck fué acusado un sugeto de bigamia.

Ya habian dos mujeres probado los derechos que tenian á su ternura; cuando otra tercera (á quien inmediatamente siguieron algunas mas) compareció para el mismo objeto.

—¡Hombre infeliz! esclamó el juez, ¿con cuántas te querrias contentar? Respondió el reo:

—¡Ah Milord! con una sola si la hubiese hallado buena.

Empezó un cura á predicar en su aldea á las tres de la tarde, y eran cerca de oraciones, y aun no habia llegado á la Salutacion.

Cansado de tanta prolijidad uno de los oyentes, se fué deslizando poco á poco hácia la puerta de la iglesia: observólo el cura, y levantando la voz, dijo:

—¿Á dónde vá ese mal cristiano?

—*Padre cura*, respondió el hombre con mucha sumision, voy á decirle á mi mujer que me envie la cama á la iglesia.

Frente del aposento del padre Isla, muy conocido en el mundo por su gracioso humor para la sátira, vivia cierta mujer, que por su conducta libre tenia varias reyertas con su marido.

Estos frecuentes alborotos incomodaban demasiado al padre Isla; pero lo que mas le desazonaba era que, siempre que concluia la pendencia, empezaba á cantar sin intermision ni variedad aquella copla ordinaria de

Cuatro frailes Franciscos,
Cuatro del Cármen,
Cuatro de la Victoria,
Son doce frailes.

Cansado el padre de tanta majadería y repeticion, se asomó á la ventana, y la dijo:

—Vecinita, ¿no sabe usted mas copla que esa?

—No, padre, respondió la mujer.

—Ea, replicó él, pues aprenda usted esta, que es mejor y mas al caso:

Cuatro cuernos del toro,
Cuatro del ciervo,
Cuatro de mi marido,
Son doce cuernos.

Y cerrando la ventana se retiró, habiendo logrado no oirla cantar mas.

Es la oratoria el gran arte de ocultar el arte. *Artis est celare Artem.*

El hombre sábio nunca está mas acompañado que cuando está solo.

Cada hombre tiene cabalmente tanta vanidad cuanto carece de entendimiento.

Las pasiones son como los accidentes convulsivos, que cuanto mas vigor dan mientras que duran, tanto mas débiles nos dejan despues.

El hombre que se enfada, venga las faltas de los otros en él mismo.

El que dice una mentira no sabe el trabajo á que se compromete, porque tendrá que inventar otras muchas para sostener la primera.

Preguntó en nuestra guerra de la Independencia, y en el glorioso pueblo de Gerona, un oficial que iba á hacer una salida contra los franceses, al gobernador Álvarez, que dónde se retiraria en caso de verse arrollado.

Respondió este inmortal guerrero secamente:

—Al cementerio.



—Hermano, ¿qué cena tenemos esta noche para la comunidad?
—Padre guardian, la cena que tengo para la comunidad es calabaza en escabeche.
—Y para mí, ¿qué...?

Siendo guardian en Mérida el padre Galapero, bajó á la cocina una tarde al oscurecer y preguntó al cocinero:

—Hermano, ¿qué cena tenemos esta noche para la comunidad?

—Padre guardian, la cena que tengo para la comunidad es calabaza en escabeche.

—¡Eso me gusta, hermano, que cuide bien á la comunidad! ¡Hola! ¡Hola!.... ¡Calabaza en escabeche! ¡Magnífico! Y para mí, ¿qué cena tiene, hermano, qué cena?

—Para su caridad, padre guardian, tengo dos perdices con cebolla, tengo un poquito de lomo fresco de cerdo.

—¿Nada más?

—Tengo una tortilla con jamon y espárragos y otro platito de jamon en dulce.

—¿Nada más?

—Tengo una fuentecita de natillas, y los demás postres que su reverencia acostumbra.

—¡Pseh! pare, pare, hermano cocinero.

—Tengo además, buenos vinos, licores y café.

—No se canse, no se canse, hermano; para el padre guardian cualquier cosa es buena. Ya sabe que yo con cualquier cosa me contento. Sí, hijo mio, sí, yo me contento con nada; lo que quiero, lo que deseo, es que cuide á la comunidad, que estén contentos los padres, como deben estarlo.

—Ya lo creo; ¡tienen calabaza en escabeche y agua clara! ¡Pues digo, si no se contentan con eso!....

Hace pocas noches dió Rossini un concierto en su casa, en París.

Fueron invitados los principales compositores y artistas.

En la tarjeta de invitacion habia puesto Rossini lo siguiente: «No se hablará de *La Africana.*»

Este es el nombre de la última obra inédita de Meyerbeer, cosa que no dejó de sorprenderle.

Sin embargo, asistió al llamamiento de su amigo Rossini.

La reunion fué brillante.

La encantadora Patti cantó dos composiciones inéditas de Rossini.

Meyerbeer la elogió calurosamente.

Rossini se acercó entonces al piano con objeto de tocar un trozo tambien de su composicion.

Nuevos elogios de Meyerbeer dirigidos esta vez al instrumentista.

—¡Ah! contestó Rossini, yo no merezco esos elogios, *carísimo.* Mis dedos están torpes, mi vista vacila..... y oigo mal la música.

—Es que os *escuchais* demasiado, añadió Meyerbeer, vengándose de la nota que Rossini habia puesto en la targeta de invitacion.

En parte Meyerbeer tenia razon.

Que no se hablara de *La Africana,* pase; pero, ¿y de *Roberto, El Profeta* y *Los Hugonotes?*

En cambio toda la *soirée* se tocó y cantó únicamente la música de Rossini.

Chopin, este artista íntimo y fantástico, esta débil y delicada organizacion musical, gastada por una perpetua aspiracion hácia lo infinito; Federico Chopin, como todos los ca-

ractéres sérios y melancólicos, desplegaba frecuentemente en un reducido círculo de amigos la más espansiva jovialidad.

Nadie hubiera dicho en aquellos momentos que debia tan pronto confundirse en la noche eterna con Mozart, Schnbert, Weber, Herold, Bellini, Mendelssohn, y tantas estrellas eclipsadas antes de tiempo.

En aquellos momentos de abandono, Chopin, que aborrecia á los *virtuosos brillantes*, á los pianistas prestidigitadores, á los que se complacen en vencer dificultades insuperables, reproducia en su instrumento favorito sus formas habituales, y las ridiculizaba de tal modo que hacia prorumpir en risa descompasada.

Cierto dia llegó á su noticia que un *virtuoso* que habia venido de Alemania, escitaba en París una frenética admiracion por la estraordinaria perfeccion con que ejecutaba las más maravillosas variaciones de piano que se habian oido jamás.

Chopin, deseoso de conocer y oir á esta celebridad de fresca data, arregló de manera las cosas, que al fin lograron encontrarse los dos pianistas.

El fenómeno aleman ejecutó su pieza de tal manera, que dejó pasmado á su antagonista de celos ó de placer. Chopin le suplicó que la repitiese una y otra vez, lo cual hizo el otro con la mejor voluntad.

Lleno de admiracion á la vista de tan prodigiosa ejecucion, Chopin suplicó al *virtuoso* que tocase una fantasía que estaba entonces en boga, declarándole que, si la ejecutaba como la precedente, no trataria de disputarle la preferencia.

—Yo no toco otra pieza, dijo el fenómeno.

—¿Por qué?

—Porque no sé ninguna.

—¿Pues cuánto tiempo hace que estudia usted la que acaba de tocar?

—Veintisiete años.

Chopin desde entonces no quiso volver á ver más fenómenos, y cuando se le hablaba de algun *virtuoso* cuya reputacion brillaba súbitamente, se sonreia, y contaba esta aventura.

Trataba de casarse un gitano, y como requisito preciso, y conforme lo manda nuestra santa Madre la Iglesia, debia hacer confesion de los muchos pecados que tenia sobre su alma.

Resistíase á ello; pero, obligado por el deseo de poseer cuanto antes á su amada, se fué derecho al cura de la parroquia, y le espuso el objeto que llevaba.

El buen sacerdote, que queria probar las nociones de religion del paciente, preguntóle entonces si sabia la doctrina cristiana.

—E corrio, señó cura, é corrio, contestó el gitano: echusté po aonde quiera, ar derecho, ar revés, y sarpicao, pa mí es igual.

—Pues vamos, dime: ¿cuántos dioses hay?

—Ochenta, dijo sin titubear el gitano.

—No son pocos, replicóle el cura; y reprendiéndole por tan inaudita herejía: ¿no sabes, grandísimo ignorante, que no hay mas que un solo Dios, único y verdadero?

—¡Jesú! contestó el gitano santiguándose; ¡y qué reaucia se ha quedao esa familia!

Un hidalgo del país de Gales, enemigo de un pobre cura que en sus ratos ociosos ganaba algunos cuartos en componer relojes, lo acusó al obispo de San Asaph de que ejercia un oficio mecánico contra el decoro y espíritu de su estado, y proscrito por los Cánones.

Ofreció el prelado castigar al acusado, de tal modo que le quitase la gana de reincidir.

Con efecto, mandó llamar al cura, y le dijo:

—¿Cómo os atreveis á deshonrar vuestro estado metiéndoos á relojero?

—Señor, respondió todo asustado el ministro, es para contribuir á la manutencion de mi mujer, y de diez hijos que tengo.

—Esa disculpa no me satisface, replicó el obispo con tono severo, y yo os castigaré de modo que os obligue á mudar de conducta; y llamando á su secretario, le mandó formar un acta por la cual conferia al cura un beneficio de 900 pesos al año, y surtió tan buen efecto este castigo qne ya no compone el cura relojes, y pide al cielo por la vida de su bienhechor.

Un médico, decia un filósofo, puede curaros; pero dos á la vez pueden considerarse como los dos remos de la barca que os conducen rápidamente á las orillas de la laguna Estigia.

Tenia el célebre Temístocles una hija muy hermosa, á la que á un tiempo se la pidieron por mujer dos ciudadanos atenienses, el uno pobre, aunque hombre de ingenio y virtuoso; el otro rico, pero necio y maligno.

Temístocles eligió para yerno al primero, y despidió al segundo, diciéndole:

—*Mas quiero para esposo de mi honesta hija á un hombre que necesite caudal, que no á un caudal que necesite de hombre.*

Cuéntanse muchas cosas del Gran Capitan, que por la nombradía del sugeto creemos no deben pasar por alto.

Ademas que hay en ellos mucha de esa gracia natural y espontánea que tienen los hombres de genio, y con lo cual saben herir en un momento dado tan por el plano todas las dificultades.

Vayan, pues, aquí algunas de las cosas que de tal héroe se cuentan.

Sentáronse un dia á comer gran número de caballeros de alta alcurnia, los cuales por esquivar la compañía de otros que no eran de su linaje, hicieron que no hubiese lugar para ellos en la mesa.

Los que así quedaban postergados por mezquinas preocupaciones, eran casualmente los que mas habian contribuido al último triunfo que habian alcanzado las tropas españolas.

Observó el Gran Capitan aquella mala intriga, por lo cual, levantándose de su asiento, y haciendo levantar de ellos á los demás, les dijo:

—Haced lado á esos caballeros, porque sin ellos tal vez no hubiéramos tenido hoy qué comer.

Estando cerca de dar una batalla prendióse fuego á un almacen de pólvora que voló con grande estruendo.

De esto sacaron márgen los tímidos para hacer mil tristes augurios sobre el éxito de una batalla que comenzaba con tales desastres.

Pero Gonzalo, superior á tales preocupaciones, esclamó diciendo:

—Esas llamas que se han desprendido del incendio son las luminarias de nuestra victoria.

Estando á la orilla del mar donde habian podido tomar tierra á costa de grandes esfuerzos, viéronse aparecer á lo lejos tres buques, encima del primero de los cuales iba un caballero en pié armado de todas armas.

Al verle venir al Gran Capitan, cuando ya no habia mas que hacer sino abordar á un paso del cual ya los que habian llegado primero habian tenido que arrojar al enemigo, dijo á los demás capitanes.

—Ese es como San Telmo, que aparece siempre en parando las tempestades.

Comprado que hubo un notario á cierto labrador una carga de leña, descargándola en su casa, á la revuelta de ella estaba una azada, y como la viese el notario, dijo:

—Buen hombre, sobre esta carga de leña veo gran pleito.

Respondió el leñador:

—¿De qué suerte?

Dijo el notario:

—De suerte que os he comprado la carga así como estaba, y no podeis quitar el azado.

Respondió el labrador:

—En fin, qué, ¿decís que hay pleito?

—Sí lo hay, dijo el notario, viste que lo hay.

—¿Vayan diez reales que no me la podeis poner á pleito?

—Vayan, dijo el notario.

—Y son, dijo el labrador: ¿qué dice vuestra merced?

—Lo que digo es que por cuanto os he comprado la carga, es mia la azada y todo.

—¿Vuestra? respondió el labrador; séalo mucho en hora buena, llévesela. Ya ve cómo no hay pleito y son mias las apuestas, y sé más que vos.

Á un cierto viejo, corríanle los muchachos sobre cierta cosa que le decian.

El cual, astutamente, por desviar que los muchachos no se la dijesen, compró confites, y topando con los que se la decian y los que no se acordaban de ello, dábales confites, diciendo:

—Muchachos, tomad, porque me digais eso que me soleis decir.

De allí adelante les quiso dar más, y como los topaba, decia:

—Muchachos, ¿por qué no me decís lo que solíades?

—No diremos si no nos dais confites: ¿pensais que somos bobos?

Y de esta suerte hizo callar los muchachos de lo que tanto se corria.

GASTRÓNOMOS.

Séneca señala á Marco Picio por el mayor gloton que hubo en el mundo, y entre las cosas que se cuentan de él, una es que sabiendo que en África habia higos muy sabrosos, emprendió un viaje sin más objeto que el de comerlos, é hizo sacrificios por haber encontrado una cosa tan buena.

Aristógeno Cirenáico, fué tan comedor y goloso, que hacia regar con vino las lechugas que tenia en su huerto para que creciesen más y supiesen mejor, segun el testimonio de Suidas.

El Emperador Vitelio comia tres ó cuatro veces, y tomaba cosas para provocar el vómito, á fin de poder comer más, añadiendo Suetonio que, no solamente comia lo que se aderezaba en su casa, sino hasta las carnes de los sacrificios.

Arìstipo Cirineo cifraba toda su felicidad en comer y beber.

Clodio Albino fué tan tragon, que en una sola cena se comió quinientos higos, diez melones ostienses, más de veinte libras de uvas, cien torzales ó tordos y cuatrocientas ostras.

El Emperador Máximo se comia generalmente cuarenta y cinco libras de carne, y se bebia una cántara de vino.

Milon Crotonense fué escesivo en el comer, y á pesar de sus grandes fuerzas y cuerpo, llamaba la atencion, pues, segun dicen, cogia un buey, le mataba de un puñetazo, se lo llevaba á cuestas, y se le comia en menos de veinticuatro horas, con más veinte libras de pan y tres arrobas de vino.

Astidamas Milesio fué llamado por el Rey Ariobárzanes á comer, y dándole cuanto estaba dispuesto para los demás convidados, que eran bastantes, no dejó nada.

A Cambles, Rey de los Sidos, se le supone tan tragon, que se asegura que una noche devoró á su mujer.

Vedio Polion echaba vivos á sus esclavos en las piscinas ó albercas, para que se cebasen mejor sus peces y estuviesen estos más sabrosos.

Aristóteles dice que Filogeno nunca se hartaba, que un Rey no podia sustentarlo, que todo su cuidado era el comer, y que se lamentaba de no tener el pescuezo tan grande como el de una grulla, para recibir mayor deleite con las viandas.

Mitrídates hacia aderezar ricos manjares y daba premios á los que comiesen más, á la mira de que no fuese tan visible y notada su glotoneria.

El pintor Peráclides desafiaba y ganaba á todos á comer.

Horacio refiere que Publio Galonio, pregonero de Roma, fué tan gran oficial en comer, que nunca se vió harto.

Fagotan se comió de una asentada un jabalí, cien cuarteles de pan, un carnero y un cerdo, y se bebió una tinaja de vino, como lo cuenta Flavio Vapisco en la vida del Emperador Aureliano.

El Emperador Galva comia desenfrenadamente á cualquier hora del dia.

Gnosipo, ateniense, fué tan gran comedor, que se mandó por público decreto que nadie comiese con él.

De Flor, célebre cortesana de Roma, se cuenta que, aunque mala, era honestísima, y sabia tanto, que preguntándole una mujer que tenia una hija, qué le enseñaria para que su hija fuese buena, respondió:

—Si quieres que tu hija sea buena enséñale desde niña que tenga temor de salir de casa, y vergüenza de hablar.

Preguntóle otra qué haria con una hija que tenia que se le comenzaba á levantar y á enamorar.

Respondió:

—El remedio para la moza alterada y liviana, es no dejarla ociosa ni consentirle que ande bien vestida.

Preguntóle un hombre casado que cuándo se llegaria á su mujer.

Respondió:

—¿Cuándo querrás ser menos de lo que eres?

Y más en qué tiempo era bueno, respondió:

—Para el marido siempre; para los estraños en ninguno.

El propietario de una casa de campo queria enterarse perfectamente de lo que hacia un criado suyo, á quien habia encargado que cuidase la casa y la huerta.

Intentó sorprenderle, y se dirigó á la quinta.

El criado no podia imaginar la visita que le iba á favorecer, y se tendió á la sombra de un árbol á las horas que el

sol achicharraba á los mortales de aquel país, y se durmió á pierna suelta.

—¡Cómo, bribon! esclamó el amo al verle; ¡así trabajas! eres indigno del sol que te alumbra.

—Por eso, respondió el rústico truhan; por eso, porque sé que soy indigno del sol que me alumbra, me he dormido á la sombra.

Pretendiendo Mahoma afirmar, por medio de un golpe decisivo, su poder legislativo y religioso, ofreció á uno de sus ciegos partidarios bienes inmensos, y hasta dividir con él el mando supremo, si consentia en bajar á una profunda cisterna, y gritar desde allí:

—No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.

La oferta fué aceptada.

La multitud fanática oye la misteriosa voz, y cae de rodillas á los piés de Mahoma.

Este esclamó:

—¡La voz de Dios ha hablado! ¡Cerremos para siempre el santuario de sus palabras!

Á los pocos momentos la cisterna estaba llena de piedras hasta la boca.

—¿Será preciso decir que el oráculo quedó debajo de ellas?

Pues, señor, este era un tonto, y este tonto era de Alcalá, segun me han dicho, si yo no estoy equivocado, ó no estaban mal informadas las personas que me lo han contado.

Este tonto era muy tonto, casi tan tonto como un artículo

de fondo de un diario *neo*, el cual (el tonto) comerciaba en miel, y vivia mortificado en verano por la tenacidad con que le perseguian las moscas.

No sabiendo el pobre tonto cómo escamarlas, tomó un dia su baston, que era gordo como mentira de fraile, y se fué á casa del alcalde con objeto de citar á las moscas á juicio de conciliacion.

Estrañóse el alcalde: ¿y quién no se habia de estrañar de semejante demanda?

Y dijo al tonto que era inútil lo que pretendia.

—Pues, señor, contestó el tonto, yo he venido á reclamar justicia, y quiero justicia.

—Pero, hombre, por Dios, repuso el alcalde, ¿qué quieres tú que haga yo con las moscas?

—¡Toma! meterlas en la cárcel, respondió el tonto, que lo creia muy sencillo.

—Eso es imposible, dijo el alcalde; lo mas que yo puedo hacer es autorizarte para que, donde quiera que veas una mosca, la dés un garrotazo impunemente.

No habia acabado el alcalde de decir esto, cuando vino una mosca á ponérsele en la frente.

El tonto, que vió la mosca, alzó el garrote, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, dió tal golpe en la cabeza al alcalde que lo dejó en el sitio.

Muchos alcaldes conozco yo que merecerian lidiar con tontos como el de Alcalá.

Una jóven andaluza, recien casada, remitió dias pasados

á una amiga suya, que vive alejada de la córte, la siguiente noticia tauromáquica de los novios que ha tenido antes de contraer matrimonio:

«*Primero.*—PELECHON. Tontuelo claro, tomó ocho cartas de mi mano, matando un napoleon en flores del primer entusiasmo; recibió tres pares de banderillas en plantones, y le mató mi mamá de una buena preguntándole.

Segundo.—PEINE. Marrajo, oscuro, con intencion; tomó varios puyazos con flema, no aguantó banderillas, y, no mereciendo perros, le acabé con un desengaño á volapié.

Tercero.—GARBOSO. Colorado, robusto, tomó esperanzas por regalar, hiriéndome la voluntad y las primeras dudas; recibió dos pares de banderillas de mi tia, y lo rematé de dos desaires disparados desde mi balcon á media luna.

Cuarto.—COLEGIAL. Vivaracho, exigente; llevó frescas sin cortarse, hiriéndome la última con su respuesta; despidió algunas banderillas, y lo despachó mi papá con tres muy bajas espantándole.

Quinto.—MILITAR. Boyante, bravo; sufrió seis quejas con valentía: llevó banderillas de celos, y lo mató un rival á primera vuelta recibiéndole.

Sesto.—VIUDO. Bonachon deshecho; tomó tres preguntas de mamá, tres indirectas de mi tia, y lo rematé de una muy buena por todo lo alto..... casándome.

Así he concluido mi temporada de soltera.

Consérvate tú entre barreras, hasta que venga uno derecho y sin malicia, y serás tan dichosa como hoy lo es tu amiga.....»

En un pueblo de Andalucía baja, hizo publicar el alcalde un bando para que todas las calles por donde debia pasar la procesion del *Corpus* fuesen limpiadas con el mayor esmero, con el objeto de dar toda la solemnidad posible al acto eminentemente religioso.

Á las seis de la mañana del dia señalado, el señor alcalde se hallaba dispuesto para presidir el acto.

Mandó llamar al regidor, y le dijo, despues de hallarse en su presencia:

—Compadre, le he mandado á usted llamar para que ambos recorramos las calles del pueblo por donde ha de pasar la procesion, para ver si se han cumplido las órdenes del bando que he mandado publicar ayer.

—Compadre, contestó el regidor, ¿seria posible que los vecinos no hayan cumplido el bando?

—Sí señor, y tan posible.

—Será la primera vez; pero, si usted quiere, yo las revistaré acompañado del ministro.

—No señor, compadre; quiero que yo y usted hagamos este servicio.

—Como usted guste.

En efecto, se puso de punta en blanco, tomó el baston, y poniéndose la capa y el sombrero, salieron de la casa y se dirigieron á examinar si se habian cumplido las órdenes del bando.

Empezaron su cometido desde la puerta de la iglesia; y á medida que atravesaban las calles, el regidor, con tono imponente y satisfecho, decia á la primera autoridad:

—¿Usted ve, compadre, cómo hasta las piedras están aljofifadas?....

—Eso voy observando, compadre.

—Pues si al romper el alba estaba yo haciendo esta operacion.

—¿Y por qué no me lo ha dicho usted?

—Porque he querido se desengañe usted por su propio ojo.

—Pues, entonces, ¿á qué cansarnos si usted lo ha visto, y está satisfecho de que se ha cumplido el bando?

—Sin embargo, pasaremos por la calle Real, que es la principal, para que no le quede á usted duda del interés que me tomo eu que se cumplan sus órdenes.

En mala hora hizo la invitacion el regidor.

Llegaron á la citada calle, y apenas habian andado veinte pasos, se paró el alcalde, próximo á un pequeño recodo que hacia una casa, y con los ojos fijos en el suelo, y señalando con el baston, le dijo:

—Mire usted, compadre, ¿no se lo decia á usted?.... *Esta ya me la tenia tragada yo desde ayer.*

Pasaban dos sugetos una de estas noches por una calle, y uno decia con gran calor:

—Chico, mi novia es una *borrica* de puro buena, á quien estoy más rendido y manso que un *borrego*, y á quien amo como un *bestia*. Su recuerdo es para mí el *pasto* más sabroso. ¿Qué le pediria yo como prueba de su amor?

—Amigo, le dijo el compañero, lo mejor que puedes pedirle, es una albarda bordada.

EL SUEÑO DE UN CRIADO.

I.

—Señorito, dijo una mañana José á su amo, he tenido esta noche un sueño que parece increible, y pido á usted permiso para contárselo.

Al amo de José, le gustan mucho las historias estravagantes: conocia á su criado y el amor que tenia á todo lo fantástico.

Le dijo que estaba dispuesto á escucharle.

José empezó en estos términos:

II.

«Serian las doce de la noche, cuando de repente me encontré en el cuarto de usted.

»Tenia usted las cejas fruncidas.

—»José, me dijo usted, toda la vida serás un torpe, ó un enemigo conjurado contra la porcelana. ¡Cómo! ¡Acabas de romperme el último servicio! No te sufro más. Tengo el honor de despedirte.

»Traté de defenderme, pero nada pude conseguir.

»Usted me dió la cuenta y un puntapié, y me hizo salir de su cuarto.

»La noche estaba oscura, el gas de la escalera hacia tiempo que se habia apagado.

»Triste, por la brusca despedida que destruia todas mis esperanzas, me agarré al pasamano, y bajé.

»Usted sabe que su cuarto es el tercero.

»Bajé bastante distraido dos pisos, cuando de pronto me paro, diciendo:

—»Estoy por subir otra vez..... quizá se ablande el amo.....

»Dí un paso atrás; pero el recuerdo de la reprimenda y del puntapié, me hicieron palidecer.

—»No, me dije, está decidido. Es mucho mejor aguardar á mañana ó pasado, que ya se le habrá pasado.....

»Tomé el pasamano, y me puse á bajar el último cuarto.

»Llegué á lo último, cuando sentí que el pasamano continuaba bajo mi mano, y que nuevos escalones se presentaban á mis piés.

—»Parece que me he equivocado, dije: creia que ya habia acabado de bajar, y me queda aun un cuarto.

»Continué bajando. Pero cuál fué mi sorpresa cuando encontré despues de este piso nuevas escaleras y nuevo pasamano.....

—»¡Todavía! dije. ¿Se habrá mudado el señorito desde ayer, sin prevenírmelo?

»Bajé: despues de este piso, otro se me presentó.

»Sentí un sudor frio, y me puse á bajar corriendo.

»Bajé diez, veinte, cien pisos. Y siempre escaleras se presentaban, y el pasamano continuaba.

»El cabello se me erizó de miedo, y, cansado, me paré.

—»¿Dónde estoy? dije: ¿dónde voy?

»Una puerta se presentó delante de mis ojos, y me decidí á llamar para preguntar mi camino.

»Una vieja que tenia la estatura de un perro sentado, fea como una lechuza, salió á abrirme.

»En seguida que me vió, dijo:

—»¡Al fin está usted aquí! Lo aguardaban. ¡Entre usted!

»Entré maquinalmente.

III.

»La vieja iba delante de mí para enseñarme el camino: yo la seguia..... la seguia sin pensar.

»Atravesamos dos ó tres corredores, despues una sala, y, en fin, llegamos á un paraje, ¡oh asombro! donde vi una calle, casas, y una plaza pública.

»Estaba en un pais desconocido.

»Me volví hácia la vieja; habia desaparecido: en aquel momento oí ruido en la plaza, y vi cinco ó seis mil criados de librea que estaban reunidos.

»Uno de ellos me llamó.

—»José, me dijo, se te aguardaba. Tú estás aquí en tu casa, en tu patria, en medio de tus hermanos.

—»¡Yo! ¡Cómo!....

—»Mira á tu alrededor. ¿No conoces á nadie?

—»No.

—»¿No conoces la famosa *Isla de los Criados?*

»Estaba efectivamente en la isla de los Criados, donde el ayuda de cámara es rey. Volví junto al que me habia hablado.

—»Hermano, le dije, estoy desacomodado, por eso me veo tan triste.

—»¿Nada más que eso? dijo mi amigo: Juan, lleva á José á casa del memorialista.

»Seguí á Juan, el que cinco minutos despues se paró delante de una casa que tenia el siguiente letrero:

MEMORIALISTA.

—»Entra, dijo Juan, y pide el dueño que quieras.

»Entré.

»El jefe de aquella sala vino á mí, y me dijo:

—»¿Qué amo quiere usted? ¿Quiere usted una mujer ó un hombre, viejo, jóven, rico, poeta?....

—»Quiero, respondí, un amo que solo entre en su casa una vez al mes, dejando todas las llaves, incluso las de la bodega, á mi disposicion.

—»Tengo lo que usted necesita, dijo el jefe. John, un criado inglés, acaba de dejar un amo de las condiciones que usted pide..... No tiene mas que un defecto, pega á sus criados; pero pueden devolverle los golpes.

—»Acepto, respondí.

»En seguida me sentí trasportado á una lujosa antecámara. Sonó la campanilla.

»Entré en el cuarto: mi nuevo amo estaba vestido de viaje.

—»José, me dijo, me marcho. Eres el jefe de la casa; haz lo que quieras. Convida á quien quieras..... á comer, cenar, beber. Toma las llaves. Lo único que te recomiendo es que dejes amontonarse el polvo en mis muebles. Si cuando yo vuelva encuentro una sola silla limpia, te despido.

»Se lo prometí; mi amo me dió la mano, que yo apreté.

»Todos mis amigos vinieron á casa, despues que se marchó el amo, á comer conmigo.

»Empezamos por las ostras; despues de cada plato, echábamos los cubiertos de plata por el balcon. Pero preciso era servirnos nosotros mismos, y bajar á buscar el vino á la bodega.

»Ese trabajo era repugnante.

»Á uno se le ocurrió una buena idea.

»Propuso que fuésemos á la bodega. Su idea fué aplaudida.

»Bajamos. Todas las barricas y botellas se abrieron.

»Así continuamos tres semanas.

»La bodega desocupada, subimos y nos acostamos en los muebles.

»Estaba durmiendo hacia tres cuartos de hora, cuando oí llamar á la puerta de la calle.

»Me desperté, y fuí á abrir.

»Era mi amo que volvia.

—»¿Ya está usted de vuelta? dije.

—»Perdóname, José, respondió, pero he olvidado las camisas. ¿Te has divertido mucho durante mi ausencia?

»Yo respondí con dignidad:

—»Creo que quedará usted contento de mí.

»Mi amo subió, y se sonrió al ver el desórden que allí reinaba.

»Todos mis compañeros estaban acostados en las sillas, mesas, etc.

»Las porcelanas hechas mil quinientos pedazos.....

»Llegó á su cuarto, que yo creia deber respetar..... por eso le habia cuidado.

»Á la vista de aquel órden, frunció las cejas.

—»¡Miserable! me dijo, ¡has limpiado mi cuarto!

—»Un poco, dije yo temblando.

»Corrió á su cama..... Tontamente y por distraccion habia hecho yo la barbaridad de hacer su cama.

—»¡Mi cama está hecha! dijo.

—»Le juro á usted, señorito, que lo he hecho sin poderlo remediar.

—»Está bien. ¡Te despido!

—»¡Cómo!

—»¡Te despido! repitió. Y acuérdate de lo que te digo, José, no serás nunca mas que un mal criado.

»Me desmayé de sentimiento. ¡Me era tan fácil no hacer la cama!....

»Cuando volví en mí me encontré acostado en la mia; pero la cabeza en la mesa de noche y los piés en la almohada. ¡No era mas que un sueño!»

—Pero, dijo José acabando, ¿me creerá usted? ¡Daria de buena gana cuarenta reales porque se realizára mi sueño de la semana próxima! ¡No, no volveria yo á hacer la cama!

EPITAFIO.

El que está aquí sepultado,
Falleció ¡desventurado!
Porque no pudo casarse:
¡Cuántos mueren de acordarse
Del dia que se han casado!

LOS AMIGOS FASTIDIOSOS.

Supongamos, querido lector, que tienes un amigo: ¿de qué género será este? Por supuesto del género fastidioso.

Juan está delante de un pedazo de papel, que trata de emborronar.

En este momento, el amigo Santiago abre la puerta con objeto de entretenerse una ó dos horas.

—¿Trabajas, querido amigo?

—Sí, iba á empezar.....

—Continúa, no te molestes. Fumaré un cigarro mirándote escribir.

—¡Oh! puedo sacrificar por ti algunos instantes.

—No, trabaja.....

—Imposible cuando me miran.....

—¡Ah!....

—¿Me dices algo de nuevo?

—Nada.

—¿No sabes nada de nuevo?

—Absolutamente nada.

—¿Dónde están los fósforos?

—En la chimenea.

—Gracias.

—¿Has visto el drama de García Gutierrez?

—No.

—Es una obra notable.

—¡Ah!

—¿Encuentras algunas veces á la señora de Vidal?

—Rara vez.

—¿Sabe que se vuelve á casa?

—Se dice.

—¿Qué haces tú?

—Nada.

—¿Dónde irás este verano?

—Á ninguna parte.

—¿Te quedas en Madrid?

—No sé. ¡Qué mal cigarro! aún apagado. Encenderé una pipa.

—Enciende.

—¿Dónde están los fósforos?

—Te he dicho que en la chimenea.

—¿Dónde compras estos fósforos?

—En el kiosko de la Puerta del Sol.

—¿Qué, se venden allí estos?

—Vienen de Cascante.

—¿Qué hora es?

—Mira el reló.

—Bueno; no son mas que las tres: tengo hora y media para estar contigo.

—¡Tanto mejor!

Otro amigo se presenta.

Francisco no tiene tampoco necesidad de llave para entrar en el gabinete.

—Buenos dias, amigos. Estais bien, ya se vé: no así yo, he estado malo.

—¿Grave?

—No, un constipado; ¡pero no sabeis cuánto hace sufrir!

—Á los pañuelos.....

—No, á los nervios: soy muy nervioso yo: la menor cosa me hace daño. Á propósito, Juan, ¿no escribes ya en el N?....

—Sí, siempre.

—Yo no leo mas que los artículos de mis amigos; son los que me interesan.....

—Haces mal.

—¿Qué me importa la opinion de un señor que yo no trato? No me rio nunca con un escrito cuyo autor me es desconocido.

—Sin embargo.....

—No: tengo la pretension de ver la gente de talento, y de conocerla al dedillo.

—Tú quieres que todos te sean presentados.

—Lo que ignoro, no existe para mí. Verdad que haces mal de no escribir en el N.....

—¿Qué hubo anoche en el Casino?

—Lo de siempre: se habló, se mintió, se jugó, y cincuenta parroquianos sacaron el jornal para el siguiente dia.

—¿Y tú escribes?

—Sí, tengo que concluir este artículo.

—Pues escribe, yo no te incomodo: hablaré un rato con....

—Sí, pero.....

—¡Qué!....

—Mientras vosotros esteis aquí, no puedo.....

—¡Bah, bah! Eres tú tambien de los que necesitan..... Vaya, vámonos, y dejemos escribir á este *fastidioso.*

Los dos amigos se van enfadados, y al encontrarse en la calle, esclaman:

—¿Dónde vamos?

—Ya sé, al taller de Algarra, calle del Sordo, á verle pintar, y á darle un rato de conversacion.

Hé aquí los amigos fastidiosos.

De limosna y sin dinero,
La barba hacia á un pastor,
Con la navaja peor,
Desazonado un barbero.
Como la navaja estaba
Con mil mellas que tenia,
El cabello no partia,
Mas el rostro desollaba.
Conoció el pastor el yerro,
Mas no podia estorballe.
En este tiempo en la calle
Daba ladridos un perro.
—¿Qué será aquello? decia
El barbero á sus oidos,
Viendo que con alaridos
El perro los aturdia?
Respondió el pastor:—Allí
Á aquel perro se lo escarba,
Deben hacerle la barba
De limosna como á mí.

En su primer viaje á Rusia el célebre pintor francés Horacio Vernet, fué convidado á comer con el emperador Nicolás y su córte.

Á los postres, la conversacion iba tomando rumbo hácia la política, cuando dijo el emperador:

—Vamos á ver, mi buen Horacio, con vuestras teorías sobre el liberalismo, ¿os atreveríais á pintar en un cuadro que yo os encargaré, una victoria de los rusos sobre los polacos?

—¿Por qué no? respondió Horacio: yo he pintado ya á Cristo en la Cruz.....

Esta contestacion dejó mudos á los cortesanos del Czar.

En una ocasion habia encargado Luis Felipe al pintor Horacio Vernet que pintase un cuadro representando la *Toma de Valenciennes*.

El artista se encargó del cuadro.

El rey añadió que era su deseo que el mismo Luis XIV estuviese en el cuadro en primer término, precediendo á la columna de asalto y franqueando la empalizada.

Al oir esto, dijo Vernet:

—¡Ah! *Sire*, eso no puede ser.

—Es una tradicion de familia, añadió el monarca.

—No lo dudo; pero la historia desmiente á la tradicion: Luis XIV estaba á cuatro leguas de la brecha.

Un cortesano, Mr. de Cailleux, intervino diciendo:

—El rey os paga, haced lo que él os manda.

—¡El rey no me paga para mentir, caballero!

Y, diciendo esto, cogió Horacio Vernet sus pinceles y su paleta, y se despidió del rey.

Cautivó un moro á un gangoso,
Y él, bien ó mal, como pudo,
Se fingió en la nave mudo,
Por no hacer dificultoso
Su rescate; de manera
Que cuando el moro le vió
Defectuoso, le dió
Muy barato. Estando fuera
Del bajel:—Moro, decia,
No soy mudo, hablar no ignoro;
Á quien oyéndole el moro,
De esta suerte respondia:
—Tú fuistes gran mentecato
En fingir aquí callar,
Porque si te oyera hablar,
Aún te diera más barato.

Un médico que visitaba un enfermo en la calle de Embajadores, fué llamado por una señora que vivia en Chamberí.

Al verle llegar la nueva cliente, queriendo disculparse, le dijo:

—¡Ay doctor! ¡cuánto siento molestar á usted! ¡venir desde tan lejos á verme!

Á lo que el doctor contestó con tanta calma como naturalidad:

—No señora; tengo aquí junto otro enfermo, y quiere decir que mato dos pájaros de un tiro.

Llegó un muchacho á casa de un cacique de un pueblo pidiendo por caridad un poco de manteca, que era para un remedio.

El ricachon, que era en estremo compasivo, le contestó que se la darian, pero que esperase á que viniera la criada, y el chico, olvidándose del papel que representaba, dijo muy apresurado:

—¡Ay señor! el caso es que me dijo mi madre que no me detuviera, que ella se quedaba mondando las patatas.

Un estranjero preguntó á un espartano qué castigo se daba en su país al hombre ó á la mujer que eran convictos de adulterio.

—Se les condena, dijo el espartano, á presentar un toro que desde la cima del monte Taygetes pueda beber en el rio Eurotas.

—Y, ¿cómo, replicó el estránjero, se puede hallar un toro tan grande?

—Más difícil, respondió el espartano, es encontrar en Esparta un caso de adulterio.

Quejábase una señora de no haber tenido nunca hijos:

—Lástima es, señora, la dijo un amigo suyo; ¿y su madre de usted, no los tuvo tampoco?

Dijeron al rey don Alonso de Aragon, que habia un judío poseedor de una imágen de San Juan Evangélista, pero que pedia por ella quinientos ducados. El rey dijo:

—Echad de ahí ese judío, que es más avaro todavía que sus antepasados, pues ellos no pidieron por Cristo más que treinta dineros, mientras que él pide esa suma por solo la estampa de uno de sus discípulos.

Un jóven estaba en cama
Lamentando sus dolencias,
Y un amigo que fué á verlo,
Vió salir la causa de ellas.
Entró, y preguntóle:—Amigo,
¿Cómo va de vuestra pena?
—Mejor, pues en este instante
La calentura me deja.
—No lo dudo, respondió:
Mas cuidado que no vuelva,
Porque cuando yo subia,
Bajaba por la escalera.

Á un aldeano de Murcia, trocábanle cierta heredad que tenia á la orilla del rio, con otra que estaba dentro de un cercado.

La mujer rogábale que lo hiciese, y el aldeano nunca quiso acceder á sus ruegos.

En este intermedio vino el rio tan grande que hubieron

de huir de la heredad; y sobre todas las lástimas que dijo la mujer, fué esta:

—Dios os lo perdone, marido, el no querer trocar la tierra.

El mundo vive engañado
Del esterior de la gente;
Tiene al necio por prudente,
Y al insulso por callado.
¿Ves aquel señor finchado
Que, cual quien todo lo sabe,
Nos la está echando de grave?
Pues no es grave, que es pesado.

En la primera representacion de los *Burgraves* de Victor Hugo, arreglóse de modo que los amigos del autor llenaron el teatro antes de que se hubiesen abierto las puertas al público.

Por esto hubo quien dijo:

—Es una vergüenza que esté lleno el teatro antes de que haya entrado nadie.

Un sugeto que se habia visto obligado á recurrir á una porcion de estratagemas para sostener su crédito, recibió de muchos de sus acreedores carta en que se le anunciaba que iban á llevarle por justicia si no les pagaba en un término fijo.

—¡Bueno está eso! esclamó él. ¡Conque despues que á

uno le cuesta tanto trabajo que le presten dinero, aun se ha de ver atormentado para que lo vuelva!

Encontróse Piron un dia en uno de los cafés de París con el hijo de Crevillon:

Llegóse este al poeta, diciéndole, como con segunda, que acababa de parir la hija del cafetero:

—¿Qué me importa á mí eso? respondió el autor de la *Metromanía.*

—Es que se dice que es vuestro el chiquillo.

—Y eso, ¿qué os importa á vos?

Aprendí en tu vano hablar,
Y en tu falso prometer;
Creyéndote, á no creer,
Y esperando, á no esperar.

Un chacotero que por hablar demasiadamente y burlarse de todos, llevaba un Dios no aposentado en su rostro, encontrándose con un tuerto en el mercado de Valencia, y por burlase de él, le dijo:

—¿Qué es la causa, hermano, que tan de mañana habeis caminado veinticuatro leguas?

Respondióle:

—Por haberme embarcado en vuestro bergantin.

Habiéndole cabido en suerte á un honrado marido el casarse con una viuda mal domada, y él le diere del pan y del palo, ella fuése á quejar á sus parientes.

Los parientes reprendieron al marido, que no habia de tratar así á su mujer, sino castigarla con buenas palabras, ofreciéndoles que así lo haria; la destrabada viuda regíase muy peor.

El buen mancebo, por no quebrar su promesa, tomó un palo, y escribió á la una parte estas palabras: *Pater noster*, y á la otra, *Ave María*, y, como ella se desmandase, dióle con él.

Volviéndose á quejar, y venidos los parientes, dijéronle que muy mal habia cumplido su palabra.

Respondió el mancebo:

—Antes, señores, he cumplido lo que me mandásteis, que no la he castigado sino con buenas palabras; pero leed lo que en este palo está escrito.

Viendo su agudeza, no tuvieron qué responder sino volverse á sus casas.

Viendo un labrador que en una higuera que tenia en su heredad se habian desesperado en ella por discurso de tiempo algunos hombres, teniéndolo por mal agüero, determinó cortalla; pero antes de esto, presumiendo de gracioso, hizo hacer un pregon por la ciudad, que si alguno habia que se quisiese ahorcar en su higuera, que se determinase dentro de tres dias, porque la queria cortar de su campo.

Estando un gentil-hombre en conversacion con muchas cortesanas, hubo una que por tratarle de mísero le pidió de merced que le prestase medio cuarto.

El gentil-hombre, conociendo su malicia y por asentarle en el grado que merecia, dijo:

—Medio, no, señora; pero tome uno, y quedarán pagados los cuatro.

Oyendo muchos estudiantes el curso de lógica, entró uno de ellos, y no hallando lugar donde sentarse, por ser grande en dos maneras, llegóse á otro menor diciendo que le hiciese lugar.

El otro, no queriendo, asióle del brazo y quitóle donde estaba, y sentóse diciendo: *sede majori*.

El menor alzó de presto la mano: *parce minore*.

El general...... llegó de la clase de simple soldado á la de comandante en jefe de una fuerte division.

Una mañana que pasaba revista á las tropas de la guarnicion, apercibió un soldado que llevaba unos pantalones muy sucios.

El general se adelantó entonces hácia él, y le dijo con altanería:

—¿Cómo te atreves á presentarte tan cochino delante de mis ojos? ¿me habeis visto nunca á mí tan puerco como tú, cuando era simple soldado?

—No, mi comandante, replicó el soldado confuso, pero para eso vuestra madre era lavandera.

FÁBULA.

Por mil friolerillas,
Y asuntillos, tal cual, de una corriente,
Á las pobres costillas
De un gitano chusmon, en espediente
De sus graciosos cuentos,
Le sentenciaron á llevar doscientos.
Era su compañera en la sentencia,
Una Juana de tímida conciencia,
Que á la vergüenza iba
Un si es no es por el asunto esquiva:
Creyó nuestro gitano que á su Juana
Habian de zurrarle la badana,
Y generosamente
Llama al verdugo, y dícele valiente:
—Mi compadre Fernando,
Vea usted en cascando,
De no dar á Juanilla que es muy bella;
Yo pago por los dos, por mí y por ella.
—Muy bien, dijo el verdugo sonriendo,
Mas la penca blandiendo,
Le descarga un pencazo, y con chusmada
Le dice á media voz:—Esto no es nada,
Hinca ahora la costilla,
Que va lo que tocaba á la Juanilla.
Segúndale, y soplando el penitente,
Viéndose tan doliente,

Del trato arrepentido,
Dice al verdugo en tono de afligido:
—Mi compadre Fernando,
Déle á Juanilla usted, de cuando en cuando.
¡Valiente ofrecimiento!
Es que algunos, y á fé que esto no es cuento,
Á llevar una carga pronto aspiran,
Pero si pesa mucho, ya la tiran.

Los cortesanos de Filipo, padre de Alejandro Magno, le aconsejaban que desterrase á uno que hablaba mal de su persona.

—¿Para qué? les replicó; ¿para que vaya maldiciendo por todas partes?

Un labrador rico, al volver del campo á su casa, encontró en la puerta todos los muchachos del pueblo jugando, destrozando y desbaratando un carro nuevo que habia comprado el dia anterior.

Fué tal la cólera que se apoderó del lugareño á vista de aquel espantoso destrozo, que corrió tras los muchachos con ánimo resuelto de matar al sin ventura que pudiese haber á las manos.

—¿A dónde vas así, hombre? le dijo el alcalde parándolo en medio de la calle.

—¿A dónde quiere que vaya? contestó el labrador furioso, á buscar á Herodes para que me vengue de estos chicos malvados.

Dos soldados, uno gallego y otro andaluz, reunieron un dia sus fondos para ver en qué habian de pasar la tarde.

El gallego depositó tres ochavos, y el andaluz una pasa prensada de Málaga, que podia pasar por ochavo de los viejos para un corto de vista que no la tocase.

Como con esta cantidad se podian adquirir tan pocas cosas, resolvió el andaluz comprar un cigarro y fumarlo puro.

—Entonces, dijo el gallego dueño del dinero, ¿cómo se ha de partir para que haya igualdad?

—Eso es muy sencillo, dijo el andaluz; trae un fósforo.... ya está encendido, ¿ves? Yo chupo el cigarro y tú escupes. ¡Me parece que no sales mal librado!

—No sé, dijo el gallego, cómu repartes las cosas, que siempre me toca á mí el peor trabajo.

Un labrador tenia en un huerto fuera de la villa un hermoso peral cargado de esquisitas frutas.

Observando que de noche se las robaban, determinó esconderse con su escopeta en el propio árbol, para poder coger á los ladrones infraganti.

Supieron su intento estos, y trataron de cogerlo en sus propias redes.

Al dar la última campanada de las doce hacen gravemente su entrada en el huerto, vestidos dos de ellos de fantasmas.

El de delante, vestido todo de blanco, llevaba una pesada cruz á cuestas y una grande cadena arrastrando ceñida al cuerpo: el otro le seguia llevando un cráneo en una mano y un fanal en la otra.

Viendo el buen labrador irrupcion tan estraña, se apoderó el miedo de su cuerpo.

Apenas acertaba á sostenerse, quedándose sin embargo quieto en el árbol.

Con grave y cascada voz, el fantasma de delante iba cantando lo siguiente:

«Mientras que vivo estuve,
Ni un solo instante en libertad anduve,
Mas ahora que estoy muerto
Me paseo por dentro de este huerto.»

Al encontrarse en frente del árbol en cuestion, vuélvese de cara á su compañero, y con imperiosa voz le dice:

Tú que llevas el fanal,
Coge ese que está oculto en el peral.

Al oir alusion tan directa pierde el labrador los estribos, y soltando la escopeta salta del árbol y huye que no le alcanza un galgo.

Los fantasmas celebraron con ruidosas carcajadas el lance, llevándose todas las peras.

Á un muchacho de un lugar se le metió en la cabeza que habia de hacer un viaje á la córte.

En vano su madre, más prudente, se opuso, manifestándole los disgustos á que se esponia; porque en la córte, le decia con objeto de intimidarle, las cosas no son lo que á la vista parecen.

—Si no es mas que eso, dijo él, no hay cuidado, porque para cerciorarme de la verdad lo tocaré primero todo.

Y sin escuchar más á su madre, partio.

Al entrar en Madrid, lo primero que encontró fué un carro parado.

—Esto parece un carro con un animal: ¡averigüémoslo!

Se acerca y toca sucesivamente el carruaje y la caballería.

—No hay duda, dice; lo que es por esta vez no me la pegan.

Y satisfecho de su primera prueba se interna hácia la poblacion.

En la primera esquina cabe al portal de una tienda habia un loro dentro de su jaula.

—Esto parece una jaula, y lo de dentro una ave, veámoslo.

Al querer poner la mano sobre el avechucho, este le dice:

—¡Quieto, curioso!

El muchacho retrocedió dos pasos estupefacto, y esclama:

—¡Ya me lo figuraba! Hé aquí un hombre que parece un pájaro.

Con motivo de una peticion de paja echa por el comandante de una columna de tropa alojada en un pueblo cercano á una aldea, el secretario de esta, despues de algunas dudas y discusion con el alcalde sobre la manera de contestar bien, redactó el siguiente oficio:

—Escelentísimo señor de paja los que tienen no quieren venderla los que no tienen ¿cómo la venderán?

Dios guarde á su comandancia muchos años.—*El Alcalde.*

Érase un viajante,
Ponderador eterno y sempiterno,
Que con trampa adelante,
Llenaria diez noches del invierno:
Contaba cierto dia,
Que allá por el pais de Cafrería
Son las tierras feraces en tal grado,
Que un dia vió en un campo bien cuidado
Una col con sus hojas especiales,
Que pesaria, dijo, seis quintales.
Todo el mundo prudente
La lengua se mordió pasmadamente;
Pero pasado un rato,
Uno, que parecia mentecato,
Dijo:—Que allá en Holanda
El cobre tan barato, á mano anda,
Que en sola una caldera,
Vió él gastar mil arrobas, por quimera.
—¿Cómo? dijo al instante
El incauto embustero viajante.
¡Estraña es la quimera!
¿Pues para qué querian la caldera?
—¿Para qué? dijo el otro: ¡qué capricho!
Para cocer la col que usted ha dicho.
—Santa paciencia, amigo, que el que miente,
Suele encontrar á alguno impertinente.

Ciertas señoritas muy amigas de hablar *fino* recibian con singular preferencia á un jóven abogado, por los términos escogidos que en su concepto usaba en la conversacion.

Cierto dia que recayó la conversacion sobre las diferentes lenguas que se hablaban en el mundo, observando ellas que dicho amigo usaba el nombre de *idioma* español, *idioma* francés, etc., para designar la lengua española, la francesa..... fijaron la atencion en la palabra *idioma*, como término escogido, buscando la ocasion de poder aplicarlo.

Esta se presentó al dia siguiente en la comida que tenian algunos convidados.

Indicándoles uno de estos qué es lo que querian, dijo una de ellas muy ufana:

—Á mí sírvame usted un pedazo de *idioma* de ternera.

Donde el sacro Bétis baña
Con manso curso la tierra,
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España,
Reside Inés la graciosa,
La del dorado cabello:
Pero á mí ¿qué me vá en ello?
Maldita de Dios la cosa.

Un obispo que tenia un cocinero casado, le dió quince dias de licencia para que fuese á ver á su mujer, que no habia visto en mucho tiempo.

El maestresalas, el mayordomo y el veedor, que eran muy amigos del cocinero, le encargaron en broma al tiempo de despedirse que hiciese á su mujer la noche que llegase un saludo por cada uno de ellos.

El cocinero, no solo prometió, sino que cumplió el encargo, contando al mismo tiempo á su mujer lo que habia prometido, y á nombre de quién hacia cada uno.

No debieron desagradarle mucho á la mujer los saludos en comision, puesto que, cuando dió fin á los tres referidos, dijo:

—La idea me parece muy buena, marido mio, pero quisiera hacerte una pregunta:

—Dila.

—¿No tiene su señoría ilustrísima mas criados?

—Sí, ciertamente; tiene muchísimos más.

—Entonces, ¿no son amigos tuyos los otros?

—Sí, lo son; pero no me dieron encargo de ninguna clase.

Un famoso médico habia ganado en Madrid un dineral.

Como en todos los ricos se ha desarrollado la aficion á construir casas, nuestro médico compró un solar y empezó á construir una tambien.

Esto le traia algo preocupado.

Un dia visitó á un enfermo.

—¡Á ver el pulso!.... bien..... la lengua..... saque usted la lengua.....

El enfermo saca la lengua.

—¡Buen solar! esclama el médico.

—¿Cómo?

—Nada..... queria decir..... Venga papel y pluma para recetar.

Se los dan, y el doctor estiende muy sereno esta receta:

R. Ladrillos. 2000
Tejas. 800

El boticario sintió mucho no poder servir esta receta.

Muy largo y mal predicó
Cierto religioso un dia,
Y á una mujer que lo oia
Mal de corazon le dió.
Al ruido, el padre, parado,
Preguntó:—¿Qué pudo ser?
Y dijo uno:—A esta mujer
Mal de corazon le ha dado.
—Pues ¿de qué (con impaciencia
Dijo el padre) aquí la dió?
Y el bellacon respondió:
—De oir á su reverencia,
—Pues, ¿cómo el desvergonzado
(Dijo el padre enfurecido)
Sabe que es de haberme oido,
Aquese mal que le ha dado?
A lo cual el hombre allí,
Le respondió en un momento:
—Yo lo sé, porque ya siento
Que me quiere dar á mí.

En una de las asonadas que ha habido, unos cuantos individuos gritaban desaforadamente:

—¡Viva la igualdad! ¡viva la igualdad!

Oyólos un chusco, tuerto por más señas, y encarándose con ellos, les dijo:

—¿Conque, amigos, decididamente estais por la igualdad?

Todos.—¡Sí..... sí..... hasta la muerte!.... ¡viva la igualdad!....

—En este caso, les replicó, empezad vosotros dando el ejemplo: quitaos un ojo, porque todos teneis uno mas que yo.

En aquel tiempo en que los habitantes de España se dividian en cristianos viejos y nuevos, le dijo un niño á su padre, que se preciaba de hidalgo:

—Querria, señor padre, que me enseñara su mercé un judío.

—Hélo aquí, rapaz, contestó el padre, pasando por la puerta de un cristiano nuevo.

—Padre, dijo el muchacho mirándolo; verlo á él y ver á su merced, todo es uno.

Es la vigilia de Reyes.

Los muchachos atruenan las calles con el ronquido de sus bocinas de caracol.

Un fraile de buen humor se asoma á la ventana de su celda, y esclama con voz potente:

—Carísimos hermanos, mañana es el dia de los Santos

Reyes. ¿Sabeis lo que trajeron al niño Jesús?.... Le trajeron..... ¡oh! ¡le trajeron!....

La gente se va apiñando debajo de su ventana.

—¿No sabeis lo que le trajeron?.... Le tra..... jeron..... al niño Jesús..... ¡oh! le tra..... jeron!....

Una gran muchedumbre está pendiente de sus labios.

El predicador continúa:

—Al niño Jesús le tra.... jeron.... ¡oh! le tra.... jeron.... le trajeron.... lo que á vosotros nada os importa, ni á mí tampoco.

Y con esto dió con la ventana en sus narices.

Halló á un discípulo suyo
Bebiendo en una taberna
Diógenes, y él al mirarlo
Metióse mas dentro de ella.
Vióle el maestro, y llegando,
Le dijo desde la puerta:
—Mientras más de mí te escondes,
Más dentro estás de tu afrenta.

Un capuchino que estaba de mision en un pueblo, encargó al acólito que al dia siguiente le trajese un cráneo, y que, oculto en la escalera del púlpito, se lo entregase cuando él se lo pidiese.

El sermon empezaba á las siete de la mañana, y á eso de las seis fué el acólito al cementerio, y tomando un crá-

neo que encontró entre una zarza, envolviólo con un pañuelo y partió al lugar que se le habia señalado.

El sermon tenia por tema *la muerte*.

El fraile, despues de la introduccion de costumbre, tomando del acólito el cráneo con una mano, encaróse con sus oyentes.

—Vedlo, empieza; ¡tal vez sea el de uno de vuestros antepasados!

Y al mismo tiempo daba con la otra mano sobre el objeto terror de sus oyentes.

Una ó dos avispas de un avispero que aquel contenia, y que por el frio de la noche hasta entonces habian estado recogidas, le zumban en los oidos.

Sin embargo, preocupado con el efecto que la vista de aquel producia, continúa:

—Vedlo; ¡tal vez es el de un abuelo vuestro!

Y otra vez lo sacude con la mano.

No dos, sino seis ú ocho avispas responden á su llamamiento; pero, á pesar de esto, sigue:

—Vedlo; ¡tal vez sea el de un padre.... el de un hermano vuestro!.... el de un.....

Á este golpe se precipita ya el avispero por todos los agujeros sobre él, y no pudiendo resistir más á tan terribles enemigos, arroja el malhadado cráneo sobre sus oyentes, esclamando lleno de coraje:

—¡Tal vez, y sin duda, es el de un demonio!!....

Y con las dos manos no bastaba para ahuyentar á sus enemigos.

¡Qué vida tan regalada pasan Luisa y Andrés!

No he visto matrimonio más feliz; ni una palabra más alta que otra..... ¡Qué tranquilidad!

Luisa vive en Madrid, y Andrés en San Petersburgo.

—Mi mujer no va á bailes, teatros ni paseos; es una alhaja.....

—Pues ayer se me figuró verla en la calle.

—No seria ella.....

—La otra noche creí verla en el teatro.

—No seria ella.....

—Jurára haberla visto en el baile este Carnaval.

—No seria ella.....

—Es verdad; con un marido un poco más vivo de génio, *no seria ella como es*, tienes razon.

En un teatro pequeño de París habia un escelente actor que se habia hecho célebre por la facilidad con que imitaba perfectamente la voz de los animales.

En uno de sus papeles remedó la voz del asno de una manera, que causó ilusion á los espectadores.

Pero entre estos se halló por casualidad uno que no quedó satisfecho.

—Yo, dijo, lo haré mucho mejor.

El público lo hizo subir al escenario, y efectivamente reprodujo la dulce y armoniosa voz del asno, con más exactitud. Pero el cómico, lejos de quedarse cortado, dijo al momento:

—Señores, cuando se presenta el original, debe retirarse la copia.

Todos prorumpieron en una carcajada.

Un villano iba caballero en un rocin muy largo y muy flaco.

En el camino, encontrándose con un caballero, díjole por burlarse con él:

—Hermano, ¿á qué precio vendeis la vara de rocin?

Respondió de presto el villano :

—Señor, entrad en la trastienda y os lo dirán.

Altercaba un sastre en medio de la calle con un carbonero, y tal fué la cólera de aquel, que quiso arrebatar á su contrincante la vara que llevaba en la mano para enderezarle las costillas.

—Retiraos y buscad otra, dijo el carbonero; porque si no os alejais pronto, lo que es á esta no le faltará que hacer.

El don sin dinero, no es don, sino don aire.

En esto se fundaba el autor de aquella graciosa redondilla, compuesta para reducir á sus verdaderos límites el orgullo de un hidalgo pobre.

Vuestro don, señor hidalgo,
Es el don del algo-don;
El cual para tener don
Necesita tener algo.

En aquella época en que ser hidalgo valia algo, disputaba con un sastre un forastero que se preciaba mucho de su nobleza.

—¿Sabes tú lo que es ser hidalgo? dijo el sastre con orgullo.

—Sí que lo sé, dijo el sastre con mucha *guasa;* ser hidalgo es vivir á cincuenta leguas de los que le conocen á uno.

Solia contar un sabio feísimo, que yendo cierto dia por la calle se encontró con una señora que lo tomó por la mano y lo llevó á la tienda de un escultor, á quien dijo:

—Como este ha de ser, ¿me entendeis?

Y al instante lo dejó, y se fué.

Sorprendido de aquella aventura, no sabiendo qué significacion tendria, suplicó al escultor le esplicase el arcano.

—No me atrevo, señor, dijo el artista, porque temo ofenderle.

—Su negativa de usted escita más mi curiosidad, y le ruego encarecidamente que me esplique este misterio, por mucho que me perjudique.

—Esa señora, dijo el escultor ha venido poco antes á mandarme hacer un diablo, y yo le dije que no tenia modelo alguno para servirla como deseaba: os ha encontrado, y os ha traido.

—La comprendo.

—Es claro, ha encontrado el modelo que deseaba.....

A una recien casada le regalaron el retrato de su suegra hecho de azúcar.

Se lo acerco á la boca, lo gustó con la lengua, y dijo:

—Es de azúcar, y con todo amarga.

Á UN TUERTO.

Marco, un ojo te faltó,
No sientas por eso enojos;
Bástate uno, que dos ojos
Ven más, pero mejor no.
Dos orejas tengo yo,
Tambien dos ojos poseo,
Y de ellas con el empleo,
De ellos con la claridad,
No oigo nada de verdad,
Ni nada de bueno veo.

Al caer de una tarde de verano, se presentó un caballero en casa de un conde riquísimo que vivia en San Petersburgo, y habiendo conseguido una audiencia, le dijo:

—Vengo á poner á disposicion de V. E. un tesoro, es poco, una riqueza inmensa, una de aquellas fortunas colosales que solo se ven en las *Mil y una noches*.

—¿Tiene usted seguridad de no ser loco? le dijo el conde.

—La tengo, y V. E. se convencerá muy fácilmente.

—Esplíquese usted, le oiré, aunque solo sea por pasar el tiempo.

—Señor, ¿la riqueza de S. M. el emperador, le parece á V. E. grande, deslumbradora? ¿Sí? Pues bien; mañana será V. E. mucho más rico, mucho más poderoso mil veces que lo es él.

—Vamos, basta de exageraciones, y esplíquese usted.

—He encontrado la piedra filosofal, señor conde; sé hacer oro de las malvas y de los tronchos de col.

—¡Bah! eso lo saben los boticarios de San Petersburgo.

—Pero, señor, yo cojo la tierra y la vuelvo oro.

—¿Es ese el secreto?

—Sí, señor.

—Pues hemos concluido, no me conviene. El que sabe hacer oro no necesita auxilio de nadie.

—Si lo hiciera sin otro auxilio que el de mi voluntad, lo concedo; pero si lo he de hacer por medio de operaciones que necesitan casa, tiempo, y, sobre todo, secreto. Además, si apareciese yo rico de la noche á la mañana, ¿no me ahorcarian en la plaza pública ó me desterrarian á la Siberia? Créame V. E., necesito auxilio.

—Esplíquese usted.

—Nada va V. E. á esponer; yo pongo el trabajo, el tiempo y los ingredientes. Si sale oro por los medios sencillos que V. E. mismo empleará, me compra la receta, y si no sale oro, yo lo pierdo todo.

—Si llega á salir oro, dijo el conde, ¿qué precio quiere usted por la receta?

—Veinte mil francos.

—Manos á la obra.

—Hé aquí los ingredientes.

—¿Qué son ellos?

—Récipe: cal, una libra; arcilla, tres libras; agua de borrajas, dos cuartillos; carbon vegetal en polvo, tres onzas.

—Todo eso no tiene valor ninguno, dijo el conde; ¿entra algun otro ingrediente?

—¡Ah! sí, señor, se me olvidaba; tierra de badeas, dos cuartos.

—¿Y qué son las badeas?

—Ahora lo verá V. E., he de llevarlos en el bolsillo..... Pues no los llevo; pero le da V. E. al criado dos cuartos, y que los compre en la plaza en cualquier parte; si es una cosa que va por nada....

—¡Muchacho! corre, trae dos cuartos de badeas.

—Mira, los puedes comprar, si no quieres andar preguntando, en el número 12: ¿entiendes? en el número 12.

—Pero, hombre, si con esto saliese oro, verdaderamente que era una cosa barata.

—¡Pues no ha de salir, señor! Pero, qué, ¡si esto es una cosa maravillosa! Ya está aquí el criado. ¿Los traes?

—Sí, señor; es una tierra roja, y me han dado mucha; está en terrones.

—Ea, señor conde, cerremos las puertas, y á la operacion.

Efectivamente, echó el mismo conde todos los ingredientes en un barreño, y con un gran cucharon se puso á revolver.

—¿Es muy larga la operacion?

—No, señor, dos segundos. Revuelva V. E. bien; más, más fuerte. Ya debe estar; examine V. E. bien el fondo del barreño.

—¡Cielos! aquí un pedazo de oro, dos, tres, cuatro. Déme usted la mano; ha encontrado usted de veras la piedra filosofal.

—¡Por Dios, señor conde, por Dios, que no lo sepa nadie!

—Pierda usted cuidado. Tenga usted sus veinte mil francos, y solo le ruego que no venda el secreto en Rusia á ningun otro.

Nuestro hombre tomó sus veinte mil francos, y á los veinte minutos habia salido de la ciudad.

El conde mandó cocer borrajas, compró carretadas de arcilla y de cal, y mandó veinte esclavos que moliesen carbon. Luego se encerró en su gabinete, hizo colocar en él grandes tinajones como los del Toboso, y arcones de hierro para colocar las barras de oro. Hasta prohibió el que le visitase nadie absolutamente.

Cuando todo estuvo preparado de este modo, envió á comprar las badeas al número 12 de la plaza, y esperó al criado con mucha calma y serenidad.

—Señor, dijo al entrar, nadie sabe lo que son badeas.

—¿Has estado en el número 12?

—Sí, señor; pero en esa tienda vivia un estranjero que la alquiló antes de ayer, y ha desaparecido esta noche.

—¡Entonces, dijo el conde cayendo en su sillon, para qué más *Badea* que yo!

Enterado un gallego de la rapidez conque trabajaba el telégrafo, y la prontitud que este proporcionaba á la comunicacion, determinó mandar á un hermano suyo que te-

nia sirviendo en el ejército, un par de zapatos que aquel le pedia con urgencia.

Al efecto se trasladó al campo, ató con mucho cuidado en uno de los alambres del telégrafo el par de zapatos que mandaba, y despues, aproximando la cara al alambre, dijo:

—Para mi hermano, en Madrid.

Hecha esta operacion, volvió á su casa y refirió muy ufano á su esposa el medio que acababa de emplear para la remesa de los zapatos.

Á los pocos dias pensó que acaso su hermano agradecido le corresponderia en alguna cosa; pero no faltó quien pasando por la via viese los zapatos nuevos y se aprovechase de este encuentro para cambiar los suyos, que eran viejos y malos.

Llega el gallego, y viendo que en cambio de los nuevos habia otros estropeados, esclamó:

—Mira el tuno de mi hermano; me envia los viejos para que se los componga.

El hermano sacristan de los frailes franciscanos de Molina se empeñó un dia del siglo pasado en enseñar la teoría de los valores del prisma al hermano organista, ciego de nacimiento.

La empresa era tan atrevida, que nada tenia que envidiar á cuantas han imaginado los hombres, incluso el viaje á la luna, que no es grano de anís.

Nuestro sacristan no era hombre á quien las dificultades hiciesen perder la fé.

Así es que una tarde, despues de comer por cierto, es-



—Señorita, Vd. no tiene las pantorrillas iguales.
—Pues mire Vd., me las han traido de Paris.

plicó el color azul á su discípulo con todas las razones, argumentos y comparaciones que podian ocurrirse á un sacristan en su discurso de seis horas.

Es claro que debio producir efecto, y tanto y tan brillante, que el pobre ciego esclamó:

—Hermano sacristan, no se canse mas, porque lo que es el color azul lo comprendo ya como la madre que lo parió.

—No podia ser otra cosa despues de oir mi esplicacion, dijo el sacristan satisfecho de sí mismo; pero vamos, esplique su modo de entenderlo, que no dudo lo habrá acertado.

—El color azul..... el color azul..... me figuro que es, repuso el ciego, una cosa, así..... así..... como el sonido del órgano.

—Efectivamente se le parece mucho, dijo el sacristan cayendo desfallecido: ¡qué lástima de talento el mio!

Domingo de Ramos y la Santa Cruz cayeron un año en Viernes Santo.

Esta proposicion era sostenida con empeño por un mandadero de monjas en un corro de sacristanes.

Movióse terrible disputa, y todos vueltos contra el mandadero, le argüian que el hecho era imposible, á no haber mediado un milagro; porque, ¿cómo un domingo habia de caer en viernes, ni la Santa Cruz en Semana Santa?

—Pues, señores, yo lo he visto, dijo el mandadero.

Y á tan concluyente argumento bajaron todos la cabeza y se dieron á cavilar; pero aquel los sacó de confusiones con esta sencilla esplicacion:

—Domingo de Ramos, paisano mio y amigo, llevaba la Santa Cruz en el santo entierro; tropezó, y él y la Cruz cayeron en un mismo dia.

Un comparsa ó saca-sillas, como suele decirse, de una compañía de la legua, se empeñó en que le dejasen representar el papel de Orestes en la tragedia de *Ifigenia en Aulida.*

En el acto del furor, mi buen comparsa se desgañita, relincha, brama, rebuzna, hace las mas violentas contorsiones, pierde de vista el tornavoz, se precipita por él, y desaparece por escotillon. El público, como ya se sabe, empezó á aplaudir y á gritar.

—Señores, dijo sosegadamente el actor que desempeñaba el papel de Pílades, dígnense disimular á mi amigo; ya ven ustedes que si un rapto de ardor trágico le hizo salir de sus límites, vuelve á entrar en ellos inmediatamente.

Un sastre que vivia cerca de un cementerio, tenia una alcancía colgada á la puerta, y echaba en ella tantas chinas como muertos veia pasar.

Llegó, en fin, la muerte del mismo sastre, y poco despues, viendo cerrada la tienda, preguntó un parroquiano.

—¿Qué se ha hecho el sastre?

—Cayó, le respondió un vecino, en la alcancía como los demás.

Un comisionado de lanas, que tenia un criado alcarreño, le dió quince dias de licencia para que fuese á visitar á su madre.

—¿Cómo te va con tu amo, hijo mio? dijo la madre.

—Por mi fé, madre, que cuando caminamos por mal camino me va bien, y cuando por bueno, me va mal; porque anda mucho el caballo y no lo puedo seguir.

—Yo ruego á Dios, hijo mio, que siempre os depare malos caminos y malas carreras por donde quiera que vayais, dijo la sabia madre.

—Señor, decia un pobre á un caballero; ruego á usted que me socorra y no eche en olvido que somos hermanos.

—¡Hermanos nosotros! ¡Hermanos! ¿Cómo puede ser eso?

—Como que tenemos un mismo padre y una misma madre, que son Adan y Eva.

—Hermano, dijo el caballero, tienes razon y debo socorrerte; toma un maravedí.

—Poca es la limosna para socorrer á un hermano, dijo el pobre.

—No juzgas bien, porque si cada uno de tus hermanos te diesen otro tanto, vendrias á tener treinta millones de capital, lo que no es poco.

Cumplia una visita el marqués N. á su íntimo amigo el señor M.

Despues de los primeros cumplidos de etiqueta, pusiéronse á tratar de sus asuntos particulares.

El dueño de la casa se levantó, y con su mayor frescura apagó las luces de la sala.

—¿Pero, hombre, qué haces?

—Querido, le contesta el visitado, creo que para hablar no se necesita luz, y mucho menos siendo tan amigos.

El marqués pareció disimular, y sin decir oste ni moste, se bajó los pantalones y se los hubiera quitado á no interrumpirle su amigo, diciendo:

—¿Qué pretendes hacer con eso?

—Creo, le contestó el marqués, que hay una coincidencia en nuestras obras. Tú apagas la luz porque no es precisa para hablar; yo me quito los pantalones para que no se me rocen de estar sentado, mientras conferenciamos tan amigablemente.

Hallábanse en un mismo cuarto dos gallegos haciendo vida comun de compañeros de fatigas.

Uno de ellos se encontraba falto de dinero, y aunque creia prudente pedirlo á su compañero, no obstante le repugnaba; aprovechando la ocasion de estar acostados, le hablo así:

—¿Pericu?

—Hombre, ¿qué quieres? le contestaba el otro.

—Te quiero mas que á mi padre y mi madre.

—Buenu, hombre; déjame durmir.

De allí á poco volvia:

—¿Pericu?

—Hombre, ¿qué quieres?

—Te quiero mas que á toda mi familia.

— Buenu, hombre, déjame durmir.

Por fin se determina á pedirle el duro.

—¿Pericu?

—Hombre, ¿qué quieres?

—Préstame un duro.

—Dormo.

—¿Y me hablas?

—Es que estoy suñando.

De Barcelona nos remiten el siguiente hecho histórico:

«Un rector de la alta montaña, montado en una mula con los ornamentos correspondientes, precedia á un entierro.

»De pronto interrumpe su canto.

—»Pepito, deja la cruz y la linterna y corre á buscar la escopeta á la rectoría.

»Habia visto una liebre debajo de una mata.

—»¿Qué sucede? pregunta uno de los del duelo, al oir interrupcion tan inusitada.

—»Nada, nada, contesta el cura, una necesidad; ya despachamos luego.

»En esto traen la escopeta.

»Montado como estaba apunta, y..... ¡plum!.... cátate la liebre muerta.

—»Ya está, dice. Ahora, siga la procesion del muerto.»

Viniendo un soldado de Italia muy próspero, fué convidado por un grande amigo suyo.

Estando en la mesa, habia un estraño decidor que tenia fama de judío; el cual, por tratar al soldado de licencioso, tomó con la punta del cuchillo el obispillo de la gallina, y púsosele delante, diciendo:—*Jaque.*

Entonces el soldado de presto tomó asimismo una lonja de tocino, y púsosela delante, diciendo:—*Mate.*

Cierto administrador de un pueblo traia una cantidad de cera para la celebracion de los divinos oficios del siguiente dia, al santo patron.

Aconteció que durante el camino llovió en abundancia; así es que él y la cera llegaron hechos una sopa.

Como la cera se necesitaba para la mañana próxima, y temiendo que mojada como estaba no querria encenderse, trataron él y su mujer de arbitrar un medio para obviar este grandísimo inconveniente.

Ninguno encontraron mas espedito que encender un buen fuego en el horno, y cuando estuvo caliente pusieron la cera á secar.

Como la cera se derritiese con el calor, creian que era el agua que salia, celebrando entre ellos su buen acierto Cuando no salió más líquido, fueron á sacar la cera y encontraron los pábilos.

Fué avisado un rey, que un mancebo de su misma esta tura y edad se le parecia en grandísima manera.

Deseoso de ver si era así, mandóle llamar, y conociendc ser verdad, preguntóle:

—Dí, mancebo, ¿acuérdaste si por dicha tu madre estuvo por algun tiempo en esta ciudad?

—Señor, mi madre no; pero mi padre sí.

Estando un poeta mostrando ciertas coplas á un otro amigo suyo y gran decidor, vino á leer un verso que decia así:

Ya parte la nave,—bien *como* sin freno.....

Respondió el que lo escuchaba, por tratarle de bestia:

Eso no es maravilla;—mayor fuera con él.

En cierta batalla de Nápoles, teniendo un soldado á su enemigo debajo de sí, y con la boca en tierra para darle de puñaladas, rogábale que le dejase volver de pechos arriba, y entonces que le matase.

Preguntóle por qué, y respondió:

—Porque si me hallaren mis amigos muerto, no se avergüencen de verme las heridas en las espaldas.

Entonces el vencedor, viéndole cuánto preciaba la honra el vencido, no solo le perdonó, mas quiso fuese su amigo para siempre.

Presentó un labrador á cierto príncipe un rábano de estraordinaria grandeza, y agradecido el soberano le mandó dar cinco mil escudos: súpolo un señor codicioso, y regaló al príncipe un tronco de caballos de inapreciable valor.

Conoció el soberano la ambiciosa intencion del caballero,

y haciéndole llamar al otro dia, le dió con sus propias manos el rábano esquisito, diciendo:

—Tomad este rábano, y estimadlo en mucho, porque os juro por mi corona real que me tiene de coste cinco mil escudos, y solo por dárosle á vos me deshiciera yo de tan costosa alhaja.

Un soldado borracho queria pasar por un callejon sin salida, figurándose que era una calle, y no pudiendo lograrlo creyó que alguno le impedia el paso.

Sacó su espada y empezó á batirse de punta y corte contra un guardacanton que se le figuró un hombre, y á fuerza de esgrimirla hizo salir algunas chispas de la piedra.

—¡Ah, villano! dijo retrocediendo; ¡traes armas de fuego!

Un labrador de la huerta de Murcia estaba haciendo testamento, y entre otras cosas, dijo al escribano:

—Los aperos de la labor, la carreta, los bueyes y la barraca, se los dejo á mi hijo; y la yegua preñada..... ¿está usted, señor escribano?

—Hermano, la yegua lo estará, que yo no, contestó el escribano riendo.

Predicaba un padre reverendo la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y sin ninguna intencion, y antes bien con mucha naturalidad, dirigia la vista y la palabra al frente del púlpito.

—Por ti, decia el padre entusiasmado; por ti, infeliz pe-

cador, lo llevaron de Herodes á Pilatos; por ti lo sentenciaron; por ti lo crucificaron.

En frente al púlpito estaba sentado casualmente un aragonés, y como al parecer le dirigia siempre la palabra y la vista, hablando al mismo tiempo con tanta energía, creyó que para él solo predicaba, que á él solo, como forastero, dirigia todos los cargos.

Así es que se amostazó, y dirigiendo la palabra al predicador, le dijo:

—¿Por mí, eh? ¡Si tan siquiera le he tratado!

Una niña de cinco años que estaba viendo los grandes preparativos que se hacian para celebrar los dias de su abuelita, preguntó á su madre lo que debia hacer por su parte.

Su mamá le contestó que pedir á Dios le enviase toda clase de bendiciones y la hiciese muy vieja.

—Mamá, replicó la candorosa niña, ¿no vale más pedir á Dios que la haga muy jóven?

Estaba enfermo de mucho peligro en Montealegre un buen hombre, llamado por apodo el tio Dino.

Vino el teniente cura á administrarle los sacramentos, y al llegar á aquellas palabras de «Señor mio Jesucristo, yo no soy digno,» mandó al enfermo que las repitiese.

Pero él, oponiéndose tenazmente, dijo al sacerdote:

—Señor cura, está usted equivocado, porque yo soy Dino. ¿No se acuerda usted, señor cura?

—Repita usted, hermano, lo que yo le digo, decia el teniente; diga usted: «Señor mio Jesucristo, yo no soy digno.»

—Pero, señor cura, decia el enfermo, ¿cómo quiere usted que reniegue de mi nombre en los últimos momentos de mi vida? Usted está trascordado, y aun creo que está usted más enfermo que yo cuando no me conoce; pero ¡oh! perdone usted, señor cura, que ya caigo: si usted no me conoce es porque tengo recien cortado el bigote y el pelo, á causa de la enfermedad.

Cayó enfermo un vizcaino, aprendiz en una tienda de sedas de la calle Mayor, y el médico que lo visitaba le mandó tomar unas píldoras de acíbar.

Cogió el enfermo una, la masticó, la pasó por la boca tres ó cuatro veces, y viendo que estaba muy amarga, la arrojó y guardó las otras debajo de la almohada.

—¿Tomó usted las píldoras? le dijo el médico al dia siguiente.

—Aquí tiene usted los mojuelos, contestó el vizcaino; uno he comido; no están maduros, están verdes y no se pueden mascar.

Un caballero cuya nariz era muy chata, estornudó en presencia de un sugeto gracioso, que le saludó diciendo:

—Dios le conserve la vista.

El que habia estornudado se sorprendió, y le preguntó por qué le saludaba así.

—Porque sus narices de usted no son á propósito para llevar anteojos.

En el Teatro Real se estaba ensayando el baile *El Corsario*.

El maestro de baile se dirige á una bailarina, y le dice:

—Señorita, usted no tiene las pantorrillas iguales.

—Pues mire usted, contestó ella, me las han traido de París.

Theócrito habia ofendido cruelmente al rey Antígono, que era tuerto.

Este príncipe, no obstante, le ofreció el perdon, con tal de que se le presentase.

Lleváronlo sus amigos casi por fuerza, y en el camino le iban diciendo:

—Nada temas, tu vida está segura luego que te presentes á los ojos del rey.

—Si no puedo alcanzar el perdon, les dijo, sin comparecer ante los ojos del soberano, ya me cuento por perdido.

—¿Por qué?

—Porque solo tiene uno.

Esta chanza cruel le costó la vida.

Yendo de viaje un estudiante, se encontró unos hidalgos que llevaban dos perdices: hízose amigo, y en llegando á la posada las aderezó muy servicial y contento, y cortadas por su mano las puso en la mesa.

Viendo que la cena era poca, pues no llevaban otra cosa que las dos aves, usó con ellos de la burla siguiente:

Sacó un cuchillo, y con la punta tomaba un pedazo de perdiz, porque tenedores no se usaban en las ventas.

—Tome usted con la mano, le dijeron, y déjese de ceremonias.

Respondió el estudiante:

—Ya lo haria, señores, si lo permitiese mi oficio.

—¡Cómo! ¿pues qué oficio tiene usted?

—Verdugo, señores, para servir á ustedes.

—¡Oh! pesi á tal, contestaron los viajeros levantándose de la mesa; entonces, cómetelas solo.

Y el estudiante no se hizo el sordo, ni llamó al gato para que le ayudase.

Estando un vecino en casa de un compadre suyo para amprarle un ducado, que tenia muchísima necesidad de él, y viendo que estaba recostado en una silla medio durmiendo, por ver si estaba despierto ó no, dijo:

—Compadre, hacedme placer de dejar un escudo si no dormís.

Respondió:

—Duermo.

—¿Pues quién me responde? replicó.

—Vuestro descuido y mi provecho, pues no me volvísteis otro que el otro dia os presté.

Una mujer que habia oido hablar de los versos de Scarron, y de algunos epitafios que él mismo habia compuesto, fué á suplicarle le hiciese el suyo.

Scarron le hizo presente que no se hacian epitafios para los vivos; pero ella continuaba insistiendo, hasta que por fin obligó al poeta á decirle:

—Vaya usted á tenderse detrás de aquella puerta de mi gabinete.

Obedeció la mujer.

—¿Está usted tendida ya? dijo Scarron.

—Sí señor, respondió la buena señora, que esperaba un solemne epitafio.

Entonces el poeta dijo en alta voz:

«Allí yace tras la puerta
Quien está viva y no muerta.»

El tigre es uno de los animales más hermosos de la creacion.

¡Quién no ádmira sus elegantes formas, su figura esbelta, su ligereza, su actividad, su fuerza, su valor!

¡Quién no contempla con placer su piel pintada, sus ojos de fuego y sus magníficos dientes de marfil!

Y al mismo tiempo, ¿quién no se estremece al oir sus rugidos y su dentelleo espantoso? ¿A quién no se le erizan los cabellos al ver sus pupilas inyectadas de sangre; sus dientes humedecidos por la gula y sus uñas de acero?

¡Qué animal tan hermoso es el trigre!

¿Cómo no se le ha ocurrido al hombre hasta ahora la idea de sacar partido de las cualidades brillantes de este magnífico animal? ¿A cuántas cosas podia aplicar su actividad, su fuerza y su valor?

El hombre que ha domesticado al jabalí, al gato y al halcon, ¿cómo no ha pensado hasta ahora en domesticar el tigre?

¿No seria una cosa magnífica ver los coches en el paseo tirados por dos, cuatro ó seis de estos preciosos animales?

Y ver diez ó doce escuadrones de tigresía, esto es, de soldados montados en tigres, ¿no seria capaz de espantar á todos los enemigos del mundo? Es decir, que si una nacion llegase á poseer el secreto de convertir los tigres en cabalgaduras, se habia hecho de repente invencible y desde luego la más poderosa de la tierra.

Gaspar Monizo, bufon napolitano, tuvo un altercado con un paisano de Nápoles, y en el calor de la disputa, le dijo con furor:

—Si yo tuviera cien escudos, bien sé lo que haria con ellos.

El paisano se alarmó, creyendo que Monizo deseaba tener los cien escudos á fin de pagar un asesino para que le matase.

Fué, pues, á denunciarlo al virey, y le suplicó hiciera decir á Monizo el uso que haria de los cien escudos si los tuviese.

El virey hizo llamar á Monizo, y cuando se presentó, dijo al paisano:

—Os mando que le deis cien escudos: yo le obligaré en seguida á que me diga lo que hará con ellos.

El paisano contó los cien escudos al bufon, y el virey preguntó á este último:

—¿En qué los vas á emplear?

—En pagar mis deudas, contestó.

El virey volviéndose al paisano, le dijo:

—Vamos, ya estás libre de una gran inquietud, pues al presente sabes el uso que tu contrario queria hacer de los cien escudos que deseaba.

El paisano, satisfecho por verse libre de todos sus temores, hizo gracia á Monizo de los cien escudos, y ambos quedaron contentos.

Habiéndole faltado la memoria á un alcalde de cierta aldea para concluir cierta alocucion que habia empezado, el rey á quien arengaba, le dijo:

—Acaba en tres palabras.

El alcalde esclamó:

—¡Viva el rey!

Un vicario de Toledo, sugeto instruido y de fe sólida, se empeñó en desterrar la supersticion á toda costa, y como llegase á su noticia que en un pueblecillo inmediato curaban algunas mujeres con palabras supersticiosas, mandó instruir las primeras diligencias de una causa, y dió comision al alguacil para que llevase presas á las culpables que curaban en dicho pueblo y en los inmediatos.

El alguacil llevó presas cuatro mujeres harapientas y pobres.

—¿Es cierto que curan ustedes? les dijo el vicario con seria gravedad.

—Sí, señor, sí curamos.

—¡Curan ustedes!! esclamó el vicario enojado; ¡y es cierto que curan!!

—Señor, ¿qué hemos de hacer, si no tenemos otro oficio?

—¿Y qué palabras son las que dicen ustedes para curar?

—¡Para curar! ¡Cuando curamos, querrá decir V. S.!

—Bien, cuando curan ustedes.

—Cuando curamos, cantamos:

La Vírgen lavaba,
San José tendia,
Y el niño lloraba
De frio que hacia.

—¿Y qué es lo que curan ustedes con esas palabras?

—Señor, lo que nosotras curamos, es lienzos y tela para camisas.

Preguntando un forastero por cierto sugeto, acertó á preguntárselo al mismo delante de muchos caballeros.

Él, por reir, respondió:

—Hermano, ese caballero por quien preguntais, há más de tres años que lo ahorcaron.

—¿Se puede saber por qué?

—Por ladron.

El forastero, dijo:

—¡Oh, desventurado de él! ¿Y no le bastaba ser desgraciado en el matrimonio, sino que además era ladron?

Allegándose á la ciudad de Sevilla un vizcaino y más que hidalgo, con su paje detrás, y escobilla y lodo paseán-

dose por ella, encontró con un grande amigo suyo, el cual le convidó á comer.

Sirviéndole á la mesa con escudilla y cuchareta de plata, ya despues de haber comido, saliéndose de la posada, díjole el paje:

—Á buena fé, señor, ¡mucha honra te ha hecho este tu amigo!

—¿Qué honra ha hecho, rapaz?

—¿Qué honra? Comer con cuchara de plata.....

—¿De eso te espantas, villano? De terciopelo las merecia yo.

Preguntó un mercader á un corredor de oreja.

—Fulano, ¿qué hay de nuevo en la lonja?

—Ninguna cosa hay, señor.

Y habiéndoselo preguntado por diversas veces, y él siempre acudiendo á que no habia nada que contar, suplicóle un dia que le contase alguna mentira.

—¡Mentira, señor! ¿Quiere que se la diga? No se la diré que no me lo pague muy bien.

—¿Pagar? ¿Y por qué?

—Porque en su casa y lugar no me dá de comer.

Estando un gran señor comiendo á su mesa, y los criados vueltos de espaldas al aparador, entró un ladron y tomó uno de los mejores platos que habia en la mesa: y viendo el ladron que el señor lo estaba mirando, hízole señas que callase, y fuése.

Hallando el plato menos al recoger de la plata, dijo el señor:

—No os cumple buscar, porque un ladron se lo ha llevado, que yo le hé bien visto.

—Pues ¿por qué no lo decia vuestra señoría?

—Porque me mandó que callase.

Dicen de Vespasiano, que como un caballero le dijese palabras pesadas y de reprension por ciertos descuidos en que habia caido, le respondió muy mansamente y con gran paciencia, diciendo:

—Tus palabras son dignas de risa, y mis yerros de enmienda.

Fué convidado un necio capitan, que venia de Italia, por un señor de Castilla á comer, y despues de haber comido, alabóle el señor al capitan un pajecillo que traia muy agudo, y gran deudor de preste.

Visto por el capitan, y maravillado de la agudeza del pajecillo, dijo:

—¿Vé vuestra merced estos rapaces, cuán agudos son en la mocedad? Pues sepa que, cuando grandes, no hay mayores asnos en el mundo.

Respondió el pajecillo al capitan:

—Mas que agudo debia de ser vuestra merced cuando muchacho.

Haciendo alguna gente un capitan por mandato del rey

para cierta parte, y que lo tuviera secreto, por bien que le fué preguntado por diversos amigos, jamás pudieron saber de él para dónde hacia gente.

Concertaron que una amiga que él mucho queria se lo preguntase; y hecho así, y preguntándoselo ella, respondió:

—Mira, señora, y amiga mia, en tanto tengo yo los secretos del rey, que si pensase que mi camisa lo sabia la quemaria.

Vivian marido y mujer como perro y gato, á causa de haberse casado contra su voluntad.

Un dia llegaron á tal estremo que el marido la hubo de abofetear; y como ella supiese que dias pasados habia muerto un vecino suyo, sin haber sentimiento de ello, empezó á desentonarse, diciendo:

—Á ese traidor, no hay justicia que le castigue, que piensa matarme, así como á Fulano.

No faltó quien lo sintiese, que luego fué acusado, y, segun sus confesiones, condenado á que lo ahorcasen.

Ya que lo llevaban á ahorcar, suplicó que le dejasen hablar con su mujer.

Venida, y parándose en el camino, por el deseo que tenia la buena mujer de ver el fin de sus dias, dijo:

—Marido, ¿para qué os parais? Andando y hablando; no perdamos tiempo.

Pintó Zeuxis un cuadro que representaba un canastillo de uvas pintado por un muchacho.

Era tal la verdad de la pintura, que iban los pájaros á picar el fruto como si fuese arrancado de la cepa.

El pintor estaba muy ufano, cuando llegó un amigo.

—¿Qué os parece mi cuadro, preguntó Zeuxis; ya veis que hasta los pájaros se engañan, creyendo que son uvas de verdad.

—¿Cómo lo sabeis?

—Porque vienen á picarlos.

—Entonces el muchacho no les parece de verdad, cuando no los espanta.

Un rústico labrador, deseoso de ver al rey, pensando que era más que hombre, despidióse de su amo pidiéndole su soldada.

El cual, yendo á la córte, con el largo camino, acabáronsele las blanquillas.

Llegado á la córte, y visto al rey, viendo que era hombre como él, dijo :

—¡Oh pese á la que no me parió, que por ver á un hombre he gastado todo lo que tenia, que no me queda sino medio real en mi poder!

Y del enojo que tomó le empezó á doler una muela, y con la pasion del hambre que le aquejaba no sabia qué remedio se tomase, porque decia:

—Si yo me saco la muela y doy este medio real, quedaré muerto de hambre; si me como el medio real, dolerme há la muela.

Con esta contienda arrimóse á la tabla de un pastelero, por írsele los ojos tras los pasteles que sacaba.

Y acaso vinieron á pasar por allí dos lacayos, y como le vieron tan embebido en los pasteles, por burlarse de él, dijéronle:

—Villano, ¿qué tantos pasteles te atreverias á comer de una comida?

—Pardiez que me comiese quinientos.

—¡Quinientos! Líbrenos Dios del diablo.

—¡De poco se espantan vuesas mercedes!

Ellos que no, y él que sí, dijeron:

—¿Qué apostareis?

—¿Qué, señores? que si no me los comiese, que me saqueis esta primera muela: el cual señaló la que le dolia.

Contentos, el villano empezó á jugar de diente el hambre que tenia muy á su sabor. Ya que estuvo harto, paró, y dijo:

—Yo he perdido, señores.

Los otros, muy regocijados y chacoteando, llamaron á un barbero, y se la sacaron, aunque el villano fingidamente hacia grandes estremos; y por más burlarse de él, decian:

—¿Habeis visto este necio de villano que por hartarse de pasteles se dejó sacar una muela?

Respondió:

—Mayor necedad es la vuestra, que me habeis muerto el hambre y sacado una muela que toda esta mañana me dolia.

Al oir esto los que estaban presentes, tomáronse á reir de la burla que el villano les habia hecho, y los lacayos pagaron, y de afrentados volvieron las espaldas, y se fueron.

Un consejero de cierta ciudad considerable de Holanda, hallándose en la feria de caballos de Schiedan, se encontró con un librero amigo suyo, que le preguntó:

—¿Habeis venido á comprar caballos?

—Sí, respondió el magistrado. Pero tú, ¿qué has venido á hacer aquí? ¿Sabrás distinguir un caballo de un burro?

—¡Oh! sí, señor, le replicó el librero; aunque os metiérais entre mil caballos, os sacaria por la pinta.

Un caballero estraordinariamente feo, convidó á comer á un forastero.

Cuando llegó la hora, el feo, hombre de sociedad y de buenas formas, tomó de la mano á su esposa, mujer feísima sobre todo encarecimiento, y dijo al convidado:

—Caballero, tengo el honor de presentar á usted mi esposa.

El forastero, sorprendido, la estuvo observando algun espacio de tiempo, y dijo á su huésped:

—¿Está usted seguro, caballero, que esta dama es su esposa?

—¿Encuentra usted en eso alguna dificultad? dijo el amo de la casa alarmado:

—Ninguna, ciertamente; pero hubiera jurado que era su hermana.

Un pobre estudiante á quien el obispo no habia querido jamás ordenar por muy torpe, resolvió marchar á Roma á que lo ordenase Su Santidad.

Era preciso saber hablar latin, pero se informó y supo que solo necesitaba saber tres contestaciones, que si las aprendia bien de memoria, el Papa lo creeria un hombre sabio.

—¿Cuáles son? preguntó el buen hombre.

—Hélas aquí, le dijeron. Luego que te pongas en presencia del Pontífice, le dirás, haciendo una genuflexion: *Salve, Sancte Pater.*

Entonces te preguntará en latín: *Unde est?* ¿De dónde eres? y tú responderás; *de Hispania.*

Añadirá: *Ubi sunt litteræ tuæ?* ¿Dónde están tus documentos? Y tú le dirás: *In manica mea,* en mi manga.

Despues de lo cual mandará que te espidan los despachos, y santas pascuas.

Contentísimo aquel hombre de saber tanto latin, partió al instante para Roma, no cesando en el camino de repetir las aprendidas palabras.

Pero quiso la mala suerte que se le olvidase el primer período de su latin, y esto le causó muchísimo pesar; porque sabia muy bien que ir á hablar con el Papa, sin saludarle en latin, era lo mismo que ir á la guerra sin armas.

Ya estaba para volverse á su pueblo, cuando al entrar en una iglesia, oyó cantar: *Salve, Sancta Parens.* Salve Santa Madre de Cristo. Pareciéronle aquellas palabras las mismas que habia olvidado, y procurando retenerlas cuidadosamente, continuó su camino.

Poco despues de su llegada á Roma, fue presentado al Padre Santo, á quien dijo, saludándole con profunda reverencia:

—*Salve, Sancta Parens.*

Díjole el Papa:

Non sum mater Christi; yo no soy la madre de Jesucristo.

—De *Hispania*, replicó el pobre.

Maravillado el Padre Santo de ver tal majadero, le dijo:

—*Habesnè dœmonem*? ¿Tienes el diablo en el cuerpo?

—*In manica mea*, en mi manga: continuó el examinando, metiendo la mano en ella.

Juzgando el Pontífice que iba, en efecto, á sacar algun demonio, se conmovió un poco; mas viendo que solo sacaba papeles, le dijo:

—*Quid pedis?* ¿Qué pides?

Entonces el infeliz, que habia dicho ya cuanto sabia, se quedó como una estátua sin saber qué responder, de manera que lo iban á despedir sin haber obtenido cosa alguna; pero por una feliz casualidad se encontró allí otro español, quien, habiéndolo reconocido por de su nacion, le preguntó en su nativo idioma, y le alcanzó los despachos que solicitaba.

Habiendo escrito un estudiante á su padre que le enviase dinero, le contestó este:

—Quien mucho come, mucho duerme; quien mucho duerme, poco lee; quien poco lee, poco sabe. Dios te guarde.

Un labrador montado en un burro, pasaba un dia por delante de un colegio á la hora misma que salian los estu-

diantes de la clase, y cabalmente le dieron entonces ganas á su asno de rebuznar.

Los estudiantes empezaron á gritar al labrador, diciéndole:

—Majadero, cria mejor á tu bestia y enséñale cortesía.

—Hijos mios, replicó el labrador, es que se alegra tanto de ver á sus camaradas, que se ha puesto á cantar de gozo.

Un periodista acostumbraba á fingir cartas, dándole noticias de todos los puntos del globo.

Cierto dia estaba muy de prisa escribiendo una desde Egipto, cuando el portero le anunció que deseaba verle una señora.

—Dígale usted, contestó, que ahora estoy en *Alejandría*, pero que esta noche podrá verme.

Un licenciado del ejército que se volvia á su casa cometió la imprudencia de enseñar una noche en una venta dos de esas feas, viejas, pero provocativas peluconas de Cárlos III, que se esconden y se desdeñan de visitar nuestras casas.

El licenciado madrugó; pero apenas habia andado media legua, cuando se encontró de manos á boca con la de un trabuco en su pecho, y un mocito moreno y patilludo que le dijo:

—Compadre, me interesa saber la fecha de esas señoras mias que enseñaba usted anoche, y espero que muy bonita-

mente las dejará usted en el suelo y tomará callandito el tole tole camino de su pueblo.

—Muchacho, ahí las tienes, repuso el soldado; no es cosa de que riñamos por tan poco.

—¡Viva la buena gente! dijo el ladron.

—Pero has de hacerme un favor, apuntó el licenciado.

—Los que quieras.

—Mira, soy un soldado con nota de valiente, y voy á quedar deshonrado el dia que sepan que un solo hombre se me ha llevado las onzas.

—¡Bah! ¿y quién ha de saber eso?

—No importa; mira, puedes salvar mi honor, y lo salvarás.

—¿Cómo?

—Dispara tu trabuco en mi manta para que vea todo el mundo que me he defendido.

—¿No quieres mas?

—No.

—Pues ahí va.

El ladron disparó; pero entonces, viéndolo desarmado, se lanzó sobre él nuestro soldado, lo derribó al suelo, y despues de darle una buena felpa y de quitarle por supuesto las dos onzas, lo llevó atado al primer puesto de la guardia civil.

Un militar muy ignorante comia en la mesa de un poderoso, con otras muchas personas de calidad.

Suscitóse la conversacion de las obras de Aristóteles, y convinieron en que habia en ellas cosas admirables.

—Vamos, dijo el magnate encarándose con el oficial, ¿de qué parecer sois?

—Digo, señor, respondió, que algunos que cuentan cosas de Aristóteles, nunca han estado en ella.

Creia que el filósofo era una ciudad.

Un señor titulado era tan mezquino, ó más bien tan avaro, que llevaba todos sus pajes raidos, remendados, y, puede decirse, desnudos.

Dos de ellos, más traviesos que los otros, se le quejaron un dia que no tenian camisa.

El conde llamó á su mayordomo, y le dijo:

—Escribe hoy mismo á Pedro, y dile que en la primavera próxima siembre lino en la huerta del arroyo, y si no se apedrea y llega á sazon, que lo rastrillen, que lo hilen, y que lo tejan; y despues, con aquella tela, que hagan abundantes camisas para estos bribones, una para cada uno, que soy enemigo de lo poco.

Los pajes prorumpieron en una carcajada estrepitosa.

—¡Ah picaruelos! dijo el conde tomando un polvo; ¡cómo se alegran porque tienen camisas nuevas; vaya, á cuidarlas mucho, para que duren!....

Nuestros lectores saben perfectamente que el *lapsus linguæ* es una locucion latina que significa desliz, caida, descuido de la lengua; equivocacion de la frase, error de palabra.

Esto sentado, diremos que en un convite que daba un banquero, hombre de muchas letras (de cambio), un criado torpe dejó caer sobre un sacerdote instruido una lengua de cerdo.

Mientras se desembarazaba como mejor pudo de aquel diluvio de manteca, dijo el sacerdote con mucha gracia:

—Señores, no hay que alarmarse; esto no es mas que un *lapsus linguæ*.

El efecto producido por este chiste, por este equívoco ó por este juego de palabras, fué estraordinario.

Un ¡bravo! estrepitoso y unánime resonó en el salon, y nadie se acordó más de la caida de la lengua.

El dueño de la casa, que habia aplaudido sin entender una jota de lo que aquello significaba, pidió al sacerdote que le diese la frase por escrito, y la aprendió de memoria con el firme propósito de emplearla en tiempo y lugar oportuno.

Dió otro convite, mandó al criado que con toda intencion le echase encima aquel plato, de los que servirian á la mesa, que, segun su juicio, debiera producir más efecto, y esperó con la indiferencia de un sabio el momento de hacer brillar su ingenio.

El criado conoció que su amo tenia gusto y tal vez interés en aquella barbaridad, y no queriendo pecar de corto cuando se trataba de dar gusto á su amo, cogió una sopera mónstruo medio hirviendo, entró con mucha calma, se fué derecho á su amo y se la dejó caer en la cabeza, inundándole aquella humedad por delante y por detrás.

Los convidados dieron un grito de espanto á vista de una escena tan inesplicable, pero nuestro hombre, sin eno-

jarse por aquel lavatorio, se volvió á sus convidados, y les dijo sonriendo:

—Señores, no se alarmen ustedes; esto no es mas que un *lapsus linguæ*.

Apolo á Dafne seguia,
Fabio, que árbol se volvió,
Y á la sombra le dejó
Que con las hojas le hacia.
Á su sombra el sol se asombra
De mirar tal proceder:
¡Esa sí que fué mujer
Que al sol le dejó á la sombra!

Vendia un lugareño unas cargas de leña, y como le ofreciese un procurador veinte reales por cada una, se cerró en que no las daria si no le daban algo más.

—Pues bien, dijo el procurador, te los pagaré á veinte reales y *etcétera*.

El lugareño, creyendo que la *etcétera* era alguna cosa que valia dinero, las descargó y subió á cobrar.

—Tome usted, dijo el procurador: seis cargas ciento veinte reales.

—Pero, señor, y el *etcétera* que usted no me paga ¿qué es entonces?

—El *etcétera*, buen hombre, es que tiene usted la obligacion de subirla.

Preguntando un médico al padre Bourdalone qué régimen higiénico observaba, este austero religioso respondió:

—No hago mas que una comida al dia.

—Guardaos, dijo el médico, de hacer público vuestro secreto, porque entonces estaríamos nosotros de más en el mundo.

Rondaba un alguacil mayor, y al pasar por una calle, vió tres hombres que sacaban arcas y muebles de una casa, y llamándole esto la atencion, les preguntó:

—¿Á dónde llevais esa ropa?

—Señor, respondieron, se ha muerto un hombre en esta casa, y pasamos los muebles á otra.

Dijo el alguacil mayor:

—¿Pues cómo no lloran?

—Señor, respondió uno de ellos, mañana llorarán.

Volviendo al otro dia por allí, halló llorando las mujeres de la casa, y quejándose de que las habian robado.

Apeose cierto bufon en el patio del palacio del rey Católico, y mientras subia á la estancia del monarca, unos caballeros se divirtieron en cortar la cola á su caballo.

La casualidad hizo que el bufon lo observara desde una galería, y en un instante que vió solas las cabalgaduras de todos los cortesanos, bajó y les cortó los hocicos sin ser visto.

Á este tiempo descendia por la escalera S. M. el rey, y cada uno de los caballeros montó en su jaco y siguió al mo-

narca, precediendo á todos el bufon, á quien uno de los grandes, dijo:

—Hombre, ¡qué buena cola lleva tu cabalgadura!

Mirólo disimulando, y conociendo que se mofaban de él, replicó:

—Verdaderamente; y por eso se rien tanto los animales que vienen detrás. ¡Mirad, mirad cómo enseñan los dientes!

Dice, y niégalo su talle,
Ese tu huésped, vecina,
Que es sangre del de Medina,
Y del gran marqués del Valle.
Mas segun su trato es,
(sus obras te lo dirán),
Ni es en la bondad Guzman,
Ni en la crianza Cortés.

Llegó un labrador á una venta cargado con una albarda, llorando y diciendo á grandes gritos:

—¡Ay, burra de mi vida! ¡Ay, mi único consuelo! ¡Qué será de mí! ¡Bien sé lo que me he de hacer!

Compadecidos de su desgracia los que habia en la venta, y creyendo que aquel hombre atentaria contra su vida, echaron un guante y le reunieron unos diez duros, que le entregaron para que pudiera comprar otra.

Uno de los huéspedes, más curioso que los demás, le preguntó:

—¿Qué hubiérais hecho sin la limosna que os hemos dado?

—¿Qué hubiera hecho? Vender la albarda.

—Voto á tal, decia un andaluz, nadie me la ha hecho hasta ahora que no me la haya pagado.

—¿De veras?

—Siempre. Vean ustedes; me faltan todos estos dientes; pues bien, el que me los derribó cayó en el acto redondo á mis piés.

—¿Sin moverse?

—¿Qué se habia de mover?

—¡Hombre! ¿Y quién era?

—Una piedra.

Yendo camino solo un rey de Castilla con un paje diligente que le habia seguido, y familiar suyo, y desdichado en hacer mercedes, y acaso pasando el rey por un riachuelo, paróse á mear, á lo que dijo el paje, porque el rey lo pudiese sentir:

—Este caballo es de la condicion de su amo; que siempre dá á quien mas tiene.

Dijo el rey:

—Calla, necio, que mercedes de rey mas se alcanzan por ventura que por diligencia.

—Eso no creo yo, respondió el paje.

Á lo cual calló el rey, y venido á palacio, tomó dos ar-

cas, hinchó la una de plomo, y la otra de oro, y llamó al paje, y díjole:

—Mira, cata ahí dos arcas, la una de plomo, y la otra de oro: sin llegar á ellas, la que señalares será para ti.

Cuando hubo señalado, acertó con la de plomo. Entonces dijo el rey:

—Ahora creerás que las mercedes dependen de la ventura.

Ya se ha visto en qué paró
La fortuna de Moreno,
De tantas riquezas lleno;
Me cuentan que ayer quebró.
¡Moreno, el recien casado
Con una hermosa mujer!
¡Triste de ella! ¿qué ha de hacer
Con un marido quebrado?

Un tendero daba de menos en cuanto vendia, y acusándole por tiempo su conciencia, comunicó con su mujer el remedio que se tenia.

—El remedio será, dijo la mujer, que de aquí adelante tratemos en lana, y así como en las cosas de tienda dábamos de menos, así en el peso de la lana daremos de más á las hilanderas.

Entendido el mal consejo de la mujer, dijo:

—Doblado engaño es ese.

En Castilla, un duque dió á cierto médico, por que le visitaba y habia curado de cierta enfermedad, cierta loba de seda aforrada de telilla de oro muy galana.

Viniendo un dia á visitarle, y viendo el duque que no la llevaba puesta, dijo:

—¿Qué es esto, doctor, qué es de mi loba que no la traeis?

Respondió:

—Señor, come mucho, y no la puedo sustentar.

Dijo el duque:

—Pues, ¡sus! dénle cincuenta ducados de partido para sustentamiento de ella.

En cierta ocasion, habiendo hecho correr y volver las espaldas un animoso soldado á otro, y estándole preguntando al esforzado ciertos amigos que conocian á los dos, si habia huido el otro, como se les habia dicho, acaso vino á pasar el huidor, y dijéronle:

—Señor, ¿no vé su contrario?

Respondió:

—No le conozco, porque siempre le ví de espaldas.

Á cierto capitan, el rey Alejandro, por gratificarle algunos servicios mandó á su tesorero que le diese dos mil ducados.

El tesorero, como estuviese algo de punta con el capitan, mandó poner en la mañana una mesa al tiempo que el rey se habia de levantar de su aposento, y los dos mil ducados

encima de ella en plata, pensando que en ver el rey tanto dinero se arrepentiria de la promesa.

Pero como el rey presumiese el negocio, dijo:

—Qué es esto?

—Señor, los dos mil ducados que mandó dar al capitan.

—¡Qué! ¿tan poca cosa es? dénle otros tantos.

¿Para qué finjes niñez,
Anciana y sábia Lucinda,
Pintándote hermosa y linda,
Si está en casa la vejez?
No pediré en tu provecho
Á Dios, con duelos estraños,
Que te guarde muchos años,
Porque sé que ya lo ha hecho.

Noches pasadas oimos el siguiente diálogo que tenia lugar en la esquina del Suizo entre un aficionado á toros y un amigo nuestro.

—Compare, estuvo usté ayé en los toros?

—Sí.

—¿Y qué tal, fué blando el ganao?

—Hombre..... yo no sé si el ganao era blando ó no era blando; lo que pueo asegurá es, que los picaores fueron bastante duros.

En Trouville existia un rico banquero, M. A., que vivia en una de sús magníficas posesiones.

Este señor tenia su «valet de chambre» ó ayuda de cámara bastante listo, aunque un poco indiscreto algunas veces.

Un dia se presentó en casa de M. A. el espléndido lord Hard, con objeto de hacer una visita. Salió á recibirle el ayuda de cámara y le preguntó su nombre para decirlo á su señor.

El lord le entregó entonces una tarjeta, y el ayuda de cámara cometió la indiscrecion de leer el nombre del caballero.

Lord Hard, enfurecido con semejante imprudencia, le reprende su atrevimiento; se presenta el banquero y despide á su criado por tan inoportuna curiosidad.

El ayuda de cámara se ruboriza como una niña de quince años y se marcha á la calle lleno de vergüenza.

Á los pocos dias lord Hard jugaba al treinta y cuarenta en uno de los cafés de Trouville.

Absorto se encontraba en la combinacion de las cartas, cuando le sorprendieron dos golpecitos en el hombro, y escuchó una voz que le decia:

—Aquí somos todos iguales; yo soy Viterlin, el ayuda de cámara de M. A., despedido de su casa por culpa vuestra. Os exijo una satisfaccion. Dádmela antes de pocos momentos, y si no..... elegid armas y hora.

El inglés, como todo inglés, se encendió lo mismo que un pavo.

—¡Ya se vé, eso de batirse con un ayuda de cámara!....

Sin embargo, Viterlin estaba resuelto á todo, y fué preciso no dar un escándalo; aceptó el desafío, nombraron los padrinos, y á la mañana siguiente salieron al campo.

Las armas eran pistolas; la distancia veinte pasos.

Tocó en suerte á Viterlin tirar primero, pero su bala no salió.

Lord Hard apuntó en seguida, y Viterlin despues de la detonacion, se encontró lleno todo el cuerpo de un líquido súcio y asqueroso que no podia ser sangre.

Ya se figurarán nuestros lectores lo que aquello podria ser.

Despues de esta escena original, ambos se retiraron y no volvieron á verse en mucho tiempo.

Un año despues, Mr. Viterlin entraba al servicio del baron R.

Á los pocos dias de su nueva colocacion, le avisaron de casa de un escribano para que se presentase á recoger ciertas cantidades importantes que se le habian señalado.

Presentóse en seguida, encontrándose con una renta vitalicia de veinte mil duros que lord Hard le regalaba.

Viterlin tomó parte de su dinero en aquellos instantes, y no hay para qué decir que tuvo despues un ayuda de cámara.

El que al hablar de los ingleses habló de las originalidades, bien supo lo que se hacia.

Un escribano que tenia interés en abultar cierto inventario, dictaba á su amanuense en estos términos:

«Item: una mesa de pino, con su cajon, dentro del cual se hallaron diez bulas de la Santa Cruzada, las cuales, copiadas á la letra, son del tenor siguiente:»

Y en efecto las copió.

Celio, esta noche soñaba
Que una espada te habia muerto,
Desperté, y supe por cierto
Que tu padre te casaba.
Si durmiendo te lloré,
Despierto es más mi dolor;
Pues fué el peligro mayor
De lo que yo lo soñé.

Dos estudiantes mantenian una viva polémica acerca de la manera de hallar el medio de dar direccion fija á los globos, y hé aquí en qué términos se espresaban:

—Me parece que todos los que se ocupan en resolver este problema, parten de un principio equivocado. La cuestion no es hallar el medio de dirigirlos, sino el de hacerlos permanecer quietos en el espacio.

—¿Y qué se conseguiria con eso? preguntó el otro.

—¡Cómo! bien á la vista está, respondió el primero. Estando el globo quieto, como la tierra da vueltas, no habria mas que esperar en él á que pasase el pueblo á donde se quisiera ir, y bajarse cuando estuviese debajo.

Un amigo de lord Dextee, vió que este montaba á caballo con una sola espuela, y le preguntó por qué no usaba las dos.

—No hay para qué, contestó el noble lord, si un costado del caballo anda, es claro que el otro no se quedará atrás.

Pasando un coronel á su regimiento revista de policía, echó de ver un soldado que estirando el cuello y las mangas de la chaqueta interior, queria encubrir la falta de camisa.

—¿Cómo sin camisa? gritó furioso el jefe.

—Mi coronel, contestó cuadrándose el soldado, la tenia muy sucia, y la he vendido para comprar jabon y lavarla.

El célebre organista Sebastian Bach fué á visitar cierto dia á unos religiosos amigos suyos, y al tiempo de despedirse de ellos resonaron en el templo los primeros acordes del oficio divino.

Como los religiosos daban una grande importancia á la habilidad de su organista, suplicaron al famoso maestro tuviese la bondad de escucharle un momento.

—¡Y bien! ¿qué os parece nuestro organista? le preguntó el superior de la comunidad.

—¡Oh! debe ser un buen hombre, le respondió Bach.

—Ciertamente que lo es, le dijo el superior; y además ¡es un religioso tan ejemplar! ¡No podeis imaginaros lo caritativo que es, su rigidez en la observancia del Evangelio!

—Efectivamente; ¡como que lo he advertido! le contestó

socarronamente el célebre fuguista, pues su mano izquierda ignora casi siempre lo que hace la derecha.

AL PIÉ GRANDE DE UNA MUJER.

Hoy en un piélago entro;
Pero no me negaréis
Que en piélagos de piés largos
No es difícil hallar pié.
Uno de Isabel celebro,
Y en un romance ha de ser,
Aunque estuviera un pié heróico
En verso heróico más bien.
Es pié, sin piés ni cabeza,
Sin fin ni principio, y es
Pié, que á fuer de mala yerba,
Todo se le va en crecer.
Pié tan largo y liberal,
Que es mas que pródigo, pues
Isabel no es manirrota
Pero es pié-rota Isabel.
Pié, que aunque pié de la legua,
Es escelencia; porque
Bien por lo grande se puede
Cubrir delante del rey.
Pié más largo que ocho dias,
Poco dije, pié de un mes,
Pié de un año, pié de un siglo

Y siempre jamás amen.
Aposté con ella un dia,
Que no habia peor que él
Uno en Madrid, sacó el otro,
Y perdí lo que aposté.
Con dos Alejandros Magnos
Pisa que valen por cien,
Y así viene á ser Belisa
Un verdadero cienpiés.
Si es santa, ó no, no me meto,
Pero al menos, tierra que
Sabe llevar tales plantas
Tierra muy viciosa es.
El zapato es, si se empina,
Una torre de Babel
Donde hay confusion de puntos,
Y aun de punto le bajé.
¡Oh coz de naturaleza!
¡Oh patada del nacer!
Pié ramplon, pié concebido
Con original traspié.

Parece que la miseria se aproxima al cielo y la opulencia á la tierra.

Obsérvese que esta habita en los cuartos principales y aquella en las buhardillas.

Si á un millonario le dijeran que un pobre podia estar sobre él, se irritaria y negaria esto, que es una verdad, su-

puesto que hay infinitas familias sumidas en la miseria, que están pisando continuamente sobre infinitas familias que nadan en la abundancia.

Ha dicho Smith que el trabajo es una moneda corriente. Un jornalero que oyó esta frase, dijo:

—Hace veinte años que tengo las manos llenas de dinero, y nunca he podido reunir cuatro duros.

Encargaron á un escritor que definiera la miseria en cuatro palabras.

Acto continuo el escritor trazó estas cuatro palabras en un papel:

—¡Una limosna por Dios!

Un andaluz que fué á pasar una temporada en un pueblo de la provincia de Lérida, oyó llamar á la puerta de su habitacion: fuese á abrir, y como acababa de oscurecer, apenas distinguió en la oscuridad á un *payés* (labrador), que con la brevedad que acostumbran, le preguntó en catalán:

—¿Viu aquí el jutje? (el juez).

—¿Qué dice usted?

—¿Viu aquí el jutje? repitió el payés.

Mas como el andaluz no entendia media palabra de catalan, esclamó azorado:

—Muchacho, trae una luz, á ver si entiendo á este hombre.

Dos embajadores del rey de Inglaterra, viniendo con embajada al emperador de Alemania, despues de haber hecho su debido acatamiento, el mas avisado de ellos hizo su demanda, tan breve y compendiosa cual hacerse podia.

El otro fué tan oportuno y largo, que el emperador se enojaba en gran manera.

Conoció su compañero el desabrimiento, hízole del codo que abreviase.

Concluido, dióles por respuesta el emperador que miraria en ello.

Respondió el avisado:

—Suplico á V. M. que nos conceda nuestra demanda, so pena que torne mi compañero á relatar su embajada.

—Fué tan sabroso esto para el emperador, que respondió:

—Antes quiero conceder que obedecer.

Dice Alberich Second, que en materia de amor la inocencia dista solo un beso de la falta.

Un amante, segun Balzac, enseña á una mujer cuanto su marido la oculta.

Grebillon (hijo) afirma, que el marido solo ve la estátua; el alma existe únicamente para el amante.

Oxenstiern dice, que el amor y la amistad se quieren como dos hermanos que debieran partir una herencia.

En concepto de Massia, el amor puede hacer olvidar á la amistad, pero no consolar de su pérdida.

Salomon, cuya sabiduría todos reconocen, dice que el hombre enamorado sigue á la mujer como el toro al sacrificador.

Chamfort ve en el amante un hombre que pretende ser más amable de lo que puede, y que por eso es siempre ridículo.

En las edades de la galantería, el platonismo es la pasion de la vejez, dice Ninon de Leuclos.

Mad. de Sartory afirma que desplace el amor cuanto más se afana en agradar, llegando á ser importuna su asiduidad escesiva.

Alfonso Esquirós supone la esperanza del placer preferible siempre á la felicidad misma.

Madama de Rieux confiesa que los que se hacen esperar gastan los deseos, y cuando llegan no existen ya.

Rochpedre opina que los amantes tienen en su lenguaje una multitud de palabras cuyas sílabas son otras tantas caricias.

Á Luis Montchamp le parecen cadenas de flores las cadenas de amor.

Segun Mlle. Scudery, el amor, por naturaleza, prefiere de tal modo el secreto y el misterio, que puede decirse que no es amor lo que no es secreto ni misterio.

Balzac, por último, halla que el amor mismo tiene tal conciencia de su poca duracion, que esperimenta una invencible necesidad de preguntar: ¿me amarás? ¿Me amarás siempre?

Llegándose al rey Filipo, padre del rey Alejandro, algunos familiares de su casa á decirle que desterrase ciertos maldicientes que decian mal de él, respondió:

—Eso seria añadir leña al fuego, y que fuese disfamado en-

tre gentes estrañas; tanto más, que ellos lo hacen por una de dos cosas: ó por probar mi paciencia, ó porque enmiende mi vida. Cuanto á lo primero, si en mí no hay eso que ellos dicen, en no querer yo castigarlos se prueba mi paciencia, y si lo hay, téngoles que agradecer, pues procuraré enmendar mi vida.

¡Oh sábia y discreta respuesta, y tan pocas veces usada!

Un niño estaba inconsolable por haber perdido dos cuartos que le habian dado. Un caballero, compadecido del profundo dolor del chico, le dió cuatro. El muchacho le dió las gracias, pero á poco se puso á llorar de nuevo.

—¿Qué tienes ahora? le preguntó el generoso caballero.

—¿Qué he de tener? ¡Que si no hubiese perdido los dos cuartos, ahora tendria seis!

Un señor de Salvá para lavarse las manos quitóse un riquísimo anillo que traia, y alargó el brazo un paje que mas cerca le estaba; y sin él mirar quién fuese, habiéndose lavado, no se acordó más de él; sino que otro dia, haciendo lo mismo el codicioso paje que ya tenia el otro anillo para tomarle, le dijo:

—No digo á vos, que guardais mucho las cosas.

Siendo preso y llevado un corsario delante del rey Alejandro, le dijo:

—Ven acá, rebelde, ¿no tienes vergüenza de ir así robando por la mar?

Á lo cual respondió:

—Verdad es, rey, que por ir cual voy solo, me llaman ladron; mas tú, que te usurpas todo el mundo, por ir acompañado te llaman señor; si fueses cual yo soy, llamarte habian como á mí.

Dijo el rey:

—En fin, ¿qué, yo robo?

—Tambien yo, señor; pero yo por pobreza, y tú por codicia.

Viéndole el rey su animosidad, no solo le perdonó, mas hízolo su capitan.

El duque de Calabria fué tan dado á la música, que no habia en España quien tantos y tan buenos músicos tuviese, á causa de los grandes salarios que les daba.

Viniendo un gran músico forastero al real para oir la música el dia de los Reyes, que tanto le habian alabado, oido é informado de la renta del duque, dijo:

—Para tan chica capa, gran capilla es esta.

Cómo el duque de Calabria dilatase una vez la paga de sus cantores, importunábales el maestro de la Capilla á pedírsela, diciendo:

—*Mire* vuestra escelencia, que se dilata nuestra paga.

Respondió él:

—*Mírese.*

Como por diversas veces se la hubiese demandado, con decir *mire* vuestra escelencia que se dilata nuestra paga, y él habia respondido *mírese*, dijo un dia el maestro:

—Con tino se ha de estar vuestra escelencia en mí; para ser buen cantor, diga *fa, fágase*.

Respondió el duque:

—Perdonad, que vos me entonásteis.

Antes que Vénus naciese
Del mar, mientras se engendraba,
Y el sér perfecto aumentaba
De donde amor procediese,
Tirsi, ¿cómo el mar salado
Pudo tener con sosiego,
Tanta agua con tanto fuego,
La carne con el pescado?

Un caballero, admirador entusiasta del emperador Cárlos V, pasó á Estremadura con el objeto de visitar el monasterio de Yuste, ultima morada de aquel Emperador.

Hízose de noche, y tuvo que apearse y pernoctar en un pueblo próximo al en que murió el héroe de la raza austriaca. Levantóse temprano al dia siguiente, desayunóse, y quiso, antes de ponerse de nuevo en camino, asearse el rostro, para lo cual preguntó á su huésped dónde encontraria un barbero.

Éralo este, afortunadamente, de suerte que, sin salir de

casa, pudo aquel satisfacer su deseo, y como durante la cena el viajero habia dado parte de su proyecto á su huésped, apresuróse este á salir en busca de los adminículos indispensables para la operacion barberil, y entró á poco rato con aire satisfecho.

—¡Qué afortunado es usted, caballero! le dijo al presentarse de nuevo.

—No entiendo..... balbuceó este.

—Usted idolatra la memoria del Emperador; ¿no es cierto?

—¡Y cómo si lo es!

—Pues bien: hoy va usted á tener la honra de ser rasurado con la navaja de que S. M. I. se servia.

Entusiasmóse el caballero, frotóse las manos de gozo, saltó, brincó, y se puso en manos de su *bienhechor*.

Tal le creyó al principio de la *afeitadura*, pero conforme iba avanzando esta, el rostro del caballero se alteraba, brincaba en su asiento; pero no de gozo; mordíase á menudo los lábios, y lágrimas copiosas humedecian el paño que cubria sus hombros.

—¿Llora usted, caballero? le dijo el rapista, que se apercibió del efecto que producia: ¿acaso sin querer le habré hecho saltar algun cañon de la barba?

—Nada de eso, amigo mio, le replicó; lloro porque estoy pensando en lo que padeceria S. M. el Emperador cuando le desollasen con esa navaja.

En una casa en que se comia miserablemente, un con-

vidado se entretenia en destrozar la reputacion de cuantas personas conocia.

—¡Qué murmurador es usted! le dijo la dueña de la casa.

—Señora, contestó el convidado, si no me como á mis semejantes, me moriré de hambre.

Siempre soñoliento estás,
Perezoso y mal dormido,
Cárdeno á Baco rendido
Á quien te entregas y dás.
Duermes siempre y no te mueves
Con el licor que recibes:
Todo aquello menos vives
Que más que los otros bebes.

Cierto militar de graduacion que acababa de llegar á palacio y dar á su monarca una noticia gloriosa de sus armas, entró con botas y espuelas, despeinado y lleno de polvo del camino.

Encontróse con dos palaciegos, que le dijeron:

—¡Mirad cómo venís, que pareceis un palafrenero!

—Sí, señores mios, les respondió desenfadadamente, y vengo dispuesto á ensillaros.

Cierto tonto que queria pasar por hidalgo sin serlo, se hallaba un dia con varios caballeros en una calle.

Sucedió que por acaso acertó á pasar por allí un montañés que venia de su tierra, y separándose de sus amigos, se acercó á su paisano y le dijo:

—¿Qué nuevas hay?

—Vuestro padre ha muerto.

—¿Y de qué?

—Señor, se cayó de un castaño, y reventóse.

—¡Infeliz padre mio! dijo, y perdió el color.

Notáronlo sus amigos, y le dijeron:

—¿Qué es ello? ¿qué te pasa?

Repúsose, y contestó:

—Mi padre, señores, era un gran ginete, y la desgracia ha hecho que un caballo castaño le haya estrellado.

Un juez fué á cazar con su sobrino. Este salió de entre unas matas al cabo de algunos minutos con una carta en la mano.

—¿Qué haces con esa carta? le preguntó el tio.

—Acabo de servirme del sobre.

—¿Cómo, desgraciado, te sirves del sobre? ¡Imprudente juventud!.... Si un ladron lo coje y hace de él un taco de fusil..... que mate á alguien..... se hacen pesquisas en el sitio de la catástrofe..... encuentran el taco..... tu nombre aparece escrito..... se te prende y eres acusado de asesinato en despoblado, y, ¿por qué?.... por haberte servido de un sobre.



—¿Qué haces con esa carta?—Acabo de servirme del sobre.—¿Como desgraciado te sirves del sobre?

IMPROVISACIONES CÓMICAS.

BIOGRAFÍAS LIGERAS

DE ALGUNOS POLÍTICOS, LITERATOS Y ARTISTAS.

Al insertar en el primer tomo del *Museo* las biografías cómicas de los actores, ofrecimos dar tambien las de los políticos.

Francamente, no siempre cumplimos lo que ofrecemos... ¡Tal es la fragilidad humana!

Pero hoy echamos la casa por el balcon. Hemos escrito las biografías, y las ponemos á continuacion, cumpliendo lo ofrecido, cosa que no sucede hoy con frecuencia.

Una observacion. Quisiéramos haber escrito tambien nuestras propias biografías, para que se riesen los lectores; pero la circunstancia de no haber sido todavía ministros ni propietarios de periódicos como Correa, nos obliga á retirarlas.

Dicho esto, nos lavamos las manos, insertamos á continuacion las biografías ligeras, y..... otro talla:

D. Dulce.

Tambien se llamaba Dulce
El año *cincuenta y cuatro*,
¡Y qué recuerdo dejó
Al partido moderado!
No he visto un Dulce en mi vida
Que se vuelva mas amargo.

F. Navarro Villoslada.

En religion llegó á neo,
En *política* á *auxiliar;*
Pero ha llegado en lo feo
Do nadie pudo llegar.

A. Mon.

Por él pagamos á Francia
Sin liquidar una deuda.....
¡Oh Alejandro, tus *monadas*
Nos cuestan muchas *monedas!*

F. de P. Montemar.

Montemar, al ver lo poco
Que en el progreso progresas,
Lo mismo da que te llames
Montemar, que Montetierra.

E. García Ruiz.

En *El Pueblo* se arrellana
Y escupe por el colmillo;
Es un patriota sencillo
Que sabe historia romana.

N. M. Rivero.

Es un orador de peso,
Capaz de alzar el progreso
Á la mas alta colina;
Pero la raza latina
Le tiene sorbido el seso.

M. M. Hazañas.

Que para hazañas nació
Claro lo dirá su historia,
Y quien de él haga memoria
Cuando á la Córte llegó.
Era pobre, y ya se armó;
Es tonto, y no lo parece;
Logra lo que no merece;
Le respetan mas de tres;
Ú hombre de *hazañas* él es,
U ocho y cinco no son trece.

C. Marfori.

Con sombrero calañés
Le ví en Loja muy tronado,
Y aquí elegante despues:
Siempre parece un criado
Disfrazado de marqués.

D. Carballo.

Mozo completo es Carballo,
Pero le sobra, á mi ver,
Una letra que me callo,
Y le falta un—*de alquiler*.

Vizconde del Ponton.

Ponton, en la situacion
Te metiste en hora crítica,
Tú no serás en política
Vizconde, mas que un Ponton.

F. Barca.

Como barca, es este Barca
De lo mejor que se ha hecho,
Porque tiene mucho lastre,
Y navega á todos vientos.

P. de la Hoz.

Fué liberal, niño apenas,
Plegó á su genio las alas,
Y hoy con palabras muy buenas
Defiende cosas muy malas.

J. L. Albareda.

Es buen mozo y elegante,
Es andaluz y torea;
Será ministro muy pronto,
O no hay justicia en la tierra.

J. Gonzalez Serrano.

Puso pleito á una poltrona
Por afan de ser ministro;
Y, él ganará muchos pleitos,
Pero el suyo lo ha perdido.

Duque de Rivas.

Su musa noble y discreta,
Nadie dejará en olvido:
Mas su gloria no es completa,
Pues su peor obra ha sido
Tener un hijo poeta.

G. Estrella.

Su apellido le es fatal
Cuando en las letras lo emplea;
Solo ha tenido una idea
Buena, la de ser fiscal.

J. Salamanca.

Jóven, era de los buenos,
Fué luego haciéndose atrás,
Hoy es marqués..... de los *lléno*s,
Y es fácil que valga más
En viniendo un poco á menos.

F. Camprodon.

Hace este autor, que idolatro,
Y que segun mas de cuatro
Aborrece las escuelas,
Discursos en el teatro,
Y en el Congreso zarzuelas.

P. Escosura.

Alma turbulenta y loca
Que á la libertad provoca
Y al moderantismo llega,
Á todos vientos navega
Abierta á todos la boca.
Su talento le encumbró,
Á su partido burló,
Y en política, señores,
Dicen que jamás se vió
Con honra y sin acreedores.

S. Catalina.

Moraliza á la mujer
En un libro, y hace mal;
Si le enseñára su cara,
Quizá consiguiera mas.

M. Alonso Martinez.

Haciendo *Sancho García*
Alcanzó en Búrgos aplausos;
Haciendo aquí de ministro
Casi le tiran los bancos.

J. A. Rute.

Hace tiempo que al país
Viene prestando servicios;
Pero le presta catorce
Y le cobra veinticinco.

P. Madoz.

—¿Progresista?—Lo fué siempre.
—¿Libre-cambista?—No tal.
—Pues entonces, ¿qué es Madoz?
—¿Qué ha de ser? ¡un catalan!

E. F. Sanz.

Cuando la pluma esgrimió
Lo hizo siempre con aplauso,
Mas vencióle la pereza
Y entró á servir al Estado.
Hoy que está cesante y pobre,
De la pluma no hace caso;
¿Si será que la conserva
Para hacerse un tapa-rabo?

J. Gaztambide.

De sus mismas producciones
Tanto en la esencia penetra,
Que valen en ocasiones,
Dos cuartos música y letra,
Y el aparato millones.

M. Cañete.

De la española Academia
La vida se halla en un brete,
Y es que está en ella Cañete,
Ese crítico epidemia.
Por sus obras no preguntes,
Que aunque escribe en verso y prosa,
No se ocupa en otra cosa
Que en dar y en tomar..... apuntes.

J. Perez Calvo.

Dicen que el talento deja
Sin pelo á cualquier varon;
De los Calvos que conozco
Ninguno calvo se vió,
Como Calvet, Perez Calvo
Y José Calvo el actor.

E. Asquerino.

Fundó, por ser liberal,
Una *Amèrica* en España,
Y hoy pide, y nadie lo estraña,
Un teatro Nacional.
¿Meditará dia y noche
Sus planes? Yo no lo sé,
Pero ayer andaba á pié
Y hoy suele llevarme en coche.

V. de la Vega.

Escribió *El Hombre de mundo*
Para don Julian Romea,
¡Y ahora á Manuel Catalina
Quiere dar el *Julio César!*
¡Está mas malo que cree
Don Ventura de la Vega!

E. Arrieta.

Es músico distinguido
Y goza justo renombre:
¡Lástima que en sus zarzuelas
Aplauda entre bastidores!

A. Lopez de Ayala.

El Tanto por ciento Ayala
Como literato ha hecho;
Pero como hombre político
Siempre hará *El tonto por ciento.*

A. Ros de Olano.

Hizo unos versos á Dios
Por dar gusto á su ayudante,
Le faltaba un consonante
Y entonces inventó el *ros.*

J. F. Pacheco.

Es un hombre muy sesudo,
Muy legista, muy discreto,
Embajador, y ministro,
Y periodista, y Pacheco.

Marqués de Molins.

Es un poeta académico,
Y aunque goza de gran fama,
Yo sé que los que le elogian
Suelen comer en su casa.

A. Cánovas del Castillo.

Con agua del Manzanares
Escribió cierto programa;
Pero ¡ay! que pronto se borra
Lo que se escribe con agua.

Marqués de Miraflores.

Es un político viejo,
Y cuando ministro fué,
Jamás faltaba á un consejo
Porque allí tomaba té.

M. Sanchez (director de LA REGENERACION).

En política, un puñal
Maneja en vez de la pluma;
Por eso dice la gente:
—No tiene cura este cura.

C. Nocedal.

¡Gran orador en verdad!
Con su palabra de miel
Defiende á la sociedad.....
¿Mas quién la defiende de él?

F. Corradi.

Una vez que fuiste autor
Te arrimaron una silba:
¡Cuántas hubieras oido
Si se silbara en política!

A. Rios y Rosas.

Como rio, se desborda,
Como rosa, huele mal,
Es feo, tiene talento,
Nació en Ronda, y..... nada mas.

C. Moyano.

Primero fué liberal,
Despues cambió la casaca;
Lo que no ha cambiado en él
Es el color de su cara.

B. Espartero.

General en las batallas,
Su suerte y valor admiro;
Gobernando la nacion
De grave censura es digno.
Pudo hacer bien y no supo,
Pudo hacer mal y lo hizo:
¡Ay, cuántas veces los pueblos
Se prendan de falsos ídolos!

A. Ferrer del Rio.

En tertulias y cafés
Se habla de él con interés;
Y pese á algun adversario,
Es un hombre estraordinario,
Tanto..... ¡que abulta por tres!

J. Abascal.

Se trata de construir
Una fábrica soberbia
Para templo del Congreso
Que hace falta en esta tierra.
Prim da su espada, y Olózaga
Da tambien su inteligencia;
Al saberlo Abascal, grita:
—¡Yo quiero poner la piedra!

A Aparici y Guijarro.

Es á un tiempo reaccionario,
Y profeta, y visionario,
Ora niña, ora varon;
Es cuando canta, un canario;
Y cuando come, un gorrion.

E. Castelar.

Es demócrata y moral,
Pone al pueblo en movimiento
Su elocuencia virginal:
Haria un buen *general*.....
Pero dentro de un convento.

L. G. Brabo.

Siempre tu enemigo fuí,
Pero á tu ingenio que alabo
Tantas veces me rendí,
Que ya nunca digo ¡bravo!
Sin acordarme de tí.

Mas tú este recuerdo alejas;
Perdona si con mis quejas
Esclamo, al ver lo que labras:
¡Pocas veces van parejas
Las obras y las palabras!

D. Coello.

Coello á la oposicion
Un bofeton le va á dar;
Si es como los de Aguilar,
Va á ser bueno el bofeton.

I. J. Escobar.

Quien Escobar te llamó,
Vive Dios que no hizo mal;
Que hacen falta las escobas
Donde hay algo que limpiar.

J. Prim.

Gran corazon, buena espada,
Pero espíritu agitado
Que jamás se fija en nada;
Hace mas que otro soldado.....
Si gana mayor soldada.

Posada Herrera.

He visto varios letreros
Al frente de una fachada
Que dicen muy sandungueros:
—«¡Público, en esta *posada*
Se protege á los *cuneros*.»

José Güell y Renté.

Cansado de hacer buñuelos
Sin olor y sin sabor,
Ya se ocupa este escritor
En escribir *Para-lelos*.
Y hace mal, en mi sentir,
Mudando, pues se concibe
Que *para lelos* escribe
Desde que empezó á escribir.

M. M. de Santana.

Mal tu vida pecadora
Con tu apellido se hermana;
Múdatele desde ahora,
No calumnies á Santa Ana
Madre de Nuestra Señora.

Los dos Conchas.

Los dos son grandes guerreros,
Los dos ilustres varones,
Muy amantes de sus reyes,
Y muy amigos del órden;
¡Mas por servir á la patria
Los dos se han quedado pobres!

L. O'Donnell.

Dicen que tienes talento,
Y lo demuestras muy mal;
Pues eres, segun presiento,
En la guerra general
Y en política sargento.

R. M. Narvaez.

Tiene este santo varon,
Por su afan de ser bonito
Y sus aires de maton,
Semejanza con Neron.....
Y tambien con don Pepito.

S. A. Bugallal.

Existe un libro inmoral
Que se llama *Saturnino;*
Cuando hablas tú, me parece
Que estoy leyendo ese libro.

J. M. Albuerne.

Albuerne, tú eres feliz,
Y comprendo la razon,
Por no olerte el corazon
Te has cortado la nariz.

J. Maldonado Macanáz.

Va por la calle muy grave,
Y presume de escritor;
Dicen que es gobernador.....
Es todo lo que se sabe
De esta especie de señor.

S. Olózaga.

Por su palabra discreta
Llegó á alcanzar sobre todos
Fama de orador completa;
Un trago y una chuleta
Le hacen hablar por los codos.

D. Moraza.

Dicen que vale, que es fino,
Que es un muchacho despierto;
Lo que se sabe de cierto
Es que es sócio del Casino.

C. Oudrid.

Músico de porvenir,
Comer, amar y escribir
Es lo que su vida amengua;
Mas ¡ay! que tiene una lengua
Que no le deja vivir.



—Vaya Vd. con Dios, salero, que es osté el primer clavel de la primavera.
—¡Ole, compare! Y osté el último melon del invierno.

M. Pina.

Cuando escucheis en la escena
Voces de estúpido, macho,
Bárbaro, puerco, borracho,
Y otras así como suena;
No pregunteis de quién es
La produccion peregrina;
Su orígen será francés,
Y su autor Mariano Pina.

—Vaya usted con Dios, salero, que es osté el primer clavel de la Primavera.

—¡Ole compare! Y osté el último melon del invierno.

Una mujer atrevida, natural de Macedonia, viniendo ante el rey Demetrio muy aquejada para pedir justicia, fuéle respondido por el mismo rey que no podia por entonces, porque estaba ocupado en ciertos negocios.

Díjole ella:

—Pues no puedes oir, deja de ser rey.

Por esta aguda y atrevida respuesta fué oida, y la hizo justicia.

Una jóven aldeana, llamada Nicolasa, tenia vivos deseos de casarse, y al efecto suplicó á su señora que la dotase, aunque fuera con poco, para poder encontrar marido.

Dióla aquella, en efecto, diez ducados, y con esto la buena muchacha se echó á buscar quien la quisiese.

Á pocos dias se presentó Nicolasa delante de su señora, á participarla su próximo casamiento: acompañábala un mozo rechoncho, regordete y colorado, y con una cara respirando fealdad.

Al verlo la señora no pudo menos de decirla:

—¿Eso te has ido á echar por marido?

—¡Toma! replicó súbitamente la moza, y ¿qué queria usted por diez ducados?

Don Domingo, en mí un espanto
Causas, que haces que me asombre
De verte con este nombre,
Y saber que mientes tanto.
Nadie más que tú mintió
Don Domingo en el lugar,
Que es tu nombre de guardar,
Pero lo que dices, no.

FIN.

PLANTILLA

PARA LA

colocacion de las laminas.

TOMO SEGUNDO.

	Págs.
—¿Qué instrumento es ese?	17
—¿Sabe usted que los ratones se han comido....... .	81
—¡Si yo te cogiera sola!	145
Detúvose un momento Boabdil al subir un cerro. .	209
Theum, bufon del emperador Carlos V.	273
—Movida por mis ruegos la gran serpiente. . . .	353
—Vamos, señor licenciado, ya está usted mejor. . .	401
—Hermano, ¿qué cena tenemos esta noche? . . .	529
—Señorita, ¿usted no tiene las pantorrillas iguales? .	582
Un niño estaba inconsolable por haber perdido dos cuartos.	627
—¿Qué haces con esa carta? le preguntó el tio: ¿Cómo, desgraciado, te sirves del sobre?	632
—Vaya usted con Dios, salero, que es osté el primer clavel de la primavera.	651

PLANTILLA

PARA LA

colocacion de las láminas.

TOMO PRIMERO.

Págs.

Portada.. 1

Se abre la carta y dice: «Querido Pepe: Soy de.....» 146

—Juanito, ¿cuáles son las propiedades del calor?.. . 225

Á un marido bondadoso—decíale su mujer. . . . 289

Señor, traigo á usted el maton más templao de Cádiz. 337

—¡Lléveme el diablo: ¿con que tu ama está..... . . 401

—¿Diga usted, camarada, se puede saber dónde es el baile?. 463

Un sargento, despues de la batalla, pasaba lista. . . 465

